Juan Aranda Doncel

3

HISTORIA DE CORDOBA



La época moderna

(1517-1808)

PUBLICACIONES DEL MONTE DE PIEDAD Y CAJA DE AHORROS DE CORDOBA

Juan Aranda Doncel

3

HISTORIA DE CORDOBA

La época moderna

(1517-1808)

PUBLICACIONES DEL MONTE DE PIEDAD
Y CAJA DE AHORROS DE CORDOBA
1984

IMPRENTA SAN PABLO
Murcia, 4 - Teléfono 25 60 93 - CORDOBA
ISBN: 84-7580-128-5
Depósito Legal CO. 1.218-1984

A Juan Alfonso y María Isabel

INDICE

Introducción 11

Siglas utilizadas 15

CORDOBA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII 17

I. La ciudad y sus habitantes 19
II. Sociedad 35
III. Las actividades económicas 65
IV. El abastecimiento a la ciudad 89
V. La religiosidad 103
VI. Fiestas, espectáculos y diversiones 119
VII. El gobierno municipal 135
VIII. La jurisdicción de la ciudad de Córdoba y el proceso señorial 149
IX. Cultura 165
X. Arte 181

CORDOBA EN EL SIGLO XVIII 201

I. Evolución demográfica. La imagen de la ciudad a través de los viajeros 203
II. Los grupos sociales 213
III. Economía 227
IV. Los problemas del abastecimiento 243
V. La religiosidad 255
VI. Fiestas, espectáculos y diversiones 273
VII. El gobierno municipal 285
VIII. Cultura y Arte 297

Bibliografía 315

Indice de nombres y lugares 327

INTRODUCCION

La historia de Córdoba en las centurias de la Modernidad resulta prácticamente desconocida, debido a la falta de estudios que ofrezcan una visión de conjunto sobre los más variados aspectos. Al mismo tiempo el escaso número de trabajos monográficos dificulta la realización de una obra de síntesis.

A pesar de las limitaciones, hemos intentado abordar la realidad histórica cordobesa en los siglos XVI, XVII y XVIII a partir del análisis de fuentes documentales inéditas que se conservan en los archivos locales, aunque también hemos manejado fondos del Histórico Nacional y Simancas. La *Colección Vázquez Venegas* nos ha sido de gran utilidad, así como las fuentes impresas. Señalar la importancia de la recopilación documental llevada a cabo por el canónigo de San Hipólito resulta innecesario, pues como bien es sabido servirá de base a los historiadores locales del XIX y parte del XX.

Asimismo, hay que destacar el notorio incremento bibliográfico que se ha producido en la última década, siendo una prueba bien elocuente los numerosos estudios recogidos en el *Indice Histórico Andaluz (Epoca Moderna).* Tanto el I Congreso de Historia de Andalucía como los Coloquios de Historia Moderna, celebrados en 1976 y 1980 respectivamente, han significado una verdadera

puesta a punto de los modernistas atraidos por la región andaluza. Finalmente, encontramos valiosas aportaciones en algunas memorias de licenciatura y tesis doctorales elaboradas en los últimos años.

Hemos estructurado la obra en dos partes; la primera engloba los siglos XVI y XVII, mientras que la cronología de la segunda abarca la centuria del Setecientos. En ambas, los epígrafes de los capítulos son idénticos y a través de ellos se han estudiado los distintos aspectos que conforman la realidad histórica de Córdoba en el período 1517-1808. Al final incluimos un repertorio bibliográfico en el que figuran, sustancialmente, los trabajos citados en las notas. En el conjunto de artículos de revistas destacan en términos cuantitativos los recogidos en el Boletín de la Real Academia de Córdoba, publicación de obligada consulta para analizar el pasado de nuestra ciudad. Por último, un índice de nombres que facilita el manejo de la obra.

Las limitaciones de espacio nos han obligado a sintetizar al máximo en algunos capítulos; sin embargo, otros ofrecen algunas lagunas motivadas por la falta de documentación o bien porque la recogida de ese material hubiese significado un esfuerzo de varios años. En suma, hemos pretendido trazar una aproximación a la historia de Córdoba en los siglos XVI, XVII y XVIII, así como ofrecer una visión global de la ciudad en sus distintas vertientes durante la época moderna.

SIGLAS UTILIZADAS

A.C.C.	*Archivo Catedral de Córdoba.*
A.G.O.C.	*Archivo General del Obispado de Córdoba.*
A.M.C.	*Archivo Municipal de Córdoba.*
A.P.C.	*Archivo de Protocolos de Córdoba.*
A.G.S.	*Archivo General de Simancas.*
A.H.N.	*Archivo Histórico Nacional.*
B.R.A.C.	*Boletín de la Real Academia de Córdoba.*

CORDOBA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

I. LA CIUDAD Y SUS HABITANTES

A lo largo de los siglos XVI y XVII Córdoba mantiene básicamente la misma estructura urbana de las centurias bajomedievales. La mayor parte del casco queda en el interior de un recinto amurallado, cuyo perímetro, según las mediciones llevadas a cabo por el caballero veinticuatro don Andrés de Morales y Padilla en el primer tercio del Seiscientos, arroja un total de 8.769 varas castellanas que equivalen a 7,33 kilómetros. A juzgar por la mencionada cifra ocupa una extensión bastante amplia.

El acceso a la ciudad lo facilitan 13 puertas distribuidas, de trecho en trecho, en diversas zonas de la cerca que rodea la población. Salvo la denominada puerta Nueva que se abre con motivo de la visita efectuada por Felipe II en 1570, todas datan de los siglos anteriores: Sevilla, Almodóvar, Gallegos, Osario, Rincón, Colodro, Excusada, Plasencia, Andújar, Baeza, Martos y del Puente. Las más importantes por el tráfico de viajeros y mercancias son la puerta Nueva, lugar de entrada del llamado Camino de Madrid; la del Puente que comunica directamente con el vetusto puente sobre el río Guadalquivir y la del Rincón, utilizada por aquellas personas que se dirigen a las localidades de la Sierra Norte.

La conservación de las murallas exige frecuentes obras de reparación a cargo del municipio. Las actas capitulares suministran una copiosa información al respecto. También las impresiones de los visitantes extranjeros resultan bien significativas. Así, en el *Viaje* de Cosme de Médicis figuran referencias concretas al lamentable estado que pre-

sentan las defensas: «[...] las murallas son de piedra y almenadas con algunas torres, de las cuales están ruinosas la mayor parte» (1).

Algunos barrios se prolongan a extramuros de la ciudad, donde se localizan actividades artesanales ligadas a la construcción y barro. En la Carrera de la Fuensanta, perteneciente a la demarcación de la parroquia de Santiago, aparecen industrias dedicadas a materiales de construcción. Numerosos hornos de tejas y ladrillos se concentran en la zona de la actual Ronda de los Tejares que forma parte de la collación de San Miguel. En la de Santa Marina, frente a la puerta del Colodro, se hallan las Ollerías, donde trabaja la mayoría de los alfareros. Sin duda, el arrabal más importante es el Campo de la Verdad, situado en la otra orilla del río.

Córdoba está dividida en 14 circunscripciones o barrios, cuyos límites coinciden con los de las respectivas parroquias. En la parte alta de la ciudad que recibe el nombre de Villa, se ubican las collaciones de San Miguel, El Salvador, Santo Domingo, San Nicolás de la Villa, San Juan, Omnium Sanctorum y Santa María (Catedral). En la zona baja o Axerquía se encuentran los siete barrios restantes: San Andrés, Santa Marina, San Lorenzo, Santa María Magdalena, Santiago, San Pedro y San Nicolás de la Axerquía. Ambos núcleos estaban separados por un muro en los siglos medievales, cuya línea divisoria partía de la Cruz del Rastro y a través de las calles de la Feria y Carnicerías –actual Alfaros– terminaba en la puerta del Rincón. La comunicación quedaba asegurada mediante una serie de accesos, de los que algunos se realizan en el siglo XVI. Así, en el primer tercio de esta centuria se abre la calle Nueva –Cuesta de Luján– con dicho fin.

En el siglo XVI la antigua parroquia de San Bartolomé, que comprendía básicamente el Alcázar Viejo, desaparece y se agrega a la de Santa María. No obstante, el citado barrio pervive como circunscripción individualizada en fechas posteriores, ya que figura en los padrones elaborados

---

(1) GUZMAN REINA, A.: «Córdoba en el viaje de Cosme de Médicis (1668)». BRAC, 64 (1950). p. 128.

por las autoridades locales con objetivos de índole fiscal o reclutamiento de milicias. Por el contrario, en 1570 tiene lugar la erección de una nueva parroquia –Espíritu Santo o Visitación de Nuestra Señora– para atender con mayor comodidad las necesidades espirituales de los habitantes del Campo de la Verdad. Hasta ese año los vecinos del barrio pertenecen a la jurisdicción de la de Santa María, lo que acarrea serias incomodidades, puesto que han de atravesar el puente para recibir los sacramentos y cumplir el precepto dominical. En julio de 1563, el Cabildo municipal concede la licencia correspondiente para edificar el templo y, de inmediato, se inician las obras. Los servicios prestados por esta iglesia se limitan a los moradores del arrabal. La lejanía y aislamiento explica que, en mayo de 1599, el municipio acuerda pregonar en la ciudad que «no vaian mugeres a la yglesia de Espíritu Santo al Canpo de la Verdad y no las dexen entrar por la puerta de la Puente el cavallero que guarda ny las demás guardas» (2).

El volumen de efectivos humanos y la composición social de los distintos barrios cordobeses ofrecen unos contrastes bien acusados. Tomando como base las cifras de vecinos registrados en el último tercio del siglo XVI, veamos la población que mora en cada una de las collaciones y los grupos sociales a los que pertenecen los habitantes de las mismas.

La parroquia de Santa María es la más populosa de la capital y alberga unos 2.000 vecinos aproximadamente. También presenta una variada gama social. Los estamentos privilegiados tienen una amplia representación, corroborada por el elevado número de nobles y clérigos que alcanzan unos niveles cuantitativos superiores a los de las restantes circunscripciones. En términos absolutos figura a la cabeza por el contingente de familias de la aristocracia local asentadas en la zona. Asimismo, ocupa un primer lugar por la cuantía de eclesiásticos, ya que se encuentran la Catedral y el Tribunal del Santo Oficio. Dentro del estamento llano, sobresalen las personas dedicadas al tráfico mercantil y un nutrido grupo de artesanos. Por último,

(2) A.M.C. *Actas Capitulares.* Sesión 21-V- 1599, f. 157 r-v.

aquí reside una gran parte de individuos que desempeñan profesiones liberales, tales como escribanos, médicos y procuradores.

La collación de San Pedro se caracteriza por un dinamismo económico, centrado en torno a la plaza de la Corredera y calles adyacentes. El volumen de población resulta bastante similar al de la Catedral. Mercaderes y artesanos de los más variados oficios cobran una relevancia especial, mientras que los nobles y miembros del clero tienen una menor significación. También hay que mencionar las profesiones liberales, sobre todo médicos, escribanos y boticarios.

Los barrios de Santa Marina y San Lorenzo concentran densidades humanas de bastante entidad –alrededor de 1.300 vecinos– y los niveles socioeconómicos de sus moradores son inferiores a los de las parroquias mencionadas anteriormente. En el primero cabe señalar el protagonismo del artesanado, siendo numerosos los que se dedican a labores del barro en las ollerías cercanas a la puerta del Colodro. También figuran pequeños labradores, hortelanos y una cifra alta de asalariados. Jornaleros y trabajadores en general abundan en el distrito de San Lorenzo; los artesanos, por el contrario, tienen una menor relevancia. En ambas collaciones los nobles y clérigos alcanzan unos exiguos porcentajes en el conjunto de la población.

San Andrés cuenta con unos 800 vecinos y ofrece como nota característica un mayor equilibrio cuantitativo entre las diversas capas sociales. No obstante, se constata una superioridad de los oficios artesanales y una actividad mercantil ligada al pequeño comercio. Asimismo, reside un nutrido contingente de hidalgos y clérigos. Alrededor de 700 vecinos viven en los barrios de San Miguel y San Nicolás de la Axerquía, si bien los rasgos sociales de uno y otro presentan acusadas diferencias. En el primero sobresalen profesiones liberales, artesanos y labradores, frente a una menor implantación de los estamentos privilegiados. En el segundo llama la atención su pujanza económica, basada en los numerosos artesanos, entre los que sobresalen aquellas corporaciones gremiales relacionadas con el trabajo de la piel: curtidores, zapateros y guadamecileros.

La importancia del comercio viene ratificada por el elevado número de mercaderes. El clero tiene una presencia notable, debido a la proximidad a la Catedral. Finalmente, los efectivos nobiliarios alcanzan valores numéricos bajos con la particularidad de que no figuran hijosdalgo notorios.

En la parroquia de la Magdalena viven unos 600 vecinos que pertenecen, en su mayoría, a capas sociales modestas. Predominan jornaleros del campo y trabajadores sin cualificar, ocupados en diversas tareas, que llevan una penosa existencia. Las actividades mercantiles y artesanales se hallan reducidas a la mínima expresión; en cambio, residen en el barrio familias nobiliarias de rancio abolengo.

Los efectivos humanos en las collaciones de San Nicolás de la Villa y Omnium Sanctorum ascienden a 500 vecinos. La primera ofrece una equilibrada diversidad social. Viven numerosas familias de la aristocracia, mercaderes, clérigos y profesiones liberales. El artesanado tiene una acusada presencia y abundan los labradores y hortelanos. Rasgos parecidos encontramos en la demarcación de Omnium Sanctorum, aunque la cifra de artesanos y propietarios de tierras alcanza niveles inferiores.

Con 400 vecinos figuran tres barrios: Santiago, El Salvador y Santo Domingo. El primero alberga una elevada cuantía de asalariados que contrasta con el reducido contingente de nobles y clérigos. El sector artesanal ocupa un lugar intermedio, así como los pequeños labradores y hortelanos. En contraposición, las parroquias del Salvador y Santo Domingo son zonas elitistas. Los miembros de la aristocracia tienen una amplia representación, al igual que los mercaderes, profesiones liberales y clérigos.

La circunscripción más pequeña es la de San Juan que registra solamente 200 vecinos, una población diez veces menor que la de Santa María. Sin duda, aquí residen las capas más pudientes de la sociedad cordobesa. Un alto porcentaje de sus habitantes pertenecen al estamento nobiliario o a las familias más acaudaladas de los mercaderes. También vive un núcleo importante de profesiones liberales y miembros del clero. La cifra de artesanos es bastante

reducida, al igual que la de los individuos de las capas populares.

Por último, el arrabal del Campo de la Verdad sobrepasa el millar de habitantes y concentra un buen número de jornaleros y trabajadores con unos niveles socioeconómicos muy bajos. Prácticamente no aparecen mercaderes y artesanos. Lo mismo cabe afirmar respecto a los estamentos privilegiados.

En suma, los nobles se hallan desparramados en la mayoría de las collaciones, aunque los núcleos densos se localizan en San Juan, El Salvador, Santo Domingo, San Andrés, Santa María y San Nicolás de la Villa. Los mercaderes residen en las zonas de mayor vitalidad económica y en las de carácter elitista: San Pedro, Santa María, San Nicolás de la Axerquía, El Salvador y Santo Domingo. El clero secular se concentra fundamentalmente en Santa María, aunque también aparecen numerosos clérigos en San Juan, San Pedro, San Andrés y San Nicolás de la Villa. Escribanos, médicos, procuradores, boticarios y otras profesiones liberales muestran predilección por aquellas circunscripciones en las que viven capas sociales distinguidas o bien en las de gran dinamismo económico.

Los artesanos están presentes en casi todos los barrios. No obstante, podemos señalar ciertas parroquias en las que tienen un innegable peso específico, tales como las de Santa María, San Pedro, San Nicolás de la Axerquía y San Andrés. Lo mismo ocurre con los labradores y hortelanos, aunque la presencia es mayor en las collaciones limítrofes a las murallas, caso de Santa María, San Nicolás de la Villa o San Miguel. La masa de asalariados pobres tiene una especial significación en la zona baja de la ciudad –San Lorenzo, Santiago, la Magdalena– y en el Campo de la Verdad.

La pujanza económica que caracteriza la Córdoba del siglo XVI se concentra sobre todo en San Pedro, San Nicolás de la Axerquía y Santa María. Asimismo, los forasteros y viajeros que atraviesan la ciudad en dirección a Sevilla o a tierras de Castilla pasan por las calles de los dos últimos

barrios, de ahí que una gran parte de los mesones se localiza en la susodicha zona (3).

Las descripciones de los viajeros extranjeros constituyen testimonios de primera mano en torno al aspecto externo de la ciudad. La mayoría coincide en señalar la gran extensión del casco urbano, la angostura de las calles y el mal estado de las construcciones. En el siglo XVII disponemos de la visión que ofrece el italiano Cosme de Médicis en el segundo tercio de la centuria con motivo de su estancia en Córdoba:

> «[...] la ciudad es muy grande, si bien es verdad que, atendida la mediocridad de los edificios, la estrechez de las calles y la mala calidad de las construcciones, cede con mucho a todas las otras ciudades de su categoría vistas por nosotros».

También la superficie que ocupa la ciudad da una sensación de grandeza al francés Bertaut que visita la antigua sede califal a mediados del Seiscientos.

La fuerte expansión demográfica protagonizada a lo largo del siglo XVI contribuye, de manera decisiva, en el aumento del número de viviendas. El caserío se apiña en los distintos barrios y las edificaciones en determinados sitios se prolongan a extramuros. La ocupación del suelo crece de forma ostensible hasta el punto de que se levantan casas en terrenos prohibidos, tales como la zona próxima a las murallas. Con el fin de mantener la función defensiva, la normativa legal impide taxativamente, bajo severas penas, levantar inmuebles en las cercanías de los recintos fortificados que rodean a las poblaciones, sobre todo en los núcleos costeros.

El hecho de que Córdoba estuviese situada en el interior explica la actitud permisiva de las autoridades locales, a pesar de que la acción transgredía la ley vigente. Con ocasión del servicio económico prestado a Felipe IV por la ciudad a comienzos de 1636, una de las condiciones exigidas por el municipio alude directamente a esta cuestión:

---

(3) Vid, ROMERO DE TORRES, E.: «Antiguos mesones de Córdoba», BRAC, 49 (1944), pp. 217-228.

«Que atento esta Ciudad está lexos de las fronteras de la mar, y por esto algunos vezinos han labrado y edificado arrimándose a las murallas y se a tenido por útil para la conservación dellas, por el cuydado que los habitadores de las dichas casas tienen de reparar las dichas murallas y ser la más gente della pobre, y será inconveniente demolerles las casas y muy gravoso para su vivienda».

Los miembros del Cabildo municipal intentan que el monarca legalice esta situación, esgrimiendo como argumentos las ventajas que se derivan para la conservación de las murallas y la falta de recursos de los vecinos que han edificado tales viviendas.

Guzmán Reina señala que en la segunda mitad del siglo XVII Córdoba tiene más de 4.000 casas y en el barrio del Campo de la Verdad se contabilizan 150 (4). La construcción, dimensiones y elementos ornamentales de las mansiones nobiliarias difieren sustancialmente de las viviendas ocupadas por las capas sociales modestas. Sabemos que a finales del siglo XVI las casas en la zona del Alcázar Viejo constan de una serie de elementos ordenados en torno al patio: aposento, sala, cocina, corral y patio, donde se encuentran el pozo y la pila. Suelen ser de dos plantas, muros de tapial, patio empedrado y se hallan pintadas a base de cal (5).

En general, el estado de las calles era deprimente y en los días de lluvia se convertían en un barrizal, aparte de la suciedad de los desagües que iban a parar a los caños que discurrían por las vías de la población y el depósito de escombros e inmundicias. También aparecen numerosos muladares junto a las puertas de las murallas. El empedrado de las calles era deficiente y necesitaba contínuas obras de conservación, sufragadas por el municipio. Así, entre los gastos ocasionados con motivo de la festividad del Corpus figura un capítulo importante dedicado a reparar el empedrado del itinerario procesional.

---

(4) «Córdoba en el viaje de Cosme de Médicis...». p. 104.

(5) Vid, NIETO CUMPLIDO, M. y LUCA DE TENA, C.: «El Alcázar Viejo, una repoblación cordobesa del siglo XIV». *Axerquía*, 1 (1980) pp. 256-259.

El trazado urbano presenta una estructura laberíntica, fruto de la herencia medieval. Son muy escasos los espacios abiertos y predominan las vías estrechas y callejas sin salida. Durante los siglos XVI y XVII se constata una preocupación de las autoridades locales por remodelar el casco que se plasma en una serie de reformas y obras de embellecimiento. La mayoría se lleva a cabo a lo largo de la centuria del Quinientos, debido a la expansión económica que protagoniza la ciudad en el mencionado período cronológico.

En la segunda mitad del XVI el municipio realiza un buen número de ampliaciones de calles en los diferentes barrios. Las actas capitulares recogen una abundante información al respecto. Valga como botón de muestra la decisión adoptada por el Cabildo en octubre de 1575 para llevar a efecto «el ensanche de la calle que va desde la yglesia de Sant Nycolás a la Puerta Gallegos» (6). El proyecto exige unos gastos elevados, de ahí que la financiación del mismo necesite la colaboración económica de la Iglesia y vecinos particulares. La ciudad aporta 150 ducados, la fábrica parroquial de San Nicolás de la Villa 200 y el marqués de Comares, que posee una casa ubicada en ese sitio, ofrece de momento más de 130 ducados en metálico. Años más tarde, en febrero de 1584, se acuerda derribar una esquina y párte de una vivienda con el fin de ampliar la plaza de la Judería. La medida se justifica «porque ay allí muncha estrechura y por ser ornato desta çibdad y destar como está se siguen muchos ynconvenyentes y daños, especial quando pasan bestias cargadas» (7).

También se ponen en marcha obras importantes en las murallas. Las más destacadas corresponden a los accesos de la ciudad, tales como la puerta Nueva y la grandiosa puerta del Puente. A mediados de la centuria, concretamente en febrero de 1553, se toma el acuerdo de reparar la torre de la puerta Sevilla y «las demás torres de la cerca desta çibdad» (8). En la misma sesión del Cabildo seglar se

(6) A.M.C. *Actas Capitulares.* Sesión 12-X-1575, f. 521 r.
(7) *Ibidem.* Sesión 23-II-1584. S/f.
(8) *Ibidem.* Sesión 3-II-1553. S/f.

nombra una comisión encargada de supervisar y acelerar los trabajos que se llevan a cabo para acondicionar una zona de paseo en el tramo comprendido entre el Rastro y la puerta del Puente.

En la segunda mitad del Quinientos el municipio decide colocar un buen número de fuentes con fines ornamentales y utilitarios. Las deficiencias en el funcionamiento van a ser denunciadas por el veinticuatro don Diego Alfonso de Sosa a principios de 1578: «[...] a su señoría le consta los gastos que se hizieron en las fuentes desta çiudad y la utilidad y provecho que es para la salud de todos y ornato desta çiudad, e que parece quel que las tiene a su cargo no las trae como es obligado, porque en todo este año pasado e la mayor parte del en los pilares donde se coje el remanente, ques tan útil y necesario para el provecho de los vezinos, no viene nynguna agua, antes están muy suzios y asquerosos» (9).

Junto a las realizaciones debidas a la iniciativa de las autoridades locales, encontramos muestras arquitectónicas civiles y religiosas que se levantan en esta época. Ahora bien, a lo largo del siglo XVII baja de manera ostensible el ritmo de las construcciones, y, salvo el caso de la plaza de la Corredera, no se abordan proyectos de envergadura financiados por las arcas municipales.

La fisonomía urbana de Córdoba se plasma en las descripciones de los viajeros. A través de ellas conocemos los edificios que despiertan un gran entusiasmo en las personas que visitan la ciudad. Sin duda, el mayor interés y admiración se centra en la Mezquita-Catedral, y en segundo lugar varias iglesias y conventos. También las Caballerizas Reales ofrecen un singular atractivo que radica, sobre todo, en los bellos y seleccionados caballos. En 1659 Bertaut expresa su admiración por la antigua mezquita y lamenta las obras de la capilla mayor, aunque reconoce las excelencias artísticas del retablo:

> «Los cristianos han querido hacer una capilla en medio de esa mezquita, que han elevado hasta muy alto y enriquecido con muy hermosas esculturas; pero,

(9) *Ibidem*. Sesión 13-II-1578, f. 47 r.

a pesar de todo eso y de la belleza del entablamiento del altar, que es el más hermoso del mundo, encontré que era una gran lástima haber derribado un número tan grande de columnas de mármol como fue necesario para construir esa capilla. Y me quedé muy satisfecho cuando me dijeron que Carlos V había sido de mi opinión y había dicho que lo habían estropeado y que jamás habría consentido en que destruyesen una tan bella antigüedad» (10).

El citado viajero francés alaba la fachada del hospital de San Sebastián y algunos conventos, entre ellos el de los agustinos, «cuyas tallas de madera son muy hermosas y ricas».

La trayectoria demográfica de la ciudad presenta unos contrastes muy acusados. El estudio realizado por J. I. Fortea, basado en una abundante documentación de censos generales, padrones locales y registros parroquiales, establece las grandes líneas de la evolución en la que aparece una serie de etapas bien diferenciadas (11).

Sin embargo, las fuentes disponibles para el análisis de la población durante el primer tercio del siglo XVI son muy escasas, ya que a la falta de libros sacramentales hay que añadir la ausencia de censos fiables. La penuria de información plantea dificultades insalvables a la hora de cuantificar los efectivos humanos. A pesar de ello se disponen de múltiples referencias que permiten llevar a cabo un balance global.

En el período 1500-30 se constata un claro estancamiento o, en el mejor de los casos, un crecimiento bastante debilitado. Las causas son diversas y entre ellas cabe mencionar las repercusiones negativas de malas cosechas, problemas en el abastecimiento de víveres y mortalidad provocada por las epidemias de 1506-7 y 1524. La misma situación encontramos en la mayor parte de las localidades pertenecientes al Reino de Córdoba. Un testimonio elo-

---

(10) *Viajes de extranjeros por España y Portugal.* Recopilación, traducción, prólogo y notas por J. GARCIA MERCADAL. II. Madrid, 1959. pp. 610-614.

(11) Vid, FORTEA PEREZ, J. I.: «La evolución demográfica de Córdoba en los siglos XVI y XVII». *Actas I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* I. Córdoba, 1978. pp. 371-396.

cuente viene dado por las declaraciones de las autoridades municipales de la villa de Luque en 1530: «Este pueblo se a deminuydo en vezindad de veynte e çinco años a esta parte, aunque en poca cosa, a causa que ay lugares francos en la comarca a donde se van a bibir» (12).

Por el contrario, a partir de 1530 se inicia una expansión demográfica que finaliza en la década de los años ochenta. El incremento alcanza una cotas elevadas a juzgar por las cifras recogidas en los censos elaborados en distintas fechas. Así, el de 1530 arroja un total de 6.200 vecinos aproximadamente, mientras que en el de 1587 los efectivos ascienden a 10.708 vecinos. El aumento espectacular obedece a unas tasas de natalidad altas que se ven corroboradas a través de las curvas de bautismos. Aparte del crecimiento natural, el saldo positivo de los movimientos migratorios juega un papel relevante en el auge demográfico.

Respecto al último punto, diversas fuentes documentales ratifican una corriente inmigratoria intensa. Las tierras gallegas, asturianas y las montañas de León aportan un nutrido contingente humano. El fenómeno alcanza unas proporciones notorias según atestiguan los registros matrimoniales de las parroquias cordobesas. Los emigrantes oriundos de Galicia forman una colonia importante y las cifras experimentan un aumento considerable a raíz de la grave carestía que padece la susodicha región en 1575. En una de las composiciones poéticas que describen la solemne procesión de los distintos estamentos sociales, organizada en 1632 con motivo de la colocación de cruces en el Campo Santo de los Mártires, figura una referencia expresa a los individuos de esa procedencia geográfica que residen en la ciudad (13).

«O si vieras los gallegos,
porque como tantos ai
fue insigne su procesión
i su insignia mucho más».

(12) ARANDA DONCEL, J.: «Aspectos socioeconómicos de una villa cordobesa en los inicios de la Modernidad: Luque». BRAC, 106 (1984). p. 39.

(13) *Tres Romances en que se describen las cruzes que desde el mes de Mayo deste año de mil i seyscientos i treynta i dos se van poniendo en el Campillo del Rey, que oy llaman Campo Santo, donde padecieron infinitos Mártires en tiempo de los moros.* Córdoba, 1632.

Los nacidos en ambas Castillas tienen una significación cuantitativa destacada, así como los que proceden de localidades cordobesas que trasladan su residencia a la capital en busca de nuevos horizontes. También hay que mencionar la voluminosa presencia de extranjeros, sobre todo portugueses y franceses. Por último, la llegada masiva de moriscos granadinos deportados a partir de 1569 incide de manera especial en el aumento de los efectivos humanos, ya que los individuos de esta minoría marginada representan un 10% del total de habitantes.

En contrapartida, registramos una sangría demográfica de cierta entidad provocada por el reclutamiento de soldados y emigración a las tierras del Nuevo Continente. Entre las levas llevadas a cabo en este período sobresalen las efectuadas con motivo de la insurrección protagonizada en 1568 por los moriscos del Reino de Granada. Acuden a la guerra, principalmente, las personas ocupadas en oficios artesanales y los trabajadores sin cualificar. Como es lógico afectan con mayor intensidad a la joven población masculina. Veamos las edades del medio centenar de jinetes que integran una compañía levantada en 1570 al mando del caballero veinticuatro don Diego de Argote:

Edad	%
20-25	50
26-30	33
Más de 30	17

El mayor porcentaje corresponde a los soldados con edades comprendidas entre 20 y 25 años. El tanto por ciento baja de manera apreciable en el grupo siguiente, mientras que los hombres con más de 30 años tienen una significación numérica bastante reducida.

La emigración a Indias resulta muy difícil calibrar con precisión. La profesora Díaz-Trechuelo, basándose en el *Catálogo de Pasajeros a Indias,* señala que entre 1510 y 1577 embarca en Sevilla un mínimo de 470 personas avecindadas en Córdoba. Los principales lugares de destino

van a ser las tierras de Nueva España, Perú, Santo Domingo y Río de la Plata (14). J. de la Torre y del Cerro ha demostrado de manera fehaciente la activa participación de cordobeses en el descubrimiento, conquista y colonización del Perú (15).

La década de los ochenta marca la línea divisoria de un cambio de tendencia demográfica que comienza a vislumbrarse a partir de la peste que asola la ciudad en 1582-83. El ritmo de la natalidad pierde fuerza y ello se traduce en unas pérdidas de población en los años finiseculares del Quinientos que preludian la crisis de la centuria siguiente. Fortea Pérez afirma que la depresión y estancamiento demográfico constituyen la nota característica del siglo XVII. Las secuelas de la epidemia desencadenada en 1601-2 y la expulsión, poco después, de 3.000 moriscos son factores que influyen en el descenso de efectivos humanos. Así, en el primer cuarto del Seiscientos Córdoba tendría alrededor de 7.500 vecinos.

Desde 1625 el incremento de los bautismos contrarresta los efectos de la crisis, aunque, unas décadas más tarde, se produce un acusado hundimiento derivado de la elevada mortalidad causada por la peste de 1649-50. A pesar de la monografía de J. Ballesteros Rodríguez dedicada a esta cuestión, queda por resolver el número de personas fallecidas, ya que los libros parroquiales de difuntos dan unas cifras muy por debajo de la realidad (16). Sin duda, la población cordobesa alcanza sus niveles más bajos en los años centrales del XVII y las causas estriban en las nefastas consecuencias del susodicho contagio y en la sangría ocasionada por las levas, sobre todo las llevadas a cabo a raíz de la guerra de Portugal (17).

El sombrío panorama comienza a esclarecerse en 1670.

---

(14) DIAZ-TRECHUELO SPINOLA, L.: «Emigración cordobesa a las Indias. Siglo XVI». *Primeras Jornadas de Andalucía y América.* La Rábida, 1981. pp. 407-425.

(15) «Cordobeses que intervinieron en el descubrimiento, conquista y colonización del Perú». BRAC, 28 (1933). pp. 77-124.

(16)BALLESTEROS RODRIGUEZ, J.: *La peste en Córdoba.* Córdoba, 1982.

(17) Vid, CALVO POYATO, J.: «Medio siglo de levas, reclutas y movilizaciones en el Reino de Córdoba: 1657-1712». *Actas II Coloquios Historia de Andalucía. Andalucía Moderna. II.* Córdoba, 1983. pp. 25-41.

Los últimos 30 años de la centuria significan una apreciable recuperación demográfica, a pesar de la epidemia de 1682. No obstante, la debilidad del crecimiento explica que los efectivos humanos a finales del XVII son prácticamente idénticos a los registrados en 1625-30. Por tanto, no se alcanzan los niveles conseguidos en la segunda mitad del Quinientos. Veamos las cifras de vecinos correspondientes a 1697 en algunos barrios (18). El cotejo de las mismas con los valores numéricos que aparecen en el censo de 1587 permite calibrar de manera aproximada las mutaciones producidas.

Barrios	1587	1697	Diferencia %
San Miguel	500	456	9
Omnium Sanctorum.	330	264	20
Sta. María Magdalena	566	375	34
Santiago	520	287	45

El cuadro resulta bien elocuente, todos los barrios han disminuido sus efectivos humanos. Ahora bien, los porcentajes mayores se registran en las collaciones donde viven numerosas personas con unos niveles socioeconómicos muy bajos. En cambio, las parroquias con un predominio de las llamadas capas medias se ven afectadas con menor intensidad.

(18) A.M.C. Sección XII. Serie 9. Leg. 114.

II. SOCIEDAD

Los rasgos que definen la sociedad cordobesa durante los siglos XVI y XVII son los propios del Antiguo Régimen. La población se halla dividida en estamentos que se caracterizan por una marcada rigidez, pues el acceso a un estrato superior ofrece serias dificultades. Aristocracia y clero constituyen los grupos privilegiados frente a los integrantes del denominado estado llano en el que figuran personas con unos niveles económicos muy dispares. Acusados contrastes de riqueza también aparecen entre los nobles y eclesiásticos. Por último hay que destacar la presencia de extranjeros y de minorías marginadas.

Las familias que componen la aristocracia local suman una cifra bastante pequeña y representan un exiguo porcentaje en el conjunto de habitantes que moran en la ciudad. Sin embargo, en líneas generales gozan de una elevada posición derivada de la gran masa de recursos que se traducen en unos voluminosos y saneados ingresos. Asimismo se jactan de pertenecer a linajes de rancio abolengo. En este sentido abundan los testimonios literarios y documentales que vienen a corroborar las excelencias de la estirpe nobiliaria. Así, Cosme de Médicis señala que «la nobleza es de la más selecta de Andalucía y, consiguientemente, de España».

Las propiedades consisten, básicamente, en extensas fincas rústicas situadas en la Campiña e inmuebles urbanos que forman parte de los mayorazgos. Junto a los bienes vinculados aparecen otros libres. En definitiva, poseen un sustancioso patrimonio del que obtienen unas pingües

rentas. Ahora bien el mantener un tren de vida acorde a su *status* exige unos crecidos gastos. La cría de caballos seleccionados es una de las aficiones predilectas de la nobleza cordobesa y el sostenimiento conlleva un desembolso importante. También una nutrida servidumbre que incluye un buen número de esclavos constituye un signo externo de riqueza. El patrocinio de obras pías y caritativas implica la financiación de las mismas. En ocasiones aportan bienes para la dotación de fiestas religiosas y ayudan económicamente en la fundación de conventos.

Aparte de los beneficios reconocidos por la ley, tales como las exenciones fiscales, la aristocracia de la ciudad disfruta de una serie de prerrogativas. Así, los caballeros de la llamada Cepa de Córdoba al morir tienen el privilegio de que el cadáver entraba en el recinto catedralicio por la puerta del Perdón. En 1576 el obispo fray Bernardo de Fresneda establece el doblar de manera especial a todos los difuntos que desciendan de las cuatro ramas de los Fernández de Córdoba.

El poderío económico va a quedar reforzado con el político, ya que los miembros de la aristocracia monopolizan las veinticuatrías del Cabildo municipal. Juegan un papel muy destacado en el control de la vida local y actúan en beneficio propio salvaguardando sus intereses. Con frecuencia las decisiones adoptadas provocan la censura infructuosa de los jurados.

La primera cuestión que necesariamente hay que abordar es el volumen de los efectivos humanos que componen este grupo social. A lo largo de los siglos XVI y XVII las cifras, lejos de permanecer inalterables, ofrecen una notoria subida. Los padrones de hijosdalgo, elaborados anualmente para la elección de alcaldes ordinarios por el estado noble, permiten conocer la trayectoria. En los años finales del XVI se contabilizan 235 individuos que tienen reconocido el privilegio de hidalguía. Así, en 1633 suman 276 personas, mientras que en 1685 la cuantía asciende a 371 familias. Por tanto, en el intervalo de un siglo aproximadamente se produce un incremento del 58%, porcentaje que alcanza una mayor relevancia si tenemos en cuenta el descenso de población registrado durante el Seiscientos.

Los valores mencionados engloban el conjunto de la nobleza en la que se distinguen varias categorías atendiendo a los niveles socioeconómicos. La documentación señala dos grupos bien diferenciados, hijosdalgo notorios y simples. Veamos la entidad cuantitativa de ambos y la distribución por parroquias en 1685-86:

Parroquias	Notorios	Simples	Total
Santa María	23	45	68
San Pedro	7	41	48
San Andrés	23	15	38
Santo Domingo	7	20	27
San Miguel	16	10	26
San Juan	12	13	25
San Lorenzo	3	19	22
El Salvador	14	6	20
San Nicolás Axerquía	—	20	20
Santa María Magdalena	15	4	19
Santiago	9	7	16
San Nicolás Villa	9	6	15
Omnium Sanctorum	8	6	14
Santa Marina	4	9	13
TOTAL	150	221	371

El reparto por barrios presenta unos sensibles contrastes. Destacan las collaciones de Santa María, San Pedro y San Andrés que cuentan con un elevado número de habitantes. Por el contrario, Santa Marina, Omnium Sanctorum, San Nicolás de la Villa y Santiago ocupan los últimos lugares en términos absolutos. Ahora bien, el peso cuantitativo de este grupo social en cada una de las diferentes circunscripciones guarda una estrecha relación con la población total de las mismas. Así, la impronta aristocrática en la parroquia de San Juan es mayor que en la populosa zona de San Pedro, aunque ésta casi duplique en hijosdalgo a la primera.

Asimismo, el cuadro pone de manifiesto en las catego-

rías reseñadas unas acusadas diferencias que se plasman, salvo casos aislados, en los diversos barrios. Los llamados *notorios* constituyen minoría, ya que sólo representan un 40%, y aparecen distribuidos por todas las parroquias, excepto en la de San Nicolás de la Axerquía. Atendiendo al número de familias, sobresalen las de Santa María, San Andrés, San Miguel, la Magdalena y El Salvador. Los hijosdalgo *simples* se reclutan entre los mercaderes, funcionarios y profesiones liberales y significan en el conjunto un 60%. Los valores más altos corresponden a las zonas de mayor vitalidad económica, tales como Santa María, San Pedro y San Nicolás de la Axerquía.

A lo largo del siglo XVII el aumento de los efectivos nobiliarios repercute de manera desigual en las susodichas categorías. Los padrones que se llevan a cabo en 1633 registran 129 hijosdalgo notorios y 147 simples. Si comparamos estas cifras con las de 1685 resulta que, en poco más de medio siglo, los primeros experimentan un incremento del 16%, mientras que en los últimos el porcentaje se eleva al 50%.

Los hidalgos notorios no forman un grupo homogéneo en cuanto a prestigio social y niveles de rentas, de ahí que distingamos varias categorías. A la cabeza figuran los títulos de Castilla y señores de vasallos. Una posición intermedia ocupan los caballeros pertenecientes a las distintas Ordenes Militares. Por último, los que carecen de esas prerrogativas y distinciones son los más numerosos.

Dentro del primer grupo cabe destacar las cuatro ramas de los Fernández de Córdoba, cuyos miembros van a ser distinguidos con títulos a lo largo del primer tercio del siglo XVI: marquesado de Priego, marquesado de Comares y condado de Alcaudete. Todos ellos gozan de un rico patrimonio territorial que, en algunos casos, se incrementa de forma notoria en esta centuria mediante la adquisición a la Corona de nuevas villas o a través de enlaces matrimoniales. Valgan como botón de muestra las compras de Villafranca y Castro del Río realizadas por los marqueses de Priego o el casamiento de don Diego Fernández de Córdoba, III marqués de Comares, con doña Juana de Aragón, heredera de los ducados de Segorbe y Cardona, marque-

sado de Pallars, condados de Ampurias y Prades, así como de otros títulos y señoríos.

Las relaciones de estas familias con la capital son estrechas. Aquí tienen viviendas principales donde residen temporalmente, poseen numerosos bienes rústicos y urbanos, y regentan veinticuatrías en el gobierno municipal. Sin embargo, en el siglo XVII pasan a residir a la Corte o bien la presencia desaparece al fundirse con otras Casas nobiliarias. Un ejemplo bien significativo lo tenemos en los Estados de Priego y Comares que se vinculan al de Medinaceli.

El mismo fenómeno se constata en diversos linajes que ejercen su jurisdicción en tierras cordobesas y protagonizan una carrera meteórica llegando a desempeñar cargos importantes. Sin duda, el caso más representativo lo encontramos en los titulares del marquesado del Carpio.

Los señores de vasallos aumentan de manera considerable durante el siglo XVII. Las causas obedecen a la proliferación de enajenaciones llevadas a cabo por la monarquía con el fin de allegar recursos a la hacienda real. Paralelamente, se conceden numerosos títulos de Castilla. La obra de T. Márquez de Castro permite calibrar el proceso inflacionista; frente a los 8 títulos contabilizados en el siglo XVI, figuran 30 en la centura siguiente para el conjunto del Reino de Córdoba (1).

La distribución en el tiempo ofrece unos marcados contrastes, ya que la inmensa mayoría corresponde a los reinados de Felipe IV y Carlos II: 15 y 9 títulos respectivamente. Por lo que a categorías de los mismos se refiere, se observan también unas disparidades numéricas acusadas:

Ducados	1
Marquesados.	16
Condados.	11
Vizcondados.	2

(1) MARQUEZ DE CASTRO, T.: *Compendio histórico y genealógico de los títulos de Castilla y señoríos antiguos y modernos de la ciudad de Córdoba y su Reyno.* Edición y estudio preliminar por J. M. DE BERNARDO ARES, Córdoba, 1981.

Las mayores cifras corresponden a estratos intermedios de la escala. Así, los marquesados representan más de un 50% y los condados alrededor de un 37%. En cambio, las categorías extremas arrojan unos porcentajes muy bajos.

En cuanto a los niveles de riqueza existen unas diferencias notorias. Si bien escasea la información que suministran las fuentes documentales, disponemos de las referencias contenidas en la obra manuscrita del veinticuatro don Andrés de Morales y Padilla, redactada en la primera mitad del siglo XVII:

> «Tiene, en la Campiña sola, el marqués de Priego 100.000 ducados de renta; el duque de Cardona, señor de Lucena, sólo en este reino más de 50.000 ducados; el duque de Sesa, más de 40.000; el marqués de la Guardia y Santofimia y el de Estepa otros tantos. El marqués del Carpio, más de 20.000; el conde de Belalcázar y duque de Béjar, 50.000 ducados de renta. El conde de Palma y el marqués de Guadalcázar, más de 12.000. El señor de Luque, el señor de Belmonte, el señor de Zuheros, el señor de Benamejí y el mariscal de Alcalá, el señor de las Cuevas, el señor de Valenzuela y Orjiva, el señor de la Vega y otros señores tienen de 10.000 a 16.000 ducados, sin otro infinito número de mayorazgos» (2).

A pesar de la imprecisión de las cifras, el testimonio del mencionado autor resulta válido en cuanto que ofrece una visión aproximada de la realidad y constata los diversos niveles de rentas que se dan entre los títulos de Castilla y señores de vasallos.

Los caballeros pertenecientes a las Ordenes Militares ocupan un peldaño más bajo en la escala nobiliaria. Los padrones de hidalgos aportan datos precisos de singular interés para conocer la identidad y la cuantía de familias que tienen establecida su residencia en la ciudad de Córdoba. La concesión de hábitos experimenta un incremento bastante destacado, sobre todo en la primera mitad del siglo XVII. De nuevo, las causas estriban en las dificultades por

(2) MORALES Y PADILLA, A.: *Historia de Córdoba.* II, f. 587 v.

las que atraviesan las arcas reales en la mencionada centuria.

En 1633 aparecen registrados 47 miembros de la aristocracia local que poseen tan preciada distinción, cifra realmente importante, puesto que significa más de una tercera parte de los hijosdalgo notorios avecindados en la capital. La distribución por Ordenes Militares carece de uniformidad y presenta unos acusados contrastes:

Ordenes Militares	%
Santiago	44
Calatrava	40
Alcántara.	16

El cuadro nos pone de manifiesto la solera de la nobleza cordobesa. El porcentaje más alto corresponde a las familias en posesión del hábito santiaguista, el que goza de mayor prestigio debido al reducido número de concesiones. El de Calatrava también ocupa un lugar relevante, mientras que el de Alcántara arroja un tanto por ciento sensiblemente inferior.

En cuanto a efectivos humanos, la situación se mantiene en fechas posteriores. La única particularidad radica en las variaciones producidas en la distribución de porcentajes. Así, en 1685 los miembros de la Orden de Calatrava se encuentran a la cabeza con un 57%. Los de Alcántara representan un 23% y los de Santiago –20%– descienden de manera espectacular. A las Ordenes mencionadas hay que sumar, en ambas fechas, un caballero perteneciente a la de San Juan.

Finalmente, los hijosdalgo notorios que carecen de señoríos y hábitos de Ordenes son los más numerosos y participan de lleno en el gobierno municipal en calidad de veinticuatros. Asimismo, gozan de unos crecidos ingresos que reportan sus propiedades rústicas y urbanas. Las alusiones de Cosme de Médicis a la nobleza cordobesa en general constituyen un punto de referencia: «Existen capita-

les de diez a veinte mil ducados de renta, pero gastan más de lo que tienen».

Los hidalgos simples están situados en el escalón más bajo de la nobleza y sobrepasan en número a los hijosdalgo notorios. Las fuentes documentales, en la mayoría de los casos, mencionan las profesiones y actividades que desempeñan los integrantes de este grupo.

Los padrones elaborados en 1685 por el municipio hacen referencia a la ocupación de 133 individuos que disfrutan del privilegio de hidalguía; un amplio muestreo que permite sacar conclusiones válidas y fiables. Las personas ligadas a las transacciones comerciales representan un 30% aproximadamente. Abundan los mercaderes de sedas y lienzos. Sin duda la cifra hay que incrementarla, pues los que figuran como jurados –12%– se dedican en gran parte al tráfico mercantil. Procuradores, abogados y escribanos totalizan alrededor de un 26%. Destacan estos últimos, ya que significan cerca de los dos tercios. A continuación los funcionarios que alcanzan un 14%, seguidos de los labradores y lagareros con un 11%. Finalmente, porcentajes muy bajos corresponden a los profesionales de la sanidad –médicos, cirujanos, barberos y boticarios– y artesanos: 4% y 3% respectivamente.

El otro estamento privilegiado es el clero. A lo largo de los siglos XVI y XVII los efectivos humanos que integran ese grupo social aumentan de manera considerable, si bien en el conjunto de la población cordobesa representan un porcentaje muy bajo. La escasa significación numérica contrasta con el fuerte poderío y notoria influencia que los eclesiásticos tienen en la vida local.

En el seno del clero secular se pueden distinguir dos grandes categorías atendiendo al volumen de bienes e ingresos. La primera engloba a los titulares de la diócesis y a los miembros del Cabildo catedralicio que perciben unas rentas sustanciosas. En cambio, los niveles de riqueza, salvo casos excepcionales, descienden de manera sensible en los párrocos, coadjutores, beneficiados y capellanes.

Sin duda, el obispado de Córdoba es uno de los más importantes y atractivos por el valor de sus rentas que ascienden a 40-50.000 dudados anuales. El hecho viene co-

rroborado por las fuentes documentales y por varios testimonios literarios de la época. Así, el viajero francés Bertaut afirma en 1659 que los ingresos de la mitra se elevan a 46.000 ducados. Cosme de Médicis da una cifra superior en 1668, mientras que en 1679-81 Madame d'Aulnoy en sus *Memorias de la Corte de España* calcula que rondan los 40.000 ducados. La favorable situación económica en el XVI explica que en los años centrales de esa centuria, sobrepasen los 50.000 ducados anuales.

Las rentas del obispado están gravadas con una serie de pensiones, que gozan determinados clérigos a título particular o bien aquellas diócesis más pobres. De vez en cuando los monarcas deciden imponer nuevas cargas. En 1597 los beneficios que debe abonar la mitra cordobesa totalizan 10.350 ducados, de los que mil se aplican en favor del prelado de Osma. A raíz del nombramiento de don Francisco Reinoso en la mencionada fecha, Felipe II incrementa la suma en 2.500 ducados (3).

Una buena parte de los ingresos se dedica a servicios económicos y donativos a la monarquía, construcción y reparación de los templos, fundación de obras pías y limosnas a los pobres en tiempos de carestía. Las obras del crucero de la Catedral ocasionaron grandes gastos y el socorro a los menesterosos en circunstancias difíciles, tales como epidemia y hambre, llegaron a consumir prácticamente las rentas en algunos años.

Conocemos con bastante precisión los bienes y el estado de las arcas episcopales a mediados del siglo XVI, período en el que las rentas alcanzan unos niveles muy altos. Los prolijos inventarios hechos por funcionarios reales a la muerte de don Leopoldo de Austria, acaecida en septiembre de 1557, ofrecen una valiosa información. Desde principios de 1.554 hasta el momento de producirse el óbito en la localidad pacense de Villanueva de la Serena, tras visitar a su sobrino Carlos I en el retiro de Yuste, había obtenido unos ingresos valorados en 192.500 ducados, sin contar las rentas correspondientes a 1.557 ni los 11-12.00 ducados pagados en concepto de pensiones impuestas sobre la mi-

(3) A.H.N. *Consejos*. Libro 4, f. 114 v.

tra. Por tanto, la media anual resultante supera los 50.000 ducados.

La documentación hace referencia a la administración de esa fabulosa suma y a los gastos globales durante ese cuatrienio. De la susodicha cantidad hay que deducir un préstamo de 100.000 ducados hecho a la Corona, que hipoteca, para garantizar el pago, la jurisdicción de la villa de Fuente Obejuna en favor del prelado. Invierte 9.000 ducados en barras de oro compradas en Sevilla y emplea 12.000 ducados en la redención de censos que tenía pendientes. Adquiere cabezas de ganado vacuno y ovino, cuyo importe no se especifica. Tampoco figuran las cantidades gastadas en las obras llevadas a cabo en el palacio episcopal y en la residencia de la Alameda del Obispo, en las labores de campo y en el sostenimiento de la casa. Este último capítulo debió ser importante a juzgar por el lujo y boato de que hizo gala durante su episcopado. La evaluación de sus bienes alcanza una cifra astronómica: «[...] vale la hazienda del obispo contando los cient myll [illegible] de Fuente Obejuna, cient quentos de maravedís y [illegible], contándolo todo, así en deudas como en bienes muebles como en la renta de ogaño» (4).

Durante los siglos XVI y XVII son nombrados para regir los destinos del obispado cordobés un total de 27 prelados (5). Todos llegaron a ocupar la mitra, salvo don Jerónimo Manrique y Aguayo que muere siendo electo y, por ende, no toma posesión. Los reclutados en el clero secular constituyen un grupo mayoritario frente a los que pertenecen a comunidades religiosas: 70% y 30% respectivamente. Dentro de estos últimos aparecen unos marcados contrastes en el reparto por órdenes. A la cabeza figuran los dominicos que aportan cinco obispos: fray Juan de Toledo, fray Martín de Córdoba y Mendoza, fray Diego Mardones, fray Domingo Pimentel y fray Pedro de Tapia. Le siguen los franciscanos con dos –fray Bernardo de Fresneda y fray

(4) A.G.S. *Consejo y Juntas de Hacienda.* Leg. 25. Exp. 233.

(5) No incluimos en la relación a don Tomás de Borja, hermano de San Francisco de Borja, designado para ocupar la diócesis cordobesa, pero antes de tomar posesión será promovido al arzobispado de Zaragoza.

Alonso de Medina y Salizanes– y los mercedarios con uno, fray Pedro de Salazar.

El episcopologio de Gómez Bravo suministra una rica información que permite el estudio de los más variados aspectos sobre los titulares de la silla de Osio (6). En cuanto a la procedencia geográfica, los datos de una amplia muestra, integrada por 21 obispos, nos ponen de manifiesto unas acusadas diferencias cuantitativas. Los nacidos en Castilla la Vieja-León ocupan un lugar muy destacado, ya que representan un 43%. A continuación los andaluces que alcanzan un 24%, de los que la inmensa mayoría son oriundos de tierras cordobesas. Porcentajes muy inferiores corresponden a Castilla la Nueva –13%– y vascos –10%–, mientras que los restantes se distribuyen por igual entre gallegos y extremeños.

Atendiendo a la procedencia social, se constata una primacía del estamento nobiliario. Sobre un total de 20 personas identificadas, 13 pertenecen a la aristocracia, es decir, un 65%. Abundan los prelados, cuyos progenitores forman parte de la nobleza titulada. Entre ellos cabe mencionar a fray Juan de Toledo y don Juan Francisco Pacheco, hijos del duque de Alba y marqués de Villena respectivamente. Don Cristóbal de Rojas y Sandoval, hijo del influyente marqués de Denia, y don Pedro Fernández Manrique, descendiente directo de los marqueses de Aguilar de Campóo. Los marqueses de Villanueva del Fresno son los padres del obispo Portocarrero y los condes de Cabra del dominico fray Martín de Córdoba. Don Alonso Manrique era hijo del I conde de Paredes y fray Domingo Pimentel de los condes de Benavente. A los nombres citados hay que sumar a don Leopoldo de Austria, tío de Carlos I.

Los hijos de funcionarios y juristas significan más de un 25%. Así, el padre del obispo Alarcón había desempeñado una plaza de oidor en la Real Chancillería de Valladolid y el de don Antonio Valdés había sido alcalde de Casa y Corte. Solamente registramos dos casos que procedan de familias modestas y ambos pertenecen al clero regular: fray Bernardo de Fresneda y fray Diego Mardones.

(6) GOMEZ BRAVO, J.: *Catálogo de los Obispos de Córdoba y breve noticia histórica de su Iglesia Catedral y Obispado*, 2 vols. Córdoba, 1778.

Las sustanciosas rentas de la diócesis cordobesa constituyen un singular atractivo con el que se premia a personas de alta cuna sin méritos propios o con una carrera eclesiástica bastante corta. El ejemplo más llamativo lo tenemos en don Leopoldo de Austria que va a ser nombrado titular de la mitra en virtud de su parentesco con el Emperador Carlos. El dominico fray Juan de Toledo es promovido directamente sin haber regentado otros obispados. Lo mismo ocurre con el hijo del marqués de Villena que sólo había tenido con anterioridad una prebenda de canónigo en Jaén.

Sin embargo, por lo general, las personas nombradas para regir la diócesis de Córdoba tienen acumulada una gran experiencia al frente de obispados más modestos o bien han prestado servicios en diversos organismos estatales.

La trayectoria de algunos prelados se desarrolla por entero en el ámbito eclesiástico y la formación recibida suele ser en Teología o en Derecho Canónico. Así, don Cristóbal de Rojas y Sandoval cursa estudios en la Universidad de Alcalá, donde se gradúa de doctor en Teología, y ocupa las sillas episcopales de Oviedo y Badajoz. Lobera y Torres había sido canónigo de Plasencia, abad de Lerma y titular de los obispados de Badajoz, Osma y Pamplona. El vallisoletano don Antonio Valdés Herrera obtiene en Salamanca el doctorado en Cánones y tiene a su cargo las diócesis de Ciudad Rodrigo, Salamanca y Pamplona.

En cambio, otros han contraído méritos casi exclusivamente en altos organismos de la administración y todos se hallan graduados a la vez en Derecho Canónico y Civil. Las carreras seguidas por Vega Fonseca y don Pablo Laguna, antes de posesionarse de la mitra cordobesa, constituyen ejemplos bien significativos. El primero es nombrado inquisidor en el tribunal del Santo Oficio de Zaragoza y a continuación ocupa una plaza de oidor en Valladolid. Después alcanza la presidencia de la Real Chancillería instalada en esa ciudad y la de Granada. Posteriormente desempeña los cargos de presidente del Consejo de Hacienda y de Indias. Muy parecida será la trayectoria del segundo. Tras cursar estudios en Salamanca, pasa a la Audiencia granadina como oidor y formará parte del Consejo de Cas-

tilla y del Supremo de la Inquisición. Años más tarde se halla al frente del Consejo de Hacienda y en 1595 es designado presidente del Consejo de Indias.

Por último, encontramos un reducido grupo que alterna cargos en la administración de justicia con el desempeño de varios obispados. Veamos como botón de muestra un par de casos. A finales del siglo XV don Juan Daza será nombrado presidente de la Chancillería con sede, en esas fechas, en Ciudad Real y después gobierna las diócesis de Oviedo y Murcia. Los monarcas le designan para la presidencia del Consejo Real, puesto que desempeña hasta ser promovido a la mitra cordobesa de la que toma posesión en enero de 1505. Alava y Esquivel se gradua en la Universidad salmantina, consigue la presidencia de la Real Chancillería de Granada y después rige los destinos de los obispados de Astorga y Avila.

Gran parte de los titulares de la diócesis tiene un *curriculum* brillante; ello explica que un alto porcentaje supera los 50 años en el momento de ser promovidos a la silla de Osio. Algunos –fray Diego Mardones, don Jerónimo Ruiz Camargo– son ya casi octogenarios. Entre las raras excepciones hay que mencionar a fray Juan de Toledo y don Leopoldo de Austria que acceden directamente al episcopado con 35 y 36 años de edad respectivamente.

El obispado cordobés, debido a las pingües rentas, constituye para la mayoría de los prelados una meta y la culminación de su carrera eclesiástica. Una buena prueba será que un 67% acaban sus días al frente de la diócesis. Sólo nueve obispos son trasladados a otras sedes por diversos motivos. Las dos terceras partes pasan a regir archidiócesis: 4 a Sevilla, 1 a Burgos y 1 a Zaragoza. Esto significa un ascenso de categoría y la posibilidad de obtener el cardenalato. Unicamente el malagueño fray Pedro de Salazar consigue el preciado capelo cardenalicio pocos días antes de la designación como obispo de la antigua capital del califato.

El balance de la labor desarrollada resulta muy dispar, aunque la mayoría realiza meritorias acciones en distintos campos. Unos mostraron su preocupación por mejorar el funcionamiento de la diócesis a nivel organizativo y pasto-

ral, así como por la formación de los candidatos al sacerdocio. Con este fin don Alonso Manrique y don Francisco de Alarcón celebran sínodos diocesanos en 1520 y 1662 respectivamente; siguiendo las orientaciones del Concilio de Trento, don Antonio Mauricio de Pazos funda en 1583 el Colegio-Seminario de San Pelagio. La construcción y reformas de templos encuentran un gran valedor en don Leopoldo de Austria, a pesar de que su conducta personal fue poco edificante. Por último, el reparto de limosnas a los menesterosos va a ser una práctica frecuente entre los gobernantes de la mitra cordobesa.

El socorro a los pobres se manifiesta de forma especial en momentos difíciles –hambres, epidemias– que proliferan sobre todo en el siglo XVII. En los años finales de la centuria del Quinientos el obispo Rèinoso consume una gran parte de las rentas episcopales en remediar las necesidades más perentorias de las personas faltas de recursos. En 1640 fray Domingo Pimentel atiende con sus donativos a innumerables mujeres y niños que se encontraban en una situación angustiosa. Fray Pedro de Tapia colabora de manera decisiva a paliar la grave carestía que provoca en 1652 el motín del hambre. Hacia 1680 fray Alonso de Medina y Salizanes repartía diariamente 40 fanegas de pan a una masa de indigentes.

El Cabildo catedralicio también es uno de los más importantes debido al fuerte poderío económico que se traduce en unas sustanciosas rentas. Los estatutos elaborados en 1577 por el obispo fray Bernardo de Fresneda aluden de forma expresa a los miembros integrantes que se reparten los 58 beneficios existentes.

A la cabeza figuran ocho dignidades: deán, arcediano de Córdoba, maestrescuela, arcediano de Castro, chantre, arcediano de Pedroche, tesorero y prior. Hay 20 canonjías, de las que una se aplica al mantenimiento del tribunal del Santo Oficio, 10 raciones y 20 medias raciones. Asimismo, se contabilizan 12 capellanes de la veintena que tienen la misión de cantar en el coro y colaboran en los servicios del culto.

Los candidatos a las plazas deben reunir una serie de requisitos, entre ellos no descender de moros y judíos. El es-

tatuto de limpieza de sangre se implanta en 1530 y ofrece como nota destacada una acentuada rigidez. Antes de tomar posesión de la prebenda, los electos van a ser sometidos a una exhaustiva investigación sobre los antecedentes familiares con el fin de comprobar la llamada pureza de sangre (7).

La riqueza económica de la denominada Mesa Capitular está basada en las numerosas propiedades rústicas y urbanas, así como en la percepción de voluminosas rentas por diferentes conceptos (8). Disponemos de testimonios coetáneos que vienen a ratificar los jugosos ingresos que obtienen los prebendados del Cabildo catedralicio. Así, en la primera mitad del XVII, Morales y Padilla afirma que «la renta de las dignidades y canongías es muy grande y tanto mejor quanto lo es el préstamo que tiene anejo». El mismo autor vuelve a señalar que «las canongías son las más ricas de España por las creces y aumentos que tienen de las prestameras» (9).

El valor económico de las prestameras anejas a dignidades y canonjías presenta unas acusadas disparidades. Las mejores eran cubiertas por riguroso orden de antigüedad cuando quedaban vacantes. Sin embargo, esta práctica habitual no tiene efecto a finales del XVI, ya que los que gozan de los mayores beneficios eclesiásticos los vinculan en coadjutorías, impidiendo que pasen a los canónigos más recientes. El incumplimiento de las normas establecidas provoca airadas protestas de los perjudicados hasta el punto de que el monarca interviene y plantea la cuestión a la Santa Sede. Bien significativa es la carta remitida por Felipe III en mayo de 1599 a su embajador en Roma:

> «[...] de pocos años a esta parte algunos canónigos, que por su antigüedad ban entrando en las mejores prestameras y estimaçiones, las han passado y preten-

---

(7) Vid, VAZQUEZ LESMES, J. R.: «Los expedientes de información de limpieza de sangre del Cabildo catedralicio cordobés». *Actas II Coloquios de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* II. Córdoba, 1983. pp. 309-333.

(8) En torno a las propiedades rústicas, vid, MOYA ULLDEMOLINS, J.: «Los cortijos del Cabildo Catedral cordobés (Mesa Capitular): aproximación histórico-económica». *Homenaje a Antonio Domínguez Ortiz.* Madrid, 1981. pp. 527-549.

(9) MORALES Y PADILLA, A.: *op. cit.* II, ff. 553 r. y 587 r.

den passar en coadjutorías como cosa propia de sus canongías en notable prejuycio de aquella Iglesia, assí por alterar el orden y modo de gozar los frutos y rentas de su mesa como en quitar su derecho y premio a los que lo más de su vida han gastado en la asistencia del Coro y seruicio della...» (10).

Conocemos de manera aproximada los ingresos anuales que reportan a sus titulares las prebendas catedralicias en el siglo XVII. El italiano Cosme de Médicis calcula en 2-3.000 piezas de oro las rentas de cada una de las dignidades. El francés Bertaut valora el deanato en 6.000 ducados. Morales y Padilla afirma que los arcedianatos «son muy ricos de 5.000 y 3.000 ducados de renta». Las mencionadas cifras resultan bien elocuentes, de ahí la notoria presencia de linajudos aristócratas.

Así, en el primer tercio del XVI ocupa la chantría don Pedro Ponce de León, hijo de los duques de Arcos, y por las mismas fechas don Juan Fernández de Córdoba, hijo de los condes de Cabra, el deanato. Idéntico fenómeno se constata en las primeras décadas de la centuria siguiente. El deanato está en manos de don Diego Sarmiento de los Cobos, que había sido conde de Ribadavia; un vástago del duque de Sesa ejerce el cargo de arcediano de Córdoba y don Juan Centurión, hijo del marqués de Estepa, regenta la dignidad de tesorero.

En el interior del recinto catedralicio se localiza la Capilla Real que alberga los cuerpos de Alfonso XI y Fernando IV hasta su posterior traslado a la Colegiata de San Hipólito. A mediados del XVII la dotación económica asciende a 7.000 ducados y el servicio de culto lo atienden ocho capellanes –nueve a partir de 1661– y otros ministros. Veamos las rentas anuales que perciben a lo largo de la segunda mitad del Seiscientos (11):

(10) A.H.N. *Consejos*. Libro 4, f. 337 v.

(11) RAMIREZ DE LAS CASAS-DEZA, L. M.: «Noticia histórica de la Colegial de San Hipólito». BRAC. 5 (1923). p. 77.

	1640	1675
Capellán mayor	300 duc.	425 duc. y 60 fs. de trigo
Capellanes menores . .	200 duc.	250 duc. y 40 fs. de trigo
Sochantre	150 duc.	187 duc. y 30 fs. de trigo

Prácticamente la dotación de la capilla real se distribuye en remunerar las personas encargadas de los actos de culto. Los ingresos experimentan un notorio incremento y el volumen de los mismos ofrece unos contrastes acusados entre las rentas del capellán mayor y las que perciben los restantes ministros.

Frente a las sustanciosas prebendas del Cabildo catedralicio el de la Real Colegiata de San Hipólito, integrado por un prior y nueve canónigos, obtiene unos beneficios eclesiásticos muy inferiores. Al igual que el primero establece el estatuto de limpieza de sangre para todos sus miembros a partir de 1566.

Los mayores efectivos humanos corresponden al clero parroquial. Al frente de cada una de las 15 parroquias figura un rector, ayudado por coadjutores y un número variable de capellanes y beneficiados. Morales y Padilla señala a San Pedro como una de las iglesias más ricas, ya que en ella «ay ocho beneficios de muy buena renta». Desconocemos el nivel de rentas que, sin duda, estaría muy por debajo de los ingresos asignados al clero catedralicio. El testamento del presbítero Diego de San Juan, beneficiado de la parroquia del Salvador, puede servir como punto de referencia.

A principios de 1.590 otorga su postrera voluntad y el documento aporta una información de singular interés. Era hijo de un escribano público y a tenor de sus propias declaraciones colegimos que tiene una hacienda de cierta entidad. Entre los bienes figuran unas casas en el barrio de Santo Domingo, junto a la Compañía de Jesús, un lagar en la sierra de Córdoba y censos por un valor superior a 3.000 ducados. También posee numerosos objetos de plata, algunas cabezas de ganado, guadamecíes, media docena de es-

clavos y varios centenares de ducados en moneda de vellón (12).

Los efectivos del clero secular alcanzan una cuantía importante en el siglo XVI, aumentando en la centuria siguiente. En 1638 se contabilizan 400 personas, de las que más de la mitad –concretamente 266– son sacerdotes y las 134 restantes han recibido sólo las órdenes menores. La distribución por barrios presenta unas notorias diferencias cuantitativas. Las collaciones de Santa María, San Pedro y San Andrés van a la cabeza y totalizan 115 presbíteros y 69 clérigos menores. Los últimos lugares corresponden a las parroquias de Santiago y Santa María Magdalena que suman 22 sacerdotes y 8 minoristas (13). Sin duda, la cifra hay que incrementarla, puesto que en la citada relación faltan las circunscripciones de San Nicolás de la Villa y Visitación de Nuestra Señora (Campo de la Verdad).

Los integrantes del clero regular arrojan unas cifras muy superiores a las del secular. Junto a los establecimientos que datan del período bajomedieval, hay que sumar las numerosas fundaciones llevadas a cabo en los siglos XVI y XVII. Si bien en esta última centuria el ritmo desciende de manera considerable. Salvo casos excepcionales, los nuevos conventos se localizan en el interior o en los aledaños del recinto urbano. En ocasiones, la protección de los obispos o la ayuda económica de la nobleza contribuyen de forma decisiva a la instalación de comunidades en la ciudad.

A principios del Quinientos figuran varias órdenes masculinas. Los dominicos tienen dos conventos, San Pablo y Scala Coeli. El primero lleva una vida floreciente con una nutrida comunidad, mientras que el segundo, situado en la sierra de Córdoba, atraviesa graves dificultades. Los franciscanos de regular observancia ocupan el convento de San Pedro el Real y los recoletos de la misma Orden el de San Francisco de la Arruzafa. Los de la Orden Tercera de San Francisco se hallan muy en precario a las afueras de la ciudad hasta que a comienzos del XVII se

(12) A.P.C. Of. 31. Prot. 26, ff. 193 r. - 205 v.

(13) COBOS RUIZ DE ADANA, J.: *El clero en el siglo XVII. Estudio de una visita secreta a la ciudad de Córdoba.* Córdoba, 1976. p. 127.

trasladan al convento de Madre de Dios. También están presentes los mercedarios, trinitarios, agustinos y, en las proximidades de Córdoba, jerónimos.

En la primera mitad del XVI se asientan los mínimos de San Francisco de Paula y los carmelitas. En 1531 los dominicos abandonan Scala Coeli y pasan al monasterio de los Santos Mártires. Años más tarde, se designa a fray Luis de Granada para restablecer la comunidad en el retiro de la sierra. A mediados de siglo llegan los jesuitas y a lo largo de la segunda mitad de la centuria acuden la Orden hospitalaria de San Juan de Dios, los carmelitas descalzos y los basilios.

Durante el siglo XVII las fundaciones disminuyen de manera sensible. En 1608 el mismo San Juan Bautista de la Concepción introduce los trinitarios descalzos y en 1629 llegan los capuchinos. El municipio concede autorización a los cartujos para establecerse. A principios de 1641 el visitador general fray José de Santamaría agradece a los miembros del Cabildo la ayuda prestada y en reconocimiento piensa proponer en el capítulo general que «se haga capilla aparte con las armas de esta Ciudad para que los debotos deste Cabildo se puedan enterrar en la bóbeda que se hará en la dicha capilla» (14). La licencia contó con el apoyo de los veinticuatros, salvo el voto de don Juan de la Cerda, quien expresa su oposición en estos términos: «[...] aora llega a su noticia que estos padres tratan de fundar conbento en esta çiudad y porque está prohibido por condición particular con el Reyno que no se puedan hacer fundaciones nuebas, por ser dañosas a la República y por otras razones que són notorias, no detiene su merced al Cabildo, pero por su boto contradice todo lo que en raçón de esto se ubiere acordado» (15). Los religiosos pensaban trasladar a Córdoba el convento de Cazalla, pero debieron surgir dificultades, ya que la fundación no tuvo lugar. Por último, en 1682 se establecen los franciscanos alcantarinos en el modesto convento de San Pedro de Alcántara (16).

(14) A.M.C. *Actas Capitulares.* Sesión 9-I-1641, f. 20 r.

(15) *Ibidem.* Sesión 16-I-1641, f. 33 v.

(16) En los años finales del siglo XVII el canónigo lectoral del Cabildo catedralicio don Luis Antonio Belluga y Moncada, que después sería obispo de Cartagena y cardenal, establece en Córdoba el Oratorio de San Felipe Neri.

A comienzos del XVI encontramos, en distintas zonas de la ciudad, varias órdenes femeninas que habitan un total de nueve conventos. Las franciscanas tienen cuatro –Santa Clara, Santa Cruz, Santa Inés y Santa Isabel de los Angeles– y le siguen las dominicas con tres: Santa María de Gracia, Regina y Santa Catalina que en 1588, al trasladarse a un nuevo emplazamiento, cambia de advocación y se le da el título de Jesús Crucificado. Las jerónimas y las religiosas benitas y bernardas ocupan los conventos de Santa Marta y Santa María de las Dueñas respectivamente.

Durante la mencionada centuria aparecen nuevas órdenes. Las religiosas agustinas fundan en el barrio de San Lorenzo y, años más tarde, moran en el convento de Santa María de las Nieves. Las de San Francisco de Paula se localizan en el de Jesús y María y las carmelitas descalzas en el de Santa Ana. Al mismo tiempo las benitas y bernardas aumentan el número de casas: Encarnación Alta y Concepción.

El mismo fenómeno se constata en el siglo XVII. De un lado, se instalan comunidades por vez primera como las capuchinas que recibieron la decidida protección del duque de Sesa. De otro, las órdenes ya establecidas incrementan las fundaciones. Las benitas y bernardas ocupan los conventos del Cister y San Martín; las religiosas de la Orden de Santo Domingo el de Espíritu Santo y las reformadas, con la ayuda del prelado fray Diego de Mardones, el de Corpus Christi. Por último, el de la Encarnación, cuyas moradoras siguen la regla de San Agustín.

La obra de Martín de Córdoba sobre la mortífera epidemia de 1649-50 ofrece una lista de las diversas comunidades y especifica el número de miembros (17). Los religiosos suman un total de 740 personas. Destacan, en términos cuantitativos, los dominicos con 114, de los que 94 residen en el convento de San Pablo y 20 en el de los Santos Mártires. Les siguen los agustinos con 106 y los franciscanos con 80. Esta cifra corresponde también a los mercedarios, mientras que las de los carmelitas y trinitarios calzados ascienden a 70 y 60 respectivamente. Entre 50 y 40 figuran

(17) *Córdoba castigada con piedades en el contagio que padeció los años de 49 y 50.* Málaga, 1651. pp. 42 y 47.

los carmelitas descalzos, jesuitas y mínimos de San Francisco de Paula. En los últimos lugares se hallan las comunidades de trinitarios descalzos y capuchinos con 13 religiosos cada una y los basilios con 22. Ahora bien, si tenemos en cuenta que faltan en la relación los hermanos de San Juan de Dios y los conventos situados en las proximidades de Córdoba, la cuantía sería mayor.

Las órdenes femeninas alcanzan una cifra muy superior, 1.212 personas. A la cabeza figuran las dominicas con 324 religiosas, distribuidas en cinco conventos. Los valores extremos se hallan en los de Santa María de Gracia y Corpus Christi con 95 y 24 respectivamente. Las diversas comunidades de benitas y bernardas ocupan un lugar relevante, pues solo en la de Santa María de la Dueñas se contabilizan 130. Las de la Orden de San Francisco totalizan 269 monjas. Las jerónimas de Santa Marta 91, mientras que las carmelitas descalzas de Santa Ana suman 13.

Asimismo un nutrido grupo de personas lleva una vida recogida y apartada del mundo. Abundan los ermitaños desparramados en los yermos de la sierra. En la ciudad se localizan beaterios, de los que algunos llegaron a transformarse en conventos de religiosas.

El grueso de la población cordobesa forma parte del estamento llano en el que aparecen niveles socioeconómicos muy dispares. Los grandes mercaderes ocupan una posición muy destacada. La expansión económica de la ciudad en el siglo XVI marca la época dorada de este grupo. Consiguen saneados y elevados ingresos que, en muchos casos, no revierten en la actividad mercantil. Los beneficios se emplean en la adquisición de tierras con el fin de lograr una mayor prestancia social. Asimismo, uno de sus grandes objetivos será obtener una plaza de jurado en el gobierno municipal. El privilegio de hidalguía constituye la meta ansiada, logrando sus propósitos un sector elitista. El hecho viene corroborado por el alto porcentaje de hidalgos simples que se reclutan entre los comerciantes.

También las denominadas capas medias cuentan con una nutrida presencia de profesiones liberales, funcionarios, labradores y un contingente muy reducido de artesanos. En los primeros sobresalen los hombres de leyes

–abogados, procuradores y escribanos– y los que desempeñan actividades ligadas a la sanidad, tales como médicos, cirujanos y boticarios. Al igual que en los mercaderes, las pretensiones de ascenso social resultan innegables y un número variable de familias ostenta la condición de hidalgos.

La masa de artesanos que trabajan por cuenta propia tiene, en líneas generales, un status económico inferior y los períodos de crisis inciden sobre ellos con especial gravedad. Los gremios más numerosos y que ofrecen mayor vitalidad son los que agrupan a los oficios vinculados a la industria textil y a los sectores del metal y cuero, precisamente los que juegan un papel destacado en el pujante desarrollo económico que protagoniza la ciudad a lo largo del XVI. Sólo una pequeña minoría disfruta de una posición desahogada que desempeña algunas juraderías en el Cabildo municipal y consigue privilegios de hidalguía. Dentro de este grupo los plateros constituyen una auténtica élite.

Las capas sociales más modestas están formadas por una elevada cifra de trabajadores asalariados. Se hallan en una situación económica bastante delicada, pues los ingresos que obtienen cubren con dificultad los niveles vitales. La carencia de recursos explica que en épocas de crisis, sobre todo en el siglo XVII, se produzca un acentuado malestar que aflora en más de una ocasión. Un ejemplo significativo de las tensiones sociales lo tenemos en el motín del hambre de 1652.

No disponemos de datos suficientes que permitan trazar la evolución de los salarios. Como botón de muestra tenemos los fijádos por el Cabildo municipal en 1552. A través de ellos podemos ofrecer una imagen de la realidad a mediados del Quinientos. Abundan las referencias a los sueldos establecidos a las personas contratadas para trabajar en el campo. Por el contrario, escasean los referidos a las actividades que se efectúan en el marco urbano.

Los gañanes, además de la comida, perciben 15 reales mensuales en la sementera, mientras que en tierras de barbecho desciende a 13 reales (18). Tarifas distintas rigen

(18) El mes consta de 26 días laborables.

para los mozos de labranza que prestan servicios con animales de labor propios. Así, los que aran con yuntas de bueyes o asnos cobran 2,5 reales diarios y la manutención; los que emplean mulos o caballos la cuantía sube a 3 reales. En ambos casos, si la comida es por cuenta del trabajador los valores monetarios se incrementan en medio real. El horario de trabajo abarca desde la salida hasta la puesta del sol.

Los segadores ganan 2 reales diarios y mantenidos, un salario más alto que el de los gañanes. El documento especifica la jornada de trabajo: «desde que sale el luzero hasta las doze de medio día y que si se quedaren allá para segar los días o día siguiente, buelvan a segar desde las quatro de la tarde y salgan a puesta de sol» (19). Los jornales de los cavadores presentan sensibles fluctuaciones a lo largo del año. Desde febrero hasta junio 2 reales diarios más la comida; desde el día de San Lucas –18 de octubre– hasta finales de enero 1,5 reales, mientras que en los restantes meses solamente 1 real. Idénticos sueldos se fijan a los podadores: 1,5 reales en el período comprendido entre el comienzo de la poda y finales de enero y 2 reales desde febrero en adelante. La jornada laboral varía en función de la zona donde realizan sus tareas, ya que «si trabajaren en la sierra sea desde que bean para poder trabajar hasta que no vean y en los llanos de sol a sol sin dalles de cenar».

Carreteros y ereros, aparte de la manutención, ganan 26 y 20 reales mensuales respectivamente. Los acarreadores con más de diez bestias a su cargo tienen de salario 15 reales mensuales y la misma cantidad se establece para los acemileros. En la recolección de la aceituna los vareadores perciben 1 real diario y algo menos los cojedores. Una cifra similar corresponde a los llamados vendimiadores de canastas, duplicándose la paga a los trabajadores que lleven bestias de su propiedad. Los sueldos de los caseros ascienden a 10 reales mensuales y comida en los cortijos de la campiña, mientras que en la sierra, caserías de olivar y huertas llegan a 12 reales. Los aperadores disfrutan de

(19) A.M.C. Sección XIII. Serie 10. *Ordenanzas municipales y Reales provisiones recopiladas en 1717.* Libro 4.º, ff. 124 r. - 131 r.

unas condiciones más ventajosas. Los que controlan un mínimo de diez yuntas reciben cada año la manutención, 220 reales, un puerco o su equivalente en metálico y una serie de dádivas. Entre ellas cabe destacar la entrega gratuita de tierra para que siembren en su provecho medio cahiz de trigo y una fanega de lino.

Por último, los salarios de los cuidadores de ganado ofrecen ciertas disparidades en función del tipo de especie, época del año y número de cabezas. Los boyeros que guardan un mínimo de un centenar de reses, además de tener asegurado el sustento, ganan desde principios de mayo hasta el día de San Miguel 18 reales mensuales y en los meses de octubre a enero los ingresos monetarios bajan a 11 reales. Los vaqueros ingresan en metálico 12 reales mensuales en las dehesas y 15 en los baldíos de la sierra. Aproximadamente una tercera parte menos cobran los zagales. Entre mayo y septiembre los porqueros que tienen a su cargo una piara de 150 cerdos perciben 20 reales, mientras que en el invierno el tope máximo alcanza solo 12 reales. La retribución de los zagales significa alrededor de un 50% menos.

Veamos, a título de ejemplo, los salarios y tarifas que el municipio asigna por el desempeño de ciertos oficios y actividades en el medio urbano. Los sueldos fijados a los maestros albañiles ascienden a 3 reales diarios, mientras que los oficiales solamente a 2. El nivel más bajo es el de los peones, 1,5 reales desde San Miguel hasta finales de marzo y algo menos en el período de abril a septiembre. La jornada laboral se inicia con la salida del sol y concluye al toque de oración.

Tanto los maestros como los oficiales carpinteros ganan igual que los albañiles. En ambos casos no se incluye la manutención. Valores monetarios superiores corresponden a los aladreros: 3,5 reales diarios a los maestros y 2 a los peones. Las ordenanzas de 1552 fijan las tarifas de los aguadores y harruqueros. Los primeros cobran un máximo de 4 maravedís por una carga de agua de cuatro cántaros. Los segundos llevan un par de maravedís por cada fanega de trigo u otra semilla que transporten a los arrabales, mientras que en el recinto urbano los precios son inferiores.

En el conjunto de la población cordobesa también hay que destacar la nutrida presencia de extranjeros. Sin duda, los portugueses forman la colonia más numerosa a tenor de la información que proporcionan los registros matrimoniales en las distintas parroquias. Abundan los trabajadores asalariados que desempeñan oficios modestos en la ciudad y los jornaleros del campo. Por el contrario, los que se dedican a actividades comerciales –tratantes y mercaderes– constituyen un grupo reducido. Asimismo, figuran artesanos –sombrereros, sastres– y algunos escribientes.

En términos numéricos les siguen los franceses que desempeñan tareas muy diversas. Sobresalen los caldereros que en el último cuarto del siglo XVI suman 13 personas, instaladas, en su mayoría, en la calle Nueva del barrio de Santo Domingo (20). La mencionada cifra se recoge en el alistamiento efectuado por el municipio a finales de 1576 con el fin de llevar a cabo un estricto control, puesto que los caldereros franceses van a ser acusados de practicar la evasión de moneda:

> «[...] avemos sido ynformados que munchos de los dichos franceses caldereros, aviendo recogido cantidades de dineros que ganan en esta ciudad al uso de sus offiçios, estando avezindados en ella, so color de yr a las villas y lugares desta juridizion y comarca, faltan desta ciudad quatro y seis meses, en el qual tienpo se tiene por muy cierto que van a Francia a llevar los dichos dineros» (21).

A pesar de que las diligencias efectuadas por la justicia no llegan a demostrar el supuesto delito, las autoridades locales deciden ejercer un rígido control de movimientos, hasta el punto de que estos artesanos necesitan una licencia expresa del municipio para ausentarse de la ciudad. También aparecen franceses que se dedican a transportar costales a la Alhóndiga y plazas, prestan servicios domésti-

---

(20) I a calle, denominada popularmente Nueva de los Franceses, fue abierta en el prime tercio del XVI por el corregidor don Hernando Pérez de Luján y corresponde a a actual Cuesta de Luján.

(21) A.M.C. Sección XIII. Serie 10. *Ordenanzas municipales...* Libro 3.º, f. 9 r-v.

cos, trabajan como mozos en las Caballerizas Reales o bien se ocupan en tareas agrícolas.

Italianos y flamencos carecen de relevancia numérica. Entre los últimos destacan los criados al servicio de nobles y clérigos, y artistas como Guillermo de Orta y Guillermo Nicolás. Los oriundos de otros países constituyen ejemplos aislados. Así, a principios de junio de 1592 se da lectura en el Cabildo seglar a una petición de vecindad suscrita por Domingo Doro, Jerónimo Cares y otros «de los de la nación de Grecia».

Las minorías marginadas tienen una amplia representación en la sociedad cordobesa de los siglos XVI y XVII. La mendicidad era una práctica habitual en las calles y una legión de pordioseros acude a las puertas del palacio episcopal, donde los titulares de la mitra reparten abundantes limosnas. La situación presenta tintes muy sombríos en épocas de carestía, hambre y epidemia. Junto a los verdaderamente necesitados, encontramos un buen número de pícaros, truhanes y maleantes. La literatura picaresca del Siglo de Oro aporta innumerables referencias al hampa de la ciudad que actúa en los barrios de mayor vitalidad económica, siendo lugares predilectos las plazas del Potro y de la Corredera (22).

La comunidad morisca empieza a cobrar importancia con motivo de la llegada masiva de granadinos deportados. Los efectivos humanos superan las 4.000 personas que, a nivel cuantitativo, significan un 10% de la población total. La estructura socioprofesional ofrece como rasgo distintivo un acusado predominio de los oficios relacionados con el sector secundario frente al primario y terciario. En el artesanado destacan las actividades vinculadas a la alimentación, piel y calzado, textiles, construcción y metal. El desempeño de tales ocupaciones está en función de las áreas más expansivas a lo largo del Quinientos que son las que demandan mano de obra y, por ende, facilitan la inserción profesional de la minoría disidente. En los años siguientes a la instalación en Córdoba los que se dedican a servicios

(22) Vid. ORTIZ JUAREZ, J. M.: «Córdoba y los cordobeses en la literatura picaresca del Siglo de Oro». *Anales del Instituto Nacional de Bachillerato «Luis de Góngora»*, III. (Córdoba, 1972). pp. 79-90.

domésticos suponen más de un 60%. En contrapartida, el comercio al por mayor y transportes arrojan unos exiguos porcentajes. Estos se van incrementando de manera sustancial a partir de 1580, mientras que los criados y personal de servicio experimentan un drástico retroceso. Por último, dentro del primario sobresalen hortelanos y labradores que cultivan tierras en arrendamiento. Asimismo, los moriscos juegan un papel de cierta relevancia en la cría de seda.

La convivencia entre moriscos y cristianos presenta serias dificultades. Estos adoptan posturas contrapuestas ante la presencia de los disidentes en la capital. En líneas generales, la aristocracia muestra una actitud de apoyo y defensa en base a unos intereses. En cambio, la mayoría de los artesanos profesa una clara aversión, debido a la competencia y rivalidad surgidas en el plano laboral.

A pesar de las prohibiciones y del rígido control, los moriscos asentados en Córdoba conservan algunas de sus peculiaridades culturales. Las fuentes documentales constatan la utilización de la lengua y sobrenombres árabes. También continúan practicando sus creencias islámicas, como se atestigua a través de los procesos instruidos por el tribunal del Santo Oficio. Los problemas quedan zanjados de manera drástica con la expulsión a principios de 1610, de la que sólo lograron escapar un grupo muy reducido. Las consecuencias de la proscripción no presentan la gravedad de Valencia o del mismo Reino de Granada a raíz de la sublevación de 1568. No obstante, los efectos negativos en el plano demográfico se dejan sentir y, a nivel económico, las implicaciones nocivas derivan de la pérdida de una mano de obra laboriosa y barata (23).

Los gitanos constituyen otro de los grupos marginados. A lo largo del XVI son frecuentes las peticiones de vecindad dirigidas al Cabildo municipal. Por regla general, las solicitudes van a ser aprobadas por los capitulares. De todas formas, los integrantes de esta comunidad nunca llegaron a alcanzar una cifra importante, si nos atenemos a la

(23) Vid. ARANDA DONCEL, J.: *Los moriscos en tierras de Córdoba.* Córdoba, 1984.

información que suministran los registros efectuados en la segunda mitad del XVII.

En 1673 las autoridades locales llevan a cabo un alistamiento en el que figuran 43 personas que viven de alquiler en una decena de casas situadas en los barrios de San Pedro y Santiago. En el primero se localizan media docena de viviendas: tres en la plazuela de los Cedaceros, dos en la calleja del Pósito y una en la plaza de la Corredera. En la collación de Santiago las familias moran en la puerta Baeza y en la Carrera de la Fuensanta. El registro elaborado en 1693 arroja unos valores numéricos sensiblemente inferiores, sólo seis familias que suman un total de 25 personas. Las profesiones de los gitanos residentes en Córdoba se limitan a las de herrero y esquilador, oficios tradicionalmente vinculados a este grupo social (24). Una buena muestra de sus peculiaridades folklóricas la hallamos en las vistosas danzas que sacan cada año en la procesión del Corpus.

Por último, hay que mencionar a los esclavos que representan en el conjunto de la población un 5% aproximadamente. El mercado esclavista cordobés alcanza su máximo auge en el último tercio del siglo XVI y las causas obedecen al elevado contingente de moriscos granadinos sometidos a cautiverio con motivo de la sublevación de 1568. También figuran numerosos negros, mulatos y blancos que proceden en su mayoría de las costas occidentales de Africa y de la zona de Berbería.

Las cotizaciones de los esclavos presentan unos contrastes bien acusados. Los factores que explican este hecho son varios y de naturaleza diversa. Edad, sexo y grupo étnico constituyen variables muy importantes a la hora de analizar las oscilaciones de los precios. Los valores monetarios más altos corresponden a las personas con edades comprendidas entre los 15 y 30 años. No olvidemos que la adquisición de un esclavo es una inversión de la que hay que obtener la máxima rentabilidad para el trabajo. Los precios de los varones están por debajo de los que se constatan en las mujeres, ya que, entre otras ventajas, el pro-

(24) A.M.C. Sección I. Serie 14. Docs. 3 y 4.

pietario multiplica la inversión realizada con los hijos nacidos que tendrían el *status* jurídico de la madre. Asimismo, las disparidades son perceptibles en las diferentes etnias.

Veamos las variaciones de precios, expresados en ducados, que se producen en el último tercio del Quinientos, basándonos en los datos que aportan más de 700 documentos notariales referidos a compraventas:

Edad	Moriscos	Negros	Mulatos	Blancos
10-19	58,3	76,3	61,6	72,8
20-29	62,6	80,5	80,3	106,8
30-39	54,9	62,6	73,2	93,8

Los precios más bajos corresponden a los moriscos granadinos. La justificación viene dada por una serie de razones. La afluencia masiva en el mercado provoca una auténtica saturación. A ello hay que sumar el lógico recelo de los compradores ante un eventual cambio de actitud por parte de la Corona. Se temía que el monarca pudiese derogar en cualquier momento que los cristianos nuevos apresados durante el levantamiento de las Alpujarras puedan someterse a cautiverio. Precisamente la documentación refleja esta incertidumbre. Negros y mulatos presentan unas cotizaciones muy similares en general. Por último, los valores monetarios más altos corresponden a los esclavos de raza blanca. En definitiva, los precios guardan una relación inversamente proporcional al volumen de individuos puestos en venta en el mercado cordobés.

Los propietarios se reclutan en los diversos estratos sociales, aunque los estamentos privilegiados ocupan un puesto relevante. Los esclavos constituyen para la nobleza un signo de ostentación externa de riqueza. Se emplean preferentemente en servicios de carácter doméstico, realizando tareas propias de criados, sirvientes, lacayos. En menor proporción son utilizados como mano de obra en labores agrícolas o bien sus dueños los alquilan para el desempeño de trabajos penosos y duros. Dentro de los eclesiásti-

cos sobresalen las dignidades y canónigos del Cabildo catedralicio, altos cargos de la Curia diocesana e inquisidores del Santo Oficio. Mercaderes y artesanos poseen un número variable de cautivos que se dedican a tareas propias de los oficios de sus amos.

Los esclavos podían conseguir la libertad a través de maneras distintas. Un elevado porcentaje de manumisiones se realiza mediante el pago de una cantidad que establece el mismo propietario. En general, la cuantía estipulada guarda una estrecha relación con las cotizaciones vigentes en el mercado o con las posibilidades que tiene el cautivo de satisfacer el importe de su rescate. Sin embargo, para los moriscos se fijan unos valores muy superiores a los reales, debido al lógico interés de la misma comunidad en redimir a sus parientes y correligionarios. El estado en que se encuentran los negros, mulatos y otros es bien distinto, ya que deben superar grandes obstáculos para reunir las monedas necesarias. La vía más factible y utilizada será conseguir del propietario el permiso necesario para trabajar en la ciudad, efectuando el pago con los ingresos obtenidos. En situaciones límites se recurre a la limosna callejera. La manumisión sin compensación económica suele ser menos frecuente. El dueño accede impulsado por la piedad cristiana, el cariño que profesa al esclavo o por gratitud a los servicios prestados (25).

---

(25) Vid. ARANDA DONCEL, J.: «La esclavitud en Córdoba durante los siglos XVI y XVII». *Córdoba. Apuntes para su historia.* Córdoba, 1981. pp. 149-170. NDAMBA KABONGO, A.: *Les esclaves à Cordoue au debut du XVII siècle (1600-1621).* Toulouse, 1975. Copia mecanografiada.

III. LAS ACTIVIDADES ECONOMICAS

La trayectoria de la economía cordobesa en los siglos XVI y XVII ofrece unos contrastes muy acusados. A grandes rasgos se pueden señalar distintas fases que marcan las pautas generales de la evolución. En el primer tercio del Quinientos tiene lugar un tímido despegue que se va consolidando hasta alcanzar una pujante expansión que se detiene en las últimas décadas de la centuria. Los años finiseculares presentan una situación bastante deteriorada que se va agudizando hasta desembocar en una crisis que persiste, con mayor o menor intensidad, a lo largo del XVII. Los síntomas de recuperación constatados en determinadas zonas periféricas de la geografía española desde 1680 no se aprecian, a pesar de que esa fecha coincide con los denodados esfuerzos del corregidor Ronquillo Briceño por rehacer la maltrecha economía. Al menos, los intentos de potenciar sectores artesanales que habían gozado antaño de una fuerte vitalidad resultan infructuosos.

Si las líneas directrices de la tendencia pueden ser esbozadas, no ocurre lo mismo con las diversas actividades económicas, salvo el caso excepcional de la industria textil, magistralmente analizada por J. I Fortea. Faltan estudios que permitan calibrar la importancia y vicisitudes seguidas por los distintos sectores.

Los inicios de la Modernidad representan un período en el que la economía experimenta un débil crecimiento en general a pesar de los múltiples y graves problemas. Los trabajos de Yun Casalilla constatan un relativo avance en las primeras décadas del XVI, etapa en la que se producen

una crisis de subsistencia y una conflictividad social intensas (1).

El impulso económico está basado en la potenciación agropecuaria. De un lado, la superficie dedicada a cultivos aumenta, especialmente el de la vid, y, de otro, tiene lugar un proceso de adehesamiento que supone un incremento de las zonas dedicadas a pastos. Sin duda, los grupos dirigentes son los que obtienen un mayor provecho en cuanto que entre ellos se reclutan los propietarios de las tierras.

Los estudios del autor mencionado ofrecen una imagen de la ciudad diametralmente opuesta a la que deducimos de la obra de Fortea. En el primer caso, Córdoba aparece como una aglomeración rural, mientras que en el segundo destacan las funciones genuinas del medio urbano. De entrada hay que descartar unas transformaciones repentinas en las que los términos lleguen a invertirse en un corto período de tiempo.

En el primer tercio del XVI la economía cordobesa debió tener uno de sus pilares más sólidos en el sector primario, pero las actividades mercantiles y artesanales ocuparían un lugar de cierta importancia, al menos la producción y comercialización de paños contaba con una tradición bajomedieval. Por otra parte, el análisis de J. I. Fortea al centrarse sobre la industria textil, sin ahondar en la incidencia de la agricultura en el conjunto de la economía, ha podido valorar en exceso la relevancia del sector secundario.

De cualquier forma, el peso específico del artesanado resulta indiscutible frente a las demás actividades económicas y constituye la base de la expansión. Buena prueba es que cuando se plantea la inserción profesional de los moriscos granadinos deportados –más de 4.000 personas– que llegan a Córdoba a partir de 1569, un elevado porcentaje va a desempeñar oficios ligados al sector secundario.

Aparte de la capacidad de absorción, la vitalidad de los gremios también se manifiesta en la proliferación de orde-

---

(1) *Crisis de subsistencia y conflictividad social en Córdoba a principios del siglo XVI*. Córdoba, 1980. «Crecimiento, crisis de subsistencia y conflictividad en Córdoba, 1516-1522». *Actas II Coloquios de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna*. I. Córdoba, 1983, pp. 413-437.

nanzas en esta centuria que dotan por vez primera a numerosos oficios de una normativa legal. La industria textil –paños y seda– juega un papel de primera fila. Le siguen en importancia la de los cueros y metal.

Gracias a la aportación del profesor Fortea, conocemos de manera exhaustiva la industria textil cordobesa. La elaboración de paños goza de una tradición que arranca del siglo XV y muestra como rasgo característico la estrecha colaboración que se establece entre el medio rural y urbano.

La vocación ganadera del valle de los Pedroches, desarrollada en parte por las limitaciones que se derivan de las escasas posibilidades agrícolas de sus tierras, hace de esta comarca de la Sierra Norte un centro productor de lanas. La abundancia de una materia prima de gran calidad propicia el desarrollo de una industria textil. Pero en esta comarca se llevan a cabo únicamente las operaciones iniciales de la fabricación de paños, mientras que las labores de acabado se realizan en Córdoba.

La utilización de unas técnicas depuradas era indispensable para producir tejidos de calidad que pudiesen competir con los de otras ciudades castellanas. Al mismo tiempo, la necesidad de importar las materias tintóreas plantea una serie de dificultades a los artesanos rurales: desembolsos económicos superiores a sus posibilidades y desconocimiento de los medios financieros y comerciales. Razones que motivan la concentración en la ciudad de las últimas fases de la elaboración de paños. Simultáneamente se aprovecha la infraestructura de los núcleos rurales por las ventajas que reportan.

La industria sedera ofrece algunas peculiaridades que la diferencian de la pañera. De un lado, el inicio de la actividad surge en el XVI y a lo largo de la centuria va cobrando un gran auge. No existen los antecedentes bajomedievales que se constatan en los tejidos de lana. De otro, todo el proceso de fabricación tiene lugar en Córdoba.

La producción alcanza un volumen importante y una gran variedad de telas. El denominado Arte Mayor de la Seda se dedica a la elaboración de tejidos muy cotizados: terciopelos, rasos y damascos. En cambio el Arte Menor se

centra preferentemente en los tafetanes. Los maestros de una y otra especialidad protagonizan algunos enfrentamientos, debido a la contraposición de intereses.

Una parte de la materia prima utilizada se importa; en los primeros momentos procede del Reino de Granada y desde mediados de la centuria los principales núcleos abastecedores son Murcia, Orihuela y Valencia. Parece ser que los telares cordobeses tenían una marcada dependencia del suministro exterior, ya que la producción local no cubría la demanda de la pujante industria.

La llegada de los moriscos granadinos supone una notoria potenciación de la cría de la seda, fenómeno que se ratifica a través de los protocolos notariales. Ahora bien, la incidencia de la minoría disidente en la manufactura y comercio sedero carece de relevancia.

La industria del cuero presenta un desarrollo bien patente en la economía cordobesa del siglo XVI, sobre todo los cordobanes y guadamecíes que gozan de un merecido prestigio tanto nacional como internacional. Los primeros, debido a su duración y flexibilidad, se emplean con fines prácticos: calzado, bancos, sillones, sillas, arcones y otras piezas del mobiliario de esta época.

Los guadamecíes se labran en pieles de ovino curtidas a las que ornamentan con dorados y policromados. La función principal es de carácter decorativo. En los palacios y mansiones nobiliarias se utilizan para cortinas, alfombras y cúbrir las paredes. También en las iglesias figuran retablos, frontales de altar y doseles de cuero pintado. A los ejemplos citados hay que sumar otros usos. En definitiva, el guadamecí constituye una manifestación artística que empieza a valorarse en el siglo pasado con el estudio del barón Davillier titulado *Notes sur les cuirs de Cordoue* (2).

Son numerosos los testimonios que acreditan la vitalidad de este sector artesanal. Entre ellos cabe señalar el de Ambrosio de Morales en su obra *Las antigüedades de las ciudades de España:*

«El trato de la corambre también es grueso, y hay

(2) Una edición facsímil de la traducción del estudio de Davillier se ha publicado en la revista *Axerquía*, 3 (1981), pp. 303-350.

hartos que han enrriquecido con él, y es tanta la ventaja de adereçarse bien los cueros en Córdova, que ya por toda España qualesquier cueros de cabra, en qualquier parte que se hayan adereçado, se llaman cordovanes, por la excelencia desta arte, que en aquella ciudad ay [...]. Es también otra notable en Córdova, por el provecho y lindeza con que todo allí se haze. Las badanas sirven para los guadamecís, que se labran tales en Córdova, que de ninguna parte de España hay competencia, y tantos, que a todo Europa y las Indias, se provee de allí esta hazienda. Ella da a la ciudad mucha hazienda, y da también una hermosa vista por las principales calles della. Porque como sacan al sol los cueros dorados ya, labrados y pintados, fixados en grandes tablas, para que se enxuguen, haze un bel mirar aquello entapiçado con tanto resplandor y diversidad».

A principios del XVI la producción de guadamecíes queda reglamentada con las ordenanzas de 1501. En 1528 se elaboran otras nuevas para combatir los fraudes: utilización de corambre falta de calidad, piezas inferiores a las dimensiones tradicionales y colores falsos. Los maestros del gremio oponen resistencia al cumplimiento de la normativa legal, argumentando que lesionaba sus intereses.

El estudio de J. R. de la Torre permite valorar el protagonismo de la industria del guadamecil en el XVI y primera década de la centuria siguiente. Un auge motivado por una gran demanda que rebasa el marco local. Nobles y eclesiásticos son los principales clientes de un producto suntuario que está de moda y constituye la decoración por excelencia de casas solariegas e iglesias.

Otro de los sectores artesanales que contribuyen a la expansión económica del Quinientos es el del metal. Las actividades que tienen una mayor proyección al exterior van a ser las labores de platería y la fabricación de agujas. Ambas conocen un fuerte impulso propiciado por la excelente acogida de esas manufacturas.

Las aportaciones realizadas sobre la platería cordobesa se han ocupado, sobre todo, de las grandes obras maestras.

Por lo general, son piezas de orfebrería religiosa que encierran un interés artístico notable. Sin embargo, en términos cuantitativos la producción de joyas alcanza un considerable volumen y constituye la base de los trabajos hechos por los orífices. En su inmensa mayoría no se han conservado, de ahí la carencia de estudios sobre los mismos.

El uso de las joyas se halla extendido en todos los grupos sociales. Incluso las capas más modestas tienen algunas que se van heredando de una generación a la siguiente. Basta un simple rastreo en los protocolos notariales para constatar a través de las cartas dotales la posesión de collares, pulseras, sortijas o pendientes. Ahora bien, los valores económicos que arrojan las tasaciones son reducidos.

Por supuesto, la mayor demanda procede de las familias pudientes. Los ajuares incluyen una variada gama de objetos de oro y plata. No faltan las piezas mencionadas así como las vajillas y cubiertos. También los preciados metales se utilizan para ornamentar la indumentaria femenina y masculina.

Veamos, a modo de ejemplo, algunos de los encargos realizados por los miembros de la aristocracia. En 1578 el veinticuatro don Diego de Argote y Aguayo encomienda al orfebre Cristóbal de Escalante la ejecución de 36 puntas de oro, similares a los que posee la esposa de don Lope de Sosa. El platero Juan de Sanllorente se obliga a hacer para don Gonzalo de Eraso, caballero de la Orden de Calatrava residente en Ecija, cinco docenas de botones de oro con relieves, idénticos a los que tiene don Luis de Haro. Otro noble de la ciudad de Ecija, don Juan de Figueroa, entrega 245 ducados en monedas de plata al orífice cordobés Juan Ruiz Tafur, quien se compromete a labrar una serie de objetos de adorno: «una cadena de diez pieças rexadas y esmaltadas de blanco e roxo con diez ruecas y sus eslabones con el dicho esmalte y [...] a de haçer sesenta botones de eses con engaste de tres piedras en cada uno, adiamantadas blancas y tallados y esmaltados, y [...] asymismo a de haçer un delfín de peso de diez ducados de oro» (3).

Los artistas cordobeses ofrecen un extenso surtido de

(3) A.P.C. Oficio 31. Protocolo 42. ff. 343 r.-344 r.

objetos que cubren la demanda de un amplio mercado. Son numerosos los documentos que acreditan la entrega de joyas a comerciantes locales para ser vendidas en ciudades andaluzas y castellanas. Así, Alonso Pérez Tercero, mercader de platería, recibe más de un centenar de piezas, cuyo importe sobrepasa el millar de ducados, para traficar con ellas en diversas ferias.

Los niveles de ocupación no se pueden calibrar con precisión debido a la penuria de datos. A pesar de ello, disponemos de alguna información que nos brinda la relación de plateros inscritos en la Congregación de San Eloy. Si bien el registro como hermanos de la susodicha cofradía gremial no era obligatorio, presumimos que un alto porcentaje de artesanos dedicados a este sector formaría parte de ella.

Figuran 136 personas que se dan de alta en el último cuarto del siglo XVI, de las que sólo 22 corresponden al período comprendido entre 1586 y 1600 (4). Tales cifras ponen de manifiesto unos fuertes contrastes en la distribución que vienen a reflejar un cierto declive de esta actividad a partir de la década de los años ochenta.

La Congregación de San Eloy, aparte de sus obligaciones de índole religiosa y caritativa, es una institución que defiende a ultranza los intereses económicos y prestigio de los orfebres que trabajan en la capital. En más de una ocasión los plateros cordobeses hacen gala de un fuerte espíritu de unión, solidarizándose en bloque ante cualquier medida del Cabildo municipal que vaya en detrimento del ejercicio profesional.

Así, en 1523 el ayuntamiento manda que están obligados a dar fianzas para evitar los fraudes y estafas a clientes que entregan oro y plata para que les realicen obras. De inmediato, se produce una reacción en contra, mostrando una patente oposición a la medida decretada por las autoridades locales: «[...] es injuria muy grande que se nos hará si hubiésemos de dar las dichas fianzas, porque siendo como somos ricos y abonados, y que antes determinaremos de labrar cada uno de su caudal y propia hacienda o irnos

(4) ORTIZ JUAREZ, D.: «El libro registro de hermanos y actas de visita de la Congregación de San Eloy». BRAC, 93 (1973), pp. 71-116.

a poblar a otras partes que no consentir de estar afianzados como encarcelados» (5). La protesta surte los efectos deseados, ya que muy pronto queda derogada la orden municipal.

Las agujas fabricadas en Córdoba gozan de un reconocido prestigio. La calidad del producto explica que, en ocasiones, se hicieran falsificaciones que van a ser denunciadas por los componentes del gremio. Un ejemplo bien elocuente es la petición dirigida al Cabildo en 1523, solicitando el nombramiento de veedores para evitar los fraudes, ya que «las agujas que solían hacerse en esta çibdad más perfectas que en ninguna parte del mundo se han falseado [...], que algunos de los dichos ofiçiales compran e han comprado agujas de Milán e las adoban e ponen de la manera de las desta çibdad y se han vendido por agujas de azero fechas en esta çibdad». Entre las personas que firman el escrito se encuentra un mercader, quien declara que anualmente venía exportando a diversos lugares de 150.000 a 200.000 unidades (6).

El citado documento corrobora la importancia de este ramo de la artesanía del metal. Existen otros testimonios que ratifican igualmente la vitalidad de la industria de agujas. Entre ellos cabe mencionar el que aporta Pedro de Medina en su obra *Grandezas y cosas notables de España:* «Fabrícanse en esta población los mejores guadamecíes y las mejores agujas de España, haciéndose en muy grande cantidad que se despachan por todo el reyno y aún fuera de él».

Junto a las actividades reseñadas, la Córdoba del siglo XVI alberga un voluminoso contingente de artesanos que desempeñan los más variados oficios. Sin embargo, el sector secundario tiene sus pilares básicos en la producción textil, cuero y metal que a la vez nutren un intenso comercio que se proyecta a nivel regional, nacional e internacional.

El comercio de las sedas y paños elaborados en la ciu-

(5) Vid. MERINO CASTEJON, M.: «Estudio del florecimiento del gremio de la platería en Córdoba y de las obras más importantes». BRAC, 26 (1930). pp. 62-63.

(6) FORTEA PEREZ, J. I.: *Córdoba en el siglo XVI: las bases demográficas y económicas de una expansión urbana.* Córdoba, 1981. p. 248.

dad se conoce bastante bien. Fortea Pérez señala que la zona de consumo más importante es Andalucía y el tráfico gira en torno a los grandes centros urbanos –Sevilla, Granada, Jaén, Jerez de la Frontera, Ecija– y a los núcleos comarcales de Ronda y Zafra. Asimismo, las ferias de los Molares en Sevilla o las de Palma del Río redistribuyen los productos textiles por las localidades circunvecinas. La exportación a Portugal alcanza unos niveles destacados, mientras que el comercio a Europa carece de relevancia, salvo los envíos de materia prima –lanas– a Flandes e Italia (7).

Los cordobanes y guadamecíes se dirigen a los mismos ámbitos territoriales con la particularidad de que la demanda nacional y europea es mayor. La nobleza andaluza acude a Córdoba para contratar la decoración de sus mansiones, caso del duque de Arcos en el palacio de Marchena. También se remiten paños de vistosos cueros para ornamentar la residencia palaciega de Felipe III en Valladolid.

Un vecino de Lisboa adquiere en 1525 una partida de envergadura para el rey de Portugal. Miembros de la aristocracia, por ejemplo el conde de Faro, solicitan las renombradas muestras artísticas cordobesas y comerciantes lusitanos trafican con ellas en su país. En Italia y Francia tienen un gran prestigio. Así, en diversas fechas, miles de piezas de guadamecíes se envían para decorar las estancias del Vaticano. Por último, hay que destacar la exportación al Nuevo Continente.

Las piezas de orfebrería tienen los principales núcleos consumidores en Andalucía, aunque también se localizan obras fuera de la región. Finalmente, las agujas fabricadas en Córdoba se hallan presentes en el mercado nacional y forman parte de los productos habituales en el tráfico comercial con Portugal y las colonias americanas.

La actividad mercantil guarda una estrecha relación con las comunicaciones. Las autoridades municipales están vivamente interesadas en potenciar las vías de comunicación con el objetivo de propiciar e intensificar el desarrollo

(7) *Ibidem.* pp. 399-406.

económico. El ejemplo más claro lo tenemos en el proyecto de navegación del Guadalquivir desde Córdoba hasta Sevilla.

En 1524 el humanista Fernán Pérez de Oliva expone al Cabildo seglar las ventajas que reportaría a la ciudad la utilización del curso del río para enlazar directamente con la urbe hispalense. Un transporte barato que ofrecía el aliciente de una hipotética participación en la carrera de Indias. Para ello bastaba, a juicio del sabio cordobés, suprimir los molinos que aprovechan las aguas del cauce y construir una serie de esclusas.

La idea va a ser acogida de manera favorable por los capitulares, quienes se dedican a madurar el plan en las décadas siguientes. El tema de la navegación vuelve a plantearse y cobra actualidad durante la segunda mitad del siglo XVI como se atestigua a través de los libros de actas. Por fin, el municipio eleva una memoria a Felipe II que será aprobada. El monarca ordena el inicio de las obras cuando finalicen las emprendidas, bajo la dirección del ingeniero de S. M. Juan Bautista Antoneli, en el río Tajo, donde «se han vencido maiores dificultades que acá se podrán ofrecer».

La materialización del proyecto, que nunca llegaría a realizarse, sufre continuas demoras. En abril de 1627 el corregidor don Gaspar de Bonifaz, en virtud de una cédula real, efectúa las diligencias oportunas para dar paso a las aguas en las azudas existentes en el tramo Córdoba-Alcalá del Río «para que vengan barcos y bayan de Sevilla a esta ciudad» (8). Tenemos constancia de que el municipio toma a censo 20.000 ducados para ser invertidos en las obras. Tal cantidad se «avia de repartir entre la dicha ciudad y la de Sevilla y las demas ciudades y villas, quatro leguas en contorno del dicho río». La contribución de las poblaciones a las que afectaba la navegación del Guadalquivir no tuvo lugar. Difícilmente la capital hispalense iba a prestar su colaboración en un proyecto que no le interesaba en absoluto. La presión fiscal vino a dificultar la puesta en marcha de una idea que no llega a cristalizar, a

(8) *Colección Vázquez Venegas.* Vol. 274. ff. 117 r.-124 v.

pesar del apoyo de los miembros del Cabildo durante más de una centura.

Las vías terrestres más importantes son prácticamente las mismas que se habían utilizado en las épocas romana y musulmana. Desde Córdoba se alcanza Castilla la Nueva a través de dos rutas. La primera, remontando el valle del Guadalquivir por Montoro, Andújar y Bailén, atraviesa el desfiladero de Despeñaperros. La segunda se adentra, por la zona del actual pantano del Guadalmellato, en la comarca de los Pedroches, pasa por Villanueva de Córdoba y sale al valle de Alcudia cruzando Puerto Mochuelo. A finales del siglo XVI el denominado Camino de la Plata es el más transitado. En realidad constituye una variante de la ruta anterior y pasa por Adamuz y Conquista. El intenso tráfico con Sevilla discurría por las tierras de la Campiña a través de Ecija, Fuentes y Carmona. También existía otro itinerario que iba por la margen derecha del Guadalquivir (9).

A las vías de comunicación reseñadas hay que sumar otras bastante concurridas. En la Sierra Norte destaca la que, siguiento el cauce del Guadiato, pasa por Fuente Obejuna en dirección a Zafra. El camino hacia Granada, donde acuden numerosos cordobeses a resolver cuestiones judiciales, atraviesa las localidades de Castro del Río, Baena y Alcaudete. Por último, Montilla, Lucena, Benamejí y Antequera son las poblaciones que jalonan la ruta de Málaga.

Por supuesto las actividades mercantiles y artesanales son las que mejor definen la expansión económica de Córdoba a lo largo del Quiniestos. Sin embargo, no podemos olvidar el papel jugado por el sector agropecuario en esta centura.

En líneas generales, la producción agrícola debió experimentar un incremento considerable a juzgar por la intensidad que muestra el proceso roturador, que a la vez guarda una estrecha relación con la trayectoria demográfica. El aumento de la superficie cultivada provoca serios abusos,

(9) Vid. OCAÑA TORREJÓN, J.: «Caminos viejos de Los Pedroches». BRAC, 102 (1981). pp 71-90. PONSOT, P.: «En Andalousie Occidentale: systèmes de transports et développement économique (XVI.e - XIX.e - siècle)». *Annales*, E.S.C., 6 (1976), pp. 1195-1212.

ya que masivamente se ocupan tierras baldías y concejiles. Las sentencias dictadas por los jueces de términos, mandando restituir las extensiones usurpadas, no impiden que las ilegalidades continúen hasta el punto de que Felipe II en la década de los ochenta opta por vender las tierras a las personas que, de forma ilícita, se habían apropiado de ellas.

Los cortijos de la Campiña están dedicados preferentemente a cereales. Parece ser que el sistema de cultivo más extendido es al tercio. El olivar también se halla presente, aunque la expansión del mismo tendrá lugar en el siglo XVIII. La mayoría de los grandes propietarios se recluta entre las familias de la aristocracia local y el clero. Tanto el Cabildo catedralicio como las órdenes religiosas poseen extensas superficies. Un grupo pequeño corresponde a mercaderes y diversas profesiones liberales. Los primeros, desde finales del XVI, invierten cada vez más en tierras, riqueza que conlleva una prestancia social. En cuanto al régimen de tendencia, numerosas fincas están arrendadas a labradores de la capital y, en algunos casos, a vecinos de Fernán Núñez. Los últimos suelen labrar en la campiña de Córdoba, debido al reducido término de la villa señorial.

En el ruedo de la ciudad se localizan hazas sueltas. Los contratos de arrendamiento que aportan los protocolos notariales permiten establecer la identidad de los propietarios, cultivos y extensión de las parcelas. Un 52% de las tierras pertenece a miembros destacados de la nobleza cordobesa. El estamento eclesiástico posee un 15%, distribuido entre clérigos seculares, fábricas de las iglesias parroquiales y comunidades religiosas. El 33% restante corresponde a las capas sociales no privilegiadas que ofrecen unos niveles económicos muy dispares. En su mayoría, son labradores, plateros y jurados del Cabildo municipal. El tanto por ciento de pequeños y medianos labradores alcanza en realidad una cifra más alta, ya que con frecuencia explotan directamente sus propios bienes. La superficie media gira en torno a 10-12 fanegas y las gramíneas –trigo, cebada– ocupan un lugar relevante y en menor medida se siembran leguminosas.

Dentro del secano hay que citar los viñedos situados en

los pagos de la sierra. Junto a los grandes propietarios aparece un nutrido contingente de lagareros. La producción de vino cubre la demanda de la capital, imponiéndose fuertes medidas proteccionistas hasta el punto de que el municipio establece prohibiciones estrictas a la entrada de caldos forasteros. Ello significa privar de un mercado de consumo importante a los cosecheros de Montilla, Monturque y Lucena.

El regadío ocupa una superficie muy pequeña en relación a las tierras de secano. Prácticamente la totalidad de las huertas se sitúan en las inmediaciones de la ciudad. Algunas se localizan en el interior del casco urbano con la particularidad de que, por lo general, tienen unas pequeñas dimensiones, tratándose más bien de huertos familiares. Las mayores concentraciones se encuentran en torno a los caminos que van a Sevilla y Trassierra.

Asimismo, debemos incluir los llamados fontanares, tierras que aprovechan las aguas de manantiales. Estos representan un 15% aproximadamente de la superficie de regadío. También figuran algunas hazas en el pago de Córdoba la Vieja y extensiones variables en diversos cortijos, tales como los del Chanciller, Torrecilla y Rubio.

El análisis de los documentos notariales referentes a arrendamientos y ventas de frutos proporciona una valiosa información sobre los más variados aspectos. El estudio de las susodichas fuentes nos lleva a afirmar que la nobleza acapara un 67% de las huertas y fontanares. A continuación los eclesiásticos que poseen un 27%. Junto a las comunidades religiosas encontramos bienes de la mesa capitular y una larga lista de canónigos, racioneros y clérigos seculares. Sólo el 6% restante correspondería al denominado estado llano. Ahora bien, en la práctica habría que subir el último porcentaje, ya que no se incluye la mayor parte de hortelanos que cultivan directamente sus propiedades.

Las huertas cordobesas ofrecen un aprovechamiento mixto a base de cultivos herbáceos, hortalizas y frutales. Entre los primeros cabe señalar la presencia de gramíneas: trigo, cebada y panizo. También aparecen plantas textiles y leguminosas: lino, cáñamo, habas y garbanzos. La horti-

cultura propiamente dicha presenta una gran diversidad de especies: cebollas, nabos, cardos, rábanos, coles, lechugas, berengenas, pepinos, espinacas. En cuanto a la arboricultura, los naranjos son los más abundantes; por el contrario, las demás variedades arrojan cifras inferiores: higueras, granados, ciruelos, nogales, albaricoques y limeros. También se hallan árboles en estado silvestre como los endrinos.

En el conjunto de la arboleda resulta obligada una mención especial a las moreras y morales, cuya explotación para la cría de la seda alcanza una rentabilidad alta. Asimismo, junto a los cultivos y árboles citados, hemos de añadir una serie de plantas que crecen en las zonas húmedas como las mimbreras y cañaverales. Estas van a ser objeto de una fuerte demanda, pagándose sumas de cierta importancia.

La actividad pecuaria está asociada de manera subsidiaria a la agricultura en la campiña. En cambio, la zona del término municipal que se extiende por la sierra presenta una orientación ganadera más definida. Los documentos relativos a la contratación de destajeros para la recolección de las mieses describen minuciosamente cómo han de realizar las labores de siega. La cebada se corta a la altura de los terrones, mientras que en el trigo una tercera parte se deja como rastrojo para ser aprovechado por el ganado. Los pastos y rastrojeras de las tierras comunales y baldías son de gran utilidad para los pequeños ganaderos.

El ganado vacuno se utiliza para el cultivo de la tierra. Cosme de Médicis en la visita que realiza a Córdoba en 1668 se traslada a un cortijo donde observa la manera de arar: «Aquí se ve arar, como en toda Andalucía, con bueyes rojos, pero con diez, doce y hasta dieciocho parejas de éstos, distante uno de otro la distancia de un surco, por lo que al mismo tiempo se hacen tantos surcos como son los pares de bueyes, procedimiento muy expeditivo para labrar las tierras» (10).

La especie bovina también se explota para la produc-

(10) GUZMAN REINA, A.: «Córdoba en el viaje de Cosme de Médicis...» p. 131.

ción de carne. Así, en algunas huertas se contabiliza un elevado número de cabezas, 30-40, en relación a la pequeña superficie cultivada. Las compraventas recogidas en las fuentes notariales permiten establecer los precios. En el último tercio del siglo XVI la cotización media de los bueyes sobrepasa los 23 ducados, mientras que la de las vacas resulta sensiblemente inferior, alrededor de 18 ducados. Las variaciones obedecen a la mayor utilidad de los primeros al emplearse como animales de trabajo. Asimismo, en los campos cordobeses se crían reses bravías para ser lidiadas en los festejos taurinos.

Dentro de la ganadería sobresalen los caballos que provocan la admiración y entusiasmo de los viajeros extranjeros. Las Caballerizas Reales eran visita obligada para los ilustres personajes que llegan a Córdoba. Aquí se crían razas seleccionadas que pastan en dehesas próximas a Alcolea. La nobleza local, muy aficionada al arte de montar, posee bellos ejemplares y gusta de exhibirlos en las fiestas de cañas o en el toreo a caballo. Las cotizaciones de éstos animales superan con creces las de cualquier otro tipo de ganado y constituyen un verdadero artículo de lujo.

Precisamente el interés por conservar la pureza de la afamada cría caballar reduce a la mínima expresión las especies híbridas, caso del mular. En esta época las recuas de mulas casi monopolizan el transporte de mercancías. Las necesidades de los arrieros cordobeses son cubiertas, en gran parte, por tratantes de ganado, residentes en diversas localidades de Castilla la Nueva, que se trasladan a la capital periódicamente. De nuevo, las compraventas informan acerca de los precios. La muestra incluye medio centenar de documentos referidos exclusivamente a mulos y fechados entre 1570 y 1609. Se trata de valores medios expresados en ducados.

Años	Precios
1570 - 79	22
1580 - 89	27
1590 - 99	37
1600 - 09	56

Las cifras experimentan un alza notoria conforme nos acercamos a los años finiseculares, incrementándose aún más en el primer decenio del siglo XVII. Asímismo, la evolución de los precios corrobora el proceso inflacionista.

El asno también se utiliza como animal de carga y sustituye al ganado mular para el traslado de mercancías dentro de la ciudad. Los valores monetarios arrojan una media de 8,5 ducados, si bien las cifras presentan sensibles variaciones a lo largo de la etapa cronológica antes mencionada. Así, en la década de los setenta las cotizaciones giran en torno a los seis ducados, mientras que en los primeros años del XVII los precios se han duplicado.

La cabaña ovina ocupa un lugar destacado por el número de cabezas. La afirmación se colige del suministro de materia prima a la pujante industria pañera y de la exportación de lana. Por otro lado, el consumo alimenticio alcanza unos niveles altos, ya que la carne de oveja figura en la dieta de los segadores. Carne y leche también suministra el ganado cabrío que se localiza en los terrenos ásperos de la sierra. Finalmente, el porcino que, sin duda, en términos cuantitativos se sitúa en los primeros puestos.

Los distintos sectores de la economía cordobesa muestran una vitalidad que refleja la expansión constatada a lo largo del XVI. Sin embargo, en las dos últimas décadas de la centuria la brillante trayectoria queda truncada. A partir de 1580 aparecen claros síntomas de un cambio de tendencia que preludian la acusada crisis desatada en el siglo XVII.

La boyante industria textil entra en una fase de postración marcada. La platería atraviesa una etapa difícil, a juzgar por el brusco descenso del número de orfebres inscritos en la Congregación de San Eloy. El tráfico mercantil languidece, en los propietarios de tierras surge un profundo malestar y el abastecimiento a la ciudad presenta serios problemas. En definitiva, un panorama sombrío que afecta, con mayor o menor intensidad, a las diversas actividades, salvo casos excepcionales.

Esta situación se agrava con el proceso inflacionista que provoca una fuerte subida de los precios. Son numerosos los testimonios que confirman el hecho, repercutiendo

de forma directa en los artículos de primera necesidad. A primeros de junio de 1595, un caballero veinticuatro presiona al Cabildo municipal para que suspenda la orden que prohíbe a los moriscos el dedicarse a la arriería, puesto que «será en mucha utilidad y probecho del abastecimiento y con ello baldrían a viles y baxos precios las mercaderías y bastimentos que oy están encareçidos».

Parece ser que los salarios también se disparan a juzgar por las quejas dramáticas de los labradores. Así, en julio de 1602, Felipe III manda a los concejos que regulen y moderen los jornales ante las insistentes protestas de la falta de rentabilidad del agro. El texto de la real provisión alude a que en los últimos 15 años los propietarios no obtienen beneficios, viéndose obligados a pagar unos sueldos que se han cuadriplicado en ese espacio de tiempo. Pensamos que el citado incremento está desorbitado y no corresponde enteramente a la realidad. Como punto de referencia disponemos de las tasas fijadas a los segadores por el municipio de Córdoba en 1552 y 1597. En la primera fecha el jornal queda establecido en dos reales, mientras que a finales de siglo pasa a tres reales diarios, lo que significa un aumento del 50%. A pesar de ello existe una conflictividad que se patentiza a través de las medidas coercitivas anunciadas en 1595 por el Cabildo de la ciudad ante la reticencia de los jornaleros en acudir a los tajos (11).

La decadencia general de Córdoba se acusa mucho más en el siglo XVII e incide en cada uno de los sectores económicos. Por lo que se refiere al artesanado, la potente actividad textil cae derrumbada, tanto los paños como las sedas. Las cifras de telares dadas por J. de la Torre y J. M. Rey ponen de relieve el estado lamentable en que se halla la producción sedera a finales del Quinientos y la efímera recuperación que tiene lugar en el primer tercio del XVII, ya que sucumbe de nuevo a mediados de siglo (12). Pero, como bien señala el profesor Fortea, a lo largo del Seiscientos la industria sedera se apoya básicamente en el lla-

(11) TORRE Y DEL CERRO, J.: «De otros tiempos: Cómo se solucionaba una huelga de campesinos en el siglo XVI», BRAC, 31 (1931). pp. 103-104.

(12) «La industria de la seda en Córdoba». BRAC, 27 (1930), p. 169.

mado Arte Menor, en detrimento de los cotizados terciopelos, damascos y rasos.

El sector de los cueros, sobre todo los guadamecíes, mantiene cierta vitalidad hasta el primer cuarto del siglo XVII, ya que a partir de esa fecha el número de guadamecileros experimenta un brusco descenso. La crisis está motivada por los cambios de moda operados en la sociedad. El destacado papel ornamental que venían desempeñando desaparece por completo al ser reemplazados por los tejidos de seda. Ello provoca la ruina de una actividad que había prestigiado el nombre de Córdoba por todas partes. Así, en el *Viaje de Cosme de Médicis* se hace referencia al hundimiento de esta industria en términos inequívocos: «Antiguamente eran famosos los cueros de aparar estancias hechos en Córdoba, pero ahora, con el desuso de éstos, se ha perdido casi del todo la maestranza».

También la platería acusa los efectos de la crisis, pero los signos no son tan notorios y visibles como en el resto de las actividades artesanales. La orfebrería cordobesa mantiene, al menos externamente, el esplendor de antaño, ya que los artistas continúan realizando obras maestras por encargo de la Iglesia. Sin embargo, la producción global baja debido a la reducción de la demanda de joyas que se traduce en un descenso de los niveles de ocupación. Los registros de hermanos en la Congregación de San Eloy son los únicos datos que tenemos para calibrar la situación. Frente a las 136 personas inscritas en el último cuarto del Quinientos, sólo figuran 212 para todo el siglo XVII.

La decadencia del artesanado repercute de forma negativa en el tráfico mercantil que ofrece síntomas evidentes de una postración. Ello significa mutaciones importantes en la estructura económica de la ciudad, puesto que el protagonismo de las funciones típicamente urbanas se verá reemplazado por el del sector agropecuario, es decir, tiene lugar un marcado proceso de ruralización.

La producción agraria presenta unos niveles muy por debajo de los alcanzados en las últimas décadas del siglo XVI. Las curvas elaboradas por P. Ponsot, basadas en la evolución que siguen los diezmos de Castro del Río y Espejo, corroboran de manera fehaciente un acusado descen-

so (13). Los grandes hacendados continúan quejándose del abandono en que se halla el campo por falta de brazos. Las protestas obligan al Cabildo municipal a tomar severas medidas para contentar a este poderoso grupo de presión.

En marzo de 1610 se dictan normas draconianas para combatir el parasitismo, que, a juicio de las autoridades, causa estragos en la economía. Se manda que, a partir de esa fecha, ningún hombre con menos de 60 años puede ser tendero o tabernero, permitiéndose sólo a las mujeres y ancianos. Los maridos de las tenderas han de tener «offiçio o amo y que lo usen continuamente». Las profesiones antes mencionadas eran consideradas improductivas. Los jornaleros del campo, una vez contratados, deben incorporarse de inmediato al trabajo. También la mendicidad queda prohibida. Las razones que justifican estas disposiciones estriban en la disminución alarmante de mano de obra que se deja sentir en la ciudad tras la expulsión de los moriscos:

> «[...] ay mucha falta de personas para la administración de los campos y otros ministerios y, por leyes destos Reynos, está dispuesto que todos los vezinos naturales dellos, útiles para el uso y serbiçio de los offiçios, se ocupen en ellos y muchas personas, so color de tener tiendas de mantenimiento andan bagamundos» (14).

Los conflictos entre grandes hacendados y jornaleros proliferan en este siglo; los primeros se quejan continuamente de los excesivos salarios y piden una drástica intervención del concejo. Un ejemplo bien significativo lo tenemos en la propuesta hecha por un veinticuatro el 8 de julio de 1652, cuando todavía en la ciudad se vive la tensión desencadenada por los recientes tumultos del famoso motín del hambre. El regidor destaca el protagonismo de la agricultura en la economía y la «ynportançia de quanto conbiene para la conseruación del estado de los labrado-

(13) «La dîme, source d'Histoire rurale et urbaine. Reflexions methodologiques et analyse d'un cas cordouan». *Actas II Coloquios de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* I. Córdoba, 1983. pp. 353-362.

(14) A.M.C. Sección XIII. Serie 10. *Ordenanzas municipales y Reales provisiones recopiladas en 1717.* Libro 3.º, ff. 232 r.-235 r.

res». Para remediar la situación solicita, entre otras cosas, que se prohiba a los trabajadores que se junten en las afueras de la población, una vez hayan sido contratados en los lugares de costumbre, porque «de algún tiempo a esta parte se detienen por las mañanas y hacen precios nuevos con tiranía y de manera que lo obrado en la plaça viene a no tener consistencia». En definitiva, el poderío de los grandes, que monopolizan las veinticuatrías del Cabildo, triunfa al imponer una serie de medidas que favorecen sus propios intereses.

En la primera mitad del XVII sus propiedades aumentan de manera considerable con la intensificación de la venta de baldíos que se lleva a cabo para allegar fondos a la exhausta hacienda real. Al mismo tiempo, el cerramiento de fincas cobra una singular importancia, impidiendo la entrada de ganados. También el concejo realiza acotamientos en las fincas de Propios que van a ser autorizados en contrapartida a los donativos y servicios hechos al monarca para sufragar las crecientes y urgentes necesidades. Como veremos, las consecuencias serán funestas, causando graves perjuicios a un amplio sector de la población.

La escritura del donativo realizado en 1629 contiene varias cláusulas muy significativas en torno a los cerramientos. Entre las condiciones estipuladas para la concesión del dinero figuran el cercar todos los cortijos, pertenecientes a los bienes de Propios, sin que «en parte alguna dellos, pueda tener nadie pasto común en las yerbas, como lo han tenido hasta aquí, ni otro ningún aprouechamiento de los que se refieren en la ordenança». La entrega de 70 ubadas de tierras baldías para transformar en dehesas cerradas.

Entre los requisitos para llevar a efecto un servicio económico en 1636 se encuentran varias peticiones relativas a cerramientos. El municipio solicita de nuevo el acotamiento de los cortijos de Propios por un plazo de nueve años, once dehesas en la villa de Hornachuelos y las cinco del Picacho, situadas en los términos de Córdoba y Almodóvar del Río. Estas últimas son «de pasto común de los vezinos de la dicha ciudad y otros lugares que con ella lo tienen, como son la villa de Palma, Hornachuelos, Almodóbar y otros».

La venta de baldíos y el cerramiento de fincas motivan airadas protestas de un nutrido grupo de pequeños ganaderos, labradores y marchantes de ganado. A principios de 1640 envían un memorial al Cabildo seglar con el fin de que lo haga llegar al monarca «para que se sirba de alçar y atajar estas ventas y cerrar los cortijos». El documento condena sin paliativos la política de «bender todo lo baldío y realengo y cerrar los cortijos, que de tiempo ynmemorial a esta parte, alçada la gavilla, an sido y son común aprobechamiento de los vecinos». También hay una referencia expresa a la identidad de los compradores y a las ventajosas condiciones en que han adquirido las tierras: «[...] los que las compran, que casi todos son poderosos, las an puesto en bajos precios y de los emolumentos y rentas, que ya ban percibiendo de sus arrendamientos, las pagan en los largos plaços a que se obligan» (15).

En octubre de 1642 el corregidor lamenta en tonos patéticos los graves perjuicios ocasionados a las capas humildes y a los pequeños criadores de ganado con la venta masiva de baldíos:

> «En esta ciudad de Córdoba se bendieron los baldíos hasta las barbacanas de sus muros, tan en fraude de la Real hacienda que en los réditos de tres años an sacado los compradores el principal, y con tan gran daño de sus vezinos que faltó a los pobres la leña, el carbón, la jara para los hornos y la retama, los frutos que da el campo, de cuya benta se sustentaban, como los espárragos, jetas, criadillas de tierra y otros, y lo que peor es faltó la cría de los ganados, porque lo que la conserba y aumenta no es aber pocos criadores con grandes manadas de reses, sino el criarlas todos y tener cada vezino sus obejas y su ganado de cerda con que pasan su bida y aumentan las Rentas Reales y hacen abundar la tierra de todos los bienes» (16).

El testimonio resulta muy elocuente y al mismo tiempo corrobora las incidencias negativas en la producción ganadera. En el siglo XVII la crisis también afecta al sector pe-

(15) A.M.C. *Actas Capitulares.* Sesión 11-I-1640, ff. 9 r.-10 r.
(16) *Ibidem.* Sesión 13-X-1642. s/f.

cuario en general, inclusive una especie afamada y elitista como la cría caballar. Los libros de viajes dejan constancia de las dificultades por las que atraviesa. Así, Cosme de Médicis en 1668 observa que «los caballos de esta ciudad no ceden a ninguna otra raza de Andalucía, aunque es verdad que excluida la del Rey todas las otras están destruidas y aún aquella ahora en mal estado».

El panorama de la economía cordobesa en el XVII resulta desolador y la crisis alcanza su techo máximo en las décadas centrales del siglo. La onerosa presión fiscal, la galopante inflación, la mortífera epidemia de 1649 son factores que agravan una situación bastante deteriorada.

La agobiante presión fiscal lleva consigo una fuerte subida de los impuestos. En un escrito, redactado por el veinticuatro don Francisco de las Infantas en 1645 para ser elevado al Presidente del Consejo de Castilla, se alude al lamentable estado en que se encuentra la ciudad, ya que «cada día va en disminución su trato y comercio, pues las tiendas del Portillo ya son pocas, las casas en cayéndose no se pueden reedificar, muchas de mayorazgos están hundidas y cerradas, otras que se abitan casi la mitad caídas».

El proceso inflacionista acarrea una sustanciosa elevación de los precios que resultan inasequibles a las capas sociales más humildes. En octubre de 1642 un regidor señala, en una de las sesiones del Cabildo municipal, cuanto «ynporta al buen gobierno de esta República que se les ponga coto y tasa a las cosas vendibles». En esa fecha la baja de la moneda de vellón provoca un colapso en las actividades mercantiles. Bien significativa es la petición del almojarife mayor de las Aduanas de la ciudad solicitando una rebaja de los 8.400 ducados anuales que había pagado por la explotación de la mencionada renta, «en tiempo que las mercaderías tenían muncha estimaçión y, atento a la baja de la moneda y otras cosas, suplica a V. S.ª se sirba de mandar que en el precio del arrendamiento de dicha renta se le haga baja correspondiente al daño y riesgo que se le a recrecido y espera tener» (17).

Todo ello, junto a la aguda crisis de subsistencia a me-

(17) *Ibidem*. Sesión 1-X-1642. s/f.

diados de la centuria, crea una atmósfera tensa y conflictiva que finalmente estalla en el motín del hambre de 1652. Otras localidades cordobesas –Palma del Río, Bujalance, Luque, Lucena– y andaluzas registran tumultos entre 1647 y el citado año (18).

A partir de 1680 se intenta paliar la decadencia económica mediante la potenciación del sector artesanal, especialmente la industria textil. En este sentido cabe destacar la eficaz gestión de Ronquillo Briceño al frente del corregimiento. Los denodados esfuerzos de la autoridad municipal por resucitar la producción de sedas cosechan un éxito fugaz. A la postre, las meritorias iniciativas por reactivar las tradicionales labores de paños y sedas resultan fallidas (19). No obstante, en la platería se aprecia una recuperación, a juzgar por los registros de orífices en la Congregación de San Eloy. De las 212 inscripciones para todo el siglo XVII, más de la mitad, exactamente 125, corresponde al período 1671-1700. En las décadas finales también se llevan a cabo realizaciones arquitectónicas de envergadura.

(18) Vid. DOMINGUEZ ORTIZ, A.: *Alteraciones andaluzas.* Madrid, 1973.

(19) Vid. FORTEA PEREZ, J. I.: «La industria textil en el contexto general de la economía cordobesa entre finales del siglo XVII y principios del XVIII: una reactivación fallida» *Actas II Coloquios de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* I. Córdoba, 1983. pp. 443-465.

IV. EL ABASTECIMIENTO A LA CIUDAD

El mercado de consumo en la Córdoba de los siglos XVI y XVII tiene una gran importancia, especialmente en la primera de las centurias mencionadas, debido a la pujante actividad económica y al grueso volumen de efectivos humanos. Una ciudad populosa con una fuerte demanda de los más variados productos plantea numerosas exigencias en el abastecimiento. Sin duda, la provisión de víveres ocupa un lugar prioritario, ya que las deficiencias en el suministro motivan serias tensiones que, a veces, desembocan en graves conflictos sociales.

El Cabildo municipal juega un papel destacado por su responsabilidad directa en esta cuestión. Dicta las medidas oportunas para asegurar el abasto, fija los precios de los alimentos básicos, vigila, al menos teóricamente, el cumplimiento de los mismos y sanciona las infracciones cometidas, sobre todo los fraudes. De la larga nómina de productos, vamos a ceñir nuestro estudio a ciertos artículos de primera necesidad, tales como trigo, vino, aceite, carne, pescado y nieve.

Puede resultar chocante la inclusión de la nieve entre los artículos prioritarios. Sin embargo, disponemos de información más que suficiente a la hora de corroborar el alto nivel de consumo en las diversas capas sociales por estricta necesidad, en modo alguno se considera un lujo. A través de la documentación se constata el vivo interés y preoc ıpación de las autoridades locales en prevenir el suminis.ro para evitar problemas de salud a la población durante los meses de estío. En situaciones límite llegan a re-

quisar caballerías ante la carencia de medios de transporte.

En bastantes casos se utiliza con fines terapéuticos, ya que los médicos de la ciudad la aplican para remedio de determinadas enfermedades. Un testimonio bien elocuente lo hallamos en la obra del acreditado doctor Alonso de Burgos, publicada en Córdoba en 1640 con el significativo título de *Méthodo curativo y uso de la nieve.* El autor cita entre los galenos de mayor renombre en Córdoba, que sistemáticamente han hecho uso del agua de nieve, al morisco Felipe de Mendoza, Rodrigo de Torres, Gregorio de Unzueta y Francisco Leiva Aguilar.

Normalmente el trigo para el abastecimiento de la capital procede de las feraces tierras de la Campiña y el volumen resulta suficiente para cubrir la demanda. Incluso en años de cosechas buenas o medianas se comercializan fuera del reino los excedentes. Un porcentaje muy elevado de grano se recolecta en las grandes haciendas que poseen la nobleza y el clero, tanto en el término de Córdoba como en diversas localidades próximas: Bujalance, Castro del Río, Santaella y otras poblaciones. Asimismo, la Iglesia como institución percibe cantidades sustanciosas en concepto de diezmos.

Los altibajos en la producción son frecuentes y guardan una estrecha relación con las incidencias climáticas. El hecho viene ratificado por la proliferación de rogativas, procesiones y novenarios a las advocaciones de mayor devoción, implorando el agua para los campos en período de sequía o el cese de la misma cuando persisten las copiosas lluvias. También las plagas de langosta y paulilla causan verdaderos estragos en los sembrados.

Las malas cosechas tienen unas repercusiones graves en el abasto, pero, en muchas ocasiones, los problemas en el suministro no obedecen a los efectos negativos del clima. El acaparamiento de grano constituye una práctica usual, ya que los propietarios esperan el momento propicio para sacar el trigo al mercado y conseguir de esta forma cotizaciones más altas que se traducen en pingües beneficios. Raramente se adoptan medidas eficaces contra la especulación, puesto que el poderío de la aristocracia en el gobierno muni-

cipal rechaza, de manera sistemática, cualquier decisión que vaya en contra de sus intereses.

Las actas capitulares nos han dejado constancia de las protestas y denuncias que llevan a cabo los jurados. Así, en septiembre de 1578, Pedro Gómez de Reina critica abiertamente las tasas del pan establecidas por el ayuntamiento, ya que las considera excesivas y causan notorios perjuicios a los pobres. Al mismo tiempo se hace eco de los comentarios que circulan entre los vecinos, pues «en monesterios y plaças y en todos lugares se dice que la çibdad mandó subir el pan por vendello cavalleros del regimiento». De inmediato, toman la palabra algunos veinticuatros para calificar la acusación de infundada y esgrimen en su defensa que la orden fue dictada ante la carestía sufrida y resultó beneficiosa porque «la çibdad e plaças está proveyda de pan amasado a más moderado preçio del que se vende en todas las comarcas».

Sin embargo, los panaderos también se muestran disconformes con el acaparamiento de los grandes propietarios. Ello significa adquirir la materia prima a precios más altos con lo que los márgenes de ganancia disminuyen, puesto que las autoridades son reacias a elevar las tarifas del pan en la misma proporción que suben los granos. En tales situaciones restringen las compras y bajan la producción a la espera de mejores perspectivas. Estas actitudes van a ser muy censuradas por los nobles, quienes encuentran dificultades para la salida de sus cosechas. Un ejemplo ilustrativo lo tenemos en las protestas efectuadas por un regidor en noviembre de 1596. Con insistencia presiona al alcalde mayor para que remedie la falta de pan en la ciudad «abiendo tanto trigo añiexo y nuevo».

Los mayores problemas surgen cuando las malas cosechas hacen peligrar el abasto. Las medidas adoptadas suelen ser la inmovilización de las partidas de granos, recolectadas en las haciendas pertenecientes a los vecinos de la capital, para evitar la salida a otros lugares y la importación de trigo extranjero que, generalmente, procede de Francia, Italia y norte de Africa. La contratación se realiza en Sevilla con mercaderes oriundos o residentes de los mencionados países, aunque sobresalen los comerciantes

genoveses que controlan gran parte de las transacciones en el puerto hispalense.

Como botón de muestra, veamos algunos ejemplos recogidos en el libro de actas capitulares correspondiente a 1578. El 24 de julio el municipio tiene noticias de que la ciudad de Granada ha conseguido trigo en Sicilia y otros lugares de la península italiana y, ante la escasez registrada, acuerda la conveniencia de efectuar «esta misma diligencia y se traiga una grand suma de trigo». Una semana más tarde se firma un contrato con un cordobés avecindado en la localidad francesa de Ruán, comprometiéndose a que «del dicho Reino de Francia traxese al río de Sivilla para esta ciudad y su basteçimyento de diez hasta treinta myll fanegas de buen trigo y de esta cosecha». El 24 de noviembre el corregidor informa del ofrecimiento hecho por Pablo Vicencio, genovés, «que tiene en Sivilla trigo de Francia y que lo venderá a la çibdad».

Las importaciones continúan a lo largo del siglo XVII. Así, en 1605 el Cabildo catedralicio desplaza varias personas a Sevilla con el fin de adquirir cereal ultramarino por la esterilidad de los campos. En agosto de 1653, un año después de los sucesos del motín del hambre, la ciudad obtiene licencia real para traer con urgencia trigo norteafricano. Sin embargo, esta política encuentra una decidida oposición de los labradores, arguyendo que provoca la ruina y decadencia del agro. Las malas cosechas en los años ochenta de la centuria aumentan la dependencia exterior y, de nuevo, arrecian las protestas. Con este motivo elevan un memorial en el que señalan la escasa calidad y alto costo de los granos extranjeros. Asimismo, piden la supresión de trabas y abogan por un comercio libre sin injerencias de ningún tipo (1).

Las deficiencias en el suministro de granos y la falta de pan constituyen el detonante de los tumultos acaecidos en mayo de 1652. La ineptitud y la poca autoridad del vizconde de Peña Parda, a la sazón corregidor de Córdoba, junto al acaparamiento del trigo por los poderosos, son

(1) El informe lo recoge J. I. FORTEA PEREZ: «La industria textil en el contexto general de la economía cordobesa...» pp. 449-450.

factores que, en gran medida, influyeron en el origen de los disturbios populares. Desde el verano anterior la capital vive una situación tensa provocada por las dificultades en el abastecimiento. El 13 de julio de 1651 el ayuntamiento acuerda pregonar que «nadie venda trigo a forasteros ni el forastero entre a comprar». Paralelamente, se insta a los labradores para que entreguen a los panaderos el trigo que guardan, previo abono de su importe. El llamamiento municipal no obtiene la respuesta deseada, ya que sólo un reducido grupo de vecinos se apresura a cumplir las indicaciones hechas. A finales de agosto la diputación del abasto de pan reconoce que de 24 personas llamadas expresamente por los ministros de justicia «tan solamente an benido ocho». En los primeros días de septiembre se visitan las moradas de labradores y caballeros con poco éxito (2). Las soluciones no llegan y durante la primavera del año siguiente los problemas se agravan hasta que finalmente estalla el motín.

El 6 de mayo, vecinos del barrio de San Lorenzo, a los gritos de *¡Viva el rey y muera el mal gobierno!,* recorren las calles de la ciudad, uniéndose en el trayecto varios centenares de personas. Provistos de palos, piedras y diversas armas se dirigen a la zona de la Catedral, donde el obispo intenta sosegarlos, mientras que otros se encaminan a la vivienda del corregidor, quien a través de los tejados logra refugiarse en el convento de los trinitarios calzados. Para impedir mayores desafueros el prelado fray Pedro de Tapia y el caballero don Diego Fernández de Córdoba, que gozaba de simpatías entre la población, acompañan a la muchedumbre en la requisa de trigo por casas particulares. A instancias de los amotinados, el susodicho noble se hace cargo interinamente del gobierno municipal. La revuelta continúa en días sucesivos hasta que la abundancia de pan barato origina efectos tranquilizadores. Una vez controlada la situación se llevan a cabo acciones de represalia que culminan en el ajusticiamiento de señalados dirigentes de la insurrección (3).

(2) A.M.C. Sección VI. Serie 44. *Abasto de pan.* Doc. 9.

(3) Sin duda, el mejor estudio de los sucesos es el del profesor Domínguez Ortiz en su obra *Alteraciones andaluzas.*

El motín del hambre había provocado un fuerte pánico e, impresionados por los sucesos, el titular de la mitra y el recién nombrado corregidor don Sebastián Hurtado de Corcuera deciden arbitrar medidas para evitar en el futuro nuevos brotes de violencia. La iniciativa más destacada será la fundación de una obra pía denominada Monte de Piedad para socorrer a los pobres de pan en épocas de carestía. El palacio episcopal sirve de marco a las reuniones, convocadas por el dominico fray Pedro de Tapia, que ultiman los preparativos con el fin de llevar a buen término tan feliz idea. El 11 de septiembre de 1652 el Cabildo seglar, debido a la falta de locales, destina un par de alhoríes del Pósito para almacenar el grano de la institución. Dos días más tarde los veinticuatros ofrecen desinteresadamente un total de 300 fanegas de trigo. También el obispo, el clero catedralicio y las corporaciones gremiales entregan diversas partidas.

A mediados del año siguiente se aprueban las ordenanzas del Monte de Piedad y hasta esa fecha los donativos en especie suman 3.600 fanegas. La administración de los fondos corre a cargo de una junta integrada por cuatro personas: el prelado, el corregidor y un representante de los Cabildos municipal y catedralicio. En caso de necesidad la distribución del trigo se realizaría en función del número de pobres registradores por los párrocos en cada uno de los barrios. Llama la atención que una de las soluciones arbitradas para incrementar los depósitos sea pedir a la Santa Sede que conceda jubileo e indulgencias a los difuntos que «en sus testamentos dexaren para aumento de esta obra pía qualesquiera limosnas, legados o rentas».

Las existencias pronto se van a consumir, ya que en agosto de 1653 una real provisión autoriza a la ciudad para que reparta entre la masa de indigentes «todo el trigo que al presenta ubiere en el Monte de Piedad». Desconocemos las vicisitudes seguidas por esta institución, pero el hecho de que no aparezcan referencias documentales nos lleva a deducir que tuvo una corta y precaria vida.

Frente a los conflictos surgidos en el abasto de trigo, la provisión de vino, uno de los productos de mayor consumo, no plantea dificultades al gobierno municipal. Las co-

sechas de las vides plantadas en el término de Córdoba resultan más que suficientes para cubrir la demanda de la capital. Los problemas estriban en la rígida política proteccionista seguida por las autoridades que impiden por todos los medios la entrada de caldos forasteros. Sin embargo, las prohibiciones establecidas son burladas de manera sistemática, de ahí, la constante lucha en el terreno legal para combatir el fraude.

La normativa vigente en los siglos XVI y XVII está basada en las ordenanzas elaboradas en julio de 1471, que van a ser ratificadas con ligeras innovaciones por los Reyes Católicos y Carlos I en 1483 y 1518 respectivamente. Durante el reinado de Felipe II se llevan a cabo diversas modificaciones, destacando las efectuadas en 1560 y 1573. En el primer cuarto de la centuria siguiente el Cabildo tiene necesidad de introducir nuevas variaciones, sobre todo en los artículos relativos a las sanciones impuestas a las personas que entrasen vino foráneo. Tales normas jurídicas obtienen la aprobación real y se hacen públicas a finales de julio de 1628. Este documento contiene numerosas referencias a la anterior legislación y lo hemos tomado como apoyatura en nuestro estudio (4).

El mercado del vino consumido en Córdoba queda reservado casi exclusivamente a los propietarios de lagares ubicados en el término. Los límites habían sido fijados en 1428 mediante un acuerdo del ayuntamiento, refrendado por la autoridad real: «El vino permitido entrar y vender en esta ciudad es el que procediere de las heredades de la sierra y de los llanos desta ciudad de Córdoua, desde los llanos de la Puente Alcolea hasta la Alhadra, que es de la limitación de la dicha ciudad, y Trasierra e Villar y de Alcarria y sus limitaciones, y no de otra villa ni lugar, aunque fuesse del término y jurisdicción de la dicha ciudad».

Con posterioridad a la mencionada fecha los propietarios de heredades situadas en los pagos de Guadalbaida y Mezquitillas, término de Almodóvar del Río, y los vecinos de Navalserrano y Obejo litigan con el fin de que esas tierras sean incluidas en la privilegiada zona y así tener acce-

(4) Un ejemplar impreso de las citadas ordenanzas se halla en el volumen 263 de la *Colección Vázquez Venegas.*

so al atrayente mercado de la capital. La práctica de un auténtico monopolio perjudica los intereses de los cosecheros de Montilla y de otras localidades del Reino que tienen dedicadas a la vid extensiones de cierta importancia.

Teóricamente, los habitantes de la ciudad están obligados a consumir el vino producido en los lagares del término, excepto los miembros de los estamentos privilegiados y un reducido grupo de personas. Ello constituye un ejemplo más de la discriminación existente en la sociedad del Antiguo Régimen. Sólo pueden entrar caldos de fuera, mediante la correspondiente licencia de las autoridades locales, destinados al gasto de la casa y no para la venta, todos «los caualleros hijosdalgo e cuerpo de la Ciudad, perlados, clérigos, monasterios, hospitales y las personas graduadas en qualquier facultad de las Universidades aprobadas de España y, asimismo, los dos escriuanos del Cauildo».

Amparándose en sus prerrogativas, estos grupos sociales cometen infinidad de abusos y realizan saneados negocios con la venta clandestina del vino forastero que alcanza mayores cotizaciones. También la corrupción se manifiesta a niveles inferiores; proliferan los sobornos de los arrieros a los guardas que vigilan a las puertas de la ciudad el tráfico ilegal. En estas condiciones resulta imposible eliminar de raíz las entradas fraudulentas, debido a los intereses creados.

A pesar de su ineficacia, veamos algunas de las disposiciones promulgadas en 1628 tendentes a controlar la situación. Salvo una, quedan clausuradas las numerosas tabernas abiertas en los distintos barrios, «por quanto es la principal ocasión para mucha desorden que ay en la dicha entrada de vino de fuera». Los cosecheros, a partir de ahora, deben vender los caldos en sus propias viviendas, mientras que las comunidades religiosas comercializarán el producto de sus heredades «en una casa accesoria o taberna nombrada por la Ciudad». El convento de San Jerónimo, al estar ubicado relativamente lejos del recinto urbano, continuará haciendo uso para este fin del inmueble que posee en la plaza de San Salvador.

Al mismo tiempo se intensifican las visitas a los lagares

del término para averiguar el volumen de la producción. Esta medida figura ya en la normativa confirmada por Felipe II en 1558. Las inspecciones se realizan a mediados de octubre o a finales de cada año, «hechas las vendimias y cerradas las cosechas del vino». Transcurridos seis meses del primer registro, se efectúa un nuevo aforo para que «se entienda el vino que cada uno huuiere entrado y vendido en la dicha ciudad y lo que le queda por vender». Paralelamente se ordena que todas las partidas se canalizarán a través de la puerta del Rincón y «el que entrare por otra puerta, portillo o por otra parte alguna sea tenido por vino de fuera, aunque sea de lo registrado y aforado de las dichas heredades».

La abundancia de vino de la tierra cubre la demanda de la capital y el abastecimiento está asegurado en todo momento. Ello significa una mayor estabilidad en las cotizaciones. La venta directa al consumidor evita, en parte, unos precios altos. Asimismo, desde 1560 quedan suprimidos los intermediarios que se dedican a la comercialización del producto «por el daño que vino al Reyno de auer regatones en los mantenimientos de pan y vino».

La rígida protección a los cosecheros locales frenó la expansión de la vid en determinadas localidades cordobesas y las entradas clandestinas dieron lugar a constantes prácticas especulativas que representaron sustanciosos ingresos, sobre todo a los miembros de los estamentos privilegiados.

Por el contrario, la producción de los olivares resulta insuficiente para atender la demanda de la capital. Presumiblemente la causa radica en la escasa implantación de este cultivo en el término. La documentación corrobora una dependencia que en ningún momento provoca carestías graves en la provisión de aceite. Los principales núcleos abastecedores son la Guijarrosa, Santaella, La Rambla, Aguilar, Ecija, Guadalcázar y otros.

Si bien en los denominados lugares de cosecha los precios de la arroba están por debajo de los niveles que alcanzan en Córdoba, hemos de tener presente los aumentos de las tarifas que motivan el pago de los derechos de saca, guía y transporte. De cualquier forma siempre resultan in-

feriores a los de los molinos que funcionan en el ruedo.

El Cabildo municipal, lo mismo que con otros artículos de primera necesidad, fija las tasas máximas de venta al consumidor. Por lo general, las subidas son bastante ajustadas y están en relación con el precio establecido a los cosecheros, de ahí las frecuentes peticiones de los aceiteros solicitando nuevos incrementos.

En ocasiones, los minoristas se quejan al ayuntamiento en tonos dramáticos para conseguir sus propósitos, esgrimiendo siempre las mismas razones, los escasos o nulos beneficios que obtienen. Las autoridades suelen atender los ruegos, especialmente en los años que coinciden con un notorio proceso inflacionista. Así, en enero de 1599, los aceiteros piden «se les suba la panilla de aceyte, de manera que se pueda bender con algún aprobechamiento, porque al precio que se bende pierden en él». La medida usual en la época es la panilla que equivale a la cuarta parte de medio litro aproximadamente.

Los ganados que pastan en el término de Córdoba suministran la carne necesaria para alimentar a la población. Por orden de importancia, vacas, ovejas y cerdos son las especies de mayor consumo. Abundan los pequeños ganaderos que proporcionan una gran parte de las cabezas sacrificadas. Al menos esto es los que se deduce de las protestas suscitadas a raíz de la venta de baldíos, hasta tal punto que llega a peligrar el abastecimiento a la Carnicería.

Una prueba elocuente la tenemos en una carta remitida por el corregidor en octubre de 1642 al Consejo Real, en la que «representó el aprieto grande en que se hallaba la dicha ciudad por no tener pastos donde poder apacentar las bacas y demás ganados para la carnicería de ella y sustento de sus vecinos por estar bendidas las tierras hasta los muros y que los dueños, que abían comprado los dichos baldíos, no dejaban entrar ganado en ellos, antes lo resistían arcabuçeando qualquier ganado que entraba». La difícil situación del momento explica una provisión real autorizando al municipio a dictar las órdenes oportunas para que los ganados, una vez alzados los frutos, pudiesen entrar en las heredades.

Sin embargo, los mismos problemas continúan sin resolver en fechas posteriores. Así, en marzo de 1645 el veinticuatro don Francisco de las Infantas redacta un memorial sobre la grave crisis por la que atraviesa la economía de la ciudad y hace unas significativas referencias al comentar la decadencia del sector agropecuario: «[...] y se be en la falta de carnes, pues, aún con la diligencia, cuidado y asistencia de nuestro corregidor, vale catorce quartos una libra de baca».

Si la privatización de los baldíos lesiona los intereses de los pequeños ganaderos, la cabaña de los grandes cobra un protagonismo singular en el abasto. Aprovecha la restricción de la oferta para vender a precios más altos que repercuten de forma negativa en la masa de consumidores, especialmente en las capas humildes.

La dependencia del exterior es prácticamente total en el abastecimiento de pescado. El volumen de pesca capturada en el Guadalquivir cubriría una mínima parte del consumo, además de estar limitada a las especies de río. Los núcleos de aprovisionamiento se localizan en el litoral andaluz, principalmente en la zona atlántica: Puerto de Santa María, Cádiz, Sanlúcar de Barrameda y Málaga. También se importa de Sevilla, cuyas existencias llegan al puerto fluvial procedentes de la costa gaditana y de otros lugares.

A principios de cada año, el municipio saca a subasta el abasto de pescado a la capital que se remata en el postor que ofrece mejores condiciones tanto en calidad como en precio. El suministro se hace en régimen de monopolio, al menos los pescados de mayor demanda, y, dejando a un lado los inconvenientes que plantea, tiene la ventaja de asegurar unas cotizaciones sin altibajos.

Córdoba está bien surtida a juzgar por la variedad de pescado que ofrece al consumidor. En el grupo de especies con piel lisa cabe señalar el tollo, bacalao, atún y salmón. Estas últimas son las más caras y el valor de la libra carnicera duplica el del tollo, la más barata. El del bacalao ocupa una posición intermedia entre los dos extremos. Dentro de los pescados con escamas sobresalen las sardinas, besugos y dentones.

Las cotizaciones en origen del pescado fresco aumentan de manera apreciable hasta poner la mercancía en la ciudad. La merma de peso, los derechos de saca y despacho, los portes y los impuestos de aduana que se pagan a la entrada de Córdoba gravan el producto. Precios y costos son bastante inferiores en el llamado pescado seco o añejo.

Los niveles de consumo presentan acusadas fluctuaciones en los distintos meses y días del año. Las causas están relacionadas con determinados preceptos religiosos que obligan a los fieles a abstenerse de carne. Por tanto, la demanda experimenta una subida los viernes de cada semana, los días de vigilia, el período de Cuaresma y durante las Témporas.

La venta del pescado se realiza en una serie de puestos o canceles, situados en diversos puntos del recinto urbano. El municipio anualmente saca a subasta el arrendamiento y los ingresos obtenidos por este concepto pasan a engrosar los fondos de los bienes de Propios.

Como ya se ha puesto de manifiesto, la nieve está considerada como un artículo de primera necesidad. Disponemos de varios testimonios que corroboran de manera fehaciente nuestra afirmación. Así, en abril de 1598, el Cabildo acuerda nombrar una comisión encargada de contratar el abasto porque «conbiene a la salud». En junio de 1692 surgen problemas, con motivo del incumplimiento por parte del abastecedor de sus obligaciones, y las autoridades locales deciden adoptar medidas urgentes para garantizar el suministro «por lo mucho que importa en el tiempo presente de tan exzesivos calores y que los vezinos de esta ziudad tengan el remedio de beuer frío para conservar la salud y temperarla los que no la tienen».

Por razones de proximidad geográfica, la nieve se importa de los pozos de la Sierra de la Pandera en la villa jiennense de Valdepeñas. Las declaraciones de un arriero, que durante varios años viene trayendo nieve, aportan una información precisa acerca de la total dependencia en el aprovisionamiento y del número de días invertidos en el trayecto:

> «Saue que siempre se a abastezido de nieve esta ziudad de lo que se a traído de fuera por no auerla en

ella ni en su contorno, siendo los pozos más ynmediatos a Córdoua, y los de donde ordinariamente los abastezedores la an traído para proueer la ciudad de ella, los de las sierras de Baldepeñas, questos están distantes de Córdoua dos jornadas, desde ella a los pozos se gastan siempre en subir por la nieue y bajarla de ellos un día con poca diferenzia y quatro de las ydas y benidas son zinco los que se ocupan en cada biaje» (5).

Si la mencionada localidad constituye el principal centro exportador, en ocasiones, la capital se abastece de otras poblaciones del Reino de Jaén cercanas a Sierra Mágina. Salvo casos excepcionales, el transporte se realiza con bestias mayores –mulos– que soportan una carga de 12-14 arrobas y la mercancía va cubierta de paja y seras para su mayor conservación. No obstante, el deshielo resulta inevitable; analizando media docena de ejemplos, cada arroba de nieve en el trayecto Valdepeñas-Córdoba tiene una merma que se puede cifrar en algo más de un 8%.

Los documentos, referidos sólo a 1692, son ricos en datos que permiten calibrar con bastante aproximación el nivel de consumo y las fluctuaciones del mismo en las diversas zonas de la capital (6). En la citada fecha el municipio contrata con el abastecedor el suministro de 200 cargas mayores de nieve, cantidad estimada como razonable para hacer frente a las necesidades de la ciudad a lo largo de los seis meses –desde mayo hasta octubre– que comprende el período de aprovisionamiento. Las susodichas cargas vienen a ser 2.400-2.800 arrobas, es decir, unos 30.000 kilos en números redondos. Ello significa alrededor de un kilo por habitante. Ahora bien, el consumo de la nobleza o el clero supera con creces el de artesanos y campesinos.

En el mencionado año funcionan cuatro puntos de venta, distribuidos en diversos lugares de la ciudad: plazas de las Tendillas y Corredera, Realejo y calle de la Zapatería en el barrio de la Catedral. Veamos como botón de muestra la nieve vendida en cada uno de los puestos durante ocho días, desde el 19 al 26 de junio:

(5) *A.M.C. Sección VI. Serie 44. Abasto de nieve.* Doc. 1
(6) *Ibidem.* Docs. 2 y 3.

Puestos	Nieve (Kilos)
Realejo	206,31
Tendillas	270,71
Corredera.	332,35
Zapatería.	470,81

Teniendo en cuenta las restricciones habidas este año, originadas por incumplimiento del abastecedor del compromiso suscrito con el municipio, las cifras son altas en general. Las sensibles variaciones obedecen al volumen de habitantes que cubre la zona y al *status* social de los mismos. La demanda de la parroquia de la Catedral, que tiene un grueso contingente de nobles, clérigos y mercaderes, se halla muy por encima del consumo registrado en el puesto del Realejo que surte de nieve a los populares barrios de la Magdalena, Santa Marina, San Lorenzo y otros, donde reside un crecido porcentaje de trabajadores escasos de recursos.

V. LA RELIGIOSIDAD

El fenómeno religioso ofrece un protagonismo de gran importancia que aflora e impregna a todos los aspectos de la sociedad. Las distintas etapas de la vida de un individuo, desde que recibe las aguas bautismales hasta que se le administra la extremaunción, aparecen controladas por la Iglesia. La vigilancia ejercida por esta institución no significa en modo alguno la manifestación de sentimientos ficticios, ya que la inmensa mayoría de la población se identifica plenamente y de forma sincera con la ideología católica.

Trento representa una nueva orientación. De un lado, surgen aires renovadores y, de otro, queda definida una actitud frente a la cuestión protestante. Desde mediados del siglo XVI Córdoba vive de alguna forma los intentos de transformación. La amplia y fructífera labor del Maestro Avila, la estancia de San Juan de la Cruz y San Juan Bautista de la Concepción, el paso fugaz de Teresa de Jesús, la creación del Colegio-Seminario de San Pelagio son ejemplos que corroboran una realidad.

Sin embargo, en la centuria del Seiscientos este afán de reforma se debilita y da paso –como señala Domínguez Ortiz– a una religiosidad bastante superficial y emotiva que siente una gran atracción por las manifestaciones externas y espectaculares (1).

La eclosión religiosa alcanza en nuestra ciudad altas

(1) Vid. DOMINGUEZ ORTIZ, A.: «Aspectos sociales de la vida eclesiástica en los siglos XVII y XVIII». *Historia de la Iglesia en España*. IV. Madrid, 1979. pp. 5-14.

cotas. Las diferentes capas sociales ofrecen numerosas pruebas de un fervor inusitado, pero nos limitaremos a poner de relieve ciertos indicadores de este fenómeno. A través de ellos se puede calibrar la religiosidad cordobesa y descubrir una faceta tan significativa de la mentalidad de sus habitantes.

Parroquias, conventos, ermitas y hospitales dan cobijo a innumerables hermandades y cofradías –más de un centenar en el XVII– erigidas en honor de las más variadas advocaciones, aunque sobresalen cuantitativamente las dedicadas al Santísimo Sacramento y Animas del Purgatorio.

Un elevado porcentaje de la población forma parte de estas instituciones piadosas y asiste a los actos de culto que se celebran durante el año. Unas agrupan a los individuos que desempeñan un mismo oficio: zapateros, sastres, carpinteros, tejedores de seda, plateros. Otras se hallan reservadas a personas con deficiencias físicas, por ejemplo la de los ciegos.

Los fines y actividades ofrecen una gran variedad. Aparte de las obligaciones estrictamente religiosas, llevan a cabo meritorias acciones caritativas, tales como el socorrer y ayudar a los miembros de los respectivos gremios o bien el asistir y enterrar a los ajusticiados.

Las cofradías penitenciales alcanzan bastante difusión y se erigen, bajo diversas advocaciones relacionadas con la Pasión, tanto en la capital como en los pueblos cordobeses. Destacan las fundadas con los títulos de la Vera Cruz y Jesús Nazareno. Algunas salen a la calle en Semana Santa, acompañadas de un crecido número de disciplinantes.

Una rica documentación, estudiada por Nieto Cumplido, se ha conservado de la hermandad de la Vera Cruz de Palma del Río. Se instituye a mediados del XVI y en los estatutos figuran minuciosamente las obligaciones de los cofrades. Determinados capítulos aluden a los disciplinantes que recorren la población el Jueves Santo.

Las devociones locales que despiertan un mayor entusiasmo en Córdoba se reducen a dos advocaciones marianas, reliquias de los Santos Mártires y arcángel San Rafael. Todas gozan de un enorme predicamento en las distintas

capas sociales que imploran su protección en situaciones graves y comprometidas.

Novenarios, rogativas y procesiones ayudan a mantener vivo un fervor inquebrantable que se complementa con la impresión de obras, en las que se recogen los milagros y favores concedidos. Asimismo, salen a la luz folletos y libros en los que se describen las fiestas y certámenes literarios celebrados en su honor.

Según la tradición, el origen de Nuestra Señora de la Fuensanta se remonta a 1420, fecha en la que un modesto cardador tuvo una aparición de la Virgen y, por su mediación, recobran la salud varios familiares, tras aplicarles agua de una fuente próxima al lugar de los hechos.

Veinte años más tarde, un ermitaño acude al mismo sitio y, por intervención divina, descubre una imagen en el tronco de un árbol. A partir de este momento, la devoción se incrementa notablemente, debido a los milagros que se le atribuyen.

Desde el siglo XVI se organizan numerosas procesiones al santuario con el mismo fin: la petición de lluvia en períodos de acusada sequía. En raras ocasiones se solicitan otros beneficios.

Esta advocación mariana representa uno de los pilares básicos sobre los que se asienta el fervor religioso de los cordobeses, hecho constatado a través de la obra publicada en 1671 por Vaca de Alfaro. En ella se detallan los supuestos prodigios realizados por su intercesión (2).

El origen de Nuestra Señora de Villaviciosa se halla en una piadosa leyenda que alude a un pastor que se trajo a fines del XV una imagen, descubierta en Portugal, a una dehesa del término de Espiel.

En las primeras décadas del Quinientos surge una devoción bastante intensa entre los vecinos de Córdoba, atraídos por los prodigios que sucedían en aquel pago de la Sierra. La ratificación del fenómeno viene dada por la construcción de una ermita y la fundación, en 1528, de una cofradía en la iglesia de San Juan de Letrán, situada en el barrio de San Lorenzo de la capital.

(2) *Historia de la aparición, revelación, invención y milagros de la Soberana Imagen de Nuestra Señora de la Fuensanta.* Córdoba, 1671.

Años más tarde, tras un azaroso rapto y posterior rescate según la tradición, el Cabildo catedralicio nombra un capellán permanente en el lugar y se edifica una hospedería. Al mismo tiempo, se ponen en cultivo las tierras de la zona. El inicio de asentamientos humanos culmina, más tarde, en la fundación de la localidad de Villaviciosa en 1665 (3).

El fervor de los cordobeses a Nuestra Señora de Villaviciosa está en pleno auge durante los siglos XVI y XVII. Lo demuestran los frecuentes traslados de la imagen a la ciudad con el fin de implorar su patrocinio en épocas de calamidades, sobre todo las que afectan a la agricultura: falta o exceso de agua y plagas. La devoción alcanza altas cotas de popularidad como lo prueban los testimonios recogidos por Páez de Valenzuela en un breve tratado sobre el origen y milagros de tan venerada imagen (4).

Las reliquias de los Santos Mártires datan de 1575, fecha en la que se descubren, con motivo de unas obras en la parroquia de San Pedro, unos restos humanos que se identifican con los cuerpos de los cordobeses que sufrieron martirio en época romana.

El obispo fray Bernardo de Fresneda inicia las diligencias pertinentes para averiguar la autenticidad o falsedad de los huesos encontrados, contando con el asesoramiento del cordobés Ambrosio de Morales, un experto en materia de reliquias. Tras el examen de los informes, el prelado decide que son auténticos y objeto de veneración, decreto refrendado por el Concilio Provincial de Toledo en 1583.

Hasta el siglo XVII el culto a las reliquias de los Mártires no alcanza un fervor intenso. Desde el inicio de la centuria empieza a cobrar importancia, como lo prueba el hecho de que los habitantes de la ciudad demanden su intercesión en situaciones difíciles. Con motivo de la epidemia de 1601 salen en procesión por vez primera. En 1622 se acude a la iglesia de San Pedro en petición de lluvias. Otro

(3)Vid. RAMIREZ DE LAS CASAS-DEZA, L. M.: *Corografía histórico estadística de la provincia y obispado de Córdoba.* I. Córdoba, 1840. pp. 452-454.

(4) *Tratado de la invención y aparecimiento de la Virgen Sanctíssima de Nuestra Señora de Villaviciosa y de su gran devoción y milagros.* Córdoba, 1622.

ejemplo de la creciente devoción es la formación de una nutrida cofradía en 1673.

La tradición hace remontar a principios del XIV la aparición del arcángel San Rafael al mercedario fray Simón de Souza. La piadosa leyenda cobra de nuevo actualidad en la persona del sacerdote Andrés de Roelas en 1578. Sin embargo, hasta mediados de la centuria siguiente, con ocasión de la peste de 1649, la figura de San Rafael no cobra un protagonismo singular.

Las masas enfervorizadas suplican la protección del angel custodio en unos momentos calamitosos. Publicaciones divulgando los prodigios, fiestas religiosas, certámenes poéticos y otros actos en su honor tienen lugar a raíz de la mortífera epidemia, marcando las pautas de un entusiasmo sin límites. Devoción que se refleja en las artes plásticas que a la vez actúan de canales difusores, sobre todo entre la masa iletrada. El cuadro de A. del Castillo, modelo en grabados posteriores, constituye un ejemplo harto elocuente.

La religiosidad cordobesa se proyecta en otras devociones que, por supuesto, carecen de la aceptación y entusiasmo que despiertan las mencionadas anteriormente. La nómina es bastante amplia, de ahí que nos limitemos a resaltar las más destacadas.

En primer lugar los Santos Acisclo y Victoria, patronos de la ciudad, cuyo sepulcro se veneraba en el convento de los Santos Mártires. A partir del último cuarto del siglo XVI la devoción disminuye en contraste al período anterior. Conviene recordar que Felipe II, en su visita a Córdoba en 1570, entró en esta iglesia de rodillas en consideración al enorme predicamento que gozaba el lugar entre los habitantes de la capital.

¿A qué obedece el enfriamiento o, al menos, la tibieza del fervor popular?. La respuesta aparece directamente vinculada al sorprendente hallazgo, muy pocos años después, en la parroquia de San Pedro. Los restos óseos descubiertos, entre los que se incluían los de Acisclo y Victoria, ponen en entredicho los conservados en el antiguo monasterio. Desde ahora, la creciente devoción a las reliquias en-

sombrece y menoscaba la dispensada, de manera individual, a la pareja de santos mártires.

No obstante, en el primer cuarto del XVII se produce un resurgir y la devoción se mantiene entre los cordobeses. Prueba irrefutable son los cuadros de A. del Castillo con este tema. Otra imagen que ofrece altibajos en la popularidad será la Virgen de Linares.

Encontramos un grupo de advocaciones tradicionales –San Nicolás Tolentino, Cristo de las Mercedes, San Sebastián– que despiertan un fervor intenso; en algún caso muy superior al que venían disfrutando. Esta verdadera eclosión se relaciona estrechamente con las grandes epidemias que azotan la ciudad en el XVII.

En el citado siglo surgen nuevas devociones a raíz de prodigiosos hallazgos. El más importante tiene lugar en 1665. Simón de Toro y Bartolomé de la Peña, vecinos del Alcázar Viejo, descubren, arando en una haza próxima a la puerta de Sevilla, un pozo con brocal de jaspe blanco y en el interior una imagen de la Virgen.

La noticia del suceso se difunde con inusitada rapidez, sobre todo al conocerse los supuestos milagros obrados en personas enfermas. A partir de este momento a la pequeña escultura anónima se le otorga el título de Nuestra Señora de la Salud. Años más tarde, concretamente en 1673, se inaugura una capilla en el lugar, destinada a cobijar la flamente advocación mariana. Sin embargo, hasta el XVIII no alcanza entre la población una fervorosa devoción (5).

También hay que mencionar diversas iniciativas tendentes a divulgar algunos cultos que no llegaron a calar en la masa de fieles. Como botón de muestra, tenemos las fiestas celebradas anualmente, desde 1626, en el convento de Santa Ana por el obispo don Cristóbal de Lobera en honor a San José que obedecen a la gran devoción personal al Patriarca. Quedaron suspendidas poco después, cuando el prelado se traslada a otra diócesis (6).

Al igual que en la mayor parte de la geografía española,

(5) Vid. LOPEZ BAENA, J.: *Invención, colocación y maravillas de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Fuente de la Salud que se venera en su Hermita, extramuros de esta ciudad de Córdoba.* Córdoba, s. a. pp. 22-31.

(6) GOMEZ BRAVO, J.: *op. cit.* II. p. 609.

el Santísimo Sacramento y la Inmaculada ocupan un puesto relevante entre las devociones cordobesas; constituyen los más significativos exponentes de la religiosidad del Barroco. Tales advocaciones se hallan presentes en numerosos aspectos de la vida local.

Los fieles están habituados a que los sermones comiencen invocando el predicador de turno el misterio eucarístico y la concepción sin mácula de María. La frase de rigor aparece incluso en determinados edictos municipales. Así, en el bando de salud publicado en julio de 1650, anunciando el fin de la epidemia, lleva el siguiente encabezamiento: «Loado sea el Santísimo Sacramento y la limpia Concepción de nuestra señora Concebida sin pecado original» (7).

Frente a la exaltación unánime del sacramento de la Eucaristía, el tema de la Concepción suscita vivas polémicas entre dominicos, de un lado y, de otro, miembros de los dos Cabildos y demás comunidades religiosas.

Las fiestas del Corpus Christi se remontan a la etapa bajomedieval, pero será a partir de Trento cuando alcancen el máximo esplendor. La celebración del Santísimo Sacramento en Córdoba ofrece un espectáculo deslumbrador con un boato muy vistoso.

El itinerario de la procesión, con la magnífica custodia de Arfe, luce una profusa decoración a base de artísticos altares y numerosos arcos con figuras y frases alusivas a la Eucaristía. La calle de la Feria es el lugar elegido para instalar fuentes artificiales y todo tipo de juegos e invenciones, de claro simbolismo religioso, que hacían el deleite de la masa de fieles.

Las manifestaciones folklóricas constituyen un ingrediente más en la grandiosidad de los actos. Cada año participan en el desfile danzas con instrumentos musicales y ropajes coloristas que intentan transmitir a la nutrida concurrencia determinados mensajes.

Los temas ofrecen una gran variedad, algunos de evidente contenido político-religioso. La danza de *La morisca* alude a la despedida y peticiones hechas por Boabdil a los

(7) Cf. VALDENEBRO Y CISNEROS, J. M.: *La imprenta en Córdoba*. Madrid, 1900, p. 136.

Reyes Católicos. La de *Los comendadores de Malta y turcos* es un reflejo de la tensión Islam-Cristiandad, que, en este caso concreto, hace referencia a la disputa de la isla de Malta. La contraposición entre virtudes y pecados es el asunto principal de la titulada *El engaño de Guinea,* danza muy vistosa con movimientos rápidos. También encontramos pasajes del Antiguo Testamento –danza del Rey David– y una serie de temas populares en las de la Chacona, Damas y galanes, Villanos, Serranas.

Por lo general, los danzantes pertenecen a capas sociales humildes y, con bastante frecuencia, se constata en la documentación la presencia de negros y gitanos, personas especialmente dotadas para el baile (8).

La polémica concepcionista se origina con motivo del sermón predicado en la Catedral por fray Cristóbal de Torres el 8 de diciembre de 1614. El dominico se pronuncia de manera abierta contra la inmunidad de culpa original en la concepción de María. Las palabras causan un verdadero escándalo, tanto en el Cabildo como en el numeroso auditorio.

El fuerte alboroto desatado se incrementa a raíz de la intervención del prelado fray Diego de Mardones, perteneciente a la Orden de Santo Domingo. Promulga un edicto por el que se prohíben los actos en honor de la Inmaculada, así como las opiniones públicas, a favor o en contra, sobre la espinosa cuestión.

La decisión va a ser recusada ante la Santa Sede de inmediato y los dos Cabildos, municipal y eclesiástico, denuncian la acción en la Chancillería de Granada. Al mismo tiempo se producen algunos hechos que corroboran un tenso enfrentamiento.

El clero catedralicio adopta una postura desafiante al celebrar una fiesta a la Concepción, previo llamamiento al vecindario que acude masivamente a demostrar su fervor y, de paso, a rechazar el silencio impuesto por el ordinario de la diócesis. El municipio en acto de solidaridad organiza y financia una fiesta votiva en el convento de San Fran-

(8) Vid. ARANDA DONCEL, J.: «Las danzas de las fiestas del Corpus en Córdoba durante los siglos XVI y XVII. Aspectos folklóricos, económicos y sociales». BRAC. 98 (1978). pp. 173-194.

cisco (9). El canónigo Pizaño de Palacios se traslada a Sevilla donde publica un par de discursos en favor de la Purísima.

La ruidosa polémica bajó de tono con una real provisión, fechada en noviembre de 1615, en la que se ordena a fray Diego de Mardones que suspenda las prohibiciones dictadas. Asimismo, la expedición de una bula papal en 1617, dando luz verde a los seguidores de la citada advocación mariana, va a ser acogida con grandes muestras de alegría: repiques, luminarias y justas poéticas.

Ello significa un duro golpe a las pretensiones de los dominicos que, en contrapartida, trataban de inculcar la devoción a la Virgen del Rosario. Prueba irrefutable es la obra de fray Francisco Messía, de la Orden de Predicadores, publicada en 1612 en Córdoba con el significativo título de *Tratado de los Milagros de Nuestra Señora del Rosario para la devoción de sus devotos y cofrades.*

El fervor a la Purísima se incrementa de forma notoria, pues a mediados del siglo XVII, apagada la encendida polémica que había tenido lugar en la segunda década, se obliga a los miembros de los Cabildos seglar y catedralicio a efectuar, en la toma de posesión de sus cargos, el juramento en defensa de la Inmaculada. La misma obligación se implanta también en otros sectores, por ejemplo a los estudiantes que ingresan en el Colegio de la Asunción.

La devoción arrecia en la segunda mitad de la centuria, sobre todo a partir del Breve de Alejandro VII en 1662 a favor del misterio de la Pura Concepción de María. El documento papal provoca en la ciudad muestras de regocijo que se plasman en la celebración de fiestas religiosas solemnes en la parroquia de Santa Marina, descritas en octavas reales por el doctor Vaca de Alfaro.

El entusiasmo popular que despierta esta advocación mariana se complementa con las acciones llevadas a cabo por algunos prelados tendentes a dar magnificencia a los actos de culto o bien a perpetuar el susodicho Misterio.

El obispo don Francisco de Alarcón dona al Cabildo una sustanciosa cantidad para instituir una fiesta el día de

(9) GOMEZ BRAVO, J. *op. cit.*, II. pp. 586-587.

la Concepción con toda grandeza y lucimiento. Sin embargo, la dotación no tuvo efecto, ya que el sucesor, fray Alonso de Medina y Salizanes, lega bienes para financiar los gastos de la octava de la Purísima con el deseo de que se celebrase con el mismo aparato y esplendor que la del Corpus. Asimismo, la fervorosa devoción del mencionado franciscano a la Purísima le mueve a fundar una capilla en la Iglesia Mayor con este título, cuyas obras finalizan en 1682 (10).

Paralelamente, los rescoldos de la polémica se apagan por completo. Un signo de concordia tiene lugar en 1663 cuando el dominico fray Juan de Rivas en un sermón predicado en el convento de San Pablo, con ocasión del día de Santo Tomás, ajusta la doctrina del Doctor Angélico al Breve de Alejandro VII.

A lo largo del siglo XVII los españoles declarados beatos o santos alcanzan un número de cierta importancia. La culminación de los procesos ocasiona la celebración de fiestas religiosas por las distintas comunidades instaladas en Córdoba.

Los actos revisten una gran brillantez, realzada con la presencia de los dos Cabildos. Entre las distintas manifestaciones que tienen lugar sobresalen las llevadas a cabo por carmelitas, jesuitas y agustinos.

La beatificación de la reformadora del Carmelo por Paulo V en 1614 es el motivo de los festejos celebrados en el convento de Santa Ana, donde se inicia un octavario que va rotando por las iglesias de las diferentes órdenes religiosas con sermones a cargo de los más prestigiosos oradores.

Junto a los actos de culto se organiza un lucido certamen literario en el que participan más de 40 poetas. Entre ellos destacan Luis de Góngora y varios representantes de la llamada *escuela antequerana*. Asimismo hubieron grandes luminarias y fuegos artificiales. De todo ello hace una cumplida descripción el licenciado Páez de Valenzuela en una relación publicada en 1615.

La canonización de Teresa de Jesús por Gregorio XV

(10) *Ibidem*. p. 713.

en 1622 causa de nuevo muestras de alegría que se exteriorizan a través de los festejos celebrados. Sin embargo, cinco años más tarde, la exaltación de la figura de la Santa provoca un abierto enfrentamiento entre el obispo y el Cabildo catedralicio. La causa de estas tensiones se halla en el título otorgado por Urbano VIII de Patrona de España a petición de Felipe IV.

El nombramiento se festeja durante una semana con funciones religiosas, danzas, luminarias y otros regocijos. En cambio, los miembros del Cabildo, en solidaridad con los de la iglesia de Santiago de Compostela, deciden mostrar su disconformidad y proyectan organizar una procesión a la parroquia de Santiago, resolución que va a quedar sin efecto a instancias del ordinario.

A pesar de ello la chispa salta en 1630 cuando el magistral González de León, predica el día de Santiago en la catedral. Las palabras vertidas en el sermón mueven al obispo Lobera a instruirle un proceso que finaliza con la absolución del inculpado (11). Sin duda el malestar surgido en reducidos sectores del clero obedece a que el nuevo título dado a Santa Teresa ensombrece la figura del Apóstol Santiago.

En la centuria del Seiscientos los jesuitas celebran, mediante lucidas fiestas, la declaración de beatos y santos concedida a miembros de la Compañía de Jesús. Los actos tienen como marco la iglesia del Colegio de Santa Catalina. Las beatificaciones de Ignacio de Loyola y del apóstol de Oriente Francisco Javier se festejan en 1610 y 1620 respectivamente y en ambas ocasiones predica el magistral Pizaño de Palacios.

La canonización de los personajes mencionados justifica idénticas celebraciones en 1622. La última data de 1671 con motivo de haberse declarado santo a Francisco de Borja. También los agustinos llevan a cabo solemnes funciones religiosas en 1660 para festejar la subida a los altares de Santo Tomás de Villanueva.

La palabra constituye uno de los vehículos más directos y eficaces a la hora de despertar y mantener el fervor

(11) *Ibidem.* p. 619.

religioso. A través del púlpito el clero logra conectar con la masa de fieles, y más aún teniendo en cuenta que la inmensa mayoría de la población es analfabeta. La incidencia de las obras impresas resulta bastante limitada y solamente asequibles a una minoría muy reducida de la sociedad.

En todos los actos de culto la homilía juega un papel notorio y en el siglo XVII son numerosos los sermones impresos en Córdoba. Destacan aquellos que tienen lugar en las solemnes fiestas religiosas, los relacionados con temas polémicos o bien los destinados a transformar la vida y costumbres de los cordobeses. Sin duda, los sermonarios brindan una valiosa información a la hora de analizar y calibrar el fenómeno religioso.

Las predicaciones adquieren un protagonismo relevante en determinadas épocas del año. Así, en Cuaresma proliferan los sermones orientados a fustigar los vicios y a inculcar la necesidad de la penitencia.

Durante ese período de tiempo el Cabildo municipal solicita los servicios de un clérigo para que predique a las autoridades locales en la propia sala capitular. Por lo general son religiosos pertenecientes a las distintas comunidades instaladas en la capital. Van rotando cada año a fin de evitar suspicacias y de esta forma todas las órdenes se benefician del estipendio ofrecido.

En algunas localidades cordobesas, por ejemplo Santaella, el ayuntamiento sufraga los gastos ocasionados con motivo de la estancia en la villa de un predicador forastero en Adviento y Cuaresma.

La nómina de oradores en la Córdoba de los siglos XVI y XVII es muy amplia. Tanto en el clero secular como en el regular se constata la presencia de figuras destacadas que gozan de un reconocido prestigio. En el primer grupo sobresalen los magistrales Pizaño de Palacios y González de León, mientras que en el segundo hay un crecido número de jesuitas, dominicos, agustinos, mercedarios, franciscanos, carmelitas y trinitarios, cuyos nombres omitimos para evitar una lista que sería interminable.

Cabe señalar dos tipos de predicaciones. Unas, cultas y

eruditas, que encuentran el marco adecuado en las solemnes fiestas religiosas; otras de carácter popular que enfervorizan a las masas y tienen por escenario las calles y plazas de la ciudad.

En el siglo XVI hay que destacar la fructífera estancia en nuestra capital del Maestro Avila. Junto a sus actividades en el campo de la educación, realiza una meritoria labor en la cura de almas que se proyecta en todas las capas sociales. De un lado, confesor y director espiritual de la nobleza; de otro, dedica una atención especial a los pobres y a las mujeres de vida descarriada.

El autor de los *Casos notables* describe varios sucesos que tienen como protagonista al Apóstol de Andalucía, en los que deja traslucir una profunda admiración. Con respecto a la enorme concurrencia y espectación de sus sermones encontramos un significativo testimonio: «era el principio de la Cuaresma y estaba el Maestro Avila predicando en la ciudad; seguíale toda ella, de suerte que para oirle se iba a tomar lugar a las dos y tres de la mañana».

En el siglo XVII los dos tipos de predicaciones se hallan representados en las figuras del magistral Pizaño y fray Francisco de Posadas respectivamente. Aquel desarrolla su actividad en las primeras décadas; en cambio, el religioso de la Orden de Predicadores en el último cuarto de la susodicha centuria.

El doctor Alvaro Pizaño de Palacios, ardiente defensor de la Purísima Concepción de la Virgen, interviene de manera decisiva en la polémica mariana y ataca con dureza a los dominicos de San Pablo. La brillantez de su oratoria motiva la presencia de este clérigo en los actos organizados para celebrar beatificaciones y canonizaciones, en las grandes festividades religiosas y en las honras fúnebres de personajes importantes.

Predica en las celebraciones, mencionadas anteriormente, en honor de Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola y Francisco Javier. En varias ocasiones tiene a su cargo la homilía de la octava del Corpus y los sermones en las exequias de la reina Margarita de Austria y de miembros des-

tacados de la nobleza, tales como el señor de Guadalcázar y la condesa de Feria (12).

El orador que alcanza mayores cotas de popularidad es el dominico fray Francisco de Posadas. Hijo de emigrantes gallegos, tuvo que vencer múltiples dificultades para ingresar en la Orden de Santo Domingo, obstáculos derivados de su humilde condición que impedía la entrada en el aristocrático convento de San Pablo. Tras sus estancias en Jaén y Sanlúcar de Barrameda, desarrolla en la ciudad natal una incansable y continua actividad misional, al tiempo que goza de una gran estima en los diferentes estratos de la sociedad cordobesa.

Predicaba con bastante frecuencia en la plaza de la Corredera y otros lugares públicos de Córdoba, acudiendo siempre una nutrida concurrencia. Los fogosos sermones causaban fuerte impacto y a su terca iniciativa el Cabildo municipal prohibió las representaciones teatrales. Como buen dominico difundió en la población el rezo del Rosario y el culto a la Virgen de esta advocación (13).

Las intensas muestras de fervor en los siglos XVI y XVII no significan en modo alguno la ausencia de posturas heterodoxas. La disidencia religiosa se puede calibrar a través de las acciones emprendidas por el tribunal del Santo Oficio. Recientemente, Gracia Boix ha publicado una voluminosa obra documental con los autos de fe y relaciones de causas de la Inquisición cordobesa.

Frente a las acusaciones de carácter doctrinal, abundan los procesos incoados por blasfemia, bigamia, brujería y otros delitos de costumbres. Figuran varios casos de alumbrados y un reducido número de luteranos. En contraposición, sobresalen los condenados por prácticas islámicas y aún más los seguidores de la ley mosaica.

Sin duda, uno de los procesos que causaron mayor impacto fue el seguido contra sor Magdalena de la Cruz, pro-

(12) Vid. RAMIREZ DE ARELLANO, R.: *Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba.* II. Madrid, 1922, pp. 146-150.

(13) *Ibidem.* I. Madrid, 1921, pp. 486-492. Unos atinados y sugerentes trazos de la personalidad del Beato Posadas en el discurso pronunciado en 1980 por el profesor Domínguez Ortiz en el acto de investidura de Doctor *honoris causa* por la Universidad de Córdoba.

fesa en el convento de Santa Isabel de los Angeles. Su fama de santidad había encontrado un amplio eco debido a los prodigios que se le atribuían. Detenida la monja milagrosa salió en el auto celebrado el 3 de mayo de 1546. En 1642 va a ser condenada María Jiménez, mujer soltera de 27 años, bajo la acusación de hechicera, embustera y formar parte de la secta de alumbrados.

Los detenidos por luteranismo se reclutan entre los extranjeros, sobre todo franceses, y algunos italianos. León de Cerdonibus, ermitaño en el pago de la Albaida, es testificado por un compañero suyo de simpatizar con las proposiciones de Lutero. El calabrés Andrés Palopo ingresa en la cárcel del Santo Oficio por hablar públicamente en la ciudad contra la virginidad de María, el poder del Papa y el estado de clérigos y frailes. De momento la causa queda sobreseida en atención a la falta de juicio, determinándose que se ponga a buen recaudo en la casa de los locos de Córdoba, «y por no haber buena comodidad se puso en la de Sevilla donde al presente está» (14).

En el último tercio del siglo XVI son procesados por diversos delitos 219 moriscos, avecindados en la jurisdicción territorial del tribunal de Córdoba. Cuantitativamente destacan los que viven en la sede del distrito y otras localidades donde esta minoría cuenta con efectivos humanos importantes: Baeza, Ecija, Jaén y Priego de Córdoba.

En cuanto a las áreas delictivas, más de las dos terceras partes son acusados de realizar prácticas islámicas. La ablución ritual, la oración y el ayuno del Ramadán constituyen los pilares básicos de la militancia en el credo mahometano. Las alusiones a los demás ritos y costumbres tienen un carácter excepcional. A los moriscos hay que sumar los berberiscos que habían recibido el bautismo y vuelven a su primitiva religión.

Por último, la mayor cifra de procesados corresponden a los adictos a la ley de Moisés. Los autos de 1595 y 1597 celebrados en la plaza de la Corredera resultan llamativos por el elevado número de judaizantes, muchos de ellos

---

(14) GRACIA BOIX, R.: *Autos de fe y causas de la Inquisición de Córdoba.* Córdoba, 1983, p. 179.

portugueses. En el primero se condena a diversas penas a 72 personas, de las cuales 50 moran o han vivido en Ecija, 12 en Aguilar de la Frontera, 8 en Cabra y 2 en Lucena. En el segundo se hacen públicas las sentencias de 77 personas: 55 residen en Ecija, 18 en Córdoba y 4 en Aguilar. Los reos, en su inmensa mayoría, fueron detenidos a raíz de las diligentes pesquisas efectuadas en la visita, unos años antes, del inquisidor Alonso Ximénez de Reinoso a Ecija (15).

En el siglo XVII la persecución contra los portugueses arrecia. Como botón de muestra el auto de fe de 1655, en el que de 75 personas acusadas de judaizar, 60 al menos eran oriundas de Portugal o descendientes directos de familias lusitanas.

(15) Vid. ARANDA DONCEL, J.: «La Inquisición de Córdoba: visita a Ecija en 1593 y actuación contra los judaizantes». BRAC, 104 (1983). pp. 5-18.

VI. FIESTAS, ESPECTACULOS Y DIVERSIONES

Numerosas y variadas son las diversiones de los cordobeses durante los siglos XVI y XVII. La ciudad ofrece una serie de fiestas y espectáculos a los habitantes de la capital que gozan de un fuerte atractivo a juzgar por la presencia masiva de personas que acuden a distraerse o a exteriorizar su alegría, rompiendo un poco con la monotonía del quehacer diario.

Hemos visto como las celebraciones de carácter religioso van acompañadas de luminarias, cohetes y fuegos artificiales que motivan el regocijo de la población. Las vistosas danzas que actúan cada año en la festividad del Corpus atraen una nutrida concurrencia que se agolpa en las calles del recorrido para ver de cerca la grandiosidad del desfile procesional.

Sin duda, los festejos que despiertan un mayor interés, corroborado por una masiva asistencia, son los toros que en esta época suelen lidiarse a caballo, puesto que el toreo a pie no alcanza una gran difusión hasta el siglo XVIII. Innumerables espectadores se dan cita para vivir intensamente con gritos y aplausos el desarrollo de la corrida. Todos los grupos sociales, desde la nobleza a las capas más humildes, participan de un entusiasmo colectivo.

El alto poder de convocatoria explica la prodigalidad de las exhibiciones taurinas. Las fechas vienen a coincidir con las de las celebraciones religiosas señaladas del calendario litúrgico, por ejemplo el Corpus, o bien con las dedicadas a ciertas devociones populares, caso de San Rafael. No faltan el día de San Pedro y San Pablo, aniversario de

la toma de la ciudad por las huestes castellanas de Fernando III.

Constituyen el agasajo habitual del municipio a los visitantes ilustres. También se organizan para expresar las manifestaciones de júbilo en acontecimientos relevantes de la vida local y nacional. En definitiva, por un motivo u otro, tienen lugar durante la mayor parte de los días feriados del año, excepto el período de Cuaresma.

Otro festejo muy popular entre los cordobeses son los juegos de cañas que, generalmente, se incluyen en el intermedio o al final de las corridas de toros. En raras ocasiones se ofrecen como espectáculo único, debido a su corta duración. Intervienen miembros de la aristocracia y llevan a cabo vistosos ejercicios a caballo, basados en la coordinación de movimientos de las parejas y cuadrillas. Los participantes lucen ricos atuendos que resultan muy llamativos por la variedad cromática.

Toros y juegos de cañas exigen lugares espaciosos y a propósito. A lo largo de los siglos XVI y XVII se celebran en sitios distintos: plaza de la Corredera, calle de la Feria y Campillo del Rey. En esta última zona quedaron prohibidos a raíz de la decidida oposición del humanista Ambrosio de Morales, argumentando que se profanaba un lugar donde había sufrido martirio un elevado número de cordobeses en la época musulmana.

La plaza de la Corredera es el marco asiduo de tales celebraciones por reunir condiciones favorables al efecto, sobre todo a partir de la ampliación efectuada a mediados del XVI. El recinto se decora profusamente a base de adornos y colgaduras, especialmente los palcos y zonas reservadas a las autoridades y familias de la nobleza local. Los propietarios alquilan ventanas y balcones a todas aquellas personas que desean un sitio preferente para contemplar el espectáculo. Sin embargo, la mayoría del público asistente ocupa las gradas de madera que se colocan a fin de aumentar la capacidad.

El mismo día de la corrida, a primeras horas de la mañana, tiene lugar el traslado de los toros con la ayuda de los cabestros. Un enorme gentío acude a presenciar las operaciones e incidencias del encierro. El autor de los *Ca-*

sos notables recoge un testimonio de primera mano sobre la popularidad de los encierros en general: «En Córdoba se usa encerrar el ganado [...] y para esto se junta toda la ciudad por ser de mucho entretenimiento» (1).

El número de animales lidiados suele variar en función de los recursos disponibles para sufragar los gastos que se ocasionan. También la relevancia del acontecimiento que se celebra es un factor digno de tenerse en cuenta. Así, en la fiesta del Corpus de 1556 se organiza una corrida de tres toros en la calle de la Feria. En cambio, con motivo de los grandes festejos de 1651 en honor de San Rafael hubo una en la que se mataron 18 astados.

Los lidiadores son miembros de la aristocracia y entre ellos figuran los caballeros veinticuatro del Cabildo municipal. Montan seleccionadas cabalgaduras y, provistos de rejones, intentan mostrar su habilidad y destreza hasta herir de muerte al animal. En esta época también salían algunos toros faltos de bravura.

Se conservan varias descripciones minuciosas de corridas y juegos de cañas correspondientes al siglo XVII que suministran una cumplida información. Destaca el relato de los festejos celebrados el 12 de diciembre de 1668 con motivo de la visita efectuada a la ciudad por el príncipe italiano Cosme de Médicis.

El encierro de la mañana había congregado a una multitud de curiosos que presencia la llegada de los toros, guiados por los mansos y los conocedores, hombres a caballo provistos de una especie de garrocha. El público observa espectante la conducción al toril y un grupo se atreve a dar algunos lances con los ferreruelos, prenda de vestir en forma de capa, o bien hace uso de pañuelos y sombreros.

Es costumbre que uno de los toros se destine a divertir a la concurrencia. Al final sueltan unos fieros mastines que atacan al cornúpeta mientras los espontáneos seccionan los nervios de las patas traseras con espadas cortas. El animal cae al suelo y una avalancha humana se lanza a despedazarlo hasta que un trío de mulas, cubiertas de tela de varios colores, inicia el arrastre.

(1) *Casos notables de la Ciudad de Córdoba (¿1618?).* 2.ª ed. Montilla, 1982. p. 68.

Tras un descanso para la comida, la plaza de la Corredera luce todo tipo de adornos y colgaduras. Un auténtico hormiguero humano espera el comienzo de la fiesta taurina. El caballero don Pedro de Hinestrosa actúa en primer lugar con escasa fortuna. A continuación seis cuadrillas, integradas por una docena de parejas de nobles, participan en un juego de cañas. Finalmente, se lidian a caballo once toros, «los últimos cuatro o cinco fueron tan flacos que ni siquiera se atrevieron a afrontar a los caballeros» (2).

A veces, caso del ejemplo citado, la fiesta se prolonga durante una jornada entera, interrumpida unas horas para el receso de mediodía, prueba clara del gran entusiasmo que despierta en el conjunto de la población cordobesa; interés asimismo corroborado por la masiva asistencia.

Sin duda, estas aglomeraciones entrañan unos riesgos, debido sobre todo a la fragilidad del graderío donde se concentran numerosos espectadores. Afortunadamente no hubo que lamentar sucesos luctuosos, aunque en una ocasión se produjo un fuerte alboroto provocado por el rumor de que algunas casas estaban a punto de hundirse. El 4 de enero de 1683 en el curso de una fiesta de toros, organizada para celebrar la finalización de las obras de la capilla de la Purísima, erigida en la Catedral por el obispo fray Alonso de Medina y Salizanes, cunde el pánico entre la masa de asistentes. Serenados los ánimos gracias a la intervención del corregidor Ronquillo Briceño, la psicosis de miedo producida determina la suspensión de la corrida. Para evitar peligros en el futuro, la autoridad municipal decide acometer ese mismo año la obra y nueva fábrica de la plaza de la Corredera.

La nobleza suele agasajar a los extranjeros que vienen a la ciudad con espectáculos taurinos y juegos de cañas. El francés Bertaut, que visita Córdoba en 1659, encomia la amabilidad de los miembros de la aristocracia que se deshacen en atenciones y refiere que «estos caballeros nos querían detener un día más en Córdoba y nos decían que

(2) GUZMAN REINA, A.: «Córdoba en el viaje de Cosme de Médicis...» p. 126.

harían expresamente y en nuestra consideración un juego de cañas que no habíamos visto» (3).

Junto a los lucidos festejos en la plaza de la Corredera o en la calle de la Feria, donde acude gente de toda la ciudad, el vecindario de los distintos barrios asiste complacido a la pugna de los jóvenes de la nobleza con toros, haciendo numerosas exhibiciones para demostrar el valor ante las doncellas. Estos regocijos eran frecuentes a juzgar por la referencia que aparece en los *Casos notables:*

> «En Córdoba se tiene de costumbre, sin que los Corregidores lo hayan podido quitar, llevar los caballeros toros con cuerdas a sus barrios y plazuelas. Acuden todos al toro, porque con esta ocasión salen todas las damas a las ventanas, y sabiendo que han de ser vistos, hacen mil gallardías de sus personas» (4).

En la citada obra figuran varios testimonios coetáneos que reflejan de manera elocuente la popularidad de las fiestas de toros.

Otra de las diversiones favoritas en la Córdoba de los siglos XVI y XVII es el teatro. Durante la segunda mitad de la centuria del Quinientos tienen lugar representaciones de una forma continuada y por la ciudad desfilan prestigiosas compañías.

Se despierta una gran afición, al tiempo que una nutrida afluencia de público acude a presenciar las comedias. El fenómeno viene corroborado por el interés de los miembros del Cabildo municipal en dotar a la capital de un local a propósito con la suficiente capacidad para atender a la creciente demanda.

En 1599 el ayuntamiento inicia gestiones y, en un principio, se piensa instalar el futuro teatro en la plaza de la Corredera. El proyecto queda desechado y, dos años más tarde, hay una propuesta, aceptada favorablemente por los capitulares, de situarlo en el edificio de la antigua cárcel en el barrio de la Catedral. A finales de 1602 terminan las

(3) *Viajes de extranjeros por España y Portugal...* II. p. 614.
(4) *Casos notables...* p. 117.

obras de acondicionamiento y a partir de esa fecha los cordobeses disponen de un recinto digno (5).

En calidad de propietario, el municipio obtiene unos sustanciosos ingresos y la explotación del local no se lleva de manera directa sino que se arrienda a cambio de una renta fija. La duración del contrato suele variar, aunque por lo general tiene una vigencia de tres o más años.

Las cantidades percibidas van a engrosar los bienes de Propios, destinando algún dinero a obras de carácter benéfico. Así, en 1690 el arrendatario está obligado a entregar, por cada día de función, dos ducados a los hospitales de niños expósitos y de pobres incurables.

Las representaciones de comedias tienen lugar durante todo el año, salvo en Cuaresma. No obstante, en determinadas fechas se constata un mayor número de funciones que vienen a coincidir con las fiestas de Navidad y Carnaval. También a partir de la Pascua de Resurrección es un momento propicio, ya que el público espera ansioso la reanudación de la actividad en el corral de comedias, tras el paréntesis cuaresmal. Por último, en las semanas próximas al Corpus Christi, ya que las compañías incrementan su actividad, alternando el trabajo habitual con la actuación en los desfiles procesionales.

Las funciones suman un centenar aproximadamente, cifra que puede aumentar o disminuir en los distintos años. Como punto de referencia, desde el primer día de Navidad de 1602 hasta el Carnaval del año siguiente se celebraron 42 representaciones en la ciudad. Normalmente se programan tres a la semana y se intenta que no coincidan con los festejos taurinos para evitar la competencia, pues restan muchos espectadores al teatro.

Una amplia nómina de cómicos desfila por la capital, cuya identidad conocemos gracias al estudio realizado por R. Aguilar Priego (6). En la segunda mitad del siglo XVI se documenta la presencia de una serie de compañías, entre

---

(5) Vid. RAMIREZ DE ARELLANO, R.: *El teatro en Córdoba.* Ciudad Real, 1912.

(6) «Aportaciones documentales a las biografías de autores y comediantes que pasaron por la ciudad de Córdoba en los siglos XVI y XVII». BRAC, 84 (1962), pp. 281-313.

las que destaca la del célebre Lope de Rueda, quien precisamente otorga su testamento y muere en Córdoba. También hay que mencionar la del toledano Alonso de Cisneros.

En la centuria siguiente se documenta el paso de al menos 75 compañías distintas, algunas dirigidas por cordobeses como las de Pedro Jiménez de Valenzuela, Alonso de la Paz y Alonso Caballero, este último natural de Aguilar de la Frontera. De todas ellas sobresale la del sevillano Roque de Figueroa, tenido por cordobés durante mucho tiempo, una de las figuras más afamadas del teatro (7). El comediante tuvo la protección del conde-duque de Olivares y contó asimismo con la simpatía de Felipe IV por sus extraordinarias cualidades de actor.

El número de representaciones dadas ofrece sensibles variaciones. Así, la compañía de Jerónimo de Calderón hace diez funciones y la de Juan de Nieva ocho en 1610 y 1624 respectivamente. En cambio, otras prolongan su estancia varios meses. La de Miguel de Castro realiza 70 actuaciones en 1690, estando obligado a poner en escena tres comedias distintas cada semana. Normalmente suelen dar de 20 a 30 representaciones.

Debido a la situación geográfica, Córdoba queda incluída en la mayoría de las giras de los cómicos por Andalucía. Procedentes de Madrid y Toledo llegan a nuestra ciudad y desde aquí parten a diversas poblaciones importantes del valle del Guadalquivir, tales como Ecija, Sevilla, Jerez de la Frontera, Medina Sidonia, Chiclana, Cádiz, Sanlúcar de Barrameda. A veces el punto de destino es Málaga, pasando por Antequera, o bien Jaén y Granada. Al regreso, camino de la ciudad imperial y de la Corte, se detienen de nuevo.

Las mismas compañías que representan en la capital se desplazan a determinadas localidades cordobesas, sobre todo aquellas que tienen un volumen demográfico relevante y al mismo tiempo se hallan situadas en las rutas que obligatoriamente siguen hasta arribar en los grandes núcleos. Un ejemplo bien significativo es el de Lucena, lugar

(7) AGUILAR PRIEGO, R.: «Verdadera patria del comediante Roque de Figueroa». BRAC, 72 (1955). pp. 115-120.

de paso en el itinerario a Antequera y Málaga, que cuenta en el último tercio del siglo XVI con 4.000 vecinos.

El citado estudio de R. Aguilar aporta documentos que ratifican las frecuentes actuaciones de cómicos en Lucena. Miguel Bermúdez se obliga a realizar 30 ó 40 funciones desde primeros de junio de 1656. Otras tantas representaciones hace la compañía de Francisco Gutiérrez en 1663. La cofradía de la Vera Cruz contrata a Félix Pascual en 1669 para que ponga en escena 20 comedias con sus bailes y entremeses. La compañía de Margarita Zuazo en 1676 trabaja durante 35 días. También, a lo largo del siglo XVII, se constata la presencia de algunos grupos de comediantes en Bujalance, Fuente Obejuna y Pedroche.

Las compañías llevan un variado repertorio de comedias y, aunque en algunas funciones repiten las mismas, se les obliga en los contratos a representar obras nuevas. A veces se incluye una cláusula por la que el programa ofrecido al público no podría tener comedias que hubiesen sido puestas en escena en Córdoba durante los últimos años.

La vida de los cómicos, por lo general, era bastante dura. A las incomodidades propias de los continuos viajes hay que sumar unos ingresos no muy elevados. El arrendatario del corral de comedias paga una cantidad determinada por función –cuatro ducados en 1633– al responsable de la compañía. Este debe hacer frente a los gastos de alojamiento en mesones y posadas de los miembros integrantes, alrededor de 15 personas, así como a los derivados del alquiler de cabalgaduras con las que trasladar a comediantes y vestuario.

La precariedad de recursos explica la necesidad de pedir dinero prestado, casi siempre al administrador del teatro, quien de esta forma impone sus condiciones más fácilmente. En situaciones apuradas se recurre al empeño de joyas u otros objetos de cierto valor.

A pesar del fuerte arraigo y popularidad del teatro en todas las capas de la sociedad cordobesa, las representaciones de comedias van a quedar prohibidas, al igual que en otras ciudades andaluzas, en los años finales del siglo XVII. Las diatribas del clero desencadenan una guerra sin

descanso, especialmente los fogosos sermones del dominico fray Francisco de Posadas. Este famoso predicador logra del Cabildo municipal la clausura del corral de comedias, medida aprobada por el Consejo de Castilla en 1695.

Las visitas de personajes distinguidos provocan una fuerte espectación en los cordobeses, quienes se echan materialmente a la calle para admirar los lucidos cortejos, al tiempo que participan de lleno en los festejos organizados por las autoridades municipales.

A lo largo de los siglos XVI y XVII tres reyes honraron a la ciudad con su presencia: Carlos I, Felipe II y Felipe IV. Además se organizan regocijos varias veces con ocasión de la llegada de viajeros extranjeros, entre ellos cabe destacar el príncipe Cosme de Médicis.

Sin duda, las recepciones a los monarcas son las más grandiosas y las que convocan un mayor número de personas, ya que un acontecimiento de este tipo no es frecuente. También son las más costosas, pues la bienvenida a los visitantes regios implica una elevada cifra de gastos. La adquisición de ricos y lujosos vestidos para los veinticuatros y jurados, la realización de obras en el itinerario de la comitiva y la financiación de las fiestas celebradas gravan de manera sensible la hacienda municipal.

La estancia de Carlos I tiene lugar en 1526, inmediatamente después de haber contraído matrimonio con Isabel de Portugal en Sevilla. La pareja real viene acompañada de un nutrido séquito compuesto por altos dignatarios de la Corte y miembros de la alta nobleza.

El cabildo seglar en pleno, luciendo llamativos atuendos de terciopelo, sale a recibir a las ilustres personalidades, quienes van a ser objeto de las aclamaciones del público congregado que se recrea con la espectacularidad del desfile. La ciudad celebra en su honor un festejo taurino y juegos de cañas en la plaza de la Corredera (8).

Entre las visitas realizadas destaca la efectuada a la Catedral, donde tiene ocasión de contemplar las polémicas obras del crucero y pronuncia las conocidas palabras alusivas al deterioro que había experimentado un edificio sin-

(8) RAMIREZ DE LAS CASAS-DEZA, L. M.: *Anales de la ciudad de Córdoba (1236-1850)*. Córdoba, 1948. pp. 119-120.

gular en el mundo. De cualquier forma la frase no responde a unas inquietudes por salvaguardar las muestras artísticas, ya que poco después ordena construir un palacio en la Alhambra granadina.

En 1570 la llegada de Felipe II constituye un gran acontecimiento para los cordobeses. Permanece varios meses y por vez primera y única se celebran las sesiones de las Cortes de Castilla en la ciudad. El motivo de elegir el monarca a Córdoba obedece al grave problema surgido con el levantamiento de los moriscos en el Reino de Granada. La delicada situación explica los deseos del rey de acercarse al teatro de operaciones y conocer personalmente la realidad y magnitud del conflicto.

A finales de 1569 llegan los aposentadores reales para ocuparse, en contacto con las autoridades locales, de los preparativos de la visita. Había que solventar el hospedaje de un crecido número de personas que deberían instalarse provisionalmente en la ciudad.

En este sentido el Cabildo catedralicio recibe una misiva real por la que se le insta a prestar la máxima colaboración, albergando en sus casas algunos visitantes, «porque a causa de la mucha gente que va a nuestra corte y ocurrirá a esa ciudad habrá estrechura en ella». Por supuesto, la indicación va a ser atendida. Además prepara adecuadamente la sala capitular, lugar elegido para celebrar las reuniones de las Cortes.

El municipio, paralelamente, dispone todo lo necesario para la llegada del rey. Libra los fondos necesarios para la compra de los atuendos que lucirán veinticuatros y jurados, adecenta las calles por las que pasará el cortejo y construye la puerta Nueva. Sin duda, gran parte del éxito corresponde a la activa y eficaz labor de don Francisco Zapata de Cisneros, corregidor, quien poco después pasa a ocupar el prestigioso cargo de asistente en Sevilla.

Los dos Cabildos y el obispo salen a las afueras de la población para dar la bienvenida a Felipe II y al numeroso séquito que les acompaña, el 20 de febrero. En la puerta Nueva, lujosamente revestida con paños de terciopelo carmesí y amarillo, el monarca realiza el primer acto proto-

colario, el juramento de guardar a la ciudad sus privilegios y libertades.

El vecindario se agolpa a lo largo del recorrido que aparece con adornos y colgaduras. La comitiva pasa por distintas calles y plazas hasta llegar a la Catedral. En la puerta del Perdón, de nuevo el prelado y el clero, formado en procesión con las respectivas cruces parroquiales, reciben al rey. Se arrodilla ante un altar que se había colocado y acto seguido el cardenal Espinosa le ofrece agua bendita y el obispo le da a besar una reliquia. Terminado el ceremonial entran en la Iglesia Mayor y, tras el rezo de unas oraciones, Felipe II marcha al palacio episcopal, donde tenía señalado su aposento.

El tiempo que reside en Córdoba está ocupado en los asuntos tratados en las Cortes y en la visita a diversos templos, entre ellos el convento de los Santos Mártires donde entra de rodillas a venerar los supuestos restos de Acisclo y Victoria, patronos de la ciudad. Durante la Semana Santa se retira al monasterio de San Jerónimo de Valparaíso.

La última visita regia es la efectuada por Felipe IV. Entra el 22 de febrero de 1624 procedente de El Carpio y, a diferencia de las anteriores, no se hace el recibimiento acostumbrado por expresos deseos del monarca con el fin de evitar gastos elevados a las exhaustas arcas municipales: «Entró en coche, sin consentir se le hiziesse ningún aplauso o recebimiento costoso, dando en estos mayores muestras de su grandeza» (9).

Sin previo aviso de la hora de llegada, atraviesa la ciudad en un carruaje y se dirige directamente a su alojamiento reservado en el palacio episcopal. Le acompañan el infante don Carlos, el conde-duque de Olivares, el duque del Infantado y otros miembros de la alta nobleza, así como el nuncio y el cardenal Zapata.

Por la noche los cordobeses participan en los grandes regocijos organizados:

> «Dió la noche muestras de la general alegría de todos, exalando la tierra infinidad de fuegos, bombas, cohetes, ruedas y buscapiés, assí en la Iglesia Mayor,

(9) VALDENEBRO Y CISNEROS, J. M.: *op. cit.* p. 89.

como en la santa Inquisición, a donde uvo más particularmente que admirar, assí en el arte como en el gasto» (10).

Al día siguiente el obispo fray Diego de Mardones le obsequia con 12.000 escudos de oro y los festejos prosiguen con una alegre mascarada nocturna en la que participan los caballeros portando numerosas hachas encendidas.

Como es habitual, Felipe IV gira una visita a las iglesias, entre ellas la Catedral, el convento de San Pablo, el Colegio de Santa Catalina y el monasterio de San Jerónimo. A modo de colofón, el ayuntamiento tenía previsto una corrida de toros y juego de cañas en la plaza de la Corredera que, parece ser, fueron suspendidos por estimar el monarca que tales fiestas no eran propias en época de Cuaresma. Por fin, el 27 de febrero parte la comitiva regia en dirección a Sevilla.

La espectacularidad de los autos de fe realizados por el tribunal de la Inquisición despierta el interés de los habitantes de la capital que acuden en masa a presenciar los ceremoniosos desfiles procesionales y la lectura pública de las sentencias dictadas a los procesados.

También una gran concurrencia asiste a la ejecución de los condenados a la pena capital por el tribunal civil. En los *Paseos por Córdoba* figura una relación nominal de los ajusticiados en la plaza de la Corredera. Estos horrorosos y macabros espectáculos debieron ser frecuentes, ya que entre 1639 y 1699 sufrieron el castigo de la horca al menos una treintena de personas en el susodicho lugar.

Los *Casos notables* recogen varios sucesos muy comentados por la sociedad cordobesa de aquel tiempo. Uno de ellos se refiere a una pobre mujer acusada de haber cometido adulterio con un joven mancebo que gozaba de muchas simpatías en la ciudad. Personas importantes habían solicitado infructuosamente al marido la concesión de perdón.

Llegado el día de la ejecución de la sentencia, los dos reos fueron conducidos por el itinerario de costumbre a la Corredera. Estando en el cadalso, la gente llena la plaza y

(10) *Ibidem.*

con insistencia grita al verdugo, que era el propio esposo, pidiéndole clemencia. De repente se presenta el influyente don Juan Fernández de Córdoba, deán de la Catedral, quien convence al ofendido y logra la puesta en libertad. La muchedumbre, llena de júbilo, aplaude la acción.

Ocasionalmente, los habitantes de la ciudad tienen oportunidad de divertirse con los festejos organizados para celebrar determinados acontecimientos relevantes. Así, en diciembre de 1571 la plaza de la Corredera, una vez más, sirve de escenario a los actos programados por el municipio durante tres días para solemnizar la victoria de Lepanto.

En el centro del recinto se levanta un castillo de proporciones considerables con tres arcos y en la parte superior un pelícano arrojando vino por el pico. El preciado líquido se ofrecía a la concurrencia para su degustación de forma gratuita. Una fingida lucha con un gran aparato de pólvora entablan defensores y atacantes de la fortaleza que concluye con el triunfo de las armas cristianas frente a los turcos.

En días sucesivos fiestas de disfraces que culminan con un simulacro de combate naval entre barcas colgadas de maromas que se intercambian numerosos cohetes. La decoración a base de pinturas representando el conflicto de los moriscos granadinos y otras batallas ganadas por don Juan de Austria (11).

Los actos constituyen una prueba elocuente de la pugna Cristiandad-Islam. Asimismo, evidentes connotaciones político-religiosas ofrecen los festejos de 1636, descritos por el mercedario fray Bartolomé Pérez de Beas, en desagravio al Santísimo Sacramento. Los motivos obedecen a los sacrilegios cometidos por las tropas francesas en 1635.

Un simbólico combate naval en las aguas del Guadalquivir atrae innumerables personas. Embarcaciones con profusión de adornos, portando insignias galas y españolas, van a enfrentarse. Al final las primeras son abordadas y derrotadas.

El espectáculo alude de manera directa a la interven-

(11) RAMIREZ DE ARELLANO Y GUTIERREZ, T.: *Paseos por Córdoba*. 3.ª ed. Córdoba-León, 1976. p. 221.

ción de la Francia de Richelieu en la Guerra de los Treinta Años en apoyo de los *herejes* luteranos. Ahora bien, el resultado de la escaramuza ficticia que presenciaron los cordobeses fue muy distinto del conseguido en los campos de batalla.

Los festejos estudiantiles alegran y divierten a los habitantes de la capital. Aunque las referencias son escasas, hemos de mencionar los celebrados a principios de octubre de 1614 en el marco de los brillantes actos con motivo de la beatificación de Teresa de Jesús, descritos por el licenciado Páez de Valenzuela.

Varias decenas de jóvenes con máscaras y libreas desfilan por las calles, representando de manera jocosa los desposorios de don Quijote y Dulcinea. El inmortal hidalgo monta un rocín blanco, las botas sustituidas por calabacinos huecos, dos cebollas en las ligas en lugar de rosas, por estribos un par de tiestos sujetos con soguillas de esparto, cabezas de ajos simulando camafeos y otras prendas y objetos que provocan las risas de la masa de asistentes. La parodia refleja la popularidad y difusión que había tenido la primera parte de la célebre obra de Cervantes, publicada en 1605.

Otra distracción cotidiana son los paseos. En días festivos, sobre todo, determinadas zonas de la ciudad se hallan muy concurridas. Durante esta época la calle de la Feria, la margen derecha del Guadalquivir y el Campo Santo de los Mártires son los lugares de esparcimiento por excelencia. Hoy nos parecen un poco apartados, pero en aquellos tiempos los barrios de la Catedral y San Nicolás de la Axerquía concentran en sus respectivos límites una gran actividad económica, tanto a nivel artesanal como mercantil.

Las actas del Cabildo municipal contienen referencias a los mencionados sitios de recreo. Así, en febrero de 1553 los capitulares acuerdan realizar un paseo desde el Rastro a la puerta del Puente. En 1574 se manda limpiar y allanar una zona comprendida entre el molino de la Albolafia y la fuente de las Arcas, así como plantar una alameda (12).

(12) Los acuerdos del municipio son recogidos por Ramírez de las Casas-Deza en sus *Anales*. El de 1574 lo atribuye erróneamente al corregidor Zapata de Cisneros, quien en esa fecha ocupa en Sevilla el cargo de Asistente.

La calle de la Feria es lugar de encuentro para los cordobeses y escenario de lucidas fiestas. Refiriéndose a un suceso acaecido el domingo de la Santísima Trinidad de 1586, el autor de los *Casos notables* cuenta que «salió toda la nobleza de Córdoba a paseo y carrera, la qual se hace ordinariamente en la calle la Feria, por ser tan capaz y una de las mejores calles que hay en España».

Todas las capas sociales se dan cita, aunque los miembros de la aristocracia debían ser el blanco de las miradas, ya que acudían en vistosos carruajes. Un extranjero que visita Córdoba a finales del siglo XVII escribe que «la gente es allí muy amable y se ven por la ciudad bastantes carrozas».

Los nobles montan sus caballos a la jineta, es decir, con los estribos cortos. Este pasatiempo se halla muy arraigado hasta el punto de que los veinticuatros deciden solicitar a Felipe III medidas de gracia en favor de dos freneros moriscos «para que se queden en esta ciudad por el bien que resultará y a el ejercicio de la jineta della».

Los paseos en barca y los baños estivales en el río proporcionan asimismo distracción a los cordobeses. La afluencia masiva al Guadalquivir, especialmente jóvenes, para combatir las altas temperaturas de verano crea problemas a las autoridades debido a los accidentes mortales. La cifra de muchachos ahogados llega a preocupar al Cabildo municipal hasta el extremo de que, en julio de 1578, contrata los servicios de un nadador para que se encargue de las tareas de salvamento.

Tenemos pocas referencias sobre la existencia de otras diversiones en las que participase el conjunto de la población. En 1554 el ayuntamiento decide señalar un lugar adecuado para un juego de pelota. Sin duda, los juegos de azar, sobre todo los naipes, alcanzaron gran popularidad.

Por último, hay que mencionar la cacería, esparcimiento reservado a grupos minoritarios de la sociedad. La aristocracia disponía en sus propiedades de cotos donde abundaban los conejos, venados y jabalíes. Muy grande era la afición cinegética del prelado don Leopoldo de Austria, que se retiraba con frecuencia a la Alameda del Obispo a cazar.

VII. EL GOBIERNO MUNICIPAL

Junto a los de Jaén, Sevilla y Granada, el Reino de Córdoba constituye una de las unidades administrativas que componen el territorio andaluz. La capital alberga las instituciones y órganos de gobierno más importantes en los diversos ámbitos. Aquí radican la sede del obispado y las instalaciones del tribunal del Santo Oficio. Córdoba es una de las 18 ciudades privilegiadas con voto en las Cortes de Castilla.

La demarcación del Reino coincide sustancialmente con la actual provincia, aunque en aquella época incluye núcleos que hoy dependen de circunscripciones limítrofes. Es el caso de Chillón y Peñaflor que pertenecen a Ciudad Real y Sevilla respectivamente. El conjunto ocupa una superficie aproximada de 14.000 km^2 (1).

El área diocesana abarca una extensión inferior, ya que poblaciones situadas en la zona meridional –Priego, Carcabuey– forman parte en lo eclesiástico de la abadía de Alcalá la Real. Por último, el distrito inquisitorial, desde que fija sus límites de manera definitiva en el primer tercio del XVI, engloba, aparte de los Reinos de Córdoba y Jaén, el arcedianato de Ecija.

La autoridad del concejo no se limita sólo a lo que pudieramos llamar el marco urbano, sino que en determinados aspectos se proyecta en las numerosas localidades que

(1) CABRERA MUÑOZ, E.: «Tierras realengas y tierras de señorío en Córdoba a fines de la Edad Media. Distribución geográfica y niveles de población». *Actas I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Medieval.* I. Córdoba, 1978. pp. 296-297.

integran la denominada jurisdicción de Córdoba. Estas poblaciones, en su mayoría, irán desgajándose a lo largo de los siglos XVI y XVII, debido a la intensificación del proceso señorial. Ello va a significar una acusada merma del poderío de la ciudad.

El órgano municipal está formado por el corregidor, veinticuatros y jurados. En teoría, presenta un equilibrio entre las diversas capas de la sociedad cordobesa. Sin embargo, la participación de la nobleza y estado llano no es equitativa en cuanto que el derecho a voto se halla reservado exclusivamente al corregidor y veinticuatros, quienes adoptan las decisiones por mayoría. Los jurados hacen oir su voz y forman parte del Cabildo, pero las posibilidades de que triunfen sus criterios y puntos de vista son nulas. Por tanto, el protagonismo de la oligarquía nobiliaria resulta evidente y las acciones emprendidas tendrán como objetivo básico y primordial la defensa de sus intereses.

El corregidor se encuentra asistido por dos tenientes –alcalde mayor y alcalde de justicia–, quienes, además de sustituirle en el gobierno de la ciudad durante las ausencias o en caso de enfermedad, prestan el correspondiente asesoramiento jurídico en calidad de expertos en leyes. El alcalde mayor entiende de las causas civiles y, sólo en grado de apelación, de las criminales.

Las ordenanzas que regulan el ejercicio del cargo especifican que en la toma de posesión está obligado a jurar que «guardará los preuillegios y buenos usos y costumbres y las prehemynencias de los cavalleros de la dicha çibdad». Tres días a la semana se desplaza a la cárcel para tomar declaraciones a los presos, y, junto a los diputados del Cabildo, vigila el cumplimiento de los precios fijados a los artículos de primera necesidad.

El alcalde de justicia se ocupa de los asuntos criminales y todos los días acude por las mañanas a la cárcel para diligenciar los procesos. Las ordenanzas prohíben de forma taxativa que intervengan en las causas civiles, salvo «por especial comisión y mandado de su alteza o fuere anexa o concernyente e dependiente de la causa criminal de que conosce».

Figuran cuatro alcaldes ordinarios, dos en representa-

ción de las personas que tienen reconocido el privilegio de hidalguía y otros tantos corresponden a los denominados caballeros de premia. Estos copan mediante sorteo los cargos de fiel ejecutor del peso de la harina y mayordomo de la limpieza. El mandato dura un año y a principios del siguiente el nombramiento recae en individuos distintos. El sistema de rotación permite a los miembros de ambos grupos gozar de las ventajas inherentes al puesto. También forma parte de la estructura municipal un buen número de oficios concejiles.

Por regla general, tres días a la semana se juntan en cabildo el corregidor, veinticuatros y jurados. Con arreglo a las normas protocolarias, están situados en lugares diferentes y ocupan asientos por orden de antigüedad. Los libros de actas testifican que no acuden todos y, a veces, la sesión ha de suspenderse por falta de quórum. Las reuniones son a puerta cerrada, aunque esporádicamente autorizan la entrada de vecinos para exponer peticiones diversas y una vez hechas se retiran.

Las competencias del municipio son muy amplias y variadas. En virtud de sus atribuciones, regula todos los aspectos de la vida local, tanto en el ámbito político y administrativo como en el económico, orden público, sanidad, cultura e incluso asuntos de índole militar, por ejemplo el reclutamiento de soldados y alojamiento de tropas. Sobre estos temas versan los debates y acuerdos de las sesiones.

Corregidor, veinticuatros y jurados colaboran estrechamente en la política de gobierno municipal, aunque con bastante frecuencia sostienen diferentes puntos de vista que motivan agrios y duros enfrentamientos verbales. Así, la presencia de moriscos granadinos en la ciudad a partir de 1569 origina actitudes contrapuestas.

Los regidores prestan un apoyo decidido a los cristianos nuevos por las ventajas que reportan. Incluso presionan para que las prohibiciones relativas a las costumbres y al empleo de la lengua árabe no sean aplicadas con mucho rigor. En el extremo opuesto se sitúan los planteamientos de los jurados que coinciden con los de algunos sectores artesanales de la capital. Hacen gala de una patente animadversión y piden insistentemente la salida de la minoría

disidente. Veamos dos significativas intervenciones que tienen lugar en noviembre de 1574. El jurado Pedro Gómez de Reina propone que «se suplique a su magestad mande echar de Córdova estos moriscos». De inmediato, replica el caballero don Alonso de Argote en estos términos: «[...] que se queden y estén aquí los moriscos del Reino de Granada, porque conviene así a el serviçio de Dios y de su Magestad y bien desta república». La postura de los corregidores será el estricto cumplimiento de la normativa legal acerca de los mencionados deportados (2).

La figura del corregidor encarna la autoridad real en el concejo. Garantiza la aplicación del ordenamiento legal y vela por los intereses de la monarquía, a la vez que controla el poder local. La designación corresponde al rey, quien elige a uno de la terna de candidatos propuesta por la Cámara de Castilla. Generalmente, el mandato dura tres años y al final del mismo está obligado a rendir cuenta de su gestión a través de los denominados juicios de residencia (3).

Resulta difícil hacer una valoración global de la actuación de los corregidores en Córdoba. Sin embargo, podemos afirmar que algunos llevaron a cabo una fructífera labor; en cambio, otros resultaron funestos para la población. Merecen destacarse dos personajes de probada eficacia, el conde de Barajas, don Francisco Zapata de Cisneros, y Ronquillo Briceño.

El primero realiza obras importantes de embellecimiento en la capital y coordina el envío de tropas y vituallas con motivo del levantamiento de los moriscos en el Reino de Granada. El mismo Felipe II tiene ocasión de comprobar su trabajo cuando visita la ciudad. En recompensa a los servicios prestados pasa a desempeñar en 1573 el cargo de Asistente en la urbe hispalense.

Ronquillo Briceño llega en 1682 con una experiencia

---

(2) Las disputas entre veinticuatros y jurados en torno a la cuestión morisca han sido analizadas en mi estudio, «Cristianos y moriscos en Córdoba: la actitud de las distintas capas sociales ante la presencia de la minoría disidente». Comunicación presentada en el coloquio internacional *Les morisques et leur temps*. Montpellier, 1981.

(3) Vid. el interesante estudio de J. M. DE BERNARDO ARES: «Los juicios de residencia como fuente para la Historia Urbana». *Actas II Coloquios de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna*. II. Córdoba, 1983. pp. 1-24.

conseguida al frente del corregimiento de Palencia. Permanece en nuestra ciudad seis años en los que desarrolla una encomiable tarea. Lleva a cabo loables medidas tendentes a reactivar la economía, potenciando la industria textil que tanto prestigio había alcanzado en la centuria anterior y ahora ofrece un estado lastimoso. Asimismo, se preocupa de solucionar los problemas de abastecimiento y a su iniciativa se debe una reforma urbanística de gran envergadura, la total remodelación de la plaza de la Corredera. Sin duda, gracias a su activa gestión será nombrado corregidor de la Villa y Corte.

La otra cara de la moneda tiene su representación más genuina en la desastrosa actuación y negligencia del vizconde de Peña Parda que rige los destinos del gobierno municipal en los años centrales del siglo XVII. Una labor colmada de desaciertos que origina numerosas quejas y protestas en todos los estamentos de la sociedad cordobesa. Buena prueba de ello son los lamentables sucesos ocurridos en 1652 con el motín del hambre. La persona del corregidor se convierte en el blanco predilecto de las iras de la muchedumbre que asalta y saquea su morada. La huida de la vivienda, momentos antes de llegar un grupo de amotinados, impide que hubiese sido víctima de unos ánimos exaltados por la falta de pan.

El estudio de J. M. de Bernardo permite conocer los entresijos de la política seguida en los nombramientos y la actuación de algunos corregidores en la Córdoba del XVII (4). Normalmente, la provisión del corregimiento recaía en miembros de la nobleza que, en algunos casos, tenían cierta experiencia por haber desempeñado este cargo en otras poblaciones. Con frecuencia, al finalizar el trienio de mandato pasaban a ocupar puestos de mayor categoría. Este sistema resulta poco eficaz para hacer frente a las graves dificultades, crisis económica y malestar social, por las que atraviesa la ciudad en la centuria del Seiscientos. Las arbitrariedades en la administración de la justicia cometidas a principios de siglo por don Diego de Vargas y Carvajal y la impotencia del mencionado vizconde de Peña Parda para

(4) «Gobierno municipal y violencia social en Córdoba durante el siglo XVII». *Axerquía*, 1 (1980). pp. 15-52.

solucionar los problemas constituyen ejemplos bien elocuentes. Asimismo, el marqués de Fuente Hoyuelo fue destituido a finales de 1690 por su negativa gestión.

La delicada situación en el terreno socioeconómico mueve a la Cámara de Castilla a proponer letrados para cubrir el corregimiento de Córdoba. La vía ordinaria, que era la designación de caballeros de capa y espada, va a dar paso, en bastantes ocasiones, a la extraordinaria, es decir, el nombramiento de togados que –como señala J. M. de Bernardo–, «con su mayor autoridad, conocimientos y experiencia, hiciesen posible la acción de gobierno y administración de justicia». Abundan los funcionarios –oidores, alcaldes del crimen– que prestan servicios en la Real Chancillería de Granada.

Las pautas de gobierno en el municipio cordobés vienen marcadas por los veinticuatros, quienes, junto al corregidor, deciden mediante sus votos todos los asuntos. La denominación obedece a que primitivamente los regidores sumaban la susodicha cifra. Sin embargo, las acuciantes necesidades de la monarquía, especialmente en el siglo XVII, originan el incremento de oficios como una fuente de ingresos. Veamos la evolución del número de regidores.

En la primera mitad del Quinientos la cifra de regidores experimenta un aumento, pero sin alcanzar los niveles registrados posteriormente. El hecho provoca algunas protestas, pero siempre va a imponerse el criterio de la autoridad real. Como punto de referencia, a finales de 1540 se contabilizan 30 veinticuatrías. Tres años más tarde, las dificultades económicas de la monarquía constituyen el argumento básico para elevar la cifra de oficios.

Así, en agosto de 1543 se da lectura en una de las sesiones del Cabildo municipal a una cédula firmada por el príncipe heredero «en que notifica e haze saber cómo para ayudar a las grandes necesidades de su Magestad se a acordado de acrecentar en esta çibdad tres veynte y quatrías». A pesar del malestar que originaría tal medida, las intervenciones de los regidores permiten constatar que la citada orden ha sido dictada por razones justificadas, de ahí que la inmensa mayoría otorga una aprobación sin reservas. Sólo un grupo reducido muestra su disconformidad.

La situación empeora en las décadas finiseculares y presenta una mayor gravedad en la centuria siguiente. La relación de veinticuatros a mediados del siglo XVII –concretamente en 1652– incluye un total de 47 personas. Ello significa que a lo largo de un siglo el número de oficios experimenta un incremento del 42%. La misma tónica continúa en la segunda mitad del Seiscientos, con la única particularidad de que el porcentaje resulta sensiblemente inferior.

Por el desempeño del cargo, el regidor percibe unos ingresos en concepto de sueldo. Las remuneraciones son muy bajas, aunque cuando salen fuera de la capital, comisionados por el propio municipio, se les abona la denominada ayuda de costa. Cantidades sustanciales obtienen del monarca los veinticuatros que, en calidad de procuradores, acuden a las sesiones de las Cortes de Castilla.

Las ordenanzas aprobadas en 1535 especifican que el salario de cada veinticuatro será de 4.000 maravedís anuales, que vienen a ser menos de diez ducados, una cantidad francamente irrisoria. Además la percepción del sueldo está condicionada a la obligación de residir en la ciudad cuatro meses, «continuos o interpolados», en cada año, salvo que se hallen enfermos o prestando servicios al monarca. A pesar de esta remuneración simbólica, el atractivo del cargo resulta evidente, ya que los beneficios que reporta son innumerables. El control de la vida local implica un poderío indiscutible que se canaliza en favor de sus propios intereses.

El gobierno municipal exige una dedicación a los veinticuatros. Tienen obligación de asistir a las reuniones de Cabildo y forman parte de las llamadas diputaciones, una especie de comisiones que desarrollan una importante actividad. Las funciones son múltiples y de índole muy diversa. La vigilancia de las tasas fijadas para los artículos de primera necesidad constituye uno de los principales cometidos. También controlan si los alcaldes mayor o de justicia y los ordinarios llevan «más dineros de los autos, que ante ellos passan, de los que están establecidos por las ordenanças». Asimismo, requieren a los servidores de la jus-

ticia con el fin de evitar la excesiva lentitud en los procesos.

Queda bajo su competencia el indagar la actuación de los oficiales del concejo y si los diferentes gremios cumplen las ordenanzas. Han de visitar la cárcel y «saber cómo despachan los negocios de los presos». Deben recabar información de cómo marchan los asuntos de gobierno en los lugares dependientes de la jurisdicción de Córdoba. También vigilan si los guardas abren y cierran las puertas de la ciudad a las horas acostumbradas. En definitiva, los regidores comparten, al menos teóricamente, unas responsabilidades que se extienden a todos los aspectos de la vida local.

Las veinticuatrías están monopolizadas por la nobleza. Disponemos de varias relaciones nominales que permiten conocer la identidad de los regidores y las mutaciones que se producen en los siglos XVI y XVII. En la centuria del Quinientos se hallan representadas las poderosas ramas de los Fernández de Córdoba y otros títulos de Castilla. Los demás miembros pertenecen a linajudas familias de rancio abolengo. Así, a finales de 1540 figuran el conde de Alcaudete, el marqués de Comares y el conde de Palma. Entre los titulares de señoríos cabe destacar a don Luis Méndez de Haro, padre del primer marqués del Carpio; el señor de Fernán Núñez; don Juan Manuel de Lando, señor de las Cuevas; don Lorenzo de las Infantas, señor de la Campiñuela y don Alonso de Cabrera, señor de los Cansinos. En noviembre de 1572 el marqués de Priego toma posesión de su oficio de veinticuatro.

A lo largo del XVII los titulares de los grandes señoríos en el Reino de Córdoba van desapareciendo en el gobierno municipal. Las causas se hallan en el traslado de residencia a la Corte y a la extinción de algunas Casas importantes. Es el caso de los marquesados de Priego y Comares que pasan a engrosar el patrimonio del ducado de Medinaceli. La mayoría de los regidores con títulos de Castilla que aparecen en este siglo son de reciente creación: conde de Luque, marqués de Santaella, conde de Hornachuelos, conde de Fernán Núñez, vizconde de Villanueva de Cárdenas. Asimismo, se constata la presencia de otros señores y

nobles distinguidos pertenecientes a las Ordenes Militares. En 1633 de una muestra integrada por 30 veinticuatros, 8 ostentan hábitos de la Orden de Santiago y 7 de la de Calatrava.

Junto a los veinticuatros, participan en las sesiones del Cabildo los jurados. A diferencia de aquellos, carecen del derecho a voto y, por tanto, se hallan totalmente discriminados a la hora de tomar decisiones. La misión primordial consiste en llevar al gobierno municipal los problemas que afectan a los habitantes de cada barrio y hacer oír su voz en defensa del estamento llano. También ejercen una labor de vigilancia de las costumbres en las diferentes circunscripciones parroquiales.

Originariamente los vecinos elegían a las personas que han de representarlos en el concejo, pero ya en el siglo XVI el sistema ha cambiado. Las juraderías se otorgan en recompensa a unos supuestos servicios prestados, aunque la forma más frecuente de acceder al puesto será mediante la compra del oficio. Ello se inscribe en la política seguida por la monarquía de vender los cargos, sobre todo en el XVII, con el fin de obtener unos sustanciosos ingresos para las exhaustas arcas reales.

En un principio, las diversas collaciones tienen dos jurados, salvo el barrio de la Catedral al que se le asignan cuatro. Al igual que en las regidurías, el número irá aumentando por las mismas razones expuestas anteriormente. Las necesidades de la Corona motivan que en 1543 se adopte la medida de «acrecentar en esta çibdad tres juraderías». En fechas posteriores, las cifras experimentan un notorio incremento, ya que en los años centrales del siglo XVII se contabiliza un total de 52 jurados.

Los jurados, mayoritariamente, se reclutan entre los vecinos ocupados en actividades mercantiles. También figuran artesanos que desempeñan oficios diversos y algunos labradores. Sin duda, representan una auténtica élite dentro del estamento llano, que disfrutan de una posición económica desahogada. Las barreras impuestas por la sociedad estamental impiden el acceso a los estratos privilegiados, sobre todo a la nobleza. Estas familias acaudaladas de origen plebeyo son una especie de ricos nuevos que pre-

tenden a toda costa un prestigio social y emular las formas de vida de la aristocracia. Incluso se dan casos aislados de uniones matrimoniales que permiten entroncar con la clase nobiliaria.

El autor de los *Casos notables* recoge un testimonio de primera mano bien significativo del ascenso social. La trayectoria del jurado Aguilar descrita en la mencionada obra constituye un ejemplo bastante ilustrativo. Los principios fueron difíciles hasta conseguir una juradería y a partir de este momento proporciona a su hijo una vida llena de lujos:

> «Este jurado a los principios fue tan pobre que llevaba estiercol a una huerta que se llamaba la Huerta de Urías. Estuvo en ella algunos años y ganó gran cantidad de dineros. Murió el amo que la tenía arrendada y arrendóla él, y dióse tan buena maña que en pocos años compró la huerta y otras muchas posesiones [...] y yo lo conocí jurado de Córdoba con harto fausto y grandeza; tuvo un hijo de muy buen talle, y traíalo tan bien tratado, con un caballo y un escudero y sus pajes, todo lo cual encubrió el estiércol que su padre había echado. Andaba de ordinario con los caballeros, porque los prestaba y daba dineros; y también caballos, que los criaba su padre muy buenos» (5).

El texto ofrece una elocuente imagen de una vertiginosa escalada social que culmina, en este caso concreto, en el matrimonio del vástago con una dama de la nobleza local, tras vencer múltiples obstáculos y dificultades.

La inversión en propiedades rústicas y la compra de un oficio municipal significan la base para lograr un prestigio social dentro del estamento llano que, a veces, alcanza su máximo techo al emparentar con las capas nobiliarias. Asimismo, observamos un fuerte proceso de *aristocratización* en el cuerpo de jurados a finales del Quinientos que se va a plasmar en una serie de iniciativas en las primeras décadas del siglo XVII.

Valga como botón de muestra la petición elevada por el Cabildo de Jurados a Felipe III en 1600, con el fin de

(5) *Casos notables...* pp. 133-134.

que «las personas que de aquí adelante ubieren de ser admitidas a los dichos oficios sean personas ricas y principales, y que ellos ni sus padres ayan tenido oficios biles ni mecánicos, ni tengan tiendas públicas de ningún género de mercaderías, ni traten por sí ni por ynterpósitas personas» (6). Los objetivos resultan claros, establecer una barrera legal que impida la entrada de «personas de poca calidad». Proponen que ellos informen acerca de las cualidades de los individuos que pretenden una juradería, antes de expedirse el correspondiente título real. De esta forma se lograría en el futuro que los susodichos cargos tengan la «estimación y esplendor que deuidamente les corresponden».

El disponer de recursos para adquirir una juradería constituye una vía selectiva que venía aplicándose. Ahora se pretende implantar medidas más restrictivas que cierren el paso de una amplísima mayoría a tales oficios. El fenómeno se constata de manera fehaciente en la documentación. Así, en el padrón de nobles verificado en 1685 aparecen 30 jurados que tienen el privilegio de hidalguía.

Los impuestos recaudados son de naturaleza diversa así como el destino de los mismos. Unos pasan a engrosar las arcas reales, otros tienen un carácter local y proporcionan los ingresos que se utilizan para sufragar los múltiples gastos del concejo. La hacienda municipal refleja la trayectoria de la economía cordobesa. Así, en el siglo XVII atraviesa por graves dificultades que crean una situación bastante angustiosa.

Los denominados bienes de Propios constituyen la base de los recursos de la ciudad y las rentas que generan van a ser empleadas «para sus obras públicas, defensa de sus pleytos y negocios, salarios de ministros y otras obligaciones precisas y gastos necessarios». El patrimonio está integrado por fincas, inmuebles urbanos, diversos oficios concejiles y una variada gama de derechos en régimen de monopolio, cuyo arrendamiento significa la obtención de sumas importantes.

Entre las propiedades rústicas hay que destacar las posesiones situadas en el término de Córdoba o en el de po-

(6) A.M.C. Sección XIX. Serie 4. Doc. 483.

blaciones relativamente cercanas, algunas sometidas a la jurisdicción señorial. Veamos el número de cortijos en las primeras décadas del XVII y los lugares donde se hallan enclavados:

Cortijos	Término
Ingenieros	Santaella
Butaguillos	Baena
Vírgenes	Castro del Río
Paredones	Castro del Río
Medina	Castro del Río
Perestrella	Castro del Río
Hazas de Córdoba	Córdoba

Las fincas no son explotadas de forma directa por el municipio sino que se arriendan periódicamente. El mismo sistema se practica con los bienes urbanos: casas, tiendas y un mesón junto a la plaza de la Corredera. El usufructo de algunos oficios concejiles a cambio de una renta significa una fuente de ingresos de cierta entidad. Entre ellos cabe señalar los de fiel marcador de oro, plata y pesas, contraste de la seda, fiel de varas de medir, fiel de medias fanegas, sello de caldereros y fiel de medidas de aceite. También pertenecen a los bienes de Propios los ingresos derivados del arriendo de puestos de venta, por ejemplo los del pescado o canceles.

La administración de los fondos se halla bajo la responsabilidad del mayordomo de Propios. El salario resulta bastante elevado, aunque el deterioro de la hacienda municipal en la primera mitad del XVII repercute de forma muy negativa. Así, una de las condiciones estipuladas para la concesión al erario real de un donativo en 1629 hace una referencia expresa a esta cuestión: «Por quanto no ay persona que quiera ser mayordomo de Propios, por el poco salario que tiene, se le ha de dar facultad para que se le pueda dar en cada un año doçientos ducados».

Las acuciantes necesidades de la monarquía a lo largo de la centuria decimoséptima motivan una patente intensi-

ficación de la presión fiscal. El fenómeno conlleva efectos negativos y origina un notorio descenso de los recursos locales. Buena prueba de ello será la licencia de Felipe III a la ciudad en 1614, autorizando nuevos arbitrios para desembargar los Propios. Años más tarde, el municipio se ve obligado a tomar el dinero de las tercias reales con el fin de hacer frente a los gastos ocasionados en el pleito seguido en Roma contra el Cabildo catedralicio sobre el asunto de los rediezmos.

Con motivo de las prestaciones económicas –donativos, servicios– a la Corona durante la primera mitad del siglo XVII, el concejo exige una serie de contrapartidas tendentes a mejorar e incrementar los bienes de Propios. Entre las cláusulas que figuran en el donativo de 1629 encontramos varias peticiones. El cerramiento de los siete cortijos y la entrega de 70 ubadas de tierras baldías, debido a la «poca renta que tiene esta ciudad en sus propios». Asimismo, solicitan las autoridades locales que los baldíos, arrendados en la mencionada fecha para financiar las obras de la cárcel, pasen en el futuro a engrosar el patrimonio municipal. También, la instalación de una taberna en el mesón que posee el municipio en las inmediaciones de la plaza de la Corredera y de un peso público para la fruta. Los ingresos que produzcan irían destinados a las arcas de la ciudad. Por último, piden el estanco de las rentas del tabaco y aloja con el fin de que «la ciudad las pueda arrendar por sus propios» (7).

La escritura del servicio realizado en 1636 contiene varios apartados referentes a los bienes municipales. En uno de ellos se vuelve a pedir el cerramiento de las fincas rústicas por tiempo de nueve años, argumentando que «los propios de la ciudad son muy cortos y están empeñados con censos y otras contribuciones forçosas». La penuria de la hacienda municipal obliga a recurrir al arrendamiento de baldíos para sufragar los gastos de obras públicas indispensables, tales como labores de reparación y conservación en edificios, fuentes, calzadas y puentes.

(7) El donativo de 1629 ha sido estudiado por J. M. DE BERNARDO ARES: «Presión fiscal y bienes de propios a principios del siglo XVII». *Axerquía*, 2 (1981), pp. 131-142.

Sin embargo, esta última posibilidad ofrece serias dificultades a raíz de la venta masiva de tierras baldías. Ello motiva fuertes protestas del concejo, basadas en los daños ocasionados a los vecinos que se ven privados del aprovechamiento de unos terrenos en los que tradicionalmente venían pastando los ganados.

La pobreza de recursos constituye un exponente más de la crisis económica en el siglo XVII. A la vez se constata un notorio deterioro del gobierno local que se manifiesta en la venta de cargos, así como en los abusos de los poderosos y en las tensiones sociales que culminan en el motín del hambre.

VIII. LA JURISDICCION DE LA CIUDAD DE CORDOBA Y EL PROCESO SEÑORIAL

El municipio cordobés goza de un enorme poderío económico y político, ya que su autoridad no se halla limitada al marco urbano sino que se extiende a un buen número de localidades pertenecientes al Reino. Prácticamente la totalidad de los núcleos realengos están sometidos a la influencia del gobierno de la capital durante gran parte de la centuria del Quinientos.

Los núcleos de población integrantes de la denominada jurisdicción de Córdoba ofrecen unas relaciones de dependencia muy acusadas. La ciudad tiene unas amplias facultades sobre los ayuntamientos de esos lugares y el sometimiento se plasma en los más variados aspectos. Así, realiza o aprueba el nombramiento de los oficios concejiles, designa a los escribanos, confirma o rechaza las ordenanzas elaboradas por los cabildos de los mencionados pueblos, autoriza los impuestos y distribuye de manera proporcional, en función de la riqueza y del volumen de habitantes, las prestaciones económicas a la monarquía.

A lo largo de los siglos XVI y XVII el área territorial experimenta una sensible merma hasta quedar reducida a la mínima expresión en la segunda mitad del Seiscientos. Las causas obedecen a las acuciantes necesidades de la hacienda real. Con el fin de allegar recursos, el monarca decide vender una serie de localidades a particulares, que, por lo general, son miembros de la nobleza. De esta forma, la demarcación señorial aumenta de manera considerable, alcanzando su punto álgido en el reinado de Felipe IV.

La presencia señorial afecta incluso a las tierras del tér-

mino de Córdoba. A las concesiones realizadas en la etapa bajomedieval, hay que sumar las llevadas a cabo en el XVII. Se trata de haciendas con una superficie variable que en ningún momento albergan entidades de población significativas. Por tanto, son jurisdicciones despobladas en las que el titular del señorío tiene sólo la propiedad del terreno.

Finalmente, las villas dependientes de Córdoba tratan de sacudirse la tutela ejercida por la ciudad, mediante el ofrecimiento de cantidades sustanciosas a la Corona. Muy pocas logran convertirse en lugares eximidos a costa de muchos sacrificios económicos. A pesar de los denodados esfuerzos por alcanzar la independencia, la mayoría de estas localidades quedan sometidas, años más tarde, a la jurisdicción señorial.

Antes de pasar al estudio de la trayectoria que siguen las poblaciones sujetas a Córdoba y la postura adoptada por su Cabildo municipal en el proceso de desmembración, tratemos de calibrar el peso de la demarcación realenga en el conjunto del Reino en los albores de la Modernidad. El censo de 1530, analizado por Cabrera Muñoz y Fortea Pérez, sirve como punto de referencia (1). En esa fecha de las 77 villas contabilizadas, una treintena aproximadamente son de realengo y todas ellas dependientes de la jurisdicción de Córdoba.

El porcentaje más alto corresponde a las poblaciones situadas en la Sierra Norte. Unas albergan contingentes demográficos importantes, caso de Fuente Obejuna que sobrepasa el millar de vecinos, Pedroche y Torremilano que rondan los 700. En cambio, otros núcleos cuentan con unos reducidos efectivos humanos: Obejo, Trassierra, Villanueva del Rey, Espiel, Villaralto, Navagrande y distintas aldeas. Un grupo intermedio formado por localidades que registran de 300 a 500 vecinos. Entre ellas se incluyen Adamuz, Pozoblanco y Torrecampo.

En general, el balance demográfico alcanza niveles superiores en las 11 poblaciones que se hallan en las riberas

(1) CABRERA MUÑOZ, E.: «Tierras realengas y tierras de señorío en Córdoba a fines de la Edad Media...». pp. 295-308. FORTEA PEREZ, J. I.: *op. cit.* pp. 83-86.

del Guadalquivir y en la zona de la Campiña (2). De nuevo, se constatan unas acusadas fluctuaciones en los valores numéricos. Los primeros puestos corresponden a Bujalance y La Rambla, que se acercan a 1.500 vecinos. Entre 850 y 450 vecinos figuran Castro del Río, Montoro y Santaella, seguidas de Posadas y Hornachuelos con 330 y 266 respectivamente. Superan los 150 Peñaflor y Almodóvar del Río. En torno a esa cifra se encuentra Pedro Abad y, por último, Aldea del Río con 89 vecinos.

En la misma década de los años treinta la jurisdicción de Córdoba se mantiene intacta gracias a la aportación económica de la capital, ya que existe peligro de que la Corona lleve a cabo enajenaciones. Para hacer frente a los elevados gastos de la política exterior, Carlos I intenta segregar algunas localidades, pretensión que no cristaliza debido a la fuerte oposición de la ciudad y al ofrecimiento de una cantidad sustanciosa, 18.000 ducados. En abril de 1538 una real cédula alude a las condiciones estipuladas para la concesión del mencionado servicio. Una de ellas hace referencia al compromiso adquirido por el Emperador de que «no consentiría hazer nouación en lo tocante a la jurisdicción de los lugares de la tierra de la ciudad de Córdoua, ni serían sacados ni apartados de la jurisdiçion de la dicha ciudad».

La promesa del monarca queda sin efecto, puesto que a mediados del Quinientos aprueba la enajenación de Fuente Obejuna en favor de su tío don Leopoldo de Austria, a la sazón titular de la diócesis cordobesa. La incorporación de esta villa a la jurisdicción de Córdoba había planteado múltiples problemas con la Orden de Calatrava que se traducen en largos pleitos. Al fin las partes litigantes llegan a un acuerdo en 1513.

La concordia firmada establece que a partir de esa fecha queda reconocida la autoridad de Córdoba sobre la citada población. En contrapartida, la Orden de Calatrava recibe 30.000 ducados en concepto de indemnización por los perjuicios económicos ocasionados. La mitad corres-

(2) Incluimos la villa de Hornachuelos siguiendo los criterios de A. LOPEZ ONTIVEROS: *Emigración, propiedad y paisaje agrario en la Campiña de Córdoba.* Barcelona, 1973.

ponde a la Corona «por lo que ha lleuado de los frutos y rentas de la dicha villa». Los 15.000 ducados restantes serían abonados por el municipio de la capital a lo largo de tres años «por la unión e reincorporación que se le hazía».

En julio de 1557 don Leopoldo de Austria adquiere la villa de Fuente Obejuna «con sus vasallos y términos y jurisdicción ceuil y criminal, alta y baxa, mero misto imperio, y con las preheminencias, derechos y eleçiones y nombramientos y confirmaciones de justicias, jurados y offiçiales y scriuanos, segund y como agora las tienen y les pertenece al corregidor de la ciudad de Córdoua y al Concejo, Justicia, y regidores y jurados de la dicha çiudad» (3). Asimismo, quedan incluidas todas sus «rentas, pechos y derechos, alcaualas y terçias y almoxarifadgos y todos los otros aprouechamientos y rentas». La toma de posesión se halla condicionada a la entrega de 100.000 ducados, importe aproximado de la enajenación. El incumplimiento de este requisito deja sin efecto la venta. Las causas obedecen a la muerte repentina del obispo en septiembre de ese mismo año.

A pesar de que el prelado en el testamento lega la mencionada villa a su hijo natural Maximiliano, habido con la dama catalana doña Catalina Esperta de Ponce, la transmisión de la herencia no puede llevarse a cabo. Las reclamaciones de la madre fueron inútiles y, a modo de recompensa, conseguirá más tarde una prebenda muy jugosa como el arzobispado de Santiago de Compostela.

Durante el reinado de Carlos I un buen número de poblaciones sujetas con anterioridad a las Ordenes Militares pasan a la jurisdicción señorial. Dentro de esta orientación política hay que situar el propósito frustrado de enajenar Fuente Obejuna. Sin embargo, en el Reino de Córdoba podemos constatar otras ventas. Así en 1548 don Diego de Bernuy compra Benamejí y un año más tarde Villafranca se incorpora al patrimonio de doña Catalina Fernández de Córdoba, marquesa de Priego. Por el contrario, todos los lugares dependientes del municipio cordobés van a continuar sometidos, aunque para ello la ciudad hubo de ingresar a la Corona una cantidad respetable.

(3) A.G.S. *Consejo y Juntas de Hacienda.* Leg. 30, Doc. 204.

En las décadas centrales del Quinientos se plantea la conveniencia de erigir núcleos de población en la Sierra Norte, más concretamente en el llamado Camino Real que se dirige a Madrid. Los motivos obedecen a la inseguridad de la zona, cometiéndose numerosos robos y asaltos. Entre Adamuz y Almodóvar del Campo sólo hay una serie de ventas que jalonan la ruta para descanso de los viajeros.

En más de una ocasión el Cabildo municipal de Córdoba trata el asunto, pero las iniciativas surgidas quedan en meros proyectos. En la sesión celebrada el 23 de enero de 1544 se discute una petición suscrita por algunos vecinos de la villa de Torrecampo en solicitud de que «se les pueble un lugar en Ventas Nuevas». Al final se toma el acuerdo de iniciar las diligencias pertinentes a través de los veinticuatros que representan a la ciudad en las Cortes de Castilla con el fin de obtener licencia real. El tema surge otra vez en abril de 1553 y vuelven a esgrimirse los mismos argumentos. Ahora el lugar elegido para la nueva población será Ventas Porquerizas, también en la ruta Andalucía-Castilla.

La situación experimenta sensibles mutaciones en la segunda mitad del siglo XVI. Varias poblaciones importantes quedan segregadas de la jurisdicción de Córdoba y pasan a dominio señorial o bien se transforman en lugares eximidos. La ciudad eleva al monarca fuertes protestas mostrando su disconformidad, pero la oposición va a resultar infructuosa. No obstante, en algunos casos las gestiones realizadas y las quejas vertidas en los memoriales paralizan de momento la intensificación del proceso de enajenación.

En la década de los sesenta Felipe II autoriza la desmembración de cuatro localidades sujetas hasta ahora al municipio cordobés: Adamuz, Pedro Abad, Castro del Río y Santaella. Las tres primeras se convierten en señoríos, mientras que la última quedará como lugar eximido.

Las villas de Adamuz y Pedro Abad son adquiridas por don Luis Méndez de Haro, marqués del Carpio, a principios de 1564. En esa fecha los efectivos humanos ascienden a 513 y 234 vecinos respectivamente. El privilegio real concedido especifica que las razones de la venta obedecen a la necesidad de conseguir recursos para financiar los ele-

vados gastos de la política exterior. El titular del *Estado* del Carpio muestra un vivo interés en la compra de unas poblaciones que lindan con sus dominios y se compromete al pago de 30.000 ducados. La posesión está condicionada al abono de un tercio del importe total (4).

La reacción de la ciudad de Córdoba no se hace esperar. A finales de febrero de ese mismo año el Cabildo municipal celebra una sesión dedicada a estudiar el asunto. De forma unánime se oponen los veinticuatros y jurados a la venta de Adamuz y Pedro Abad por los notorios perjuicios ocasionados, pues de llevarse a cabo «sería en grandísimo y notable daño y total destruyción desta çiudad y hazienda». Las autoridades locales ignoran que la enajenación se ha producido, de ahí que traten de impedir un hecho ya consumado.

Acuerdan comisionar al regidor don Francisco de Armenta para que se traslade a Madrid y haga las oportunas suplicaciones al rey y a los miembros del Consejo de Hacienda con el fin de que «no permitiesen se hiziese ni efetuase ninguna venta de vasallos, villa ni lugar ni jurisdiçion alguna dellos ni de términos de esta çiudad». También deciden requerir al marqués del Carpio para que desista de la compra y enviar varios capitulares a las mencionadas villas «para que en sus concejos hagan reclamaçión».

Las presiones y gestiones puestas en marcha resultan inútiles ante los acuciantes problemas de la hacienda real que obligan a nuevas segregaciones en fechas inmediatamente posteriores. Así, en agosto de 1565, los marqueses de Priego adquieren Castro del Río, una población de la feraz Campiña a orillas del río Guadajoz con más de 1.500 vecinos. El importe de la venta debería hacerse efectivo en un corto plazo de tiempo. Ello constituye un fiel indicador de los agobios financieros de la Corona que ha de enfrentarse a los apremiantes pagos exigidos por los banqueros italianos. Una buena prueba la tenemos en el poder otorgado por el tesorero general de Felipe II a Esteban de Oria,

(4) Vid. MUÑOZ VAZQUEZ, M.: *Historia de El Carpio.* Córdoba, 1963. pp. 98-99.

genovés con residencia en Sevilla, para que reciba de los marqueses de Priego «cinquenta myll ducados de la paga que se cumplió por el mes de octubre próximo passado de este año de la venta de la villa de Castro del Río» (5).

Santaella logra separase de la jurisdicción de Córdoba en 1569, aunque continúa siendo una población de realengo. El origen de la enajenación se halla en un donativo a la Corona de 16.500 ducados. En contrapartida, Felipe II le concede el privilegio de exención. La capital del Reino vuelve a mostrar su disconformidad, especialmente los miembros de la nobleza que poseen fincas en el término de la villa.

La situación con respecto al primer tercio del siglo XVI ofrece cambios sustanciales, ya que las desmembraciones afectan sobre todo a la rica zona de la Campiña. Así, en 1571 sólo encontramos ocho localidades sujetas al municipio cordobés en las riberas y al sur del Guadalquivir. Las más populosas son Bujalance y La Rambla que albergan 2.500 y 2.000 vecinos respectivamente. Entre 400 y 600 figuran Hornachuelos, Posadas, Peñaflor y Montoro. Por último, con 200 vecinos Aldea del Río y Almodóvar del Río. El mayor número de poblaciones se halla al norte del valle fluvial. Salvo Fuente Obejuna, los efectivos humanos están por debajo del millar de vecinos y algunos núcleos –Trassierra, Villaralto y otros– no sobrepasan el centenar.

A partir de esa fecha, la jurisdicción de Córdoba no sufre nuevas amputaciones hasta la época de Felipe IV, excepto el caso de Bujalance que en 1592 se transforma en lugar eximido. Sin embargo, en la década de los setenta el peligro de las enajenaciones está latente y preocupa al concejo, aunque no llega a materializarse. En 1572 se intenta vender la villa de Torremilano con el propósito de adquirir una dehesa, perteneciente a los titulares del condado de Santa Eufemia, donde pastasen las yeguas y potros de las Caballerizas Reales. El vecindario opone resistencia y consigue resolver el problema, comprometiéndose a pagar el

(5) Archivo Histórico de Protocolos de Madrid. Escribano: Gaspar Testa, 1565. Tomo 2o2, f. 749 r. Agradezco a don José Valverde el haberme facilitado este documento.

arrendamiento del pastizal. El ofrecimiento será aprobado por Felipe II (6).

Las actas capitulares aportan una valiosa información para conocer la postura del municipio ante las noticias de que el monarca pretende segregar algunas localidades. El 18 de febrero de 1578 el fantasma de las enajenaciones surge de nuevo. El veinticuatro don Alonso de Argote, comunica a los integrantes del Cabildo que «su magestad, con las graves y urgentes necesidades que se le an ofrecido, trata de vender todos y qualesquyer lugares, así de la juridiçion de Córdoua como de otras ciudades». Tras justificar la adopción de esta medida para conseguir recursos, muestra una total oposición a que los núcleos de población se incorporen a la jurisdicción señorial o bien se conviertan en lugares eximidos. A juicio del regidor, la única solución sería pedir al monarca la correspondiente licencia «para questos lugares que se venden y los demás que fueren necesario venderse, questa çiudad de Córdoua los compre». La propuesta encuentra una favorable acogida hasta el punto de que el municipio nombra una comisión encargada de indagar la veracidad de los rumores y, en caso afirmativo, tantear en la Corte las exigencias en el plano económico.

Dos días más tarde, el asunto va a ser objeto de una sesión del concejo. Ahora el debate se centra en el informe de don Alonso Pérez de Bocanegra, quien notifica a los capitulares que «su magestad trata de vender la villa de las Posadas». En el curso de las intervenciones se detectan suspicacias entre los caballeros. Resulta muy significativo que uno de los veinticuatros ruega al corregidor que haga las diligencias necesarias para impedir la proyectada venta y «en la diputación que deste negocio se hizieren se elixan caballeros muy libres de poder conprar». Veladas acusaciones contra un regidor, cuya identidad será descubierta por el mencionado don Alonso de Argote:

> «Otrosí doy noticia a V. S.ª quel señor Juan Pérez de Saavedra, aunque es uno de los principales cavalle-

(6) Vid, OCAÑA TORREJON, J.: *Historia de la villa de Pedroche y su comarca*. Córdoba, 1962, p. 79.

ros desta çibdad y tan servidor de la corona real, quanto se entiende y por yspirencia se a visto, su hedad es de muchos años, y por esta causa todos sus negocios remyte al señor don Alonso de Góngora, el qual es cosa llana que quyere conprar y, aunque veynte y quatro no lo puede hazer y como cavallero querrá servir a su república, es ynconvenyente el encargalle los negocios, pues tiene y puede con qué conprar» (7).

El texto constituye una prueba elocuente de los verdaderos intereses de la nobleza que están por encima de las acciones en favor de la ciudad.

A principios de marzo se acuerda que los regidores vayan a las localidades pertenecientes a la jurisdicción de Córdoba y presionen con el fin de que «en Cabildo abierto, los vecinos se pronuncien en torno a las ventajas que se derivan de mantenerse dentro del patrimonio real». Por las mismas fechas las noticias referidas a enajenaciones proliferan. Así, el concejo de Trassierra notifica al de la capital que «se trataba de vender dicha villa». Varios oficiales del municipio de Peñaflor informan de «todo lo que en aquella villa avía sucedido sobre la venta della» (8).

Los rumores de ventas cobran de nuevo actualidad en la década de los años ochenta. Asimismo, continúan las denuncias contra algunos veinticuatros que intentan comprar. Sirva como botón de muestra la intervención de don Pedro Venegas de los Ríos a finales de octubre de 1587: [...] casi es pública boz y fama en esta çibdad que don Luys Gómez de Fygueroa, que agora está por procurador de Cortes por esta çibdad, tiene conprada o casi conprada la juridiçion de la billa de Almodóvar del Río» (9).

Afortunadamente los negros presagios no llegan a ser realidad. En contrapartida, el gobierno municipal pone en marcha con éxito un antiguo proyecto, la fundación de un nuevo lugar –Conquista– en una de las zonas despobladas de la Sierra Norte. La iniciativa parte de los habitantes de Navagrande, aldea de Pedroche, quienes se dirigen a la ca-

(7) A.M.C. *Actas Capitulares*. Sesión 20-II-1578, f. 63 r.
(8) *Idem*. Sesión 13-III-1578, ff. 104 v.-105 r.
(9) *Idem*. Sesión 30-X-1587, f. 323 r.

pital del Reino en solicitud de tierras para cultivar. A raíz de esta petición el concejo propone a los vecinos el traslado de la población a la que se pretende construir al borde del Camino Real. Los motivos van a ser expuestos por el corregidor en una de las sesiones:

> «El señor corregidor dixo que a petición de los vezinos de Navagrande, que están apartados del camino real media legua, se a pedido dehesa y tierras para poder plantar viñas y olivares con que podrán bibir y sustentarse. Y la ciudad procurando que el lugar se pase al camino real y hazer en la nueva poblaçión, por estar muy apartado de lugares y ser muy nesçesaria la dicha poblaçión para los pasajeros, porque de no averla an suçedido muchos delitos, cometidos por ladrones, salteadores y rufianes, y por esto se acordó de que se tratase con los dichos vezinos de Navagrande de hazer la dicha poblaçión en el camino real» (10).

En la primavera de 1575 el veinticuatro don Fernando Páez de Castillejo lleva a cabo las primeras gestiones. Con fondos de los bienes de Propios adquiere 29 fanegas de tierra para el asiento del lugar y señala solares a los nuevos pobladores. La decisión del concejo provoca una actitud de rechazo en los habitantes de las villas limítrofes, especialmente en los de Pedroche.

Resulta muy elocuente la petición hecha en agosto de 1575 por los antiguos vecinos de Navagrande en la que expresan sus quejas porque «los de Pedroche les ynpiden que no pasen a la nueva poblaçión las casas y adereços que tienen». Las protestas continúan en fechas posteriores. Así, en febrero de 1576 las autoridades de la mencionada localidad contradicen el permiso otorgado por la ciudad «para cortar madera de los montes reales para hazer las casas». Dos años más tarde, vuelven a denunciar los abusos de los moradores de Pedroche, ya que «los maltratan diziéndoles muchas palabras de injuria».

La construcción del nuevo poblado y el asentamiento de moradores plantea serias dificultades. A los problemas

(10) *Idem.* Sesión 8-III-1575, f. 164 r.

citados hay que sumar los derivados del incumplimiento de las obligaciones contraídas por los repobladores al hacerse cargo de los solares. Los trabajos marchan a un ritmo lento y las causas obedecen a la carencia de recursos y a la falta de ayudas económicas. El veinticuatro responsable de supervisar las obras emite un informe a mediados de abril de 1577 que permite conocer el estado de las labores ejecutadas: «[...] más de cuarenta casas, algunas de las quales están abiertas y en ellas los pobladores con sus mugeres y hijos, y las otras quedan para cubrirse y hazer lo mismo, sin otras muchas que quedan de dos e tres tapias en alto».

El número de familias instaladas queda muy por debajo de las previsiones. El proyecto era fundar un núcleo con 300 vecinos. Estos reciben terreno para edificar sus viviendas, parcelas de cultivo y exenciones fiscales a lo largo de diez años. Sin embargo, a principios de 1580 los efectivos humanos se reducen sólo a 30 vecinos. En esa fecha se encuentra organizada la vida local. La ciudad de Córdoba ejerce su jurisdicción y nombra los cargos municipales: dos alcaldes ordinarios, dos alcaldes de la hermandad, alguacil mayor, alguacil de la hermandad, mayordomo y escribano del concejo. Desde 1578 los residentes en la nueva población, bautizada con el nombre de Conquista, solicitan ordenanzas que regulen las actividades económicas, limitadas en esta época al sector primario. Prefieren que sean idénticas a las de cualquiera de las siete villas de los Pedroches porque «las de Córdoua son rigurosas».

Conquista pasa a depender de la jurisdicción de Córdoba, pero ello no significa un incremento de los núcleos de población, ya que la fundación del lugar implica la desaparición de Navagrande. También a finales del siglo XVI constatamos algunos despoblados en la Sierra Norte, entre ellos la aldea de Navalserrano.

Durante el reinado de Felipe III el área territorial sujeta a la autoridad del municipio cordobés no sufre nuevas amputaciones. Sin embargo, circulan con insistencia noticias relativas a supuestas enajenaciones. La información que suministran las actas capitulares viene a corroborar de manera fehaciente el hecho. Así a principios de septiembre de 1601, los miembros del Cabildo acuerdan iniciar las di-

ligencias necesarias tendentes a impedir la proyectada venta de Posadas. Veinticuatros y jurados muestran una rotunda oposición y esgrimen como argumento básico el servicio económico hecho por la ciudad a cambio de «no enagenar nynguna villa ny lugar de su juridiçión». El descontento se recoge en los escritos dirigidos al monarca, duque de Lerma, confesor real y presidente del Consejo de Castilla. Asimismo, la convocatoria en la mencionada localidad de un Cabildo abierto, con el fin de que los vecinos expresen su opinión, constituye una medida de presión.

La delicada situación de la hacienda real en la época de Felipe IV explica las numerosas enajenaciones producidas que afectan de lleno a la demarcación territorial sometida al municipio cordobés. Las primeras segregaciones corresponden a poblaciones, cuyos términos se hallan en las riberas del Guadalquivir y en la rica zona de la Campiña.

En 1628 don Antonio Alfonso de Sousa compra la jurisdicción de Aldea del Río. Al año siguiente don Francisco del Corral y Guzmán, caballero de la Orden de Santiago, se obliga a pagar a la Corona alrededor de 45.000 ducados por la adquisición de Almodóvar del Río y la alcaidía del castillo. La villa de Posadas pasa a engrosar el patrimonio del marquesado de Guadalcázar en 1630. Hornachuelos será enajenada en 1637 a favor del almirante don Lope de Hoces en pago a los 40.000 ducados que el monarca le debía. Por las mismas fechas, don Luis Antonio Fernández Portocarrero, III conde de Palma del Río, incorpora Peñaflor a sus dominios. Finalmente, Montoro se convierte en lugar eximido a cambio de un importante servicio económico que asciende a 30 millones de maravedís. Para sufragar tan elevados gastos el concejo vende dos dehesas pertenecientes a los bienes de Propios.

El proceso de desmembración también se da en las localidades de la Sierra Norte. Así, en 1633 don Melchor Fernández Carreras, arcediano de Pedroche y canónigo de Córdoba, compra la aldea de Villaralto. Cuatro años más tarde, don Pedro Gómez de Cárdenas adquiere Villanueva del Rey. El titular del señorío era veinticuatro de la ciudad y comendador de la Orden de Calatrava. Asimismo, había prestado destacados servicios a la Corona al frente de los

corregimientos de Guadix, Baza, Almería y Toledo.

A consecuencia de las ventas realizadas por Felipe IV el área señorial en el Reino cordobés aumenta de manera considerable. En 1646 la demarcación realenga, a excepción de la capital, incluye solamente 16 poblaciones, 13 sujetas a la jurisdicción de Córdoba y las restantes son lugares eximidos.

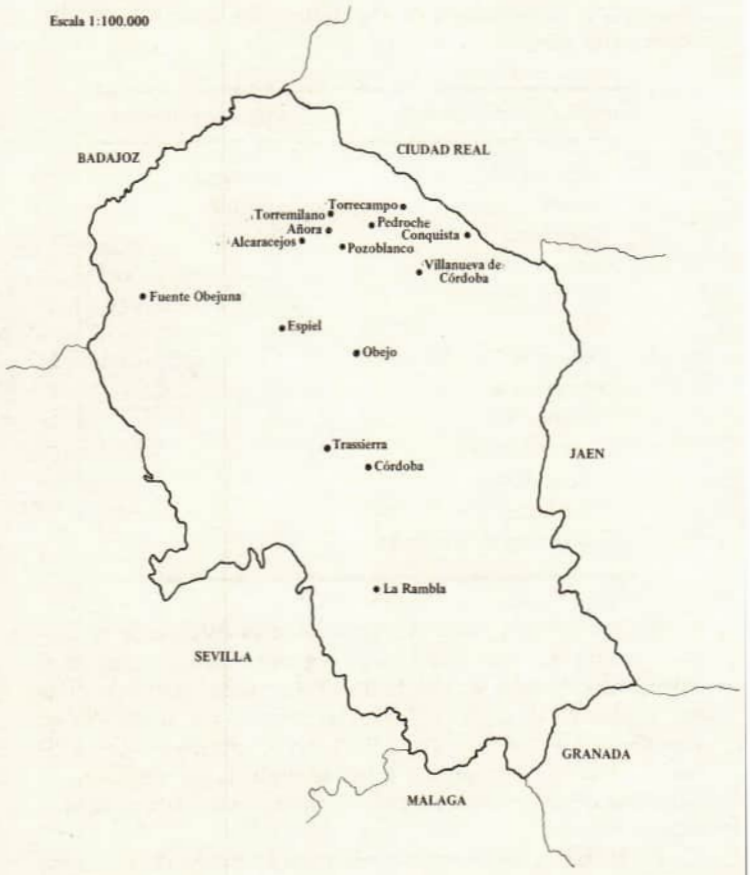
Jurisdicción de Córdoba	Lugares eximidos
Alcaracejos	Bujalance
Añora	Montoro
Conquista	Santaella
Espiel	
Fuente Obejuna	
Obejo	
Pedroche	
Pozoblanco	
Rambla, La	
Torrecampo	
Torremilano	
Trassierra	
Villanueva de Córdoba	



El cuadro nos pone de manifiesto la ostensible reducción del número de localidades dependientes de la ciudad. Al mismo tiempo se constata que la mayor parte de ellas se localizan al norte del Guadalquivir. La situación se agrava en los lustros siguientes hasta el punto de que a finales de la década de los años sesenta la jurisdiccion de Córdoba queda prácticamente limitada a su término municipal.

La Rambla logra emanciparse de la tutela de Córdoba mediante el ofrecimiento de una sustancia contribución económica en 1647. Sin embargo, la independencia alcanzada queda truncada años más tarde al pasar a dominio señorial. Salvo Bujalance, los lugares eximidos corren la misma suerte.

LOCALIDADES DEPENDIENTES DE LA JURISDICCION DE LA CIUDAD DE CORDOBA EN 1646



Fuente Obejuna pleitea en la Real Chancillería de Granada con el único objetivo de romper los lazos de dependencia. Simultáneamente ofrece a la Corona 24.000 ducados por el privilegio de exención. Las protestas del municipio de Córdoba no se hacen esperar y se ponen en marcha las correspondientes diligencias para impedir la desmembración. A la postre, los argumentos esgrimidos no van a ser tenidos en cuenta y las medidas adoptadas resultan infructuosas. La populosa villa, aunque no logra una completa emancipación, consigue sus pretensiones de nombrar los oficiales del concejo sin la menor injerencia de la capital.

Las siete villas de los Pedroches pasan a dominio señorial en 1660. Felipe IV enajena las susodichas localidades en favor del poderoso marqués del Carpio. Las ventas continúan en los años siguientes con la particularidad de que los beneficiarios serán miembros de la aristocracia local que han escalado puestos importantes en la administración del Estado. El caso más significativo es el del noble cordobés don Juan de Góngora, caballero de la Orden de Calatrava, que llega a ocupar, gracias a la protección del marqués del Carpio, la presidencia del Consejo de Hacienda y logra del monarca la concesión de un título nobiliario, el de marqués de Almodóvar.

El viajero francés Bertaut ofrece una imagen bastante negativa del mencionado personaje:

> «Por lo que se refiere a don Juan de Góngora, era un pobre muchacho de Córdoba, pariente del poeta de ese nombre, que habiéndose apegado al servicio de don Luis ha sido nombrado por él presidente del Consejo de Hacienda; por eso todo el mundo lo llama hechura de don Luis, que es lo que en Francia decimos criatura; pero es en este país tan odiado como su señor amado» (11).

Sin duda, el desempeño de ese cargo en beneficio de sus propios intereses explica la compra de varias localidades cordobesas en la década de los años sesenta. Los descen-

(11) *Viajes de extranjeros por España y Portugal...* II, p. 614.

dientes de don Luis Méndez de Haro y Guzmán le venden la jurisdicción de La Rambla en 1665 y con anterioridad la Corona habia enajenado en su favor las villas de Espiel y Trassierra.

Al finalizar el reinado de Felipe IV la jurisdicción de la ciudad de Córdoba queda reducida a la mínima expresión e incluso tierras pertenecientes al término municipal van a ser transformadas en pequeños señoríos despoblados a lo largo del siglo XVII (12).

(12) En torno a las enajenaciones, vid, MARQUEZ DE CASTRO, T.: *op. cit.*

IX. CULTURA

Córdoba protagoniza una intensa actividad cultural durante los siglos XVI y XVII. En la primera centuria surgen diversas iniciativas que culminan en la fundación de centros educativos que desarrollan una importante labor a lo largo de la etapa moderna. Asimismo, la instalación de la imprenta constituye un factor decisivo en la potenciación de la cultura. Por último, las más variadas disciplinas y materias son cultivadas por un buen número de personas, llegando algunas a conseguir un indiscutible prestigio y renombre.

A principios del Quinientos el panorama educativo resulta desolador y, sin duda, esta situación impulsa a un miembro de la nobleza local a erigir un centro dedicado a las enseñanzas de Filosofía y Teología. En octubre de 1506 expresa su postrera voluntad don Antonio Fernández de Córdoba, II señor de Belmonte, capitán al servicio de los Reyes Católicos y veinticuatro del municipio cordobés (1). El otorgante manifiesta sus deseos de fundar un colegio, bajo la advocación de Santa María de Gracia, en el barrio de Santa Marina y «se admitieran ocho o diez colegiales hijosdalgo de los vezinos de dicha collazión, o de las demás si allí no los hubiese o, en su defecto, de los ciudadanos de dicha collazión más pobres, que tubiesen Beca de damasco blanco, los quales estudiaran Philosofía y Theología» (2). Para la creación y mantenimiento lega unos sustanciosos bienes. Entre ellos destaca una serie de propieda-

(1) Belmonte dista una legua aproximadamente de Bujalance.
(2) *Colección Vázquez Venegas.* Vol. 278, f. 80 r.

des rústicas: las dos terceras partes del cortijo de Nublos en la villa de Hornachuelos, el cortijo de Herreruela situado en el término de Bujalance, varias hazas que suman un total de 360 fanegas y en el pago de Paterna 216 fanegas de tierra. La ejecución del proyecto queda en manos de los cinco albaceas encargados de cumplir las distintas cláusulas testamentarias (3).

El fallecimiento de don Antonio Fernández de Córdoba ocurre muy poco tiempo después, ya que a principios de 1507 los albaceas toman posesión de algunos bienes raíces. Sin embargo, hasta septiembre de 1509 doña Constanza de Baeza, propietaria del cortijo de Herreruela en concepto de dote, no aprueba la donación hecha por su hijo para sostener el futuro colegio. A partir de esa última fecha se inician gestiones encaminadas a buscar un lugar a propósito que cristalizan en la adquisición de unas casas en las proximidades del palacio episcopal. La fundación no se lleva a cabo en el mencionado lugar, debido parece ser, a los elevados gastos que acarrea la construcción de un nuevo edificio. Por fin, unos años más tarde llegan a un acuerdo con los dominicos para establecer el centro educativo en el convento de San Pablo. La decisión, cuyos móviles no están muy claros, provoca fuertes suspicacias, hasta el extremo de que en el siglo XVIII el municipio acusa a la Orden de Predicadores de utilizar la dotación económica en beneficio propio.

En 1516 los albaceas pactan con el prior de San Pablo las condiciones para la erección del colegio. Las dos partes acuerdan que «se hiciesse un Colegio general grande, abriendo puerta a la calle San Pablo por vaxo de el pilar, y se hiciese Cátedra y assientos para estudiantes religiossos y seculares, y un Lector de Theología y otro de Lógica y se hiciesse portada grande de piedra con escudo de armas de el señor fundador» (4). Los dominicos se comprometen a solicitar de la Santa Sede la bula de fundación y mientras

(3) Las personas designadas como albaceas son doña Constanza de Baeza, su madre, el prior del monasterio de San Jerónimo, el caballero veinticuatro don Gonzalo de Hoces, el jurado Alonso de Córdoba y el licenciado Juan Díaz de Baena, clérigo.

(4) A.G.O.C. *Protocolo del Real Convento de San Pablo.* ff. 39 v.-40 r.

se llevan a cabo los trámites se debería guardar absoluto secreto de lo capitulado. Una vez conseguido el documento papal se iniciarían las obras y la dotación económica pasaría a manos de la comunidad religiosa para que «sustente veinte o por lo menos doce collegiales religiossos y los lectores». Una de las capillas de la iglesia –la del Santo Cristo– sería cedida al colegio y en ella reposaría el cuerpo del fundador. El convento se obliga a pagar cada año 4.000 maravedís y cuatro cahíces de pan terciado al licenciado Juan Díaz de Baena, curiosamente uno de los testamentarios, por el desempeño de sus funciones de capellán y «después de sus días sean capellanes los religiosos». Por razones obvias, el mencionado clérigo jugaría un papel decisivo en la firma del acuerdo. Por último, los albaceas junto al padre provincial serían los encargados de visitar y velar por los intereses del establecimiento educativo. Después se añadiría una nueva cláusula, el patronato queda vinculado a los sucesores de don Antonio Fernández de Córdoba.

En el mismo año León X autoriza las capitulaciones otorgadas y despacha la correspondiente bula, señalando jueces conservadores al arzobispo de Sevilla y al obispo de Málaga. Comienzan las obras de acondicionamiento que finalizan en noviembre de 1529. Durante este tiempo surgen dificultades con motivo del pleito iniciado por don Fernando Alfonso de Córdoba, hijo del fundador, contra los dominicos sobre la vinculación de los bienes del colegio y al final, en enero de 1523, llegan a un acuerdo suscrito por el litigante y el provincial fray Domingo Melgarejo.

Años más tarde se plantea la necesidad de regular la organización y funcionamiento del Colegio de Santa María de Gracia y con este fin Clemente VII expide una bula en 1532 por la que faculta a miembros de la Orden de Predicadores a elaborar unos estatutos. La redacción de los mismos corre a cargo de fray Pedro de Arias, vicario general de la provincia Bética, fray Alonso de Aguayo, prior del convento de San Pablo, y fray Alonso Carrillo, regente (5).

La mayoría de los colegiales se van a reclutar entre los religiosos de la propia Orden, mientras que los becarios se-

(5) *Ibidem.* f. 40 v.

glares constituyen un grupo muy reducido. Sabemos que en noviembre de 1641 ingresan en las aulas de San Pablo tres estudiantes de Teología que habían sido expulsados del Colegio de la Asunción por participar en un motín. El hecho de que un elevado porcentaje de alumnos fuesen dominicos causa un notorio malestar en la ciudad, ya que esta situación contravenía los deseos e intenciones del fundador que eran proporcionar educación a los hidalgos cordobeses. Las autoridades locales presionan con el único objetivo de que los frailes cumplan rigurosamente las cláusulas testamentarias de don Antonio Fernández de Córdoba. A mediados de junio de 1576 el corregidor ordena nombrar una comisión encargada de indagar «si se cumple la voluntad del fundador». Varias semanas después los miembros del Cabildo municipal se hallan disconformes con la marcha del colegio porque «oy no se cunple cosa alguna de lo quel dicho señor Antonyo de Córdova fundó y ordenó» (6).

Las clases impartidas en San Pablo no solucionaron las necesidades educativas de los habitantes de la ciudad, ya que estuvieron orientadas, preferentemente, a la formación de los novicios de la Orden de Santo Domingo. Ello explica el vivo interés de San Juan de Avila en crear un centro de enseñanza. Así, en noviembre de 1539 envía una carta al ayuntamiento en la que comunica la llegada de una persona de su confianza para que dirija un curso de Artes. A lo largo de las décadas siguientes las actas capitulares del municipio contienen referencias sobre la instalación de un colegio. La labor del apóstol de Andalucía cosecha los frutos deseados, puesto que influye en la erección del Colegio de Santa Catalina, fundado por los jesuitas a mediados del siglo XVI, y en el de la Asunción unos años más tarde, gracias a la generosidad del doctor Pedro López.

La llegada de los jesuitas a Córdoba está relacionada con la intensa labor apostólica desplegada por el Maestro Avila. Al principio desarrollan una infatigable actividad en distintos barrios de la capital que se va a centrar sobre las capas sociales humildes. Muy pronto consiguen el

(6) A.M.C. *Actas Capitulares.* Sesión 6-VII-1576. f. 210 r.

apoyo de personas influyentes que sienten una profunda admiración por las tareas emprendidas. Entre ellas cabe destacar el poderoso deán don Juan Fernández de Córdoba, hijo del III conde de Cabra, que, tras una etapa de recelo e inquina contra los miembros de la Compañía, les dispensa una protección sin límites hasta el punto de que hace donación de sus casas principales, donde instalarán en 1554 el Colegio de Santa Catalina. Las influencias y simpatías en el sector nobiliario resultan evidentes como lo prueba el hecho de que por estas fechas ingrese en sus filas don Antonio Fernández de Córdoba, hijo de los marqueses de Priego, que había sido rector de la Universidad de Salamanca.

La eficacia y modernidad de sus métodos pedagógicos alcanzan un éxito notorio que se traduce en el elevado número de estudiantes que frecuentan las aulas de Gramática, Filosofía y Teología. Sin duda, los seguidores de San Ignacio de Loyola logran un reconocido prestigio en el ámbito educativo que contribuye a eclipsar el centro que venía funcionando en el recinto del convento de San Pablo. El nivel y preparación de los jesuitas explica que hasta finales del XVII ejerzan un auténtico monopolio de la enseñanza, puesto que los colegiales de la Asunción y San Pelagio acudirán diariamente a las clases del Colegio de Santa Catalina a formarse.

Durante el último cuarto del siglo XVI el colegio registra una afluencia masiva de alumnos, de ahí que el rector P. Francisco Gómez inicie gestiones ante las autoridades locales con el propósito de erigir Universidad. A finales de mayo de 1576 hace una propuesta al municipio en este sentido, recalcando «lo mucho que ynporta que en el colegio de la dicha Conpañía aia Universidad para graduar de bachiller y otros grados a los estudiantes que en ella an travajado y que se ahorrará a los estudiantes muy gran suma de maravedís que gastan en yrse a graduar a otras partes (7)».

La petición encuentra una acogida favorable y va a ser objeto de un debate en el seno del Cabildo municipal unas semanas más tarde. Los capitulares, en su mayoría, apoyan

(7) *Ibidem.* Sesión 25-V-1576, f. 161 r.

el proyecto por las ventajas que reporta a la ciudad en todos los órdenes y deciden solicitar a Felipe II y a la Santa Sede la correspondiente licencia y autorización «para que pueda aver en el dicho colegio universidad para que se gradúen de grados los estudiantes, así para letrados juristas como de medicina y theolojía». Ahora bien, dejan muy claro que respaldan la petición en los términos expuestos por el P. Gómez, los jesuitas no tendrían jurisdicción sobre la Universidad y la enseñanza sería gratuita así como la colación de grados. Sólo un grupo reducido de veinticuatros muestra su disconformidad al protagonismo de la Compañía de Jesús y son partidarios de que la suplicación se haga en favor del colegio regentado por los dominicos de San Pablo, «porque de más de ser el monasterio más principal que ay aquí, tiene dotadas cátredas».

Las gestiones se prolongan y en marzo de 1593 el rey envía una carta al ayuntamiento en respuesta al memorial entregado en la Corte por el P. Bartolomé de Sicilia. En ella Felipe II manda que el concejo elabore un informe detallado «así de las convenyencias que desto se pueden seguir como de las cátedras, maestros y estatutos que debería aver para ser ynstituydos en letras con más facilidad y menos costa los naturales desa tierra» (8). En mayo de ese año la comisión designada al efecto concluye los trabajos que, una vez aprobados, se remiten al monarca. A la postre, los denodados esfuerzos para conseguir Universidad resultan inútiles.

El Colegio de Santa Catalina continúa impartiendo enseñanzas de Gramática, Filosofía y Teología. Las primeras corresponden a los niveles inferiores y son las más concurridas, puesto que los alumnos se agrupan en cuatro aulas a cargo de sendos maestros. Funcionan a la vez dos cursos de Artes, una cátedra de Retórica y se imparten «tres liçiones de Theología y una de Sagrada Escritura». En las décadas finales del XVI se daba también «liçión de Griego». Por las mismas fechas el doctor Inquinira dota una cátedra de Medicina en el susodicho centro educativo. Parece ser que no llega a ponerse en marcha, pues, en 1592 el veinti-

(8) *Ibidem.* Sesión 19-V-1593, f. 255 v.

cuatro don Alonso de las Infantas pide al municipio que se «cumpla lo dispuesto y mandado por el doctor Ynquinira en que aia una cátreda de Medicina en la casa y colegio de la Conpañya de Jesús desta çiudad, para cuio efecto dexó rentas» (9). La denuncia formulada no surte los efectos deseados, ya que la cuestión se plantea de nuevo cuatro años más tarde en una de las sesiones del Cabildo.

La intervención de San Juan de Avila resulta decisiva en la fundación del Colegio de la Asunción, obra del doctor Pedro López de Alba, médico del emperador Carlos I. En los años setenta del siglo XVI tienen lugar la erección formal de este centro educativo, destinado a estudiantes pobres con vocación sacerdotal. El ilustre galeno deja todos sus bienes a tan benéfica realización que constituyen básicamente la dotación económica. También colaboran diversas personas entre las que se cuentan miembros destacados de la nobleza como el duque de Arcos o doña Teresa de Córdoba y Hoces, dama perteneciente a la aristocracia local.

El verdadero impulsor del colegio en los primeros años de vida será el presbítero Pedro de Bujeda, hombre virtuoso designado por el fundador para que dirijiera, sin cortapisa alguna, el establecimiento, misión que va a cumplir hasta su muerte en 1596. No obstante, la Compañía de Jesús ejerce una tutela contemplada en las disposiciones testamentarias del doctor López de Alba. De un lado, los jesuitas forman parte de los órganos de gobierno y, de otro, los colegiales realizan los tres cursos de Artes y cuatro de Teología en las aulas de Santa Catalina.

Tras el fallecimiento de Bujeda, el rectorado de la Asunción se halla en manos de una serie de clérigos seculares, situación que se prolonga hasta el primer cuarto del siglo XVIII. El cargo de patrono lo desempeñan sucesivamente tres personas que forman parte del Cabildo Catedralicio: el deán don Luis Fernández de Córdoba, el arcediano de Castro don Gonzalo Flórez de Carvajal y don Cristóbal de Mesa y Cortés. Al morir éste en 1629, el puesto lo ocuparían miembros de la Compañía. Por último, la máxima

(9) *Ibidem.* Sesión 13-VII-1592, f. 244 r.

autoridad reside en la denominada Junta de Superintendencia, integrada por tres jesuitas –el provincial de Andalucía y los rectores de las Casas de Córdoba y Montilla– y el patrono. Entre otros cometidos tiene la facultad de modificar las constituciones, vigilar y controlar el funcionamiento del centro y designar los rectores y patronos (10).

El número de colegiales admitidos experimenta sensibles variaciones a lo largo del tiempo y las causas obedecen al estado de las rentas. Los bienes legados en los primeros años se van a incrementar con la fundación de diversas obras pías para dotar nuevas becas. Así, en 1635 el jurado Martín Gómez de Aragón instituye dos becas. Con idéntico fin dejan propiedades varios clérigos como el licenciado Andrés de Morales y Alfonso Alfaro.

Los registros de alumnos permiten establecer, de forma aproximada, el volumen de estudiantes, si bien la documentación impone ciertas limitaciones. Entre 1578, fecha del primer colegial anotado, y 1601 figuran 26 personas, aunque debemos tener en cuenta que la cifra sería mayor, ya que falta por consignar la mayor parte de ingresos. En 1602 entran diez colegiales y a partir de ese año los asientos se interrumpen hasta 1610. Con toda seguridad en el susodicho período la cuantía de escolares desciende de manera espectacular. Una prueba viene dada por un becario que marcha a su casa en 1602 con motivo de la peste. Meses más tarde, recibe una misiva comunicándole que no puede regresar debido a la necesidad de admitir otros colegiales el próximo curso y ante la falta de recursos «no se podían sustentar tantos». Desde 1610 a 1620 suman poco más de medio centenar y de nuevo en los libros de entrada aparece una laguna cronológica. Veamos la trayectoria del alumnado en la etapa 1630-99:

(10) Vid. REY DIAZ, J. M.: *El Colegio de la Asunción de Córdoba, obra de siglos*. Córdoba, 1946. GALVEZ VILLATORO, R.: «Memorias del Colegio de la Compañía de Jesús en Córdoba desde 1553 hasta 1741». BRAC, 68 (1952). pp. 45-64.

Años	Colegiales
1630 - 39.	23
1640 - 49.	27
1650 - 59.	49
1660 - 69.	82
1670 - 79.	73
1680 - 89.	44
1690 - 99.	59

Las cifras ofrecen un sensible aumento que culmina en la década de los sesenta. En los años siguientes se constata un descenso con una ligera recuperación en la etapa finisecular. La media anual resulta muy baja y los mayores valores numéricos corresponden a 1673 y 1661 con 23 y 19 ingresos respectivamente.

La procedencia geográfica del alumnado permite fijar el área de influencia del Colegio de la Asunción. Las fuentes documentales, salvo un caso, especifican el lugar de origen de los colegiales ingresados. Las mayores cifras corresponden a los nacidos en tierras cordobesas que suman 288 jóvenes y representan un 64,44% del total (11). Dentro de este grupo destaca la capital con un centenar de escolares. Entre 25 y 10 personas figuran una decena de localidades: Montilla, Aguilar, La Rambla, Lucena, Baena, Castro del Río, Montoro, Cabra, Hinojosa y Fuente Obejuna. Las restantes poblaciones arrojan unos valores numéricos inferiores.

Los colegiales oriundos del Reino de Jaén ascienden a 55 y significan en el conjunto un 12,30%. A la cabeza se hallan Andújar y Jaén con 21 y 12 alumnos respectivamente. Los originarios de localidades sevillanas representan un 7,38% y la mayoría procede de Ecija y Marchena. El protagonismo de éste último lugar obedece a que el duque de Arcos tiene derecho a presentar becarios que se reclutan entre los habitantes de la capital de su Estado. La

(11) Incluimos dos colegiales oriundos de Chillón y Cabeza del Buey respectivamente, localidades pertenecientes a la demarcación del obispado de Córdoba.

zona malagueña aporta un 5,60%, siendo Málaga y Antequera las poblaciones que ocupan los primeros puestos. A partir del último tercio del siglo XVII se constata la presencia de estudiantes gaditanos –4,70%–, entre ellos un hijo del célebre mercader Raimundo de Lantery que ingresa en septiembre de 1685. El porcentaje más bajo –1,56%– corresponde a los granadinos. Finalmente, los nacidos fuera de Andalucía significan un 4,02%.

El Seminario de San Pelagio cierra la lista de fundaciones educativas en la Córdoba del Quinientos. El prelado de la diócesis don Antonio de Pazos y Figueroa, siguiendo las directrices de Trento, erige en 1583 un centro orientado a la formación de futuros sacerdotes, aunque hasta principios del siglo XVII no se solucionan los problemas relativos a la dotación económica. Los seminaristas acuden diariamente al Colegio de Santa Catalina a recibir las enseñanzas de Filosofía y Teología, una dependencia que se mantiene hasta los primeros años del Setecientos. El catálogo realizado por Nieto Cumplido de los fondos documentales de esta secular institución nos ha permitido trazar la evolución del número de colegiales y conocer la procedencia geográfica de los mismos (12).

A lo largo del XVII ingresan 351 colegiales y el volumen de admisiones presenta sensibles contrastes:

Años	Colegiales
1600 - 09	21
1610 - 19	28
1620 - 29	59
1630 - 39	50
1640 - 49	30
1650 - 59	29
1660 - 69	28
1670 - 79	44
1680 - 89	20
1690 - 99	42

(12) *Catálogo del Archivo del Seminario de San Pelagio de Córdoba.* Córdoba, 1977.

Las dos primeras décadas registran unas cifras muy bajas, incrementándose de forma notoria en los años veinte y treinta de la centuria. Desde 1640 se aprecia un acusado descenso y a partir de 1670 se constata una evidente recuperación. Los valores numéricos caen de manera espectacular en los años ochenta, mientras que en los dos últimos lustros se produce un alza importante.

La inmensa mayoría de los colegiales han nacido en localidades pertenecientes al Reino de Córdoba, pues sólo un 4% corresponde a seminaristas originarios de poblaciones situadas fuera de la mencionada demarcación territorial (13). La capital aporta un contingente reducido, algo más de un 13%. En cambio, el porcentaje de la zona de la Campiña alcanza un 52% (14). Asimismo, los escolares avecindados en pueblos al norte del Guadalquivir son numerosos y significan cerca de un 24% (15). Finalmente, los que proceden del ámbito subbético representan alrededor de un 11% (16).

El ingreso en los mencionados centros educativos requiere unos conocimientos básicos, especialmente del latín. La preparación de los alumnos corre a cargo de maestros de primeras letras y preceptores de gramática que ejercen la profesión de manera privada. La única excepción viene dada por la Cátedra de Latinidad que funciona en el recinto catedralicio bajo la supervisión del titular de la diócesis. Aquí estudian, durante un espacio de tres años, jóvenes de cualquier estado y condición social. A mediados del siglo XVII atraviesa una total decadencia y para lograr su revitalización el obispo Alarcón reforma los estatutos en 1659. En ellos figura el horario de las clases gratuitas impartidas por un

---

(13) La muestra incluye 340 expedientes de colegiales que especifican el lugar de origen.

(14) Castro del Río, 22 colegiales; Baena, 14; Cañete, 15; La Rambla, 14; Montilla, 12; Montoro, 12; Bujalance, 11; El Carpio, 8; Espejo, 8; Montemayor, 8; Aguilar, 6; Puente don Gonzalo, 5; Fernán Núñez, 4; Pedro Abad, 4; Monturque, 3; Santaella, 3; Villafranca, 3; Palma del Río, 3; Posadas, 2; Montalbán, 2; Aldea del Río, 1; Morente, 1; Almodóvar del Río, 1.

(15) Pozoblanco, 18; Hinojosa, 13; Pedroche, 9; Fuente Obejuna, 8; Villanueva de Córdoba, 7; Belalcázar, 5; Añora, 5; Santa Eufemia, 5; Torrecampo, 4; Adamuz, 2; Torremilano, 2; Villanueva del Duque, 2; Conquista, 1.

(16) Lucena, 10; Luque, 9; Cabra, 7; Doña Mencía, 4; Zuheros, 2; Iznájar, 2; Priego, 1; Rute, 1.

catedrático: «Que todos los días de la semana, en dejando la campana para entrar en el choro de dicha nuestra Santa Yglesia, asista a dar lección a los estudiantes, por la mañana hasta salir del Choro y por la tarde hasta el Benedicamus Domino de Completas» (17).

La enseñanza primaria es impartida por los maestros, quienes conciertan directamente con los padres o tutores la materia, tiempo y honorarios. Los conocimientos quedan reducidos a «leer, escribir y contar». Por lo general, el aprendizaje dura un año y los emolumentos se abonan tanto en metálico como en especie (18). A lo largo de los siglos XVI y XVII no funcionan escuelas públicas, salvo el Colegio de la Piedad, una institución benéfica dedicada a niñas huérfanas (19).

Los cordobeses se ven obligados a salir de su tierra para conseguir los grados académicos en Derecho, Medicina y Teología. Tras cursar estudios en las instituciones educativas de la capital marchan a los núcleos universitarios andaluces, preferentemente a Granada, Sevilla y Osuna. Un buen número se traslada a Sigüenza, donde en el Colegio de San Antonio son admitidos 73 colegiales oriundos de la diócesis de Córdoba durante los siglos XVI y XVII (20). En su mayoría, van a ser presentados por el Cabildo catedralicio, que tenía derecho a proveer una de las becas, para estudiar Teología y Derecho Canónico.

La Universidad de Salamanca registra una nutrida presencia. Así, en 1570 se hallan matriculados 51 alumnos naturales del obispado cordobés en la Facultad de Derecho Canónico, mientras que en 1650 la cifra baja a 30. Por lo que a los becarios de Colegios Mayores se refiere, el de Cuenca será el más concurrido (21). También la de Alcalá

(17) Vid, ARANDA DONCEL, J.: «La educación en Córdoba durante el Trienio Liberal (1820-1823)». *Anales del Instituto Nacional de Bachillerato «Luis de Góngora»*. IV (Córdoba, 1973). p. 73.

(18) Vid, AGUILAR PRIEGO, R.: «Maestros cordobeses de primeras letras. Siglos XV al XVIII». BRAC, 77 (1958). pp. 123-140.

(19) ARMAYOR GONZALEZ, H.: *Pedagogía cordobesa del siglo XVII*. I. Córdoba, 1971. pp. 119-164.

(20) Vid, J. DE RUJULA Y DE OCHOTORENA: *Indice de los colegiales del Mayor de San Ildefonso y Menores de Alcalá*. Madrid, 1946.

(21) KAGAN, R. L.: *Universidad y Sociedad en la España Moderna*. Madrid, 1981, p. 287.

de Henares cuenta con un grupo importante, ya que a mediados del siglo XVI se contabilizan 33 estudiantes (22). La de Bolonia constituye otro de los centros que acogen jóvenes oriundos de localidades cordobesas. A lo largo del XVI y XVII logran ingresar en el Colegio de San Clemente 22 becarios: 5 de Derecho Civil y Canónico, 7 de Derecho Canónico, 5 de Teología y otros tantos de Medicina (23). Casi todos consiguen el grado de doctor en las mencionadas disciplinas.

La llegada de la imprenta a Córdoba tiene lugar en fechas tardías, pues hasta mediados del XVI no se imprime en la ciudad el primer libro a cargo de Juan Bautista Escudero. A lo largo de la segunda mitad de la centuria el arte de imprimir carece de relevancia, quizás, debido a la escasa demanda. En 1585 se instala el sevillano Gabriel Ramos Bejarano que saca a la luz pública las obras del Maestro Fernán Pérez de Oliva. El arraigo definitivo se produce en el siglo XVII y destaca la fecunda labor tipográfica desarrollada por Salvador de Cea Tesa (24).

Entre las bibliotecas más importantes se encuentra la del Cabildo catedralicio, incrementada con la donación de libros hecha en 1516 por el obispo don Martín Fernández de Angulo y, posteriormente, con el rico legado de Juan Ginés de Sepúlveda (25). También hay que mencionar la del convento dominico de San Pablo y la de los jesuitas en el Colegio de Santa Catalina. Las de algunos particulares contienen nutridos fondos como la de Pablo de Céspedes o la de don Francisco de Argote, lugar donde se reunía un buen número de intelectuales cordobeses.

La nómina de escritores en los siglos XVI y XVII resulta bastante extensa, de ahí que nos limitemos a citar algunos de los más sobresalientes (26). Durante la centuria del Quinientos descuellan tres grandes humanistas: Fernán Pé-

(22) *Ibidem.* p. 284.

(23) PEREZ MARTIN, A.: *Proles Aegidiana. Los Colegiales desde 1368 a 1977.* 4 vols. Publicaciones del Real Colegio de España. Bolonia, 1979.

(24) Vid, VALDENEBRO Y CISNEROS, J. M.: *op. cit.*

(25) NIETO CUMPLIDO, M.: «Fondos librarios de Juan Ginés de Sepúlveda en la biblioteca de la Catedral de Córdoba». *El Cardenal Albornoz y el Colegio de España,* VI. Publicaciones del Real Colegio de España. Bolonia, 1979. pp. 745-750.

(26) Vid. RAMIREZ DE ARELLANO , R.: *op. cit.*

rez de Oliva, Ambrosio de Morales y Pablo de Céspedes.

Pérez de Oliva, aunque desarrolla su actividad fuera de Córdoba, mantiene contactos con la ciudad natal como lo prueba el hecho de que en 1524 exponga a las autoridades municipales el *Razonamiento... sobre la navegación del Río Guadalquivir.* Catedrático en Salamanca, desempeña el rectorado en esta Universidad y escribe una serie de obras que le acreditan como una de las figuras señeras de la cultura renacentista española.

Ambrosio de Morales, sobrino de Fernán Pérez de Oliva, estudia en Alcalá y Salamanca. En la primera de estas ciudades regenta una cátedra y, a la muerte de Florián de Ocampo, Felipe II le nombra cronista real. Por encargo del monarca planifica la Biblioteca de El Escorial y realiza varias misiones como un viaje a tierras de León, Galicia y Asturias para reconocer reliquias de santos, sepulcros reales y libros. También interviene, en calidad de experto, en las indagaciones llevadas a cabo para demostrar la autenticidad de los restos óseos descubiertos en la parroquia de San Pedro que correspondían a mártires cordobeses. Entre sus obras destacan las de carácter histórico, *Las antigüedades de las ciudades de España y Crónica general de España,* continuación de la labor iniciada por su predecesor en el cargo de cronista.

El racionero Pablo de Céspedes cursa estudios en Alcalá, donde recibe enseñanzas de su paisano Ambrosio de Morales. Alcanza cierta notoriedad en el campo de la pintura, aunque también sobresale como poeta –*Poema de la pintura*– y humanista.

El panorama cultural queda enriquecido con las aportaciones de un nutrido grupo de historiadores. El abad de Rute, don Francisco Fernández de Córdoba, escribe *Historia y descripción de la antigüedad y descendencia de la Casa de Córdoba* y el jesuita P. Martín de Roa es autor, entre otras obras, de *Antigüedades y excelencias de Córdoba.* Con el mismo título publica en 1625 un estudio su sobrino Pedro Díaz de Rivas, poeta y coleccionista de monedas. Estas van a ser donadas al licenciado Bernardo de Cabrera y Gámez, beneficiado de la parroquia de Santo Domingo. Reunió numerosas inscripciones romanas que des-

pertaron el interés del conocido viajero francés F. Bertaut (27). Por último, hay que mencionar al veinticuatro Andrés Morales y Padilla y Enrique Vaca de Alfaro.

En el ámbito literario sobresalen los poetas Juan Rufo, Luis Carrillo de Sotomayor, y de manera especial, Luis de Góngora. También encontramos filólogos notables como Francisco del Rosal y el malagueño Bernardo de Alderete, prebendado de la Catedral cordobesa. Entre los juristas se hallan Andrés de Angulo y Francisco Torreblanca. En el campo de la medicina figuran Francisco de Leiva y Aguilar y Alonso de Burgos. A los nombres citados hay que sumar un rosario de personalidades en las más variadas disciplinas.

(27) «He visto en casa de un canónigo de Santo Domingo, llamado Games, muchas inscripciones romanas que ha recogido, y de las que he sacado copia a causa de que no están impresas en ninguno de los libros que tratan de esta clase de curiosidades... Este canónigo pretende hacer un libro de las antigüedades de Córdoba, de las que dice que ni Ambrosio de Morales ni Alderete han hablado bastante, aunque fuese este su país natal». *Viajes de extranjeros por España y Portugal.* II. p. 612.

X. ARTE

El arte en la Córdoba de los siglos XVI y XVII ofrece variadas y destacadas muestras. Bien es verdad que los patentes contrastes que presenta la situación económica en las susodichas centurias repercuten en líneas generales. Por razones obvias, tienen especial incidencia en la arquitectura. La expansión del Quinientos conlleva una potenciación de las construcciones frente a la regresión que se constata en el siglo siguiente motivada por la crisis.

Sin embargo, en otras manifestaciones la relación causa-efecto no aparece de forma tan notoria e incluso se da el caso de un florecimiento que viene a coincidir con un estancamiento acusado. Un ejemplo significativo lo tenemos en el potente foco pictórico que surge en el XVII. La fuerte demanda de obras de tema religioso constituye una de las razones que explican esta aparente contradicción, ya que el poderío económico de la Iglesia resiste mejor los embates de la crisis.

Una de las peculiaridades del panorama artístico cordobés radica en la gran importancia que tienen las denominadas artes industriales o aplicadas. La orfebrería y la producción de guadamecíes cobran un protagonismo singular que desborda los límites estrictamente locales.

Tanto la arquitectura religiosa como la civil han dejado numerosas huellas en el marco urbano. Las reformas de los antiguos templos parroquiales, la edificación de conventos destinados a albergar a las diferentes comunidades que se instalan en la ciudad, la ejecución de los proyectos municipales y las mansiones levantadas por familias nobiliarias

forman un variado elenco de la intensa actividad constructiva en el XVI, pero que continúa en el siglo posterior con un ritmo bastante más pausado.

La demanda de trabajo corre paralela al número de alarifes ocupados. Estos pugnan por alcanzar el puesto de Maestro Mayor en algunas de las tres instituciones que tienen habilitada una plaza al objeto de dirigir y supervisar las obras programadas: los dos Cabildos y el Obispado.

El desempeño de estos cargos representa la percepción de unos ingresos estables, así como la posibilidad de llevar a cabo realizaciones de envergadura y el prestigio consiguiente. En definitiva, la Maestría Mayor significa la culminación de una trayectoria profesional.

La labor del arquitecto del concejo no se restringe exclusivamente a la ciudad sino que, en ocasiones, también abarca el área territorial dependiente de la jurisdicción de Córdoba, sobre todo en los proyectos de importancia. Lo mismo ocurre con los responsables de las obras de la Catedral que actúan en las localidades incluidas en el ámbito diocesano. Por lo general existe una estrecha colaboración, ya que, a veces, los Maestros Mayores del municipio prestan servicios al Cabildo eclesiástico y al titular del obispado.

A lo largo del siglo XVI la expansión económica propicia el desarrollo de la arquitectura. Las autoridades municipales en el último tercio de la centuria materializan destacadas iniciativas. En la década de los setenta se labran fuentes y se construyen o reedifican accesos en el recinto de la muralla, tales como las puertas Nueva y del Puente. En 1584 se levanta la cárcel en la plaza de la Corredera y diez años más tarde comienzan las obras del nuevo ayuntamiento en las proximidades de la plaza del Salvador. Junto a estos edificios civiles hay que mencionar el de las Caballerizas Reales.

Sin duda, la obra más ambiciosa y destacada en la arquitectura religiosa cordobesa es la fábrica nueva en el centro de la Mezquita; una idea del obispo Manrique que pretendía ubicar la capilla mayor y el coro en un lugar

preeminente. El inicio de los trabajos provoca una fuerte oposición del Cabildo seglar (1).

En este siglo se levanta la mayor parte de las capillas en el recinto catedralicio. El palacio episcopal va a ser objeto de reformas importantes durante los pontificados de don Leopoldo de Austria y don Cristóbal de Rojas y Sandoval. El primero impulsa las obras del crucero y las realizadas en un buen número de templos parroquiales, tanto en Córdoba como en la demarcación del obispado. En la ciudad, las portadas de San Pedro y San Nicolás de la Villa y las torres de las iglesias de Santa Marina y San Lorenzo corresponden a la etapa de gobierno del ilustre prelado.

Las muestras arquitectónicas se incrementan con motivo de las nuevas fundaciones efectuadas por diversas comunidades. Entre ellas cabe señalar los jesuitas que levantan, a partir de 1564, la iglesia del Colegio de Santa Catalina y los carmelitas calzados que, a raíz del traslado en 1580, edifican el templo del convento que está situado en las cercanías de la puerta Nueva.

Por último, la arquitectura civil se enriquece con las mansiones nobiliarias. La aristocracia local manifiesta su poderío económico a través de estas construcciones. Las bellas portadas de las casas del Bailío, la del actual Conservatorio de Música, la de los Villalones en la plazuela de Orive o la del palacio de los Páez de Castillejo, sede del Museo Arqueológico, son algunos de los ejemplos más representativos.

Un aspecto que llama la atención es que gran parte de las obras mencionadas han sido ejecutadas por arquitectos cordobeses que trabajan preferentemente en la ciudad y localidades del obispado, salvo el caso excepcional de Hernán Ruiz II. La labor de este singular artista va a tener una proyección notable en la Andalucía del Guadalquivir.

A lo largo del siglo XVI varias son las personalidades señeras en el campo arquitectónico: las tres generaciones de los Hernán Ruiz y Juan de Ochoa. Los primeros han sido estudiados por A. de la Banda en una valiosa mono-

(1) Vid. ORTI BELMONTE, M. A.: «Oposición del Cabildo municipal a la construcción del crucero de la Mezquita». BRAC, 71 (1954) pp. 271-277.

grafía centrada en Hernán Ruiz II (2). Todos ellos trabajan en las obras de la Catedral y desempeñan el cargo de Maestro Mayor.

La actividad de Hernán Ruiz I abarca prácticamente la primera mitad de la centuria del Quinientos y cabe señalar dos etapas. Una, caracterizada por un total apego al denominado estilo Reyes Católicos. Otra, en la que pretende incorporar la nueva estética renacentista. La frontera cronológica está situada en 1523, fecha en la que se hace cargo de las obras del crucero en calidad de Maestro Mayor del Cabildo, puesto que mantendrá hasta su muerte en 1547.

Este ambicioso proyecto marca la transición estilística del artista cordobés. El diseño del conjunto responde a los esquemas del gótico, mientras que la ornamentación se enmarca dentro de los cánones plateresco s. En el recinto catedralicio ejecuta la capilla de San Nicolás y se le atribuyen las de la Concepción, Santo Angel Custodio y San Bernabé. Todas ellas ofrecen rasgos similares en la estructura y decoración de las bóvedas de crucería.

Parece ser que Hernán Ruiz I participa en las obras finales del templo de San Juan Bautista en Hinojosa del Duque y comienza –según prueba documentalmente Nieto Cumplido– la portada, aunque el proyecto definitivo será ejecutado por su hijo. También al iniciador de la dinastía familiar se le asigna la portada de la iglesia parroquial de La Rambla. Sin embargo, la realización más evolucionada es el patio principal de la mansión de los Páez de Castillejo que concierta en 1538.

La valoración artística del primero de los Hernán Ruiz está muy por debajo de los niveles alcanzados por el sucesor, ya que, como afirma A. de la Banda, fue «un auténtico exponente del típico cantero medieval que, a la mediación de su vida, adoptó los cánones de un nuevo estilo, más calurosamente aceptado que racional y estéticamente asimilado» (3).

La producción de Hernán Ruiz II aparece plenamente identificada con las formas renacentistas. Aparte de la hue-

(2) *El arquitecto andaluz Hernán Ruiz II.* Sevilla, 1974.
(3) *Ibidem.* p. 16.

lla dejada por su padre, la influencia de grandes arquitectos de la época –Siloé, Machuca, Vandelvira, P. Bustamante– va a estar presente y se refleja en la evolución estilística del genial cordobés; la impregnación plateresca se orienta a un purismo que desemboca en una fase manierista.

El profesor A. de la Banda señala el comienzo de su andadura profesional en 1530, fecha de ingreso en el gremio de alarifes. Dos años más tarde concierta una obra de importancia, la capilla mayor del convento de Madre de Dios de Baena.

Los años cuarenta marcan la consagración como arquitecto en Córdoba. Tanto la nobleza como los dos Cabildos y el titular del obispado le encomiendan destacados proyectos. En 1540, junto al que será asiduo colaborador Sebastián de Peñarredonda, realiza la fachada de la mansión de los Páez de Castillejo. A esta obra le siguen las ejecutadas bajo el episcopado de don Leopoldo de Austria: la bellísima capilla bautismal de San Nicolás de la Villa y la magnífica portada de la parroquia de San Pedro.

El año 1556 marca un jalón importante en la trayectoria profesional de Hernán Ruiz II, el nombramiento de Maestro Mayor de la Catedral sevillana. El lustro anterior había realizado una obra señera de la arquitectura civil como es el puente de Benamejí sobre el río Geníl. En la urbe hispalense goza de un prestigio bien acreditado

Los contactos con la ciudad natal no se pierden. Buena prueba de ellos son los trabajos que ejecuta en la Iglesia Mayor –puerta de Santa Catalina, capilla de los Simancas–y la formidable fachada del palacio de los Villalones que, a pesar de no estar documentada, presenta rasgos inequívocos para su atribución.

El libro del profesor De la Banda, que nos ha servido de apoyatura en este bosquejo, recoge la intervención de Hernán Ruiz II en otras localidades cordobesas. Interviene en las naves de la iglesia de Bujalance, en la torre parroquial de Pedroche y en la de Hinojosa del Duque, donde labra también la portada lateral. Sin embargo, no hace referencia a la actuación en el templo de Santaella.

La transición del manierismo al protobarroco en la arquitectura cordobesa viene dada por la producción de Her-

nán Ruiz III, fiel continuador de la estética paterna, aunque sin alcanzar la importancia y trascendencia de la obra de su progenitor.

Al igual que sus antecesores, desempeña, con algunas interrupciones, la Maestría Mayor de la Mezquita-Catedral hasta su muerte en 1606. En el interior del recinto realiza la ornamentación de la capilla mayor e interviene en la bóveda del crucero. También ejecuta la capilla de la Asunción.

La creación de mayor envergadura es la torre de la Catedral, iniciada en 1593 (4). El estado de los trabajos lo conocemos gracias al concierto suscrito el 20 de junio de 1598 entre el arquitecto y el canónigo responsable de la Obrería (5). El documento notarial especifica las labores que faltan para acabar la obra contratada y el plazo de entrega. Una de las cláusulas alude a las obligaciones del maestro:

> «Primeramente el dicho Hernando Ruyz se obligó a cerrar todas las bentanas, que están de presente en la dicha torre, por la parte de dentro en más de dos terzias de grueso y hazer un arco redondo, que a de caer hazia el norte, y una bentana quadrada y acavar de cerrar las ocho bentanas obales, con las quales se acaba la obra y yguala hasta el alquitrabe y asimismo a de hazer acabar el alquitrabe, friso y cornisa y el cerramyento de la bóbeda que circunda toda la obra».

El maestro también adquiría el compromiso de subir «las seis campanas y el esquilón, que de presente están en la torre nueba que se hiço sobre la Puerta del Perdón». Todo ello debería estar terminado en septiembre de 1598.

Hernán Ruiz III desarrolla una importante actividad en diversas localidades de la diócesis. Realiza la capilla mayor de la parroquia de Villanueva del Duque y trabaja en las iglesias de Luque y Santaella. Finalmente, la muestra de arquitectura civil más sobresaliente que ejecuta en Córdoba es la grandiosa puerta del Puente.

---

(4) Vid, A. DE LA TORRE Y DEL CERRO: «Obras en la torre de la Catedral de Córdoba en los siglos XVI y XVII». BRAC, 29 (1930) pp. 297-323.

(5) A.P.C. Of. 29. Prot. 14, ff. 809 r. - 813 r.

Sus hijos Hernán y Martín Ruiz Ordoñez integran la cuarta generación de esta familia de arquitectos. El primero, en calidad de Maestro Mayor del obispado, traza la nueva construcción de la iglesia de San Salvador de Baena y diseña las obras efectuadas en la capilla mayor de la parroquia de Belmez (6).

En la nómina de arquitectos de cierto relieve que trabajan en Córdoba durante el siglo XVI resulta obligado mencionar a Juan de Ochoa, cuya actividad se desarrolla en el último cuarto de esta centuria y en los primeros años de la siguiente.

Quizás una de las primeras obras documentadas sea una fuente que realiza en 1574 para el convento de San Agustín. Este dato nos hace pensar en una hipotética participación de Ochoa en las fuentes instaladas en diversas plazas de la ciudad, precisamente en ese mismo año. La relación con el Cabildo seglar continúa en fechas posteriores, ya que en 1598 desempeña la Maestría Mayor del municipio cordobés.

Al mismo tiempo ejecuta una serie de obras en iglesias, tanto en la capital como en los pueblos de la diócesis. Interviene en la capilla mayor del convento de Santa Isabel de los Angeles, acaba el último cuerpo de la torre de Pedroche y en 1590 concluye la de San Juan Bautista de Hinojosa (7).

En la década de los noventa desarrolla una intensa labor como Maestro Mayor de la mitra. Diseña el desaparecido templo de San Martín en Cabra y la iglesia de Santiago en Baena; asimismo supervisa las reparaciones que se llevan a cabo en diversas poblaciones de la campiña, por ejemplo la parroquia de Castro del Río.

Poco después se incorpora a las obras de la Catedral y ocupa la Maestría Mayor, posiblemente desde 1604. Dos años más tarde concierta una de las postreras realizaciones en la iglesia de Santaella.

---

(6) V:d. NIETO CUMPLIDO, M.: *Documentos para la Historia del Arte en Córdobc* 2 vols. Ejemplar mecanografiado. Contiene innumerables referencias artísticas c : localidades del obispado en el período 1564-1653.

(7) NIETO CUMPLIDO, M.: *La Iglesia de San Juan Bautista de Hinojosa del Duque*. Córdoba, 1982.

Los retablos ofrecen una estrecha relación con las manifestaciones arquitectónicas propiamente dichas. Arquitectos, entalladores, pintores y ensambladores, colaboran para la realización de estas obras de arte. A pesar de la importancia de la retablística en Córdoba durante el siglo XVI carecemos de estudios. De ahí que nos limitemos a citar sólo algunas de las figuras más destacadas.

La fuerte demanda procede del sector eclesiástico que realiza un buen número de encargos para decorar las capillas del recinto catedralicio, parroquias y conventos que se construyen o reedifican en esta centùria.

Uno de los retablos más interesantes en la Mezquita-Catedral es el de la capilla de San Bernabé. Esta bella creación de alabastro, ejecutada en 1541, se debe al francés Jacques Luquin y constituye un fiel exponente de la estética renacentista. En la década siguiente se realizan un par de obras muy logradas. El de la capilla de San Nicolás de Bari, donde intervienen Francisco Jiménez y Francisco de Castillejo, y el de la Asunción. En este último colaboran Juan de Castillejo y Martín de la Torre, prestigiosos escultores (8).

Martín de la Torre es una figura destacada en la escultura cordobesa del siglo XVI que merece la atención de los historiadores del arte. A mediados de la centuria tiene ya cierto renombre que se irá acrecentando en fechas posteriores. Una prueba bien evidente es la designación para ejecutar la imaginería del grandioso retablo de la iglesia de San Mateo en Lucena. En diciembre de 1570 otorga un poder a su amigo el pintor Francisco de Castillejo para que cobre del obrero de la fábrica parroquial 150 ducados «en quenta de la ymajenería questá a my cargo de fazer para el retablo de la dicha yglesia» (9).

Desconocemos qué intervención tuvo el mencionado escultor o si el contrato quedó rescindido. En el primer supuesto obligaría a replantear la identidad de los artistas que trabajan en el citado retablo. Hasta ahora se viene aceptando como únicos autores a Jerónimo Hernández y

(8) Vid. AGUILAR PRIEGO, R.: «Obras en la Catedral de Córdoba durante el reinado del Emperador Carlos V (1517-1558)». BRAC, 81 (1961). pp. 125-127.

(9) A.P.C. Of. 5, Prot. 7, ff. 398 r. - 399 r.

Juan Bautista Vázquez el Viejo, destacados representantes de la escuela sevillana.

A partir de 1577 se documenta una estrecha colaboración entre Martín de la Torre y su yerno Francisco de Vera, quien a la sombra del primero llegaría a convertirse en un entallador de renombre. Juntos inician el sagrario y el retablo de la parroquia de Belmez y otro sagrario para la iglesia egabrense de San Martín. Dichas obras fueron acabadas por Vera, tras la muerte, hacia 1582, de su protector.

Otro retablista importante es el flamenco Guillermo de Orta, quien reside en la ciudad al menos desde 1570. Llega con un compañero de nacionalidad llamado Arnaum y juntos se instalan en una vivienda situada en la calle de la Feria. En la citada fecha hace un pequeño retablo de madera de borne que, en principio, había sido encargado a su compatriota (10).

Tres años después, interviene en la parte arquitectónica y ensamblaje del retablo de la parroquia de Bujalance y en 1581 concierta el de la iglesia de Villafranca (11). Tenemos constancia de otros artistas flamencos que trabajan en Córdoba durante este periodo. Uno de ellos, Guillermo Nicolás, se obliga en 1599 a realizar unas vidrieras en la Catedral.

Por último, hay que mencionar al escultor Andrés de Ocampo y al pintor Baltasar del Aguila, autores del espléndido retablo del convento de Santa Marta, fechado en 1582. Otro pintor destacado es Leonardo Enríquez de Navarra.

En el siglo XVII el ritmo de las construcciones disminuye de manera sensible; sin duda, la crisis generalizada de la centuria va a tener una incidencia. Obras de la magnitud del crucero de la antigua Mezquita no tenemos en este periodo. Tampoco realizaciones notorias de arquitectura civil, salvo la plaza de la Corredera que viene a coincidir con una tímida reactivación económica. Los edificios que

(10) *Ibidem*, f. 259 r-v. Arnaum se había marchado a vivir a Sanlúcar de Barrameda sin entregar la obra por la que había recibido dinero a cuenta.

(11) El retablo de Bujalance ha sido estudiado por F. LARA ARREBOLA: «El retablo mayor de la Iglesia de la Asunción de Bujalance». *Axerquía*, 1 (1980), pp. 93-120.

se levantan o reforman suelen corresponder a las órdenes religiosas y, en algunos, el mecenazgo de la nobleza local significa una ayuda importante.

Las comunidades recién instaladas en la ciudad –trinitarios descalzos, capuchinos– inician la construcción de sus respectivas iglesias. Otras fundaciones llevadas a cabo en las últimas décadas del XVI erigen sus templos; es el caso de los carmelitas descalzos, tanto la rama masculina como la femenina: conventos de San José, más conocido por el nombre popular de San Cayetano, y Santa Ana. Reformas importantes, que transforman la iglesia, efectúan los agustinos, debidas al impulso de fray Pedro de Góngora y Angulo, prior del convento y después provincial de Andalucía.

Existe una paralización de obras en parroquias y ermitas. Una de las raras excepciones es el santuario de la Virgen de la Fuensanta, donde en 1649 se reedifica la antigua iglesia, quedando sólo una puerta lateral de su arquitectura primitiva. Seguramente una gran parte de los recursos invertidos procede de las limosnas entregadas por los innumerables devotos.

A principios del XVII el crucero de la Catedral está terminado y el Cabildo reanuda las obras de la torre. En 1616 Juan Sequero de la Matilla se obliga a realizar un segundo cuerpo para el reloj. Sebastián Vidal en 1636 efectúa algunas reparaciones y a mediados de la centuria el arquitecto real Gaspar de la Peña comienza una reforma de envergadura: el revestimiento pétreo del alminar que se conserva hasta ese momento en la base del conjunto. La colocación de la imagen de San Rafael como remate en 1664 pone fin a las tareas.

En este siglo diversos arquitectos comisionados por la mitra dirigen y supervisan construcciones en localidades cordobesas. Algunos ocupan la Maestría Mayor de la Catedral. Entre ellos cabe destacar a Blas de Masabel, Juan Durillo y Juan Francisco Hidalgo.

El primero interviene en la capilla mayor de Belmez. Durillo, en compañía de Juan Sequero, trabaja en el templo parroquial de El Carpio que amenazaba ruinas. El tercero participa en el cuerpo de la iglesia de Santaella. De-

bemos tener en cuenta que muchas de las obras efectuadas en el XVII son de reparación y conservación.

La actividad municipal en el plano arquitectónico se limita prácticamente a labores de mantenimiento en el puente de la ciudad. El estado del mismo debía ser lamentable a tenor de la información que suministra un proyecto elaborado en 1663 por Gaspar de la Peña, «architecto de S. M. y maestro mayor de las obras del Marqués del Carpio», y Juan Francisco Hidalgo, «architecto y maestro mayor de las obras de esta Ciudad».

Los ligeros indicios de cambio de tendencia económica a partir de 1680 y la meritoria labor desarrollada por Ronquillo Briceño al frente del corregimiento repercuten en las construcciones llevadas a cabo en las dos últimas décadas.

La obra urbanística de la plaza de la Corredera es la más importante que se realiza en Córdoba. Los trabajos comienzan en 1683 y se efectúan en un tiempo muy corto, pues en 1687 han concluido. La eficaz gestión del corregidor resulta decisiva. Durante el mandato de Ronquillo Briceño se impulsan otras labores públicas, tales como reparaciones de murallas, puertas de la ciudad y puentes. También colabora económicamente en la reedificación de la parroquia de San Lorenzo (12).

Por lo que se refiere a arquitectura religiosa hay que mencionar la capilla de la Purísima que se termina en 1682. Entre 1690 y 1696 se levanta la iglesia y convento de San Pedro Alcántara. A instancias de fray José de la Rocha se reedifica la iglesia de los trinitarios calzados. Las obras se inician en 1694 y continúan hasta los primeros años del siglo XVIII.

A lo largo de la centuria seiscentista el retablo juega un papel muy destacado en el panorama artístico de Córdoba. La obra de Angeles Raya permite calibrar la importancia del mismo así como las fases más significativas de su evolución (13).

(12) Vid. QUESADA RIOS, F.: «La obra y nueva fábrica de la plaza de la Corredera de Córdoba (1683-1687)». *Actas II Coloquios de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna*, II. Córdoba, 1983. pp. 355-373. YLLESCAS ORTIZ, M.: «Evolución urbanística de la plaza de la Corredera» *Axerquía*, 5 (1982). pp. 161-175.

(13) *El retablo en Córdoba durante los siglos XVII y XVIII*. Córdoba, 1980.

La realización del Hermano Alonso Matías en la capilla mayor de la Mezquita-Catedral marca un hito de singular interés, especialmente por las influencias en autores posteriores. El gran retablo de mármol diseñado por el jesuita responde a la estética manierista italiana y constituye su obra más lograda y madura.

Los trabajos finalizan en 1628. Poco antes el Cabildo catedralicio concierta con el escultor Pedro Freire de Guevara la ejecución de las ocho grandes figuras que ornamentan el conjunto. A mediados del XVII, concretamente en 1653, Sebastián Vidal labra el bello tabernáculo que ocupa la parte central.

Los fuertes influjos de esta obra en la retablística cordobesa demora, a juicio de A. Raya, el desarrollo del barroco y prolonga la vigencia del manierismo hasta la segunda mitad de la centuria. Uno de los argumentos va a ser el empleo de la columna salomónica que se utiliza en 1675 en el retablo construido para la antigua parroquia de Santo Domingo de Silos. Ello viene a corroborar la pervivencia del estilo manierista en este siglo que se constata en otras manifestaciones artísticas, ya que el arraigo del movimiento barroco tiene lugar en el XVIII.

La transición al barroco se opera en la última década. Un ejemplo bien elocuente es la densa ornamentación que utiliza Melchor Fernández Moreno en el retablo de San Lorenzo. Este singular artista realiza el diseño de la portada de acceso al compás del convento de Santa Isabel de los Angeles. Otra muestra relevante de la introducción de los nuevos cánones estéticos es el retablo en mármol del convento de San Pedro Alcántara en el que participa el arquitecto Francisco Hurtado Izquierdo, figura cumbre del barroco cordobés.

Entre los escultores de mayor prestigio en este siglo se encuentra Bernabé Gómez del Río que ejecuta una producción relevante a lo largo de su dilatada carrera profesional. Las primeras obras documentadas corresponden a los años treinta, etapa en la que mantiene unos contactos muy directos con Antonio del Castillo, quien le presta colaboración como pintor de imágenes. Valverde Madrid en el estudio dedicado al célebre pintor recoge un

contrato suscrito por los dos artistas en 1638 sobre una imagen de San José para el templo parroquial de Montoro.

Sin duda, la escultura más conocida es el San Rafael que se coloca en 1651 con toda solemnidad en el puente. Cuatro años después concierta con el señor de Villaseca la decoración de la bóveda de la capilla mayor del convento de Santa Isabel de los Angeles. También es autor, junto a Pedro de Paz, del San Rafael que corona la torre de la Catedral.

Por supuesto, el escultor más importante es Juan de Mesa, pero gran parte de su labor artística la desarrolla en Sevilla. Abandona la ciudad natal, donde había recibido la primera formación, y marcha a la capital hispalense. Ingresa en el taller de Martínez Montañés y muy pronto se consagra como una de las figuras sobresalientes del realismo dramático de la imaginería barroca española. Entre sus obras conservadas en tierras cordobesas cabe mencionar la Virgen de las Angustias y el Jesús Nazareno de La Rambla.

El movimiento pictórico cordobés en los siglos XVI y XVII tiene dos figuras estelares en Pablo de Céspedes y Antonio del Castillo. Ambos crearon un estilo definido y tuvieron, sobre todo el primero, un crecido número de seguidores y discípulos. Junto a ellos, trabajan otros artistas que establecen su residencia en la ciudad de manera temporal o definitiva. La mayoría ha dejado huella de su quehacer en la Catedral.

Desde mediados del XVI se aprecia la implantación de nuevas formas en una serie de autores –Pedro de Campaña, Gabriel de Rosales– que realizan obras en la Iglesia Mayor. Estos brotes culminan en la personalidad artística de Pablo de Céspedes, verdadero difusor del manierismo italiano que va a ejercer una notoria influencia.

Pablo de Céspedes recibe una amplia y sólida formación humanística en Alcalá, donde en esos momentos se encuentra desempeñando su labor docente el también cordobés Ambrosio de Morales. Marcha a Italia y en los siete años que dura esta primera estancia recorre diversas ciudades y se familiariza con la pintura de los grandes maestros del Renacimiento, mostrando una clara predilección por Miguel Angel y Rafael. En la Ciudad Eterna entabla amis-

tad con los hermanos Zuccaro y César Arbassia que posteriormente se trasladarían a España. En Roma ejecuta algunos trabajos murales.

El regreso a la ciudad natal está motivado por la concesión de una prebenda en el Cabildo catedralicio. En 1577 se posesiona de una ración que consigue por renuncia de un familiar. A partir de esa fecha hasta su muerte en 1608 reside en Córdoba, salvo un viaje que efectúa de nuevo a Italia comisionado para resolver asuntos del Cabildo, y los frecuentes traslados a Sevilla donde asiste a la tertulia de su amigo Francisco Pacheco. La primera estancia en la urbe hispalense se prolonga más de un año y la aprovecha para realizar las figuras al fresco de alegorías y geniecillos en la sala capitular de la Catedral.

La influencia de Miguel Angel se patentiza en la pintura de Céspedes, caracterizada por la gran importancia concedida al dibujo y el colorido brillante y armonioso. Tales rasgos aparecen de manera expresa en su didáctico *Poema de la Pintura,* escrito en octavas reales. Buena prueba de la estética manierista cultivada por el racionero cordobés son *La Santa Cena* y *Santa Ana, la Virgen y el Niño,* obras maduras fechadas en 1595 que se guardan en sendas capillas de nuestra Catedral (14). También pinta, entre otros, los lienzos de la capilla del Espíritu Santo y los del antiguo retablo mayor de la iglesia de la Compañía.

A mediados de la década de los ochenta el piamontés César Arbassia llega a Córdoba y, gracias a la amistad de Céspedes, concierta los frescos del Sagrario, donde plasma como tema central los Santos Mártires, una devoción que se halla en esos momentos en auge y despierta un gran fervor en los habitantes de la ciudad.

Los caminos abiertos por Céspedes van a ser recorridos por un grupo de discípulos: Antonio Mohedano, Juan Luis Zambrano, Juan de Peñalosa, Antonio Contreras. El primero, natural de Lucena, es enviado por su padre, que desempeña un cargo municipal en Antequera, para que reciba formación al lado del maestro. Las enseñanzas van a marcar su trayectoria posterior que discurre por los cauces

(14) GIL SERRANO, A.: «La pintura de Pablo de Céspedes». *Axerquía,* 4 (1982). pp. 9-19.

manieristas, aunque al final de su vida tiene lugar una acentuación del naturalismo y ciertos rasgos barrocos (15).

A juicio de Palomino, el mejor discípulo es Juan Luis Zambrano que practica un manierismo impregnado de elegancia y dotado de fuerza expresiva. Su *Martirio de San Esteban* constituye una de las obras más logradas y en la que el influjo de Juan de las Roelas denota cierta vinculación a la escuela sevillana. Juan de Peñalosa, natural de Baena, es el seguidor más fiel de Pablo de Céspedes y cultiva otras facetas artisticas que alterna con inquietudes literarias. Cuadros importantes son *Santa Bárbara* y *La Circuncisión* que, al igual que el mencionado anteriormente, se hallan en la Catedral.

La estética manierista continúa vigente hasta el primer tercio del siglo XVII. La nómina de pintores se incrementa con la llegada a Córdoba de Agustín del Castillo y Andrés Ruiz de Sarabia, padre del también pintor José de Sarabia. A ellos hay que sumar el jiennense Cristóbal Vela Cobo, quien, en oposición a Antonio del Castillo, logra pintar los cuadros destinados al retablo mayor del templo catedralicio, que más tarde serán sustituidos por los que realiza Palomino.

La implantación de los cánones del Barroco en la pintura cordobesa corresponde a Antonio del Castillo, la figura más relevante en esta centuria (16). Nace en 1616 y tras la muerte de su padre ingresa como aprendiz en un taller dedicado a la pintura de imágenes. Busca nuevos horizontes y marcha a Sevilla, donde la protección e influencia de su tío le abren muchas puertas. Acude al estudio de Zurbarán y recibe una formación que va a ser decisiva en años posteriores.

Con el bagaje conseguido regresa a la ciudad natal e intenta situarse como pintor de cuadros. Participa en la convocatoria hecha por el Cabildo para adjudicar las pinturas del retablo mayor, pero sus deseos quedan frustrados. Ante la necesidad de solventar su situación económica, decide

(15) Vid. GONZALEZ ZUBIETA, R.: *Vida y obra del artista andaluz Antonio Mohedano de la Gutierra (1563-1626).* Córdoba, 1981.

(16) VALVERDE MADRID, J.: «El pintor Antonio del Castillo». BRAC. 82 (1961), pp. 163-271. ZUERAS TORRENS, F.: *Antonio del Castillo. Un gran pintor del Barroco.* Córdoba, 1982.

instalarse como pintor de imágenes, una profesión que no le satisface, a pesar de que obtiene sustanciosos ingresos.

En 1639 consigue sus anheladas aspiraciones y a partir de esa fecha recibe muchos encargos. Los temas se centran en las devociones que gozan de mayor fervor. Así, ejecuta distintas versiones de los Santos Patronos Acisclo y Victoria.

A mediados de la década de los cuarenta, Castillo lleva a cabo trabajos importantes en la Catedral como su *Martirio de San Pelagio* o las pinturas de la capilla del Rosario. La obra cumbre de este periodo va a ser *Cristo entre la Virgen y San Juan,* conocida bajo el nombre de *Calvario,* que se halla en el Museo Provincial de Córdoba. El cuadro define la madurez del estilo de Castillo y presenta acusados rasgos tenebristas e influencias flamencas.

El maestro se halla en pleno auge y por estas fechas tiene lugar la visita del joven Valdés Leal, sin duda atraído por el prestigio del artista. Recibe orientaciones y marcha a Sevilla. Más tarde volvería para realizar las espléndidas pinturas del retablo del Carmen Calzado.

La carrera triunfal de Antonio del Castillo viene ratificada por los éxitos cosechados. A raíz de la peste de 1649 la devoción a San Rafael alcanza grandes cotas de popularidad y el pintor hace distintas versiones del Angel Custodio. También cultiva el dibujo y la aportación en este campo es muy importante. A su estudio acuden jóvenes a formarse: Pedro Antonio Rodríguez, Juan Antonio Escalante y Juan de Alfaro. Los dos últimos marchan a Madrid en busca de nuevos caminos.

En los años finales de vida –muere en 1668– la figura indiscutible del artista declina un poco con la instalación en la ciudad de nuevos valores, especialmente su antiguo discípulo Juan de Alfaro que había recibido enseñanzas de Velázquez en la Villa y Corte.

En el último tercio del XVII el panorama pictórico cordobés se enriquece con la producción de fray Juan del Santísimo Sacramento, Antonio García Reinoso y Juan de Alfaro. El carmelita descalzo, originario de Puente Genil, pinta una serie de retratos de obispos que se conserva en el palacio episcopal, una *Santa Marina* en la parroquia de

esta advocación y otras obras para los conventos de su Orden en Córdoba y Aguilar de la Frontera.

García Reinoso, natural de Cabra, realiza varias obras en la Catedral con escenas relativas a San Fernando. Por último, Juan de Alfaro recibe el encargo de los lienzos que componen el Monumento del Jueves Santo en la Iglesia Mayor y retrata al prelado fray Alonso de Medina y Salizanes. A finales de la centuria tenemos otra gran personalidad que destacará en el siglo XVIII, el bujalanceño Acisclo Antonio Palomino.

La orfebrería constituye una de las manifestaciones más relevantes del panorama artístico de Córdoba en los siglos XVI y XVII. Innumerables custodias, lámparas, cruces procesionales y diversos objetos para el culto salen de los talleres instalados en la capital que abastecen la fuerte demanda local y poblaciones de la diócesis, así como la de otras ciudades de la geografía española.

En las primeras décadas del XVI se constata la pervivencia de formas góticas que rápidamente van a ser abandonadas para incorporar los grutescos y otras labores ornamentales plateresca s. La obra más importante de este periodo es la magnifica custodia de Enrique de Arfe que guarda el tesoro catedralicio. Costeada con los fondos aportados por el obispo Fernández de Angulo y miembros del Cabildo, sale por vez primera en la procesión del Corpus de 1518.

La estética italiana se va imponiendo y en la segunda mitad de la centuria aparece un estilo sobrio –el denominado Felipe II– que mantiene su vigencia en el XVI con la particularidad de que incorpora una mayor riqueza decorativa. La nómina de orfebres que alcanzaron un notorio prestigio es amplia. Entre ellos cabe destacar a Juan Ruiz el Vandalino, discípulo de Enrique de Arfe y autor de varias custodias, hoy perdidas, que le dieron una gran fama. También hay que mencionar los plateros Rodrigo de León, Pedro Sánchez de Luque, Martín Sánchez de la Cruz y Antonio de Alcántara.

Rodrigo de León trabaja durante el último cuarto del siglo XVI y principios del XVII. El tesoro de la Catedral guarda dos bellos portapaces renacentistas adornados con

esmaltes, donación del marqués de Comares en 1581. Por encargo del municipio realiza en 1577, junto a Sebastián de Córdoba, las andas de plata de la Virgen de Villaviciosa. También es autor de un relicario para la iglesia parroquial de Adamuz y un portapaz para la de Belalcázar. En 1600 concierta con el mayordomo de la cofradía del Santísimo Sacramento, erigida en la iglesia de Santiago de Ecija, una custodia de mano «labrada a el romano».

En los años finales del XVI y primera mitad de la centuria siguiente sobresale Pedro Sánchez de Luque, el representante más destacado del llamado estilo *Felipe II*. En el conjunto de su abundante producción, la pieza maestra es la cruz procesional que data de 1625, regalo del obispo Mardones a la Catedral. Obras de envergadura son la custodia de la parroquia cordobesa de San Nicolás de la Villa y las de Cabra, Pedroche y Baena (17).

Un platero coetáneo es Martín Sánchez de la Cruz que ejecuta en 1629 la monumental lámpara de la capilla mayor de la Catedral. También recibe un buen número de encargos, tanto de la capital como de las localidades del obispado. Así, en 1630 realiza varios portapaces para las iglesias de Bujalance y Torremilano. Por último, el orfebre Antonio de Alcántara, cuya trayectoria profesional se desarrolla íntegramente en el XVII. Obras de importancia son la custodia de Santaella y las dos cruces ejecutadas en 1652 para el templo parroquial de Belalcázar.

Otra de las manifestaciones artísticas que presenta un florecimiento notable en Córdoba durante esta época son los guadamecíes. El estudio de J. R. de la Torre aporta una valiosísima información sobre los guadamecileros más destacados (18).

Lorenzo Fernández concierta en 1525 una voluminosa partida para el rey de Portugal. A mediados del XVI Bartolomé Fernández, Benito Ruiz, Diego de San Llorente y otros maestros del gremio labran un crecido número de guadamecíes por encargo del Nuncio para ornamentar las estancias del Vaticano. Andrés López de Valdelomar se

(17) AGUILAR PRIEGO, R. Y VALVERDE MADRID, J.: «El platero cordobés Pedro Sánchez de Luque». BRAC, 85 (1963), pp. 15-73.

(18) *El guadamecil*. Córdoba, 1952.

obliga en 1587 a entregar más de 30 paños con destino a la mansión del duque de Arcos en Marchena. Alonso Carrillo, en unión de otros prestigiosos artesanos, realiza más de 10.000 piezas, a partir de 1604, para decorar el palacio de Felipe III en Valladolid. Dicho guadamecilero, asociado a varios compañeros de oficio, ejecuta una elevada cifra de paños para ser remitidos al pontífice Paulo V.

Los mencionados ejemplos constituyen una prueba evidente de la fama y aceptación de los guadamecíes producidos en la ciudad. Muestras significativas de la belleza de estas obras se pueden admirar en las nutridas colecciones del palacio de Viana y del municipio cordobés.

El arte de la rejería ha dejado obras destacadas en las capillas de la Catedral. La de los Simancas, la de la Asunción y la central del Sagrario son algunas de las ejecutadas en el siglo XVI por el famoso rejero cordobés Fernando de Valencia. En la centuria siguiente Gabriel de Ribera labra la de la capilla Antigua de Nuestra Señora de la Concepción y en 1666 el obispo Alarcón manda hacer las doradas rejas y barandal de la Vía Sacra y de la capilla mayor. A las citadas manifestaciones artísticas hay que añadir los trabajos de los bordadores, los iluminadores de libros y el menguado grupo de grabadores.

Por último, el cultivo de la música alcanza un gran desarrollo en el recinto catedralicio, donde los miembros del Cabildo mantienen una prestigiosa capilla con un buen número de artistas. En este ambiente se formó el gran músico cordobés Fernando de las Infantas (19). Entre los testimonios de primera mano podemos citar a Cosme de Médicis que alaba el alto nivel musical.

---

(19) TORRE Y DEL CERRO, J. DE LA: «Fernando de las Infantas: músico y teólogo». BRAC. 32 (1931). pp. 159-211.

CORDOBA EN EL SIGLO XVIII

I. EVOLUCION DEMOGRAFICA. LA IMAGEN DE LA CIUDAD A TRAVES DE LOS VIAJEROS.

La evolución demográfica de Córdoba en el siglo XVIII resulta prácticamente desconocida, pues la rica información que suministran los archivos parroquiales y los padrones elaborados por las autoridades locales permanece inédita a la espera de un estudio monográfico. Esta laguna en la historiografía local impone serias limitaciones a la hora de abordar un preciso análisis de la población, si bien hemos intentado cubrir el vacío existente y trazar a grandes rasgos el volumen y trayectoria de los efectivos humanos.

Desde el último tercio de la centuria anterior se registra un cambio de tendencia de signo positivo que motiva un aumento del número de habitantes. El crecimiento resulta bastante débil, ya que inciden factores negativos. Entre ellos cabe destacar por su importancia las consecuencias perniciosas que acarrean las movilizaciones y reclutamientos de soldados en la primera década del Setecientos con ocasión del conflicto que vive el país tras la muerte de Carlos II. Las costas andaluzas van a ser escenario de ataques por parte de la escuadra angloholandesa como el desembarco en el Puerto de Santa María y la conquista de Gibraltar (1).

A lo largo de la primera mitad del siglo XVIII la ciu-

(1) CALVO POYATO, J.: *Guerra de Sucesión en Andalucía. Aportación al conflicto de los pueblos del Sur de Córdoba.* Córdoba, 1982. Del mismo autor, «La guerra de Sucesión en Córdoba. (Análisis de algunos aspectos históricos)». *Anales del Instituto Nacional de Bachillerato «Luis de Góngora»*, V (Córdoba, 1980). pp. 23-30.

dad protagoniza una notoria expansión demográfica, basada en unas altas tasas de natalidad y en un saldo favorable de los movimientos migratorios. No obstante, se constatan algunos puntos negros que ocasionan pérdidas humanas de cierta entidad. Así, la grave carestía de 1737 viene a sumarse al contagio padecido hasta julio del año siguiente que provoca una elevada cifra de muertos. La epidemia causa verdaderos estragos en varias localidades de la campiña, especialmente en Cañete y Bujalance (2). El aumento del vecindario también obedece a una fuerte corriente inmigratoria, cuyo volumen resulta difícil evaluar en términos cuantitativos. Atendiendo a la procedencia geográfica, los naturales de localidades del Reino de Córdoba constituyen mayoría. Los originarios de tierras gallegas y diversas zonas de Castilla la Vieja forman un nutrido contingente. La colonia extranjera está integrada por individuos de distintas naciones, aunque sobresalen los franceses que ascienden a un centenar aproximadamente.

A mediados de siglo los efectivos humanos alcanzan las cotas máximas, llegando incluso a superar los niveles registrados en el último tercio del Quinientos. Los padrones elaborados en 1749 arrojan un total de 11979 vecinos y engloban al conjunto de seglares, viudas y eclesiásticos (3). Por el contrario, en la segunda mitad de la centuria se detecta un cambio de tendencia que se traduce en un descenso de la población, poco acusado hasta el primer lustro de los años ochenta y muy intenso en la etapa finisecular. Así, en 1785 la cifra de empadronados en los 15 barrios de la capital asciende a 11.534 vecinos, ello significa que en el período comprendido entre ambas fechas el volumen demográfico disminuye solamente un 3,71% (4).

La conversión de vecinos en habitantes nos lleva a plantear la debatida cuestión de los coeficientes. Veamos el número de familias y personas en varias collaciones a partir de los datos que aportan los padrones de «cumpli-

---

(2) GOMEZ BRAVO, J.: *op. cit.* II. pp. 784-785.

(3) MARAVER Y ALFARO, L.: *Historia de Córdoba. Siglo XVIII.* Tomo 1.º S/p. Obra manuscrita del siglo XIX que se conserva en el Archivo Municipal de Córdoba.

(4) *Ibidem.*

miento de iglesia» elaborados por los rectores de las parroquias en 1768-70 (5):

Parroquias	Vecinos	Habitantes	Coeficiente
San Andrés.	719	2.455	3,41
San Nicolás de la Axerquía.	553	1.812	3,27
Santa Marĩna	1.454	4.575	3,14
El Salvador.	157	606	3,85

Teniendo en cuenta que la media resultante –3,41– peca por defecto, el coeficiente no llega a cuatro. Si aplicamos este multiplicador resultan 47.916 y 46.136 personas en 1749 y 1785 respectivamente. El único censo que especifica la cuantía de habitantes es el realizado en la demarcación del obispado de Córdoba que corresponde a 1781. En la capital figuran 41.433 almas: 19.992 varones y 21.441 mujeres (6).

La crisis demográfica se manifiesta de forma clara a raíz de la mortífera epidemia de tercianas que padece la ciudad en 1785-86. T. Ramírez de Arellano en sus *Paseos por Córdoba* señala que en 1785 la parroquia de Santa Marina queda cerrada temporalmente al culto, debido al elevado número de cadáveres enterrados en el templo que hacían peligrar la salud. Al año siguiente el foco contagioso se reproduce con tal virulencia que desde mayo a noviembre se contabilizan 1.214 muertos y 11.657 enfermos, de los que muchos fallecieron. El mayor porcentaje de víctimas se recluta en los populosos barrios de la Magdalena, Santa Marina y San Lorenzo, cuyos moradores, en gran parte, se hallan sumidos en la miseria. El inglés J. Townsend visita Córdoba en estas fechas y hace notar que «las principales enfermedades son las fiebres tercianas y pútridas. Son debidas a la cantidad de cohombros y de melones que comen, no solamente en verano sino desde muy pronto en primavera» (7).

(5) *Colección Vázquez Venegas.* Vol. 260, ff. 303 v. - 316 r.

(6) En torno al censo de 1781, vid, NIETO CUMPLIDO, M.: «Nuevas fuentes precensales del obispado de Córdoba». BRAC, 98 (1978). pp. 158-168.

(7) *Viajes de extranjeros por España y Portugal.* III. Madrid, 1962. p. 1528.

Los efectos devastadores de la epidemia inciden de manera directa en el acusado descenso de población. Aunque desconocemos la cuantía de fallecidos, podemos calibrar el alcance de la misma a través del censo de Floridablanca –1787– que arroja un total de 34.684 habitantes. La situación demográfica se agrava en las décadas posteriores y hasta bien entrado el siglo XIX la ciudad no recupera los niveles alcanzados en los años centrales de la centuria del Setecientos.

La distribución del vecindario por barrios presenta unos contrastes bien acusados, idénticos a los ya señalados en los siglos XVI y XVII. Las densidades más altas se localizan en los de Santa María, San Pedro, San Lorenzo y Santa Marina. San Andrés y San Nicolás de la Axerquía ocupan una posición intermedia. Por último, las collaciones más pequeñas son las del Salvador, San Juan y Santo Domingo.

A lo largo del XVIII la estructura urbana de Córdoba apenas sufre modificaciones de importancia y se mantiene igual que en los siglos anteriores. Los límites de los barrios vienen a coincidir con los de las respectivas parroquias. A finales de la centuria la división eclesiástica experimenta algunas variaciones que consisten en refundir las feligresías más pequeñas. Así, en marzo de 1782 el prelado Yusta Navarro decide fusionar las parroquias del Salvador y Santo Dómingo de Silos y trasladarlas a la iglesia de la Compañía que había quedado sin uso a raíz de la expulsión de los jesuitas. Años más tarde, en febrero de 1799, el obispo don Agustín de Ayestarán y Landa realiza la misma operación con las de San Juan de los Caballeros y Omnium Sanctorum.

Salvo el Campo de la Verdad y otros reducidos núcleos, la ciudad permanece encerrada en el interior de sus antiguas murallas. El recinto va a ser objeto de frecuentes y costosas obras de reparación que agravan las arcas municipales y, en ocasiones, se llevan a cabo demoliciones que cambian la fisonomía. La ampliación del hospital de la Misericordia motiva el derribo de la puerta Excusada, sustituida por otra de nueva fábrica en 1729. El mismo año se ejecutan labores de adecentamiento en la puerta Nueva

para recibir a los infantes y en 1798 hay que repararla de nuevo. La puerta Gallegos será consolidada debido a los desperfectos sufridos con el terremoto de 1755. En 1761 desaparece la barbacana que protegía la muralla desde la puerta de Andújar a la de Plasencia. En 1794 se acuerda demoler un torreón de la puerta Gallegos y cinco años después tiene lugar el derribo de la muralla que iba desde la puerta Osario hasta el convento de Capuchinos.

A mediados del XVIII existen alrededor de 5.000 casas de las que un centenar no reunen las condiciones mínimas de habitabilidad y 300 se hallan en ruinas (8). Sin embargo, el viajero J. F. Peyron ofrece una imagen excesivamente negativa en 1772: «Esta ciudad no conserva de su antigua grandeza más que un vastísimo recinto, lleno de casas medio arruinadas, y la famosa mezquita...» (9). El volumen del caserío permanece inalterable un siglo después, ya que en los años sesenta de la centuria decimonónica hay 4.858 casas (10). El reparto por barrios ofrece unos notorios contrastes en función de la extensión de los mismos. Veamos el número de viviendas en diversas collaciones en los años 1767-73 (11):

Barrios	Casas
Santa Marina	572
San Pedro	550
San Lorenzo	501
San Andrés	430
San Nicolás de la Axerquía	355
San Miguel	267
San Nicolás de la Villa	195
Omnium Sanctorum	191
El Salvador	115
San Juan	107

(8) A.M.C. Sección XII. Serie 5. *Catastro de Ensenada.* Respuestas generales, f. 129 v.

(9) *Viajes de extranjeros...* III. p. 812.

(10) RAMIREZ DE LAS CASAS-DEZA, L. M.: *Indicador Cordobés.* 4.ª ed. Córdoba, 1867. p. 65.

(11) *Colección Vázquez Venegas.* Vol. 260, ff. 287 r. - 316 r.

Durante el siglo XVIII se llevan a cabo una serie de reformas en el casco urbano. Entre las realizaciones más sobresalientes cabe mencionar el ensanche de algunas calles, la construcción de nuevos edificios que modifican el entorno y obras de embellecimiento como la instalación de fuentes en diversos barrios de la ciudad. Así, en 1772 se amplía en el barrio de la Catedral la calle Deanes en su confluencia con la de San Roque. La erección del triunfo a San Rafael y la ampliación de San Pelagio cambian de aspecto la zona comprendida entre la Iglesia Mayor, Seminario y puerta del Puente (12).

En agosto de 1712 el municipio toma el acuerdo de construir una fuente en la plaza de los Olmos, frente al convento de los trinitarios descalzos. Otra se levanta en 1721, bajo el mandato del corregidor don Juan de Vera y Zúñiga, en el lugar de la Piedra Escrita, barrio de Santa Marina. Las situadas junto a las parroquias de San Lorenzo y San Nicolás de la Villa fueron colocadas en 1735 y 1771 respectivamente. Con motivo de la visita de Carlos IV se realiza en 1796 la de la calle de la Feria.

Los proyectos urbanísticos que mejor se identifican con la mentalidad ilustrada se ejecutan en el llamado Campo de San Antón y en las inmediaciones de la puerta Gallegos. En cuanto al primero convierte la zona en uno de los paseos más hermosos de la ciudad. En 1746 se instala una fuente, poco después se hacen asientos de piedra con los sillares de una torre demolida y en 1772 se plantan álamos. El corregidor don Francisco Carvajal y Mendoza modifica sustancialmente la fisonomía del Campo de la Victoria con la plantación de numerosos árboles, formando círculos y dos alineaciones en dirección a la puerta Gallegos y a la actual Ronda de los Tejares, y en el centro una gran fuente. Las obras quedan paralizadas por falta de dinero, siendo reanudadas en 1793 por el corregidor don José Eguiluz (13).

---

(12) Unas pinceladas de las reformas llevadas a cabo en la segunda mitad del Setecientos en M. NIETO CUMPLIDO: «Córdoba en la segunda mitad del siglo XVIII». *Historia del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba (1864-1978).* Córdoba, 1979. pp. 52-55.

(13) RAMIREZ DE ARELLANO Y GUTIERREZ, T.: *op. cit.* pp. 115 y 320.

A pesar de las reformas, la trama urbanística de la ciudad mantiene la herencia medieval de calles estrechas y tortuosas. Asimismo, presentan un lamentable aspecto, el empedrado se halla en mal estado y la acumulación de escombros y suciedad da una sensación de total abandono. Esta imagen queda reflejada en las descripciones que nos han dejado los viajeros. El mayor W. Dalrymple, militar destinado en la plaza de Gibraltar, llega a Córdoba en los primeros días de julio de 1774 y escribe en su diario: «Las calles son estrechas e irregulares; en algunas se ven aún ruinas antiguas, capiteles, fustes de columnas e inscripciones triunfales» (14). Antonio Ponz refiere que está cansado de «trotar por las estrecheces y mal empedrado de estas calles» (15).

Las obras de reparación de las calles y plazas eran competencia del municipio y se financiaban con cargo a los bienes Propios. La penuria de recursos imposibilita la conservación del empedrado, ya que los 300 ducados anuales destinados a este fin son insuficientes. El corregidor don Pascual Ruiz de Villafranca reconoce de manera expresa «el mal estado de las calles de esta ciudad en la incomodidad de su piso, por la disposición de los empedrados». A su juicio, la única forma de solucionar el problema sería pedir a la superioridad autorización para imponer un arbitrio sobre el vino –un real por cada arroba– que entra para las tabernas.

Esta solicitud se contempla en un ambicioso proyecto de limpieza que va a ser aprobado por los capitulares en febrero de 1788 a instancias del mencionado corregidor (16). El análisis del documento permite conocer la situación y las medidas adoptadas para lograr el aseo y ornato de la población. El representante real justifica la puesta en marcha del plan, cuyo objetivo primordial será «el alivio, aseo, adorno y hermosura de este vasto vecindario y la felicidad de sus moradores [...] evitando, en lo posible, lo inmundo de la población y quitando los muchos cenagares pantanosos de sus aguas rebalsadas y corrompidas, y los

(14) *Viajes de extranjeros...* III. p. 651.
(15) *Viage de España.* XVII. Madrid, 1792, p. 34.
(16) A.C.C. *Papeles Varios.* Tomo 80. ff. 333 r.-338 v.

muladares que forman los mismos vecinos con los escombros de sus casas».

Los moradores y propietarios de las viviendas están obligados a tapar los caños que vierten aguas sucias e inmundas a las calles, salvo los que se utilizan «para verter las aguas mundas llovedizas». Queda prohibido terminantemente al vecindario depositar escombros en la vía pública, animales muertos o echar agua sucia; los infractores serán castigados con una multa de dos ducados. La misma sanción se aplicará a los menestrales que trabajen «en las puertas de sus casas del lado de afuera y en la calle, pues además del perjuicio que causan a el aseo y limpieza, estorvan e impiden el paso a los demás vezinos». Los esquiladores realizarán su trabajo en las casas de los dueños de las bestias. Los maestros de escuela impedirán que los niños salgan a la calle para hacer sus necesidades y velarán por el orden al terminar las clases. Penas pecuniarias se imponen a las personas que tengan cerdos atados en las puertas o anden sueltos por la calle. Las autoridades locales consideran indispensable la colaboración ciudadana, por ello se obliga a los vecinos a barrer, dos días a la semana, las puertas de sus moradas (17).

Los miembros de la diputación de limpieza prestarán una especial atención a todos los «muladares y rebalsas de aguas pútridas y pantanosas que tanto perjudican a la salud pública». El arroyo de San Lorenzo constituye uno de los focos insalubres de la ciudad que exige continuas labores de limpieza, sufragadas por los vecinos de la zona. En la recogida de inmundicias participan de manera activa los hortelanos que aprovechan los desechos como abono (18).

(17) «Tendrán obligación todos los vecinos de barrer sus respectivas fronteras por todas las partes de sus casas todas las semanas en los días martes y viernes, dexando la basura y escombro, sólo de las calles, arrimado a la pared en forma de pez, para que no lo estiendan los coches y cavallerías que pasen; y en los días siguientes, miércoles y sábado, acudirán a recogerlo los dichos hortelanos en sus respectivas asignaciones, dexando bien aseado el sitio, baxo la dicha multa que se exigirá a el inobediente».

(18) «Para que el anterior capítulo tenga cumplido efecto, se hará padrón general de todos los carros y bestias que tengan los hortelanos de esta ciudad, llamados vulgarmente estercoleros, y será de su obligación recoger dichos escombros; y en el caso de que se les pueda seguir algún perjuicio por la clase de basura o cieno, que no les acomode para sus huertas, el Cavallero comisionado lo tendrá en consideración, para que se le remunere del fondo que pueda formarse, y se tenga por conveniente».

Uno de los principales cometidos de los llamados oficiales públicos va a ser la limpieza de los sumideros y servidumbres comunes. Están obligados a recoger el cieno y aguas hediondas en serones y cántaros, con el fin de no ensuciar las calles, y trasladarlos a lugares señalados a propósito en el Guadalquivir, «por baxo del molino de las Tripas y a la desembocadura del arroyo de la Fuensanta en dicho río».

El proyecto de limpieza no se limita al interior del casco urbano sino que contempla también el adecentamiento y ornato de las inmediaciones del recinto amurallado:

> «Estando del todo fenecida dicha obra, se deberá igualmente principiar el aseo de los alrededores de la población, quitando pantanos y zenagares, que están perjudicando a la salud pública, allanar las salidas, poniéndolas cónmodas y deleitables, plantando alamedas, formando fuentes y paseos, echando fuera de la ciudad el citado arroyo de San Lorenzo o Santa Marina; y sobre todo demoliendo los montones que hoy están asombrando muchas entradas del pueblo, como se executó en el paseo nuevo de la Victoria, según se ha informado a su Señoría, con lo demás que se considere preciso para la decoración y hermosura de sus muros».

Por último, el corregidor señala la necesidad de ejecutar con urgencia diversas obras. Entre ellas cabe destacar la «reparación de las riberas del río, por la parte de la ciudad, formando la muralla que está mandada hacer por orden del Supremo Consejo, desde el molino de Martos a la puerta del Puente». Asimismo, considera de vital importancia la reparación del «puente mayor de esta ciudad, que es uno de los monumentos antiguos que más le honran».

Las viviendas cordobesas son descritas por la mayoría de los viajeros que arriban a la capital del Califato, especialmente las de las capas sociales altas. Así, el inglés W. Dalrymple escribe:

> «Las casas casi todas están hechas de piedra, que encierran, a la manera de los moros, un patio cuadrado. Las gentes de calidad viven en la planta baja durante el verano y en los pisos superiores durante el invierno. En los calores evitan con cuidado el sol y hasta

la luz de sus habitaciones, lo que las hace frescas y agradables» (19).

Mayor lujo encierran las mansiones de las familias con títulos de nobleza, algunas de las cuales visita el susodicho militar y en las que recibe toda clase de agasajos: «Sus casas son grandes y las habitaciones muy hermosas, pero el resto no está bien puesto; en las habitaciones de respeto se ven hermosos espejos, ricos cortinones de seda y sillas tapizadas de la misma tela».

Antonio Ponz también hace unas observaciones muy precisas al respecto:

> «El caserío es mejor por dentro que exteriormente. Las casas, por lo común, tienen sus patios, con pórticos de columnas de mármol, y en ellos jardines de flores, naranjos y otros árboles, y sus fuentecillas de agua perenne. Las habitaciones cómodas, espaciosas y muy aseadas, con sus resguardos para el estío» (20).

La Mezquita-Catedral y las Caballerizas Reales llaman poderosamente la atención de los visitantes que se deshacen en alabanzas y elogios (21). Asimismo, ofrecen unas imágenes costumbristas y de la vida de la ciudad que constituyen testimonios de primera mano para adentrarnos.en la Córdoba del siglo XVIII en sus más variados aspectos.

---

(19) *Viajeros de extranjeros...* III. p. 652.

(20) *Op. cit.* p. 70.

(21) J. F. Peyron describe en torno a 1772 las Caballerizas Reales en estos términos: «El antiguo palacio de los reyes moros ha sido convertido en casa de remonta; han construido allí cuadras soberbias, abovedadas, limpias, bien iluminadas y de más de doscientos pasos de largas, en donde ordinariamente suelen mantener cien caballos andaluces. Su genealogía está allí conservada con mucho cuidado; todos ellos tienen su nombre y su edad escritos en el sitio que ocupan, y como son un poco inquietos, casi todos tienen las patas de atrás sujetas a argollas de hierro; a pesar de esos obstáculos, muestran toda su vivacidad. Se ve muy cerca de las cuadras un picadero vastísimo para domar allí a los caballos que llevan a la remonta. Las yeguas están alimentadas a unas diez leguas de Córdoba; los caballos les son llevados en la estación y el potro toma siempre el nombre de la madre...». *Viajes de extranjeros...* III. p. 814.

II. LOS GRUPOS SOCIALES

La sociedad cordobesa del siglo XVIII presenta básicamente los mismos rasgos que en las centurias anteriores, ya que conserva una estructura jurídica idéntica y, atendiendo al nivel de las rentas, figuran varias categorías en los diferentes estamentos. Las mutaciones más relevantes se limitan a la desaparición de algunas minorías marginadas, tales como los esclavos y la comunidad morisca.

Los efectivos humanos de la nobleza se mantienen estables a lo largo del Setecientos, fenómeno que viene ratificado por los padrones de hijosdalgo que cada año realizan las autoridades municipales. Así, en 1715 se contabilizan 402 personas y una cifra similar –397 individuos– se registra en 1775 (1). La documentación señala dos grupos bien diferenciados, hijosdalgo *notorios* y *simples,* que ofrecen unos acusados contrastes numéricos. Esta característica también se aprecia en la distribución por barrios. Veamos, a modo de ejemplo, el reparto en la primera de las fechas citadas:

(1) A.M.C. Sección II. Serie 12. Docs. 164 y 225.

Barrios	Notorios	Simples	Total
Catedral	24	54	78
San Pedro	5	52	57
San Andrés	21	15	36
San Nicolás Axerquía	—	33	33
Santa María Magdalena	27	5	32
San Juan	16	11	27
Santo Domingo	10	16	26
El Salvador	7	15	22
San Nicolás Villa	16	3	19
San Lorenzo	4	13	17
Santa Marina	6	10	16
Omnium Sanctorum	9	6	15
Santiago	2	11	13
San Miguel	5	6	11

En términos absolutos los barrios de la Catedral, San Pedro y San Andrés, al igual que en los siglos XVI y XVII, registan las mayores cifras. Por el contrario, las collaciones de Santiago y San Miguel ocupan los últimos lugares. No obstante, si tenemos en cuenta el volumen de población que mora en las diferentes parroquias, este grupo social alcanza los porcentajes más altos en las reducidas circunscripciones de San Juan, Santo Domingo y El Salvador.

Los hijosdalgo notorios suman 152 personas y representan alrededor de un 38% en el conjunto del estamento nobiliario. Aparecen repartidas, de manera desigual, en los diversos barrios, excepto en el de San Nicolás de la Axerquía. Los hijosdalgo simples significan un 62% y los valores numéricos más elevados corresponden a las demarcaciones de mayor vitalidad ecónomica: Catedral, San Pedro y San Nicolás de la Axerquía.

Las disparidades de los porcentajes se mantienen e incluso se acentúan durante el siglo XVIII. Así, en 1775 el total de hijosdalgo notorios y simples supone un 24% y 76% respectivamente. A lo largo de la centuria disminuye, de manera sensible, el número de familias que forman la

élite de la nobleza local. En contraposición, la cuantía de hidalgos experimenta un incremento sustancial.

Los hijosdalgo notorios no constituyen un grupo homogéneo en cuanto a prestancia social y nivel de rentas. A la cabeza figuran los nobles que se hallan en posesion de títulos de Castilla. En los padrones de 1715, 1754 y 1775 aparecen domiciliados en la ciudad un total de 23 familias: diez marqueses, doce condes y un vizconde (2). Con posterioridad a la última fecha aumenta la cifra, debido a las mercedes otorgadas por Carlos IV. Así, en 1790 el rey concede el título de conde de Prado Castellano a don Pedro de Heredia y Córdoba y en 1795 crea el de conde de Zamora de Riofrío en la persona de don Manuel de Medina Cruz y Pastor.

Alrededor de un 40% ha conseguido el título en el siglo XVII, mientras que un 60% logra tan preciada distinción a lo largo del Setecientos. El mayor número corresponde al reinado de Felipe V, quien de esta forma premia la fidelidad y apoyo de la nobleza local a la nueva dinastía borbónica (3). El estamento nobiliario practica una acusada endogamia, de ahí que, con frecuencia, recaigan varios títulos en una misma persona. Sirvan de botón de muestra varios ejemplos localizados en los registros de hijosdalgo de 1754. En el barrio de San Nicolás de la Villa mora don Gonzalo Manuel Ruiz de León y Lando, conde de la Fuente del Sauco y marqués de Jódar; en la collación de San Pedro, don Lope de Hoces y Córdoba, conde de Hornachuelos y marqués de Santaella; en la parroquia de Santa Marina viven don Luis Fernández de Córdoba, conde de Torres Cabrera y del Menado, y don Alfonso de Sousa, marqués de Guadalcázar y conde de Arenales.

Una segunda categoría está formada por los titulares de señoríos que no llegan a sumar una docena de familias, si

---

(2) Marqueses de Rivas, Puebla de los Infantes, Cabriñana, Santaella, Villaseca, Guadalcázar, Villar, Vega de Armijo, Hinojares y Casa Saavedra; condes de Villaverde, Torres Cabrera, Hornachuelos, Menado, Portillo, Gabia la Grande, Valdelagrana, Fuente del Sauco, Villanueva de Cárdenas, Jarosa, Arenales y Priego; vizconde de Sancho Miranda.

(3) Felipe V concede, entre otros, los títulos de marqués de Villaseca, conde del Menado, conde de la Jarosa, marqués de Cabriñana, conde de Villanueva de Cárdenas y marqués de la Puebla de los Infantes.

exceptuamos las que poseen a la vez un título nobiliario. Entre ellos cabe destacar a don Andrés Bañuelos Páez y Valenzuela, señor de Villaharta; don Joaquín de Valdivia y Corral, señor de la Reina; don Joaquín Fernández de Córdoba y Aguilar, señor de Teura, y don Diego de Velasco y Córdoba, señor de Villaralto. Por último, los caballeros que han sido distinguidos con hábitos de Ordenes totalizan en 1715 una veintena de individuos: nueve pertenecen a la de Santiago, diez a la de Calatrava y uno a la de San Juan. En 1775 figuran, entre otros, dos caballeros de Malta.

La aristocracia posee numerosos bienes rústicos y urbanos que proporcionan unos ingresos elevados. El inglés W. Dalrymple anota en su diario que las familias de la alta nobleza tienen «desde veinticinco hasta ochenta mil libras de renta». Más precisos son los datos relativos a las propiedades y renta media anual que percibe el marqués de la Puebla de los Infantes en el quinquenio 1765-69. El patrimonio de los cuatro mayorazgos que disfruta está integrado por 14 cortijos, 11 huertas, varias haciendas de olivar, hazas y una decena de casas en distintas poblaciones. También hay que sumar un voluminoso capital en juros, además de los bienes libres que no se hallan vinculados. Los ingresos netos sobrepasan los 400.000 reales de vellón (4).

El fuerte respaldo económico permite un alto nivel de vida en el que la ostentación y el lujo son notas destacadas. De nuevo, W. Dalrymple nos traza unas acertadas pinceladas: «las personas de calidad tienen hermosos carruajes, recargados de dorados y de adornos; pero no lucen magnificencias más que los días de gala, porque las observan aquí tan exactamente como en la Corte» (5). Otra prueba viene dada por la cifra de sirvientes que proporciona el Catastro de Ensenada. Así, el marqués de Guadalcázar tiene a su servicio 10 criadas dedicadas a tareas domésticas y 19 criados ocupados en diversos menesteres: un secretario, un ofi-

(4) *Colección Vázquez Venegas.* Vol. 279, ff. 288 r.-295 r. Un exhaustivo análisis de las propiedades y rentas de la nobleza local lo realizamos en el estudio que preparamos sobre la sociedad cordobesa en el siglo XVIII.

(5) *Viajes de extranjeros por España y Portugal.* III p. 652.

cial secretario, tres gentilhombres, dos pajes, un mayordomo, un portero, dos cocineros, un ayudante de repostería, un despensero, dos cocheros, tres lacayos y un mozo de caballos (6). Incluso ciertas familias tienen capellanes particulares a los que abonan un salario fijo.

El poderío económico queda reforzado con el político. A nivel local acaparan las veinticuatrías y demás cargos relevantes del gobierno municipal; al mismo tiempo son designados por la Corona para desempeñar puestos en la administración. Entre los muchos ejemplos que podemos citar encontramos a don Alonso de Narváez, corregidor de Ubeda y Baeza; el primer conde de la Jarosa, don Alonso Pérez de Saavedra, será nombrado asistente de Sevilla y, posteriormente, corregidor de Granada y Madrid; un hijo de los marqueses de la Vega de Armijo obtiene en 1760 el virreinato de Nueva Granada.

Los simples hidalgos forman un nutrido grupo y ocupan la escala inferior. Gozan de ciertos privilegios, pero carecen del prestigio social y del nivel de rentas propios de los hijosdalgo notorios. A partir de una muestra integrada por 71 personas, veamos las actividades que desarrollan. Los jurados y grandes mercaderes que trafican con diversos géneros y mercancias representan más de un 63%. Los que se dedican a ejercer profesiones liberales –abogados, escribanos, médicos y cirujanos– significan alrededor de un 27%. Por último, porcentajes exiguos corresponden a artesanos de élite –plateros–y labradores, 3% y 7% respectivamente.

Los efectivos humanos del clero experimentan un acusado descenso en el siglo XVIII, aunque el estamento conserva un poderío económico muy fuerte. Los eclesiásticos poseen numerosos bienes de naturaleza diversa, acrecentados con las voluminosas rentas que percibe la Iglesia como institución. Entre ellas sobresalen los diezmos que alcanzan unas cifras elevadas a tenor de la información que aporta el Catastro de Ensenada en los años centrales del

(6) A.M.C. Sección XII. Serie 5. Leg. 43. *Catastro de Ensenada.* Libro 1.º de familias seglares, f. 34 r.-v.

Setecientos (7). También figuran otros impuestos como el medio diezmo, el rediezmo de maquilas y el diezmo del agua. El primero se aplica a las crías del ganado lanar merino que viene a pastar al término municipal de Córdoba y los beneficios se distribuyen a partes iguales entre la mitra y el Cabildo catedralicio. El segundo afecta a determinados molinos de la ciudad y se reduce al diezmo de la harina que «llaman rediezmo respecto a ser segundo diezmo por estar cobrado el primero del trigo cuando se recoje la cosecha». Los ingresos pertenecen a la mesa capitular al igual que los del diezmo del agua, «la décima parte de lo que en que se arrienda el batán de paños que se halla en el molino de pan que llaman de Martos». En cambio, las tierras quedan exentas de los derechos de primicia porque «no hay costumbre de pagarla». La riqueza de la iglesia cordobesa ayudó a paliar el lastimoso estado de la hacienda real en la época de Carlos IV mediante sustanciosas contribuciones económicas y el patrimonio sufriría amputaciones de cierta entidad con la llamada desamortización de Godoy (8).

A mediados del siglo XVIII los miembros del clero secular alcanzan una cifra relevante, 450 personas. Atendiendo a los niveles de renta, encontramos de nuevo dos categorías bien diferenciadas. La primera engloba a los titulares de la diócesis y a los integrantes del Cabildo catedralicio que obtienen unos pingües beneficios, mientras que los rectores de las parroquias, coadjutores, beneficia-

---

(7) El alcance anual de los diezmos se especifica en el libro de *respuestas generales* del Catastro (ff. 85 v.-87v.): «26.453 fanegas de trigo, 6.613 de cebada, 500 de habas, 100 de yeros, 200 de alberjones, 300 de escaña, 50 de garbanzos, 10 de lentejas; 3.300 arrobas de aceite incluso el verdeo de aceituna, 333 arrobas de vino; el diezmo de naranja agria y dulce 7.000 millares, el de limas 2.000, el de limones turcos 200 millares; cidras, toronxas y limas de carne 360 millares, el de naranja china 10 millares, el de ciruela 750 arrobas, el de guindas 4 arrobas, el de duraznos 4 arrobas, el de membrillos 3 arrobas, el de higos 90 arrobas, el de manzana y peras dulces 1 arroba, el de granadas 15 millares, el de moreras 500 haldas de hoja, el de peras 2 arrobas; el de lana 260 arrobas, el de corderos novecientos, el de cabras trescientas, el de yeguas 20 crías, el de jumentas 30 crías; el de seda 100 libras, el de miel 64 arrobas, el de cera 8 arrobas; el de ganado vacuno 60 crías, el de cerda 300. El diezmo de hortaliza y frutales asciende globalmente a 400 reales».

(8) Vid. MOYA ULLDEMOLINS, J. y SANCHEZ GARCIA, L. E.: «Contribución ordinaria y extraordinaria del clero cordobés a la Corona durante el reinado de Carlos IV». *Axerquía*, 6 (1983), pp. 39-61. MOYA ULLDEMOLINS, J.: «La desamortización de Godoy en Córdoba y su término (1807)». *Actas I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Contemporánea*. I. Córdoba. 1979. pp. 171-183.

dos y capellanes perciben unos ingresos sensiblemente inferiores.

Sin duda, el obispado de Córdoba presenta un singular atractivo, debido al valor de sus rentas que ascienden a 75-85.000 ducados anuales aproximadamente. Los mayores ingresos proceden de los diezmos y de las propiedades de la denominada mesa episcopal. La mencionada cifra viene ratificada por fuentes documentales, así como por algunos testimonios de los viajeros de la época. Tras el fallecimiento de don Martín de Barcia en junio de 1771, la Real Cámara de Castilla solicita un informe detallado de las rentas en el último quinquenio que arrojan una media anual de 75.837 ducados (9). En 1786 el inglés J. Townsend afirma que «el obispo recoge ochenta mil quinientos ducados u ocho mil ochocientas cuarenta y tres libras esterlinas» (10). Una buena parte de la elevada suma se destina a servicios económicos y donativos a la monarquía en situaciones difíciles, construcción y reparación de templos, fundación de obras pías y, sobre todo, copiosas limosnas a los pobres en años de carestía.

A lo largo de la centuria son nombrados para regir los destinos de la mitra cordobesa un total de 12 prelados, de los que solamente dos se reclutan en las filas del clero regular, el trinitario calzado fray Juan de Bonilla y Vargas y el mercedario fray Francisco de Solís. El episcopologio de Gómez Bravo suministra abundantes datos que posibilitan el estudio de los más variados aspectos sobre los titulares de la silla de Osio.

En cuanto a la procedencia geográfica, Andalucía y Castilla la Nueva se hallan a la cabeza con un 25% cada una. La zona levantina aporta dos obispos y uno las regiones siguientes: Castilla la Vieja-León, Galicia y Aragón (11). Por lo que al origen social se refiere destacan los na-

(9) *Colección Vázquez Venegas.* Vol. 269, f. 2 r.

(10) *Viajes de extranjeros por España y Portugal.* III. p. 1528.

(11) Fray Juan de Bonilla y don Francisco Solís Folch de Cardona nacen en Madrid; fray Francisco de Solís en Gibraltar; don Marcelino Siuri en Elche; don Tomás Rato y Ottoneli en Génova, pero desde muy corta edad reside en Valencia; don Pedro de Salazar en Motril; don Miguel Vicente Cebrián en Zaragoza; don Martín de Barcia en Zamora; don Francisco Garrido de la Vega en una pequeña localidad de la diócesis de Tuy; Yusta Navarro en Valfermoso de las Monjas, diócesis de Sigüenza; con Antonio Caballero y Góngora en Priego de Córdoba. Desconocemos el lugar de origen de Ayestarán y Landa.

cidos en el seno de familias nobiliarias y, en segundo lugar, las de funcionarios y juristas. Así, don Miguel Vicente Cebrián era hijo de los condes de Fuenclara y los progenitores de Solís Folch de Cardona el duque de Montellano y la marquesa de Castelnovo. El padre de don Marcelino Siuri había alcanzado el doctorado en Leyes.

Salvo casos aislados, las personas designadas para gobernar la diócesis cordobesa tienen acumulada una experiencia al frente de obispados más modestos o bien prestan servicios en algunos organismos como son los tribunales del Santo Oficio. La inmensa mayoría ha realizado el doctorado en Cánones, Teología o en Derecho Civil y Canónico. El prieguense Caballero y Góngora fue, durante más de 20 años, canónigo lectoral de Córdoba y rigió varias mitras en el Nuevo Continente, entre ellas el arzobispado de Santa Fe de Bogotá, que simultanea con el cargo de virrey. El aragonés don Miguel Vicente Cebrián había sido inquisidor del tribunal de Barcelona y prelado de Coria antes de ocupar la silla de Osio.

La nominación para el obispado cordobés marca la culminación de la carrera eclesiástica, ya que acaban sus días en la antigua capital del Califato. La única excepción viene dada por Solís Folch de Cardona que pasará al arzobispado de Sevilla y logrará el capelo cardenalicio. El tiempo de gobierno ofrece sensibles variaciones y fluctúa entre el corto mandato de fray Francisco de Solís, unos tres años, y el dilatado de don Martín de Barcia que se inicia en 1756 y finaliza en 1771.

El Cabildo catedralicio también es uno de los más importantes de España, debido al fuerte poderío económico que proporciona a sus miembros unos sustanciosos ingresos. La riqueza de la mesa capitular está basada en las numerosas propiedades rústicas y urbanas, así como en la percepción de voluminosas rentas por diferentes conceptos. Veamos como botón de muestra los beneficios obtenidos en 1788. Las rentas en especie suman 11.689 fanegas de trigo, 5.156 de cebada y alrededor de 4.000 gallinas. Las entradas netas en metálico ascienden a 338.764 reales (12).

(12) MOYA ULLDEMOLINS, J.: *Patrimonio y desamortización eclesiástica* en Córdoba (1788-1811). II. Tesis doctoral inédita. Córdoba 1983. pp. 354-355.

Las prebendas resultan muy atractivas y entre los integrantes del clero catedralicio encontramos una nutrida presencia de la aristocracia local. Así, en 1722 don Luis Fernández de Mesa y Argote, marqués de Villaseca, consigue el deanato. El mismo cargo lo desempeñará con posterioridad don Francisco Javier Fernández de Córdoba, hijo del marqués de la Puebla de los Infantes. En 1724 la dignidad de chantre recae en don Pedro de Cabrera y Cárdenas, sobrino del conde de Villanueva de Cárdenas. Dentro de los canónigos figuran don Francisco de Argote y Guzmán y don Cristóbal de Godoy, hijos del marqués de Cabriñana y del conde de Valdelagrana respectivamente (13).

Los canónigos de la Real Colegiata de San Hipólito perciben unos ingresos bastante exiguos. En 1721 elevan un memorial a Felipe V solicitando el traslado de la capilla real a la iglesia colegial con el objetivo de fusionar las rentas y de esta manera allegar recursos para sufragar los gastos de las nuevas obras que se están realizando en el templo. El monarca aprueba la petición con una serie de requisitos. Los capellanes reales quedarían integrados a todos los efectos en el cabildo de la Colegiata y el número de beneficios se fija en 14 canonjías. No obstante, en 1739 se suprimen dos prebendas debido a las dificultades económicas. Unos años antes se habían depositado en lugar preferente los cuerpos de Alfonso XI y Fernando IV (14).

Por último, los ingresos de rectores, coadjutores, beneficiados y capellanes ofrecen unos acusados contrastes en función de los bienes y rentas que disfrutan las distintas fábricas parroquiales. La formación permanente de los eclesiásticos y el cumplimiento de sus obligaciones constituyen una de las preocupaciones del obispo Cebrián. En mayo de 1745 el prelado recuerda la necesidad de observar las disposiciones tocantes a las Conferencias morales y asistencia a los divinos oficios. Mensualmente el clero parroquial celebra tres reuniones en las que se comentan te-

(13) El estudio del Cabildo catedralicio se aborda de manera exhaustiva en la tesis doctoral de J. R. Vázquez Lesmes que está a punto de concluir, *Un cabildo catedralicio en el prerreformismo borbónico: Córdoba (1685-1759).*

(14) RAMIREZ DE LAS CASAS-DEZA, L. M.: «Noticia histórica de la Colegial de San Hipólito». pp. 76-84.

mas diversos, «la una de las Sagradas Ceremonias de la Misa y de las de el Rezo y Oficio Divino, y las otras dos sobre materias morales».

Los efectivos humanos del clero regular experimentan un notorio descenso en el siglo XVIII. A mediados de la centuria los miembros de las comunidades masculinas ascienden a 1.161 personas, según los datos registrados en el Catastro de Ensenada. En los primeros años del XIX, concretamente en 1804, suman 740 individuos (15). Si exceptuamos a los jesuitas que no aparecen en la segunda fecha por haber sido expulsados, las cifras bajan alrededor de un 34%. La distribución por órdenes religiosas y conventos presenta unas acusadas variaciones númericas:

Conventos	1752	1804
San Pablo	146	95
Santos Mártires	13	8
Scala Coeli	12	6
San Pedro el Real	101	83
La Arruzafa	52	50
San Pedro Alcántara	47	45
La Victoria	44	24
Madre de Dios	80	33
Capuchinos	49	42
La Merced	75	58
Carmelitas Calzados Extramuros	48	39
San Roque	28	22
Carmelitas Descalzos	62	32
Trinitarios Calzados	103	47
Trinitarios Descalzos	71	33
San Agustín	80	36
San Jerónimo	49	47
San Lázaro	22	10
San Basilio	36	30
Compañía de Jesús	43	–

(15) SANCHEZ GARCIA, L. E.: «Estado de los conventos de religiosos en Córdoba a principios del siglo XIX». BRAC, 102 (1981). pp. 241-252.

La cuantía de monjas se reduce de manera espectacular, de 1.212 a mediados del siglo XVII pasa a 626 religiosas en 1752. Los conventos de dominicas suman 182 personas. Los valores extremos se hallan en los de Regina y Espíritu Santo con 63 y 24 respectivamente. Las diversas comunidades de benitas y bernardas ascienden a 178 y el mayor número –48– se localiza en la de Santa María de las Dueñas. Las distintas ramas franciscanas totalizan 158, mientras que las agustinas apenas rebasan el medio centenar. Las cifras más bajas corresponden a las órdenes que tienen un solo cenobio: las jerónimas de Santa Marta 25 y las carmelitas descalzas de Santa Ana 21.

La población cordobesa, en su mayoría, pertenece al estado llano en el que aparecen niveles socioeconómicos muy dispares. Los estratos superiores están integrados por mercaderes, profesiones liberales, labradores y funcionarios. Sólo un grupo minoritario logra alcanzar el privilegio de hidalguía. Un lugar intermedio ocupa la masa de artesanos y pequeños comerciantes. El peldaño más bajo corresponde al grueso contingente de asalariados.

A mediados de la centuria los trabajadores sin cualificar dedicados a diversos menesteres en la ciudad suman medio millar aproximadamente. Por lo general, desempeñan labores duras y penosas que requieren un esfuerzo físico o bien tareas que nadie desea realizar. Encontramos un buen número de emigrantes que abandonan su lugares de origen en busca de unos ingresos mínimos que cubran las necesidades más perentorias. Hay que destacar la nutrida presencia de gallegos que se ocupan en faenas agrícolas durante algunos meses del año, especialmente en la temporada de siega, y también prestan servicios como recaderos. Disponemos de testimonios documentales acerca de las vejaciones y malos tratos sufridos que motivan airadas protestas. En torno a 1730 denuncian en la Chancillería de Granada los abusos cometidos por las autoridades municipales que les obligan a ejecutar trabajos sin remuneración y contra su voluntad:

> «[...] limpiar las ynmundicias de la plaza de la Corredera y otras calles, lo que antes executaban los berberiscos, prezisando a sus partes, como si fuesen escla-

vos, a sacar en sus honbros los gatos y perros que se allauan muertos y caballerías, como también a que fuesen al campo a cortar junzia para diferentes fiestas, trayéndola a el honbro a las casas del ayuntamiento y otras partes, sin que por dicha razón se les satisfaziese el dicho trabaxo y, además de lo referido, los apremiabades a sacar los palos de la orca y armala y, si se escusaban, los ministros de la justizia azían que los iziesen a palos, tratándolos por todos medios de obra y de palabra y con el mayor belipendio que era ymaxinable, sin otras bexaziones que dichos ministros les azían» (16).

El texto resulta bien evidente y nos ilustra acerca de una situación humillante. En mayo del citado año una provisión real ordena al corregidor y justicia mayor que corte de raíz tales atropellos.

Los jornaleros del campo totalizan una cifra importante en las décadas centrales del siglo XVIII, más de 5.000 personas. Llevan una vida mísera y permanecen inactivos por la falta de trabajo una gran parte del año. Sin duda, entre ellos se recluta un alto porcentaje de los mil pobres de solemnidad que aparecen en el Catastro de Ensenada. Periódicamente los capitulares establecen los salarios máximos y en la comisión municipal designada al efecto participan representantes de los labradores. Estos se hallan agrupados en una hermandad –cofradía de San Isidro– controlada por los grandes propietarios. Así, en 1755 el marqués de Cabriñana ocupa el cargo de hermano mayor.

En épocas difíciles –carestía, epidemia– esta masa humana se encuentra en la más absoluta indigencia y recurre a la mendicidad. El inglés J. Townsend, que visita la ciudad poco después del mortífero contagio de 1785-86, queda impresionado por la plaga de mendigos que achaca a las copiosas limosnas del prelado. En 1792 Antonio Ponz afirma que «Córdoba es pueblo de muchos mendigos, que no debía haberlos en una Ciudad como ésta y con tantas obras pías».

La colonia de extranjeros está formada por franceses

(16) A. M. C. Sección I. Serie 15, Doc. 41.

principalmente. El hispanista Pierre Ponsot señala que en 1791-93 residen 90 personas distribuidas en las diversas collaciones. Los barrios de mayor actividad económica –Santa María y San Pedro– acogen más de una cuarta parte. Abundan los criados, acarreadores de tablas de pan, aguadores y caldereros. También figuran mesoneros, aceiteros y otros oficios (17). A mediados de la centuria hemos localizado cinco individuos ocupados en la venta de aceite por panillas: Juan Bernet, Giraldo del Río, Juan Bernardo, Guillermo Cardiel y Juan del Bor. En 1767 aparecen seis panilleros galos. El Catastro de Ensenada indica la existencia de 30 aguadores que «conducen y venden el agua en carros que comúnmente son de nación franceses». Entre los mesones de la ciudad se encuentra uno con el significativo nombre de los Franceses.

Por último, unas breves referencias a las minorías marginadas. En el siglo XVIII los esclavos desaparecen y con carácter excepcional figura uno a mediados de la centuria entre la servidumbre de don Joaquín Fernández de Córdoba y Aguilar, señor de Teba. El grupo de mayor entidad cuantitativa son los gitanos; los efectivos humanos arrojan cifras dispares a lo largo del Setecientos. En mayo de 1717 una pragmática real establece las localidades que deberían albergar a los miembros de la comunidad. Con este motivo las autoridades municipales llevan a cabo un padrón en el que se registran 47 personas. Los varones trabajan como esquiladores de bestias y herreros, mientras que algunas mujeres se dedican a la venta de ropa vieja.

En marzo de 1746 se realiza un nuevo censo en el que aparecen 184 individuos avecindados en determinados barrios y zonas de la ciudad (18):

(17) PONSOT, P.: «Les français à Cordoue en 1791-1793». *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XV (1979). pp. 503-507.

(18) A. M. C. Sección I. Serie 14. Docs. 10 y 19.

Barrios	Personas
Santiago	59
Campo de San Antón	9
Santa Marina	14
San Lorenzo	79
San Pedro	2
Campo de la Verdad	24

Los valores numéricos presentan unos acusados contrastes. Destacan los barrios de San Lorenzo, Santiago y Campo de la Verdad, precisamente aquellas collaciones en las que moran capas sociales humildes.

III. ECONOMIA

La economía cordobesa durante el siglo XVIII presenta como rasgo característico un acusado protagonismo de las actividades ligadas al sector agropecuario. El artesanado tiene cierta relevancia y entre las diversas industrias sobresalen la textil y la platería. Por último, dentro del terciario destaca el pequeño comercio. La rica documentación del Catastro de Ensenada constituye la fuente básica para conocer la realidad económica a mediados del Setecientos, ya que nos proporciona una imagen bastante precisa.

La agricultura juega un papel muy importante y la estructura de la propiedad crea unos marcados desequilibrios sociales. Los estamentos privilegiados acaparan la mayor parte de las tierras que, por lo general, son explotadas en régimen de arrendamiento. Los llamados labradores por su mano forman un reducido grupo, únicamente se contabilizan 200 personas. En cambio, los asalariados alcanzan una voluminosa cifra: 100 aperadores de cortijos y 5.300 jornaleros.

El término municipal de Córdoba suma un total de 148.000 fanegas de tierra que equivalen a 90.600 hectáreas aproximadamente, de las que dos tercios se hallan en la fértil campiña y el resto en la zona de la sierra (1). Quedan excluidas 20.520 fanegas que ocupan las 19 jurisdicciones señoriales despobladas que pertenecen, en su mayoría, a distintas familias de la nobleza local.

(1) De las 148.000 fanegas que componen el término, 1849 corresponden a pedrizas, caminos, arroyos y casco urbano.

El binomio Sierra-Campiña introduce sensibles variaciones en la tipología de cultivos. Veamos en primer lugar el aprovechamiento del suelo a mediados del siglo XVIII con el fin de tener una visión global de los recursos:

	Superficie (fanegas)
Regadío	900
Tierra calma	112.000
Olivar	5.280
Viña	500
Moreras	56
Frutales	24
Alamos	9
Encinas	7.274
Pinos	1.000
Castaños	10
Pastos	12.000
Matorral y monte bajo	2.600
Baldíos	4.500

La superficie de regadío alcanza un minúsculo porcentaje, puesto que el conjunto de huertas y fontanares comprende 900 fanegas de tierra de primera calidad. Las respuestas generales del Catastro suministran una exhaustiva información acerca de los cultivos y la distribución de los mismos.

El aprovechamiento mixto a base de árboles, hortalizas y otras plantas presenta un gran desarrollo, ya que se destinan 850 fanegas que representan más de un 94% del regadío. Entre las especies arbóreas predomina una variada gama de frutales: guindos, perales, ciruelos, albaricoqueros, granados, higueras, membrillos, limoneros, manzanos, cidros y naranjos chinos, agrios y dulces. También figuran nogales, álamos, moreras y algarrobos, así como mimbreras y cañaverales. Aparecen dispersos e interpolados, utilizándose los claros para hortalizas y, en menor escala, forraje de cebada, lino y ajonjolí que alternan con las primeras todos los años al no reservarse tierra al efecto. Alrede-

dor de 25 fanegas están ocupadas exclusivamente por frutales y moreras. Idéntica extensión carece de arboleda y se dedica totalmente a hortalizas y a los cultivos herbáceos mencionados.

En contraposición, el secano ofrece una relevancia acusada. La mayor superficie corresponde a la tierra calma que se localiza en los feraces suelos de la campiña y representa en el conjunto del término más de un 75%. Es una zona dedicada a cereales y leguminosas: trigo, cebada, habas, garbanzos, lentejas, yeros y alverjones. Los sistemas de cultivo ofrecen sensibles variaciones. Las tierras del ruedo suman 3.000 fanegas y producen sin intermisión con la particularidad de que van rotando el trigo, cebada y leguminosas: «un año trigo, otro cebada y otro semilla con esta distinción: en su tercera parte habas y en las otras dos tercias partes garbanzos, lentejas, yeros y alberxones por iguales partes». Las causas radican en el abonado de estiércol, cuyo traslado viene facilitado por la proximidad de las hazas al casco urbano. Alrededor de un millar de fanegas, situadas a mayor distancia de la población, se benefician del sistema de año y vez con la misma alternancia y distribución señaladas en el caso anterior.

Sin duda, el llamado cultivo al tercio es el más extendido, ya que afecta a los cortijos del término que ocupan una superficie de 108.000 fanegas:

> «Las cuales producen con dos años de descanso por sembrarse en cada uno su tercera parte, ocupándolo en sus cinco sextas partes de trigo y en la otra sexta parte de cebada. Y además de dicha hoja, declaran se siembra en cada año cinco fanegas de cada ciento, de las que compongan las otras dos hojas de barbecho y rastrojo, de las semillas de habas, escaña, garbanzos, alberxones y yeros, a saber una tercera parte de dichas cinco por ciento ocupadas de habas y escaña por mitad, y las otras dos tercias partes de garbanzos, alberxones y yeros por iguales partes, usando para todas de la primera calidad del referido rastrojo y barbecho» (2).

(2) A.M.C. *Catastro de Ensenada.* Libro de respuestas generales, f. 40 r-v.

El texto resulta bien elocuente y nos ilustra de manera precisa acerca de las peculiaridades del cultivo al tercio, un sistema muy generalizado en la campiña cordobesa.

A lo largo de la centuria el olivo protagoniza una expansión notable. Abundan las referencias que proporciona el Catastro en este sentido al describir las propiedades rústicas. Con frecuencia se registran olivares con estacas y plantones o bien se afirma que «no fructifican por lo reciente de su plantío». También del estudio realizado sobre la evolución de cultivos en determinadas fincas se desprende una implantación relevante en detrimento de la tierra calma y viñedo (3). Un fenómeno similar constata el profesor López Ontiveros en las diversas poblaciones campiñesas (4).

Por último, otro dato que corrobora el hecho lo tenemos en las declaraciones efectuadas por labradores de Montilla en 1745 a raíz del pleito seguido contra la vigencia de los monopolios señoriales. Uno de los litigantes confiesa que el molino aceitero del duque de Medinaceli resulta insuficiente para molturar el crecido volumen de aceitunas «porque todos los plantíos de viñas se havían reducido a olivares» (5). Quizás, el testimonio exagera la realidad por ser voz interesada en la querella planteada. Sin embargo, ratifica de forma innegable el proceso expansivo del olivar.

En los años centrales del siglo XVIII el olivar en el término de Córdoba ocupa un total de 5.280 fanegas, de las que sólo un reducido porcentaje tiene un aprovechamiento mixto: 200 fanegas con pasto y 260 están sembradas de cereales y leguminosas. Por el contrario, el viñedo –500 fanegas– atraviesa una crisis patente que se refleja en el estancamiento con una marcada tendencia al retroceso en favor

(3) Vid. PADILLA GONZALEZ, J.: «La Hacienda Sanllorente: un modelo de expansión olivarera en el siglo XVIII». *Actas II Coloquios de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* I. Córdoba, 1983. pp. 321-351.

(4) Vid. LOPEZ ONTIVEROS, A.: *op. cit.*

(5) Memorial ajustado del pleito que en esta Corte se sigue... con el Concejo de la ciudad de Montilla y el Duque de Medinaceli, como Marqués de Priego... sobre diferentes estancos, dehesas y varios derechos demandados por los dichos vecinos. Granada, 1761, f. 118 v.

del olivo, una situación que se acentúa en la segunda mitad del Setecientos.

Dentro del secano encontramos asimismo plantaciones que ofrecen un mayor desarrollo en la zona de regadío. Figuran 56 fanegas de moreras, localizadas en el ruedo o en sus inmediaciones, en las que se cosecha a la vez cereales y leguminosas. Menor incidencia presentan los árboles frutales y las tierras pobladas de álamos negros y blancos con 24 y 9 fanegas respectivamente.

El dominio del encinar sobrepasa las 7.000 fanegas. Aparte de la bellota que se destina a la alimentación del ganado de cerda durante la montanera, el aprovechamiento es mínimo. Gran parte de la citada superficie son tierras incultas: pastos, matorral y monte bajo. Solamente 300 fanegas se siembran de cereales y otras semillas con unos rendimientos muy bajos.

En la zona de la sierra el pinar ocupa un millar de fanegas siendo la madera el único producto que se obtiene. La corta de árboles se efectúa cada diez años. La extensión de castaños se halla reducida a diez fanegas y «el fruto de castaña no tiene aprovechamiento por ser silvestre o bravía totalmente». El pastizal sin arboleda tiene una relevancia notoria –12.000 fanegas– y sirve de base a un desarrollo ganadero de cierta entidad. Por último, el matorral, monte bajo y baldíos reportan a los propietarios unos beneficios insignificantes que se derivan del «corte de leña, picón y, alguna vez, el ramoneo de ganado cabrío». A mediados de la centuria el número de piconeros y leñadores asciende a un centenar de personas.

El estudio del aprovechamiento del suelo en el término de Córdoba nos pone de manifiesto que la superficie cultivada alcanza un porcentaje elevado, alrededor de un 80%. El predominio del secano resulta evidente y destacan los cereales y leguminosas. A bastante distancia le sigue el olivar que se encuentra en pleno auge. El último lugar corresponde al viñedo, cuya extensión representa poco más de la mitad de la señalada a las tierras de regadío.

La producción agrícola está sometida a los consabidos altibajos, si bien los mayores problemas radican en la necesidad de llevar a cabo profundas reformas como nos re-

flejan los proyectos de los ilustrados que muestran un vivo interés en aportar soluciones. En esta línea el Consejo de Castilla envía en 1768 un cuestionario a las autoridades con siete preguntas relativas al tema agrario. En marzo de ese año el intendente de Córdoba don Miguel Arredondo Carmona remite un informe que suministra un valioso material para conocer determinados aspectos de la realidad (6).

Aboga por la total desaparición de los subarriendos, una práctica que obliga a ejecutar unas labores deficitarias que se traducen en unos bajos rendimientos. También critica este tipo de contratos «porque, siendo por lo regular estos subarriendos en mayor cantidad que el primer arrendamiento, no se comprende con qué derecho logra esta ganancia el arrendador en una cosa que no es suya y en la que solamente tiene el derecho de usar de ella». Aunque se muestra partidario de fijar un tope a la superficie cultivada por cada labrador, considera que no resulta aconsejable de momento establecer una limitación. El punto en el que más se detiene el intendente es el relativo a la conveniencia de transformar una buena parte de los cortijos en núcleos de población.

La ganadería cordobesa experimenta un serio deterioro en la segunda mitad del siglo XVIII a juzgar por las declaraciones del municipio en los años finales de la centuria. Ofrecen una imagen muy pesimista, aunque hay que tomar los susodichos testimonios con alguna reserva, ya que están motivados por una clara oposición a la presencia de rebaños trashumantes, en su mayoría procedentes de Soria, tanto en la campiña como en la ribera del Guadalquivir (7). Las respuestas generales del Catastro de Ensenada permiten conocer las especies de ganado y el volumen aproxi-

---

(6) Vid. GOMEZ CRESPO, J.: «Los sistemas de la explotación de la tierra en la Andalucía Bética durante el siglo XVIII». *Actas II Coloquios de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* I. pp. 273-288. ORTEGA LOPEZ, M.: «Los informes de los intendentes andaluces y el expediente de la Ley Agraria: una vía reformista en el campo español en la segunda mitad del siglo XVIII» *Axerquía,* 4 (1982). pp. 101-123.

(7) Vid. BERNARDO ARES, J. M. DE: «Razones jurídicas y económicas del conflicto entre Córdoba y la Mesta a fines del siglo XVIII» *Actas I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* III. Córdoba, 1978. pp. 99-114.

mado de las mismas a través del número de crias anuales pertenecientes a los vecinos de la ciudad (8):

Ganado	Crias
Ovino	11.000
Vacuno	800
Caballar.	300
Asnal	400
Cerda	4.000
Cabrío.	3.300

Atendiendo al número de cabezas el ganado ovino ocupa un primer lugar. La falta de dehesas en las tierras de la campiña es la razón por la que los rebaños pastan en la sierra durante la mayor parte del año. Asimismo, en esta zona se localiza un alto porcentaje de cabrío y de cerda. El caballar goza de un merecido prestigio y a lo largo del siglo XVIII se dictan leyes orientadas a potenciar la cría y pureza de casta, debido al lamentable estado en que se encuentra. El viajero Antonio Ponz nos informa con suma precisión acerca de la cuantía de animales pertenecientes a las Caballerizas Reales en la última década del Setecientos: «Todos los meses se forma aquí un estado del ganado caballar que S. M. tiene en las dehesas y Reales Caballerizas de esta ciudad y actualmente resulta que son 612 cabezas, es a saber: caballos padres de cinco años hasta doce, 21; potros de quatro hasta cinco, 45; rezelas, 3; capones para el servicio de Madrinos y casa, 13; yeguas en las dehesas desde un año hasta veinte, 371; potrancas desde un año hasta tres cumplidos, 91; rastras mamones, 35; idem mamonas, 33» (9).

Las actividades propias del sector secundario juegan un papel destacado como lo atestigua la elevada cifra de artesanos –2.772 personas– que figuran en Córdoba a mediados de la centuria. Sin duda, los mayores efectivos humanos corresponden a las profesiones relacionadas con la in-

(8) En el ganado caballar no están incluidas las pertenecientes al monarca.
(9) PONZ, A.: *op. cit.* pp. 146-147.

dustria textil que representan en el conjunto una tercera parte aproximadamente. El número de maestros, oficiales y aprendices en cada uno de los diferentes oficios presenta unos acusados contrastes:

Oficios	Maestros	Oficiales	Aprendices
Albardoneros	5	5	3
Cardadores lana	10	–	–
Cordoneros	21	59	23
Esparteros	6	5	4
Estereros	2	–	–
Guanteros	1	1	–
Lineros	31	60	37
Pasamaneros	11	26	18
Perailes	2	–	–
Sastres	52	49	11
Sombrereros	13	11	3
Tejedores lienzos	52	11	4
Tejedores paños	10	–	–
Tejedores seda	102	69	40
Tintoreros	–	5	6
Torcedores hilo	12	9	–
Torcedores seda	31	65	30
Tundidores	2	–	–
TOTAL	363	375	179

El cuadro pone de manifiesto que la industria pañera se halla en un estado de postración a tenor de la reducida cifra de tejedores, cardadores de lana y tundidores. En cambio, la sedera tiene un fuerte protagonismo, si bien ha dejado de producir los tejidos de calidad de antaño que gozaron de un reconocido prestigio.

Durante el siglo XVIII, como señalan J. de la Torre y J. M. Rey Díaz, el llamado Arte Menor de la Seda –cintería y pasamanería– cobra un desarrollo extraordinario. Al mismo tiempo la dependencia en el suministro de materia pri-

ma desaparece en virtud del aumento considerable de las plantaciones de moreras (10). En efecto, el análisis somero del aprovechamiento del suelo corrobora, de manera fehaciente, la importancia del moreral que cubre las necesidades de la industria cordobesa.

El sector del metal constituye otra de las actividades pujantes en esta época. Atendiendo al volumen de artesanos empleados ocupa un segundo lugar, 478 personas que representan dentro del secundario más de un 17%. De nuevo se constatan unas variaciones cuantitativas muy apreciables en la distribución por oficios.

Oficios	Maestros	Oficiales	Aprendices
Agujeteros	2	2	–
Arcabuceros	7	–	–
Artistas plata y oro	87	109	70
Batihojas	4	7	4
Caldereros	–	6	4
Carderos	2	6	2
Cerrajeros	11	7	9
Cuchilleros	10	–	6
Espaderos	2	–	–
Fabricante campanas	1	–	–
Herradores	20	–	–
Herreros	18	38	28
Latoneros	7	–	5
Relojeros	2	–	–
Tiradores de plata	1	–	1
TOTAL	174	175	129

La relevancia numérica de los plateros salta a la vista en el conjunto de profesiones relacionadas con el metal. El noble arte de la platería conoce en el siglo XVIII una etapa de auténtico esplendor y las piezas labradas en Córdoba van a tener una demanda espectacular en toda la geografía española. Multitud de obras de carácter religioso

(10) «La industria de la seda en Córdoba». pp. 170-171.

–custodias, vasos sagrados, cruces procesionales– son ejecutadas por los orfebres avecindados en la antigua capital del Califato para cumplir los encargos hechos por cofradías, parroquias, cabildos catedralicios y titulares de mitras. Asimismo, la fabricación de una gama variada de joyas y alhajas, destinadas generalmente a las capas sociales altas, alcanza una gran notoriedad.

Los talleres de platería ofrecen como nota característica un reducido número de operarios, por término medio dos o tres personas entre oficiales y aprendices con la particularidad de que suelen ser miembros de la propia familia o parientes cercanos. En raras ocasiones sobrepasan la mencionada cifra. Veamos a título de ejemplo los trabajadores que figuran en algunos obradores a medidados del Setecientos. El célebre Damián de Castro tiene a su servicio un aprendiz y cuatro oficiales, siendo uno de ellos su cuñado Bernabé García Aguilar. Antonio Rubio mantiene tres oficiales y dos aprendices. Cuatro oficiales tiene a su cargo José de Vargas Machuca y el maestro Bernabé Palomino cuenta con dos oficiales y otros tantos aprendices. Sin embargo, otros, caso de Tomás Jerónimo de Pedrajas, sólo disponen de la ayuda de un aprendiz.

Las actividades ligadas al sector de la alimentación dan empleo a un total de 420 vecinos que significan dentro del artesanado un 15%. Los valores numéricos más altos se hallan en los panaderos y horneros que suman 189 y 61 personas respectivamente. Esta última cifra corresponde también a los acarreadores de tablas de pan. A continuación encontramos 56 individuos que trabajan en los molinos harineros situados en el cauce del Guadalquivir: 3 maestros, 8 capataces, 20 avintadores y 25 acarreadores. Las restantes profesiones arrojan unos niveles cuantitativos inferiores (11).

En torno a un 14,5% representan las personas dedicadas a oficios relacionados con la piel entre los que sobresalen zapateros y curtidores (12). La floreciente industria de

(11) Chocolateros, 28; confiteros, 10; buñoleros, 7; pasteleros, 7; turroneros, 1.

(12) Zapateros de obra prima, 179; zapateros de obra gruesa, 15; zapateros remendones, 100; curtidores, 51; guarnicioneros, 33; odreros, 10; zurradores, 14.

cordobanes y guadamecíes que la ciudad tuvo en siglos anteriores ofrece un estado de absoluta decadencia.

Alrededor de 300 individuos desempeñan profesiones incluidas en el sector de la madera, donde carpinteros y aladreros ocupan los primeros puestos:

Oficios	Maestros	Oficiales	Aprendices
Aladreros	27	30	4
Carpinteros	48	81	19
Cocheros	5	5	2
Guitarreros	6	13	—
Silleros	10	5	2
Toneleros	9	17	3
TOTAL	114	154	31

Las actividades de la construcción y barro son las que presentan el nivel de ocupación más bajo, sólo 193 personas, en su mayoría albañiles y tejeros (13). Finalmente, 63 personas dedicadas a oficios diversos (14).

Tras las agropecuarias y artesanales, las actividades económicas del terciario se encuentran en último lugar, si tomamos como criterio el volumen de población laboral que asciende a 2.209 personas. El análisis de la estructura profesional ofrece una visión global de la incidencia y protagonismo de los distintos sectores a mediados de la centuria. Al mismo tiempo, permite conocer la variedad de profesiones y la entidad cuantitativa de las mismas.

1. Comercio

Buhoneros	6
Cajeros de tiendas	26
Cambistas de letras	3
Cereros	25
Comerciantes pieles curtidas	28

(13) Albañiles, 107; tejeros, 28; alfareros, 18; canteros, 17; acarreadores de cal, tejas y ladrillos, 12; lapidarios, 10; empedradores, 1.

(14) Botoneros, 43; abaniqueros, 6; cereros, 6; rosarieros, 5; coheteros, 3.

Corredores de caballerías	5
Corredores de lonja y paños	13
Lapidarios	1
Libreros	8
Lineros	34
Madereros	10
Mercaderes paños, lienzos, sedas	178
Roperos	9
Tejeros	23
Tenderos vidrios y cristales	8
Tratantes en varias especies	49
TOTAL	426

2. Comercio alimentación

Aceiteros por menor	11
Aguadores	30
Bodegoneros	11
Botilleros	2
Confiteros	12
Especieros	110
Mesoneros	14
Recoveros	11
Taberneros	187
Tenderos pescado, fruta, verdura	55
Tolderos de sal	18
Trajineros de aceite	5
Trajineros de vino	10
Venteros	2
TOTAL	478

3. Transportes

Alguiladores caballerías	15
Arrieros	21
Caleseros	10
Carreteros cosarios	33
TOTAL	79

4. Sanidad

Barberos	115
Boticarios	18
Cirujanos	21
Enterradores	2
Matronas	8
Médicos	22
TOTAL	186

5. Enseñanza. Artes

Doradores	13
Escultores	51
Maestros primeras letras	15
Músicos	30
Pintores	5
Preceptores de Gramática	6
TOTAL	120

6. Servicio doméstico

Cocineros	20
Cocheros	80
Lacayos	70
Mayordomos	70
Pajes	30
TOTAL	270

7. Servicio Iglesia

Ayudantes de sacristanes	13
Mozos de coro y acólitos	52
Organistas	12
Sacristanes	32
TOTAL	109

8. Hombres de Leyes

Abogados	19
	239

Escribanos de número	42
Escribanos reales	17
Notarios	5
Procuradores	22
TOTAL	105

9. Administración

Funcionarios y empleados	317
Oficiales de la pluma	54
TOTAL	371

10. Servicios personales

Administradores de haciendas	53
Medidores de tierra	12
TOTAL	65

En el conjunto del terciario las actividades mercantiles son las más importantes, aunque el comercio minorista tiene un protagonismo relevante. Los jueves de cada semana la plaza mayor sirve de escenario a un mercado de «fruta, aves y otras especies de corta consideración». Una trascendencia económica superior ofrecen las dos ferias anuales que se celebran los días de Pascua de Pentecostés y el 8 de septiembre respectivamente. Acuden labradores y ganaderos, tanto de la capital como de las localidades próximas, a realizar sus transacciones. En 1789 quedan prohibidas a instancias del alcalde mayor Cebrián debido a los alborotos y excesos que se cometen en tales fiestas. Sin embargo, un año más tarde se autorizan de nuevo ante las protestas surgidas que esgrimen como argumento los perjuicios ocasionados:

> «[...] en donde sus labradores y los de las villas y lugares comarcanos, venden y compran sus ganados y se surten de los aperos y demás cosas necesarias para la recolección de sus grangerías por no haver otra feria en muchas leguas en contorno, con cuyo motivo con-

curren también otras diferentes gentes con su tráfico y comercio» (15).

Por supuesto el tráfico mercantil resulta beneficiado con las sensibles mejoras de las comunicaciones. Destacan las llevadas a cabo en el Camino Real que enlaza Madrid y Cádiz. En el término de Córdoba se realizan obras de envergadura como el puente sobre el Guadalquivir a la altura de las Ventas de Alcolea, objeto de merecidos elogios por parte de A. Ponz: «Se está construyendo sobre dicho río un magnífico puente nuevo y será una de las obras más importantes y suntuosas del nuevo camino desde esa Corte a Cádiz».

En este siglo surgen nuevos intentos para hacer navegable el antiguo Betis como el dirigido por el ingeniero Van der Borcht. El 24 de octubre de 1761 llega a Córdoba tras efectuar un reconocimiento del cauce del río. A pesar del empeño e interés la falta de recursos y medios frenó la cristalización del ansiado proyecto.

(15) A.M.C. Sección VI. Serie 34. Doc. 7.

IV. LOS PROBLEMAS DEL ABASTECIMIENTO

El abastecimiento a la ciudad plantea dificultades en el siglo XVIII, aunque sin llegar a provocar tensiones sociales graves como los sucesos acaecidos a mediados de la centuria anterior. El municipio continúa jugando un papel decisivo en la provisión de víveres y en el control de los precios de los artículos de primera necesidad. Entre ellos cabe destacar el trigo, vino y aceite, productos que se obtienen en el propio término de Córdoba. Normalmente, los cereales recolectados en las feraces tierras de la campiña cubren la demanda existente, si bien en años de malas cosechas las autoridades recurren a la importación.

Junto al vino local, encontramos caldos forasteros que proceden de Montilla y otros lugares cercanos. A pesar de la expansión del olivar hay que traer aceite para satisfacer el nivel de consumo de poblaciones situadas en un radio que en ningún caso sobrepasa los 60 kilómetros. En el abasto de carne no surgen excesivos problemas, ya que el desarrollo ganadero resulta suficiente para atender las necesidades. Sin embargo, la dependencia del exterior es total en el pescado, azúcar, nieve y tabaco.

Por lo general, la rica zona de la campiña proporciona el trigo necesario a Córdoba. A pesar de ello en múltiples ocasiones surgen problemas en el abasto debido a causas muy diversas. El acaparamiento de granos o la exportación hacia otras zonas, originada por unas cotizaciones más rentables, llegan a preocupar a las autoridades locales por las consecuencias perniciosas que acarrean. Sin embargo, las situaciones más angustiosas están motivadas por las

malas cosechas que obligan a importaciones costosas que agravan el lastimoso estado de las arcas municipales.

La lucha contra la salida de cereales recolectados en el término aparece con cierta frecuencia en las actas capitulares. A veces las medidas adoptadas carecen de eficacia, sobre todo a partir del momento en que una pragmática real establece el libre comercio de granos. Los labradores prefieren vender sus cosechas a forasteros que acuden a la capital con el propósito de comprar partidas destinadas a la provisión de sus lugares de origen. Ello significa una elevación de los precios y las consiguientes protestas de los panaderos cordobeses, arguyendo que les resulta imposible vender el pan a las tarifas fijadas por el gobierno municipal.

Así, en noviembre de 1785 el corregidor don Manuel Joaquín de Vega y Meléndez se queja de los efectos negativos que provoca la continua saca de trigo:

> «[...] los dueños y poderosos en granos se retraen de venderlo a los panaderos para lograr el mayor valor en los forasteros que acuden a llebárselo, todo lo que cede en grave daño y perjuicio de los pobres vezinos que, aniquilados con las enfermedades padecidas, falta de salud para ganar trabajando su substento y con los dispendios para la curativa, se ven en el mayor apuro, experimentado cada día más y más su aniquilación» (1).

El testimonio resulta harto elocuente, denuncia una práctica habitual que causa notorios perjuicios a las capas sociales humildes que se hallan en una situación crítica, agudizada con el azote de la epidemia.

Las adversidades climáticas y las plagas que periódicamente afectan a la agricultura se traducen en pésimas o nulas cosechas y, por tanto, el fantasma de la carestía hace acto de presencia. La única solución para asegurar el abasto estriba en la importación de granos de la propia región andaluza y zonas limítrofes –La Mancha, Extremadura– o bien contratar en los puertos de Cádiz y Málaga trigo

(1) A.M.C. Sección VI. Serie 44. *Abasto de granos.* Doc. 119.

extranjero procedente de Holanda, Francia, Sicilia y norte de Africa.

La sequía padecida en la primavera de 1734 obliga al municipio, en julio de ese año, a concertar con la firma comercial Lambert, mercader afincado en Cádiz, el suministro de «cien mil fanegas de trigo de Olanda y sus adiacentes». Durante los meses de verano llegan a Córdoba más de 20.000 fanegas remitidas por el susodicho comerciante. Las partidas de grano van en barco hasta Sevilla –el costo del flete es de un real de vellón por fanega– y desde la capital hispalense un nutrido grupo de arrieros y carreteros cosarios llevan la mercancía a su destino.

Disponemos de algunos datos que nos ilustran acerca de la capacidad de carga de los medios de transporte empleados. El 1 de agosto de 1734 dos vecinos de Estepa trasladan a la antigua sede del Califato 126 fanegas en media docena de carros. Dos días más tarde, José Páez, residente en la villa cordobesa de Posadas, porta 556 fanegas en 25 carretas. Otro arriero de la misma población se hace cargo de 220 fanegas utilizando diez carretas (2).

En 1773 el ayuntamiento comisiona a don Manuel Baquerizo, diputado del Común, para la adquisición de trigo en tierras extremeñas que garantice el abastecimiento a la ciudad que peligra ante la escasez de las cosechas. La correspondencia mantenida con los miembros de la Junta de Abasto y corregidor encierra un gran interés, ya que refleja la actitud de los labradores por conseguir unos pingües beneficios. El 8 de agosto escribe desde Azuaga al corregidor don Francisco Milla de la Peña dándole cuenta de la situación: «[...] la tierra de Barros a sido de ventajosa cosecha y ya está con el ansia del lucro». Cuatro días después se halla en la pequeña localidad de La Nava y de nuevo describe gráficamente las ansias de especulación:

> «Ayer estuve en Don Benito, a donde me buelbo oy, y encontré que, siendo pueblo a quien Dios a llenado de dineros y la mayor cosecha, están todos en espectación de que dentro de agosto lo han de vender a 50 reales o más, por lo que no venden más que dos o

(2) *Ibidem.* Doc. 75

quatro fanegas algunos y esto a 43 y 44 y 45 reales, y me encargaron dos sugetos a quienes me recomendó Don Bernardo Zurbano que de ningún modo dijera que iva a comprar trigo para Córdoba ni Andalucía porque al instante lo suvirían 4 ó 6 reales porque ellos saven más de nuestro estado que nosotros mismos» (3).

La imagen ofrecida constituye un documento de primera mano que ratifica, de manera fehaciente, las sustanciosas ganancias de los cosecheros en tiempos difíciles. Al final logra comprar 13.553 fanegas a precios más bajos, 8.052 en Guareña y las restantes en Azuaga.

La importación de granos significa para el municipio un gran esfuerzo económico que la mayoría de las veces no está en condiciones de afrontar. Así, en octubre de 1708, Felipe V faculta al ayuntamiento para hipotecar los bienes Propios hasta 30.000 ducados con la finalidad de comprar trigo. A principios del año siguiente surgen problemas «a causa de hauerle detenido a su señoría y no dejádole sacar los granos que para este abasto tiene comprados en la Mancha, Reynado de Jaén (sic) y Loma de Ubeda» (4). La solución que se arbitra será un repartimiento forzoso de dinero entre diversos vecinos y adquirir 10.000 fanegas de trigo en Málaga.

El abastecimiento de pan llega a peligrar también por el estado del cauce del río Guadalquivir, pues la sequía o el exceso de lluvias originan la inutilización de los molinos harineros. Buena prueba de ello son las medidas adoptadas por el corregidor en 1718. El 1 de agosto hace una propuesta en la sesión del cabildo en estos términos: «El señor corregidor dijo que los molinos desta Ciudad no pueden dar abasto a ella a causa de la falta de agua, por lo qual es de parezer se baia a los lugares del Reyno a hazer harina para que esta Ciudad esté abastezida» (5). Los capitulares acuerdan entregar grano del Pósito a los molinos de Montoro, Aldea del Río y otros lugares.

El abastecimiento de vino está asegurado con la pro-

(3) *Ibidem.* Doc. 108
(4) *Ibidem.* Doc. 60
(5) *Ibidem.* Doc. 67

ducción de los viñedos plantados en el término municipal. A lo largo de los siglos XVI y XVII se dictan medidas proteccionistas que benefician a los cosecheros locales, ya que prohíben la entrada de caldos forasteros. La situación cambia en la centuria del Setecientos, quizás debido a un estancamiento o retroceso de este cultivo. Parece ser que el volumen de uva elaborada en los lagares cordobeses resulta insuficiente para cubrir la demanda, de ahí la necesidad de importar.

Veamos en primer lugar la significación cuantitativa del vino foráneo con el fin de calibrar su importancia. Todas las partidas que llegan están centralizadas en una alhóndiga destinada al efecto que, posteriormente, distribuye la mercancía a los taberneros de la ciudad. A principios de abril de 1717 el Cabildo municipal realiza un aforo en la misma y a través de las diligencias practicadas sabemos que hay 157 candiotas con una capacidad total de 6.607 arrobas (6). En el momento de efectuarse el registro las existencias de vino suman 4.530 arrobas, es decir, más de un 68% de la capacidad. Tales datos ofrecen una imagen aproximada en una fecha concreta, pero necesitamos saber la entidad de los movimientos de entradas en un período de tiempo para establecer una valoración global. La incógnita puede ser despejada gracias a la valiosa información contenida en una pormenorizada relación acerca de los contingentes recibidos a lo largo de 1718, especificándose el número de cargas y arrobas en los distintos meses del año, así como la procedencia geográfica (7).

(6) *Ibidem.* Serie 41. *Alhóndiga de vino.* Doc. 12.
(7) *Ibidem.* Doc. 13.

Meses	Cargas	Arrobas
Enero	594	4.789
Febrero	230	1.832
Marzo	230	1.864
Abril	412	3.344
Mayo	371	3.004
Junio	453	3.689
Julio	446	3.642
Agosto	490	3.914
Septiembre	336	2.785
Octubre	232	1.886
Noviembre	486	3.835
Diciembre	545	4.209
TOTAL	4.825	38.793

El cuadro muestra unas sensibles variaciones numéricas. Los valores máximos corresponden a enero y diciembre, mientras que los mínimos se registran en febrero, marzo y octubre. En cuanto a los lugares de origen sólo figuran cuatro poblaciones, todas pertenecientes al Reino de Córdoba: Montilla, Aguilar, Cabra y La Rambla. Debido a la notoria relevancia del viñedo en el conjunto de la superficie cultivada, la primera aporta un crecido volumen, 23.024 arrobas que representan un 59%. A continuación la villa de Aguilar, donde la vid alcanza un protagonismo similar, con 14.260 arrobas que significan en términos porcentuales alrededor de un 37% (8). Por el contrario, el papel desempeñado por los caldos de Cabra y La Rambla queda reducido a la mínima expresión, 2,5% y 1,5% respectivamente.

Las fuentes documentales hacen referencia en los vinos forasteros a tres tipos o calidades, el de tinaja, candiota y

(8) Salvo el caso de Posadas, la mayor extensión de viñas en el conjunto de la Campiña se localiza en Montilla y Aguilar que ocupan un 10,3 y 10,2% respectivamente de la superficie cultivada. Vid. LOPEZ ONTIVEROS. A.: «Evolución de los cultivos en la Campiña de Córdoba del siglo XIII al siglo XIX». *Papeles del Departamento de Geografía*, II (Murcia, 1970). pp. 34-35.

añejo. El volumen de los mismos también presenta unos acusados contrastes El hecho se refleja de forma elocuente en las partidas recibidas en la alhóndiga durante los meses de junio a octubre de 1715 (9).

Meses	Tinaja	Candiota	Añejo
Junio	2.271	547	569,5
Julio	3.166	8	434
Agosto	2.201,5	24	445
Septiembre	2.152,5	188,5	—
Octubre	452,5	2.340	946
TOTAL	10.243,5	3.107,5	2.394,5

El vino de tinaja ocupa un lugar destacado, sin duda, el de mayor consumo en la ciudad. Por otra parte es el más barato de los diversos tipos mencionados, ya que el precio medio de la arroba alcanza unos tres reales. A bastante distancia le sigue el de candiota con una cotización que fluctúa entre cuatro y cinco reales. Finalmente, los contingentes más bajos corresponden al añejo y el precio del mismo llega a sobrepasar los siete reales por arroba. Ahora bien debemos tener en cuenta los gastos de transporte, arbitrios, corretaje y derechos de guia.

El olivar conoce una notoria expansión que viene ratificada por el análisis del aprovechamiento del suelo en el término de Córdoba. Sin embargo, una gran parte del aceite consumido procede de los pueblos campiñeses. En efecto, las declaraciones de corredores y trajineros confirman de manera inequívoca el fenómeno. Todos coinciden en señalar que la capital se abastece primordialmente de los llamados lugares de cosecha: Guadalcázar, Santaella, La Rambla, Aguilar, La Guijarrosa, Ecija, Montemayor y Fernán Núñez. Junto a las citadas poblaciones hay que mencionar, en un segundo plano, Bujalance, Cabra, Lucena y Castro del Río.

En los núcleos abastecedores los precios alcanzan unos

(9) A.M.C. Sección VI. Serie 41. Doc. 13.

valores numéricos bastante inferiores a los registrados en los molinos situados en el ruedo o en los de la propia ciudad. Tal afirmación se desprende de las cotizaciones vigentes a lo largo de la primera mitad del siglo XVIII (10):

Fecha	Córdoba	Ruedo	Lugares de cosecha
28-XI-1718	23,5-24	20	20
20-XI-1720	19,5-20	17	15-16
23- X-1726	19-20	13	13
6-XI-1727	18	12,5-13	12,5-13
6-XI-1728	23	17	15-16
9-XI-1740	23,5-24	19	18
6-VIII-1760	25	—	19,5

Las diferencias cuantitativas son relevantes, aunque en la práctica quedan reducidas al incluir el transporte, derechos reales y guía. Asímismo, observamos que en la primera mitad de la centuria las fluctuaciones de los precios no ofrecen disparidades excesivamente acusadas. Sin embargo, en el último tercio las cotizaciones experimentan un sustancial incremento. Tomando como referencia los lugares de cosecha en 1765 la arroba vale 30 reales, mientras que en 1797 sube hasta llegar a los 80. Durante el año siguiente nunca baja de 70 reales y en 1799 oscila entre 40 y 45. A pesar de los altibajos, en el mejor de los casos se constatan aumentos superiores al 100% si comparamos las décadas iniciales y finales del Setecientos.

Los vendedores minoristas, franceses en su mayoría, están sujetos a los precios fijados por el gobierno municipal. Por lo general, las tarifas establecidas no satisfacen, al considerar que dejan poco margen de ganancia, y contínuamente elevan sus quejas a las autoridades locales en solicitud de una subida.

En agosto de 1743 Juan Bernet y otros aceiteros galos piden con urgencia un incremento del producto «a causa de auerse alterado el azeite por mayor en los molinos» (11). A mediados de septiembre de 1797 dirigen un escrito

(10) Los precios de la arroba van expresados en reales de vellón.
(11) A.M.C. Sección VI. Serie 44. *Abasto de aceite.* Doc. 10.

Teraldo de la Fuente y Antonio Anchelerga en nombre de sus compatriotas exponiendo la grave situación que padecen, ante la negativa del ayuntamiento a subir el precio de la panilla en la cuantía solicitada:

> «Haviendo presentado otro memorial suplicando a el Excmo. Ayuntamiento se dignase reflexar lo que se exponía para que en su vista se decretara vender el azeite a trece quartos, que según su costo no se asciende a más que a no trabajar perdiendo, en cuia virtud se nos ha mandado por el fiel executor se venda a doce quartos y medio que le pareció combeniente, en cuia virtud, y atendiendo a los costos y valor que expresan, no puedan abastecer por estar perdiendo algunos maravedíes y el trabajo; y de consiguiente, como que abastecen voluntariamente, se retirarán imbirtiendo sus maravedises en trabajo que les dé para mantener sus obligaciones y se escusarán que los abochornen como el que les saquen las multas que suelen» (12).

La provisión de carne no plantea excesivos problemas al Cabildo municipal, pues las necesidades de la población son cubiertas por los ganaderos cordobeses. Ovejas, cerdos y vacas constituyen las especies de mayor consumo y, como hemos visto en el capítulo anterior, el número de cabezas pertenecientes a los vecinos basta para atender la demanda.

A mediados del XVIII figuran en el matadero 33 personas entre cortadores y oficiales. Asimismo, el Catastro de Ensenada indica que hay siete casas-carnicerías con 16 asientos más otros 2 reservados a los ganaderos que abastecen la ciudad. Todas son propiedad del Cabildo catedralicio que obtiene una utilidad anual valorada en 68.900 reales.

La dependencia del exterior es casi total en el abastecimiento de pescado. El volumen de piezas capturadas en el río Guadalquivir resulta insignificante y además limitadas a unas especies determinadas. En los años centrales del XVIII figuran 25 barcas dedicadas a este menester. El grues[o] de las importaciones procede de los núcleos coste-

(12) *Ibidem*. Doc. 18.

ros andaluces, principalmente de Cádiz, Puerto de Santa María y Málaga. Lo mismo que en las centurias anteriores, el municipio subasta el aprovisionamiento que se remata en aquellos licitadores que ofrecen condiciones más ventajosas.

El estudio de las posturas realizadas permite conocer los más variados aspectos, desde los precios estipulados hasta los tipos de pescado de mayor consumo, así como el número de puestos de venta y la ubicación de los mismos. Veamos, a título de ejemplo, la oferta hecha a principios de 1719 por Nicolás Vidal, vecino de Córdoba. El documento especifica, de manera prolija, las obligaciones contraidas:

> «La primera que e de tener abastezida y abundante la ciudad todos los días de quaresma, viernes, témporas y vigilias de todo el año de los jéneros de pescados, conbiene a saber de vacalao, tollo, atún y, en defecto de atún, salmón a los precios siguientes = el vacalao a veinte quartos todo el tiempo desta obligazión, el tollo a doze quartos y a de ser con la condición de que no lo e de dar hasta el día primero de março dicho tollo. El atún lo que fuere de yjada a veinte y seys quartos y el de cola a veinte y dos quartos, y el salmón a veinte y seis quartos cada libra carnicera de los jéneros referidos» (13).

El ofrecimiento consigue la aprobación del ayuntamiento, si bien a la hora del remate introduce algunas variaciones, tales como bajar ligeramente los precios antes mencionados.

Sin duda, la demanda de bacalao supera a los demás pescados y las cotizaciones presentan notorios altibajos. Así, en 1774 la libra carnicera vale 15 cuartos durante la Cuaresma y 14 en los restantes meses del año; en 1796 los precios se han duplicado. En el contrato firmado por el abastecedor en la primera de las fechas citadas una de las cláusulas alude a la distribución de los 11 puestos de venta: «quatro en la plaza de San Salvador, quatro en la de la

(13) *Ibidem. Abasto de pescado.* Doc. 1.

Corredera, uno en la de San Agustín, uno en la de la Judería y el otro en la de la Pescadería» (14).

Junto a las especies reseñadas encontramos otras que consumen los habitantes de Córdoba. Entre ellas destacan las sardinas y, en un segundo término, los besugos y dentones. Las capas populares habitualmente compran sardinas conservadas en sal que arrojan unos precios muy inferiores a los del pescado fresco.

El aprovisionamiento de azúcar está en manos de cosecheros y mercaderes forasteros. A lo largo de la centuria las necesidades de la población quedan atendidas con las remesas que llegan de distintos lugares pertenecientes a la demarcación del antiguo Reino de Granada, sobre todo de los núcleos proximos a la costa donde la bondad del clima posibilita el cultivo de la caña de azúcar. A través de un memorial suscrito por los especieros cordobeses sabemos que desde 1688 uno de los principales abastecedores es el duque de Arcos, propietario de una fábrica en la localidad malagueña de Manilva.

Los expresados comerciantes protestan ante la negativa del linajudo noble a pagar en Córdoba los derechos de alcabala y de otros impuestos, basándose en los privilegios fiscales concedidos por Carlos II en 1683 a los dueños de los «ingenios y fábricas de azúcares del Reyno de Granada». A juicio de ellos, el problema alcanza mayor envergadura aún, debido a que los administradores del duque introducen voluminosas partidas, «so color de ser de la cosecha de su Excelencia, llegando a tal extremo que, públicamente y con toda libertad, las venden por las calles de Córdoba en talegas a libras, medias libras y quarterones» (15).

El suministro de nieve continúa planteando serios problemas al municipio, ya que depende totalmente del exterior. En ocasiones surgen dificultades imprevistas que hacen peligrar el abastecimiento. Los pozos y ventisqueros jienneses proporcionan la mayor parte de la nieve que consumen los vecinos de Córdoba. Aveces se importa de otros lugares de la geografía andaluza como Archidona y Constantina.

(14) *Ibidem*. Doc. 2.
(15) A.C.C. *Papeles varios*. Tomo 56, ff. 68 r.-69 v.

Por último, el consumo de tabaco experimenta un incremento notable en el siglo XVIII debido a la generalización del hábito de fumar. El inglés Dalrymple en su viaje a Córdoba describe esta costumbre cuando visita la Alameda del Obispo acompañado del marqués de Cabriñana:

> «Mientras nos paseábamos, el marqués sacó de su bolsillo un pequeño trozo de tabaco que arrolló en un trocito de papel para hacer lo que llaman cegar (cigarro); después lo entregó a una de sus gentes para encenderlo; este sacó un pedernal, cosa que todo el mundo lleva en el bolsillo, encendió la pipa y, después de haber sacado dos o tres bocanadas de humo, se la entregó a su amo; el marqués se apresuró a ofrecérmelo y así sucesivamente a toda la compañía. Me excusé de recibirlo, pero todos los demás lo fumaron cada uno a su vez; es una costumbre corriente y que se practica casi universalmente» (16).

El aprovisionamiento está monopolizado por la Real Fábrica de Tabacos de Sevilla y a través del volumen de las remesas se puede calibrar la importancia de la demanda. El conjunto del Reino de Córdoba recibe 58.209 libras en 1702 y en fechas posteriores las cifras aumentan hasta alcanzar los valores más altos en 1726 con 157.320 libras (17).

---

(16) *Viajes de extranjeros...* III. p. 653.

(17) Vid. RODRIGUEZ GORDILLO, J. M.: «El consumo de tabaco en Andalucía en la primera mitad del siglo XVIII». *Actas II Coloquios de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* I. Córdoba, 1983. pp. 499-516.

V. LA RELIGIOSIDAD

La población cordobesa a lo largo del siglo XVIII vive de forma intensa el fenómeno religioso, exteriorizándose a través de múltiples y variadas demostraciones. Sin embargo, el pensamiento ilustrado, que alcanza una mayor difusión en la segunda mitad de la centuria, hace sentir sus efectos mediante una crítica a determinadas manifestaciones de la religiosidad del Barroco.

Un amplio sector del clero arremete en sermones y escritos contra los planteamientos de la Ilustración al considerar que originan consecuencias nocivas a la devoción tradicional de los fieles. Buena prueba de ello son las afirmaciones de J. López Baena al referirse a la tibieza del fervor mariano en la ciudad. Tras aludir a las 16 Vírgenes que con diferentes advocaciones se veneran en diversas iglesias, santuarios y ermitas, señala que el culto a las mismas ha descendido y, al mismo tiempo, explicita las causas en estos términos:

> «Todas estas imágenes han sido conocidas y veneradas de nuestros mayores; pero habiendo en este siglo superabundado la malicia y por ella resfriádose la caridad, buelven en este papel a hallarse: y no creo tengan su debido culto, mientras se emplee en el luxo lo que en este debía emplearse: mientras la relaxación y libertinage, aje el fervor de la devoción: y mientras (como se nos dice en el Libro de los Machabeos) apreciando más las costumbres corrompidas y contagiosas de los extrangeros, no nos acordemos somos católicos españoles» (1).

(1) *Invención, colocación y maravillas de la milagrosa imagen de N. S. de la Fuente de la Salud...* pp. 17-18.

Las palabras del mencionado clérigo denuncian los novedosos presupuestos culturales del llamado siglo de la razón y del progreso. Por supuesto, son apreciaciones subjetivas que no corresponden a la realidad, ya que el fenómeno religioso en esta época se halla muy arraigado en los habitantes de Córdoba.

El calendario establece un número elevado de días feriados durante el año que obliga a los cordobeses a cumplir los preceptos de la Iglesia. La situación llega a tal extremo que el obispo de la diócesis en 1743 recurre a Benedicto XIV, significándole los «inconvenientes que para los pobres artesanos y trabajadores resultaba de la multitud de días de fiesta en que no podían trabajar para alimentarse» (2). Desconocemos la cifra de personas que asisten a misa habitualmente, así como el nivel de formación religiosa. Esta sería deficiente en las capas sociales humildes, sobre todo en los hombres.

A mediados de febrero de 1743 el prelado Cebrián y Augustín publica un edicto sobre la necesidad de potenciar la enseñanza de la doctrina cristiana a los adultos. Manda al clero diocesano que todos los domingos del año «expliquen la doctrina Christiana llana y claramente después de las segundas Vísperas, llamando al pueblo media hora antes a toque de campana, y esto se entiende además de la enseñanza de los niños en los tiempos señalados» (3). En los meses de julio a octubre la catequesis queda suprimida al estar ocupados los trabajadores en la recolección de cereales y en la vendimia, sustituyéndose por una breve plática, «que no paśe de quarto de hora», en la misa mayor centrada en los misterios y artículos de la fe. Asimismo, ordena que, en el plazo de dos meses, los maestros de primeras letras y preceptores de Gramática serán examinados de esta materia y tendrán obligación de instruir a sus alumnos:

> «Lo quarto que dichos Maestros y Preceptores, assí de Gramática como de primeras letras, después de aprobados, como los que en adelante huvieren de po-

(2) GOMEZ BRAVO, J.: *op. cit.* II. p. 796.
(3) A.C.C. *Papeles varios.* Tomo 41, f. 42 r.

ner Escuela y abrir Estudio, hayan de jurar antes, según la forma que para esto se les leerá, los de primeras letras, que todos los días por mañana y tarde, harán decir a sus discípulos las oraciones (estando ellos presentes) despacio, diciéndolas unos y repitiéndolas los otros, y los de Gramática que no admitirán a su Estudio y lección a ninguno que, examinado antes, no sepa la Doctrina Christiana, especialmente lo que debe qualquiera para cumplir con la Iglesia. Que todas las semanas harán tener exercicios de dicha Doctrina a sus discípulos dos veces y días, en cada uno una hora. Que para passarlos de una a otra clase, harán precedan exámenes generales en la referida Doctrina, y a ninguno darán por enseñado sin que se halle bien instruido en dicha Doctrina» (4).

A pesar del bajo nivel de formación en un sector amplio de la población cordobesa, las muestras de religiosidad abundan durante esta centuria. Una visión global del fenómeno nos viene dada por el análisis de ciertos indicadores como el movimiento cofradiero y las devociones locales que gozan de mayor fervor. Los desfiles procesionales de Semana Santa y la pomposa celebración del Corpus Christi constituyen también pruebas bien elocuentes. Asimismo cabe mencionar las innumerables fiestas organizadas por diversos motivos y el gran entusiasmo que despiertan las predicaciones de algunos misioneros.

En la Córdoba del Setecientos encontramos un crecido número de hermandades y cofradías, más de un centenar, en las distintas parroquias, conventos, hospitales y ermitas. Los objetivos son muy variados; unas tienen como fin primordial el culto y devoción a ciertas advocaciones, mientras que otras llevan a cabo meritorias obras de caridad o bien se ocupan de la asistencia a los propios miembros. Por lo general, los componentes de estas últimas suelen ser artesanos que pertenecen a un mismo gremio. Gracias a un minucioso informe, redactado a instancias del corregidor en diciembre de 1796, conocemos de forma prolija una se-

(4) *Ibidem*, f. 43 r.

rie de aspectos relacionados con las susodichas instituciones piadosas (5).

A finales de la centuria las cofradías erigidas en honor del Santísimo Sacramento y Animas Benditas alcanzan un elevado número, ya que figuran implantadas en todas las parroquias y, en algunas, son las únicas que tienen actividad debido a que han englobado a las demás. Así en la collación del Salvador y Santo Domingo de Silos el informante declara que «las hermandades que han quedado subsistentes en esta parroquia se halla agregadas a las del SSmo Sacramento y Venditas Animas».

La devoción a la Eucaristía presenta un fuerte arraigo que se verá reforzado con la fundación de la Congregación de Esclavos del Santísimo Sacramento también llamada del Caballero de Gracia. A mediados del XVIII terminan las obras del Oratorio que está situado frente al convento de la Encarnación y en esas fechas se contabilizan 12 hermanos. Idéntico fervor despiertan las Animas Benditas. Los integrantes de la cofradía que se sirve en la parroquia de San Pedro son trabajadores modestos, principalmente emigrantes gallegos que ganan el sustento diario como recaderos en la vecina plaza de la Corredera.

Aparte de las dos advocaciones citadas, el expediente confeccionado por el ayuntamiento menciona alrededor de 70 hermandades y varias congregaciones de seglares, especificando el nombre de cada una y el lugar donde se rinde culto. El barrio de Santa María ocupa un puesto destacado con un total de 10 cofradías. La de San Eulogio Mártir se encuentra en una de las capillas del recinto catedralicio. Tres tienen como misión el fomento de la devoción al rosario: la de Ntra. Sra. de la Concepción en la antigua parroquia de San Bartolomé, la de Ntra. Sra. de Belén en la ermita de la misma denominación en el Alcázar Viejo y la de Ntra. Sra. del Amparo en el hospital de recogidas. El gremio de zapateros sostiene la de San Crispín y San Crispiniano en la ermita de Santa Quiteria, ubicada en la calle Judíos. Las demás hermandades se localizan en iglesias de comunidades religiosas. Las del Patrocinio de San José y

(5) A.M.C. Sección III. Serie 9. Doc. 5.

San Benito se hallan en el convento de la Encarnación, la de Ntra. Sra. de la Paz en el monasterio de San Basilio y la de San Joaquín y Santa Ana en el Colegio de San Roque perteneciente a los carmelitas calzados. Estos cobijan también a los procuradores de la ciudad que forman parte de una congregación con el título de Ntra. Sra. de las Nieves.

Un total de nueve cofradías figura en la collación de San Andrés. Tres funcionan en la iglesia parroquial: la de Ntra. Sra. de las Nieves y Santo Domingo de Silos servida por los tejedores de lienzos, la de San José y la del rosario bajo la advocación de Ntra. Sra. de los Angeles. En el convento de San Pablo se encuentran la de Ntra. Sra. del Rosario, devoción mariana potenciada por los dominicos, y la del Dulce Nombre de Jesús. Los ciegos mantienen la de Ntra. Sra. de la Encarnación en el hospital del mismo nombre. Por último, dos hermandades en otras tantas ermitas del barrio dedicadas al rosario, con el título de Ntra. Sra. de los Reyes y Buen Suceso respectivamente, y una de limpieza de sangre bajo el patrocinio de San Andrés.

El movimiento cofradiero alcanza cierta notoriedad en el barrio de Santa Marina con ocho hermandades. El mayor número corresponde al convento de agustinos, donde se hallan las de Ntra. Sra. de las Angustias, Ntra. Sra. del Tránsito y San Isidro. La primera rinde culto a la bella imagen esculpida por Juan de Mesa y la última fundada a mediados del XVIII, está al cuidado de los labradores. La iglesia de los carmelitas descalzos alberga la de Nuestro Padre Jesús Caído y la ermita situada en la puerta del Colodro la de San Acisclo y Santa Victoria que carece de actividad. Finalmente, las de San Roque y Ntra. Sra. de la Purificación o de la Luz en el templo parroquial y la del Santo Cristo de la Misericordia en el hospital de esa advocación.

Idéntica cifra registramos en el popular barrio de la Magdalena. La parroquia tiene solamente una cofradía –Ntra. Sra. de la Concepción–, mientras que en el convento de carmelitas calzados se sirven tres: Ntra. Sra. del Carmen, Ntra. Sra. de la Cabeza y, sostenida por los escribanos, la del Santo Entierro y Ntra. Sra. de la Penas. Los albañiles y carpinteros integran la de San José, establecida en la ermita del Crucifijo, y en la iglesia del antiguo hospital de San Antonio Abad funciona otra con ese mismo tí-

tulo. El establecimiento hospitalario de San Bartolomé alberga la hermandad de San Bartolomé y Santa María Magdalena, cuyos miembros estaban sujetos al expediente de limpieza de sangre, y la de Ntra. Sra. de los Remedios, orientada a exaltar la devoción del rosario.

La collación de los Santos Nicolás y Eulogio de la Axerquía también cuenta un total de ocho hermandades. El templo parroquial sirve de marco a las de Nuestro Padre Jesús del Huerto y Ntra. Sra. de la Concepción y Santa Lucía, dedicada a la asistencia y entierro de los ajusticiados. En el convento franciscano de San Pedro el Real se localizan las de la Vera Cruz y Ntra. Sra. del Milagro, Santo Cristo de la Expiración y la nutrida congregación de San Eloy que agrupa a los plateros. Las restantes cofradías, bajo la advocación de Ntra. Sra. de la Consolación, Aurora y Candelaria, están ubicadas en sendas ermitas con los mismos títulos.

En el barrio de San Lorenzo encontramos media docena de cofradías y algunas gozan de un gran fervor en la población cordobesa, tales como la de Ntra. Sra. de Villaviciosa en la ermita de San Juan de Letrán y la del Glorioso Arcángel San Rafael en la iglesia del Juramento. Las de Jesús del Calvario y Ntra. Sra. de los Remedios están en la parroquia, la del Santo Cristo de Gracia en el convento de trinitarios descalzos y la de Ntra. Sra. de las Montañas en la ermita de San Martín situada en la calle Montero.

Las hermandades de la collación de San Miguel se reparten entre la parroquia y el convento de la Merced. Aquella cuenta con una de limpieza de sangre –San Zoilo Mártir– y otra del rosario bajo la advocación de Ntra. Sra. de la Leche. En la iglesia de los mercedarios se hallan establecidas la del Santo Cristo de las Mercedes, los plateros sirven la cofradía de Ntra. Sra. de la Soledad y los oficiales del matadero y carnicerías la de Jesús Humilde.

De las cuatro cofradías que aparecen en la circunscripción de Santiago, dos se localizan en la parroquia: la de Ntra. Sra. de la Estrella y una del Rosario con el título de Ntra. Sra. de la Blanca. Las de la Pasión de Cristo y Ntra. Sra. del Rosario se sirven en los conventos de Madre de Dios y Santos Mártires respectivamente. El mismo número

encontramos en el barrio de San Pedro. La de Ntra. Sra. de Belén en la iglesia parroquial, una de limpieza de sangre bajo la advocación del Corpus Christi y Santa Lucía en el hospital del Santo Cristo de los Peregrinos y las dos restantes en la ermita del Socorro: la de Ntra. Sra. de los Angeles y San Pedro ad Vincula, cuyos hermanos están sujetos al expediente de pureza de sangre, atraviesa una situación muy precaria, mientras que la de Ntra. Sra. del Socorro, orientada a fomentar la devoción al santo rosario, lleva una vida bastante activa.

La collación del Salvador y Santo Domingo de Silos, aparte de las fusionadas en las del Santísimo Sacramento y Animas Benditas, tiene varias cofradías. La congregación de escribanos, sostiene la de Ntra. Sra. de la Concepción en la parroquia, donde también celebra sus fiestas religiosas la de los abogados, y el gremio de los tejedores de seda mantiene la de Ntra. Sra. de los Desamparados, San Bartolomé y San Lucas, establecida en el hospital del mismo nombre.

La parroquia de San Juan de los Caballeros cobija una hermandad del rosario con el título de la Pastora y otra de limpieza de sangre bajo la advocación de los Santos Simón y Judas. En la demarcación de Omnium Sanctorum, el convento de trinitarios calzados alberga la congregación del Dulce Nombre de María o Esclavos de María Santísima y la cofradía de la Santísima Trinidad formada por los sastres. En el barrio del Campo de la Verdad figuran las de Ntra. Sra. del Rosario y Ntra. Sra. del Rayo, esta última agregada a la del Sacramento. Por último, las hermandades existentes en la parroquia de San Nicolás de la Villa y ermita de Ntra. Sra. de la Alegría se encuentran unidas a las del Santísimo y Animas, mientras que en el convento de la Victoria se halla la de Jesús de la Sangre.

El susodicho informe municipal aporta datos sobre las Ordenes Terceras en la década finisecular del Setecientos. La de Nuestro Padre San Francisco de Asís, erigida en el convento de San Pedro el Real, y las fundadas en los de Madre de Dios, Padres capuchinos y San Pedro de Alcántara. Las de la Correa y Santísima Trinidad se sirven en los conventos de agustinos y trinitarios calzados respectiva-

mente. En el de San Pablo se localiza la de Nuestro Padre Santo Domingo de Guzmán, cuyos miembros salen de madrugada a rezar por las calles el rosario de la Aurora (6). Conocemos el texto de las coplas que los muñidores o avisadores de esta Orden Tercera cantan para llamar a los hermanos. Veamos, a título de ejemplo, algunas estrofas:

«Sacudid la coyunda del sueño
que a voces os llama el glorioso
Guzmán.

a rezar el Rosario a la Aurora,
de quien siempre ha sido Siervo y
Capellán.
Pues vamos allá
que daremos gran gusto a Domingo,
servicio a María, rabia a Satanás».

Muchas de las cofradías mencionadas son de penitencia y participan en los desfiles procesionales de Semana Santa que constituyen una de las manifestaciones destacadas de la religiosidad popular. La crítica de los ilustrados se va a centrar sobre este tipo de manifestaciones y las autoridades eclesiásticas intentan cortar de raíz los abusos e irreverencias que se cometen, en ocasiones, durante la celebración de la Pasión. A lo largo de este siglo proliferan las amonestaciones y órdenes severas de los titulares de la diócesis cordobesa tendentes a eliminar determinados hechos y pautas de conducta, ya que resultan impropios de una auténtica devoción y piedad.

El edicto publicado en febrero de 1744 por el obispo don Miguel Vicente Cebrián contra los excesos en las procesiones corrobora, de manera fehaciente, la postura de la Iglesia. El contenido del mismo permite conocer la realidad y las medidas adoptadas para desterrar unos actos que profanan el verdadero sentimiento religioso:

> «Lo primero, que en las processiones, que se hacen en la Semana Santa, no se permitan personas algunas que representen a los Apóstoles, Evangelistas

(6) El informe elaborado por el municipio en 1796 menciona la Congregación de Ntra. Sra. de los Dolores establecida en el Hospital de San Jacinto que «es como una tercera orden de la Religión de los Servitas».

y Sibilas, ni tampoco a Pilatos ni los Judíos; ni se haga representación alguna al vivo de los passos de la Passión del Señor, ni sacerdote alguno, ni secular haga a Nuestro Dulcissimo Dueño Jesús, representando passo alguno de la Passión; pues las processiones han de constar solamente de las insignias y passos de la Passión de vulto, ya sean imágenes de Jesuchristo Nuestro Redemptor, de María Santísima, Nuestra Señora, de San Juan e Santa María Magdalena, y los que llevaren dichas insignias y passos, y los que acompañaren la procession han de ir con la cara descubierta en su hábito o vestido regular, o con túnicas de olandilla morada o negra, redondas y sin faldas, evitando toda profanidad; porque siendo trage y vestido de penitencia no dice bien con la superfluidad, demasía y arrogancia.

Lo segundo, que no se permitan en dichas processiones otras penitencias que la disciplina de sangre con madexa, llevar alguna cruz moderada sobre los ombros o calabera y Santo Christo en las manos, y lo mismo se deberá practicar por las calles; de modo que no podrán llevar ni hacer otras penitencias los que las anduvieren con motivo de visitar las Estaciones o andar la Vía Sacra; bien entendido que todos los que exercitaren en dichas penitencias deberán ir también con la cara descubierta.

Lo tercero, que se empiecen todas las processiones de Semana Santa, que se hacen por la tarde, a tiempo que se concluyan y estén en la Iglesia de donde salieron antes de anochecer, y las que se hacen por la mañana no salgan de la Iglesia hasta después de haver amanecido, y en dichas procesiones assistirán los eclesiásticos y religiosos que huviere sido costumbre y estilo, cantando los Psalmos y Himnos que se hayan acostumbrado cantar en tales funciones.

Lo quarto, mandamos que no concurran a dichas processiones ni qualesquiera otras, mugeres algunas con penitencias, con los pies descalzos, con túnicas o de otra manera, por ser ageno del sexo exercitarse en público con semejantes mortificaciones.

Lo quinto, que se cierren las puertas de las Iglesias a las nueve de la noche en el día de Jueves Santo y las de las Hermitas al anochecer, y no se abran dichas puertas hasta que sea de día y que no se predique sermón alguno de noche ni antes de amanecer, mientras está el Señor en el Monumento.

Lo sexto, mandamos que no den los mayordomos ni cofradías colaciones en dichos días ni refrescos o agasajos, por ser estas expressiones demostraciones de fiesta y no de la mortificación que deben tener los fieles en estos días en memoria de la Muerte de Nuestro Redemptor que nos acuerda Nuestro Santa Madre la Iglesia.

Lo séptimo y último mandamos a nuestros Vicarios no permitan se hagan dichas processiones en otra forma ni con otras penitencias, pena de excomunión mayor latae sententiae, ipso facto incurrenda, y, en caso de que las cofradías que componen dichas processiones resistieren arreglarse a la forma dicha, mandamos, y es mandado, encargamos el buen orden y disposición en ellas, evitando todo estrépito y desorden, por ser contrario a lo sagrado de las funciones, guardando la modestia y el silencio debido y procurando ir todos con tal gravedad y compostura que den a entender la interior devoción con que asisten a tan sagrados actos» (7).

A finales de marzo y en los primeros días de abril de ese año, el prelado escribe a los vicarios de distintas localidades cordobesas con el fin de que atajen ciertos desafueros. Manda que los hermanos mayores de las cofradías de Cabra supriman las colaciones que suelen dar a los penitentes que asisten a las procesiones, puesto que «se quebranta por algunos el santo precepto de el ayuno y se siguen y cometen varios excesos con nota y escándalo de los devotos». La misma prohibición afecta en la villa de Montoro a las hermandades de la Vera Cruz y Jesús Nazareno, así como a las diversas cofradías de Bujalance. También ordena al clero secular de Aguilar y Lucena que impida a los cofra-

(7) A.C.C. *Papeles varios.* Tomo 41, ff. 52 r.-53 v.

des que vayan con los rostros cubiertos, pues lo que en algunas personas «suele ser motiuo para exercitarse en maior mortificación y humildad, lo conuierte la malicia e yndevoción de otras en pretexto para executar sin ser conocidos lo que siéndolo no se atreverían a hacer» (8).

A pesar de las medidas puestas en marcha, la situación se mantiene en algunos lugares y da pie a enconadas pugnas. Así, en 1794 se hacen representaciones de la Pasión en Benamejí que provocan una encendida polémica y enfrentamiento en el clero de la villa. Unos, partidarios de la corriente ilustrada, muestran una actitud de rechazo, arguyendo que se cometen numerosos abusos contra la religión en la indumentaria de los personajes que intervienen en la escenificación. En cambio, otro sector defiende la permanencia de estos actos porque responden a un profundo y arraigado sentir popular y son claros exponentes de una devoción y fervor tradicionales (9).

Las directrices y órdenes de los titulares de la mitra en materia de procesiones encuentran una menor resistencia en la capital, donde llegaron a aplicarse en todos sus extremos, quizás debido a un control más estricto. Los desfiles de Semana Santa resultan bien conocidos gracias a dos pormenorizados informes, fechados en 1770 y 1819 respectivamente. El primero, estudiado de forma somera por Nieto Cumplido, recoge un total de 13 hermandades que hacían estación de penitencia en las calles de Córdoba (10). El Domingo de Ramos salía de la parroquia de San Lorenzo la cofradía de Jesús del Calvario y la congregación de Ntra. Sra. de los Dolores sacaba la Virgen de esta advocación. En los años que disponía de fondos suficientes, la hermandad de la Pasión de Cristo desfilaba el Miércoles Santo. El Jueves Santo cuenta con la presencia de cuatro cofradías: Jesús de la Sangre, Santo Crucifijo y San José, Jesús Humilde y Nuestro Padre Jesús del Huerto. Idéntica cifra se registra el Viernes Santo con la participación de la

(8) *Ibidem*, ff. 29 r.-39 r.

(9) Vid. CUENCA TORIBIO, J. M.: «Un conflicto clerical cordobés a propósito de la religiosidad popular (1794-96)». *Estudios del Departamento de Historia Moderna*. Zaragoza, 1977. pp. 141-161.

(10) NIETO CUMPLIDO, M.: «Semana Santa cordobesa, 1770». *Alto Guadalquivir*, 14 (1978), s/p.

de Ntra Sra. de la Soledad, Santo Entierro y Ntra. Sra. de las Penas, Ntra. Sra. de las Angustias y Jesús Nazareno. Además hay que sumar las que la documentación no especifica el día de salida como las de Ntra. Sra. del Rayo y Santísimo Sacramento, Vera Cruz y Santo Cristo de la Expiración.

En 1819 el obispo don Pedro Antonio de Trevilla pide a los responsables de las parroquias de Córdoba que realicen un informe acerca de las cofradías que sacan procesiones durante la Semana Santa en los distintos barrios de la capital. Las respuestas constituyen una fuente documental de primera mano para conocer estas manifestaciones de fervor (11).

En la circunscripción de los Santos Nicolás y Eulogio de la Axerquía figuran tres cofradías. La de Nuestro Padre Jesús del Huerto establecida en el templo parroquial, solía sacar la tarde del Jueves Santo dos pasos –Jesús orando en el huerto y Ntra. Sra. de los Dolores–, aunque, debido a la carencia de recursos, el último año que lo hicieron fue en 1797. La penuria de medios también afecta a las hermandades que se sirven en el convento de San Pedro el Real. La de la Santa Vera Cruz y Ntra. Sra. del Milagro se halla en decadencia, pues las limosnas del escaso número de cofrades se han destinado a la reedificación de la capilla, destruida por los franceses a raíz de la invasión napoleónica. Desde 1801 no hace estación de penitencia y salía el Jueves Santo con varias imágenes: Santo Cristo de las Maravillas, Ntra. Sra. de los Dolores con el título del Milagro, Santa Cruz y San Juan. La del Santo Cristo de la Expiración desfilaba el Viernes Santo con dos pasos –San Diego de Alcalá con la cruz, San Juan y la Magdalena–, y hace 40 años que la procesión no sale por las razones apuntadas. El párroco adjunta en el escrito el itinerario que seguían: «calle de la Feria, Pescadería, a la Catedral, calle Pedregosa, plazuela de la Compañía, Arco Real, San Salvador y Librería».

En el barrio de San Miguel se localizan dos cofradías que se sirven en el convento de la Merced. El Jueves Santo

(11) A.G.O. C. *Provisorato. Asuntos ordinarios.* Leg. 45.

la de Jesús Humilde con los pasos de Jesús Preso, San Juan Evangelista y Ntra. Sra. de los Dolores. Solamente algunos penitentes visten túnicas moradas. Al día siguiente desfila la hermandad de Ntra. Sra. de la Soledad con la imagen de esta advocación. En el Alcázar Viejo se encuentra la cofradía de Ntra. Sra. de la Paz que, hasta finales del siglo XVIII en que dejó de salir, procesionaba los pasos de San Juan, Nuestro Señor Crucificado, Jesús con la cruz al hombro y Ntra. Sra. de la Soledad. En el distrito de Santa Marina sale del convento de San Cayetano una procesión con Jesús Caído y Ntra. Sra. el Jueves Santo a las tres de la tarde y al anochecer hacen su entrada en el templo. La popular Virgen de las Angustias inicia el recorrido desde la iglesia conventual de San Agustín el Viernes y los hermanos, al igual que los de la cofradía anterior, llevan túnicas de holandilla morada.

La única procesión del Miércoles Santo es la que saca del convento de Madre de Dios la hermandad de Nuestro Padre Jesús del Huerto, integrada por los hortelanos. Algunos años no salía por falta de recursos y cuenta con un buen número de imágenes: Jesús orando en el huerto, Ecce Homo, Jesús con la cruz a cuestas, Crucificado, María Santísima de los Dolores, San Juan Evangelista y Santa María Magdalena. El atuendo de los penitentes idéntico a los ya reseñados. En el barrio de la Magdalena salen dos procesiones. La de la cofradía del Crucifijo que hace estación la tarde del Jueves Santo con la Verónica, Santa María Magdalena, Nuestro Padre Jesús Nazareno, Santo Crucifijo y Ntra. Sra. del Mayor Dolor. Los hermanos que llevan los pasos visten túnicas de holandilla morada con un cordón dorado de pita o cáñamo. La tarde del Viernes la cofradía de escribanos procesiona desde la iglesia de los carmelitas calzados el Santo Sepulcro y Ntra. Sra. de las Penas.

Desde la parroquia de San Lorenzo la hermandad de Jesús del Calvario abría los desfiles procesionales la tarde del Domingo de Pasión con un solo paso, el de Jesús con la cruz a cuestas. El mismo día la congregación de Ntra. Sra. de los Dolores saca esta venerada imagen del hospital de San Jacinto con una nutrida presencia de cofrades que se

reclutan en las capas altas de la sociedad cordobesa. A pesar de ello desde 1814 la procesión no sale por carecer de fondos suficientes. El elitismo social caracteriza a los miembros de la cofradía establecida en el hospital de Jesús Nazareno que en la madrugada del Viernes sale a la calle con los pasos de Nuestro Padre Jesús Nazareno, Ntra. Sra. de los Dolores, San Juan, Santa María Magdalena y la Verónica. Por último en la collación de San Nicolás de la Villa la hermandad de los panaderos organiza el Jueves una procesión en la que van Jesús con la cruz a cuestas, la Virgen, Santa María Magdalena, la Verónica y San Juan.

Las devociones que despiertan un mayor fervor en los cordobeses a lo largo del siglo XVIII son las mismas de la centuria anterior. Ante cualquier suceso calamitoso se organizan actos religiosos con el fin de implorar la protección y ayuda de la Virgen de la Fuensanta, Ntra. Sra. de Villaviciosa, reliquias de los Santos Mártires y San Rafael. La fuerte sequía padecida durante el otoño e invierno origina una serie de rogativas en los primeros meses de 1737. Así, el 16 de febrero tiene lugar una función de iglesia en honor de Ntra. Sra. de Villaviciosa y por la tarde será trasladada a la parroquia de San Pedro, donde se celebra otra función en presencia de San Rafael y las reliquias de los Mártires. Con posterioridad el Cabildo eclesiástico decide traer a la iglesia mayor la Virgen de la Fuensanta que no regresa al santuario en la fecha prevista, debido a las lluvias caídas a finales de abril. Al objeto de paliar la grave carestía provocada por la esterilidad de las cosechas se acuerda llevar a la Catedral la imagen de la Fuensanta y las reliquias de los Mártires. A raíz de las epidemias sufridas en 1738 y 1804 los fieles piden la intercesión de San Rafael. Las acciones vuelven a repetirse con motivo del terremoto que sacude la ciudad en noviembre de 1755.

Disponemos de otros testimonios que evidencian la prioridad de tales devociones. En 1715 sale la segunda edición del tratado de Páez Valenzuela sobre Ntra. Sra. de Villaviciosa y en 1798 el capuchino fray Jerónimo José de Cabra publica *Memorias antiguas y modernas de la invención, traslación y milagros de la prodigiosa imagen de María Santísima de Villaviciosa.* En 1795 se reedita el libro de Vaca

de Alfaro *Historia de Nuestra Señora de la Fuensanta.* En 1763 se construye una nueva capilla en la iglesia de San Pedro para albergar las reliquias de los Mártires. Asimismo, durante el Setecientos se levantan en distintas zonas del casco urbano monumentos al Custodio, los llamados Triunfos, y en 1781 se imprime una obra póstuma del monje basilio P. Jerónimo de Vilches que lleva por título *Triunfo angélico del celestial príncipe, poderoso protector y glorioso custodio de la ciudad de Córdoba San Rafael.*

También hay que mencionar distintas devociones que gozan de bastante popularidad. En primer lugar, los patronos de la ciudad San Acisclo y Santa Victoria a los que todos los años se les dedican solemnes cultos con asistencia de los Cabildos municipal y catedralicio. El fervor a Ntra. Sra. de la Salud aumenta en esta centuria. Así, en 1755 el presbítero Juan Pedro Moreno Arias publica una novena en honor de la susodicha advocación mariana y en los primeros años del XIX se labra la ermita actual que después sería capilla del cementerio. En cambio, el entusiasmo a la Virgen de Linares baja de manera ostensible como lo ratifica la obra de fray Lucas de Córdoba, publicada en 1805 «con el fin de promover su culto y extender su devoción». En este siglo la Virgen de los Dolores alcanza un indudable protagonismo entre la masa de cordobeses.

A lo largo del Setecientos se potencia el culto a determinados santos o bien se introducen advocaciones que alcanzan un mayor desarrollo en el siglo XIX. Con motivo del terremoto de 1755 se fomenta la devoción a San Felipe Neri. El 14 de noviembre la imagen se traslada en procesión a la Catedral desde la iglesia del Oratorio, acompañada por un elevado número de fieles, con el propósito de implorar su protección en semejantes calamidades. Entre las nuevas devociones cabe destacar las de la Divina Pastora y el Corazón de Jesús.

La procesión del Corpus mantiene el antiguo esplendor, aunque continúan las dificultades en las arcas municipales para sufragar la fiesta. Por ejemplo en 1714 el ayuntamiento reduce la subvención debido a que los bienes Propios se hallan embargados. Las aportaciones de los gremios de la seda, paños y lienzos, mercería y especiería

significan en el conjunto de gastos un porcentaje muy bajo, inferior al 10%.

Una gran parte del dinero se utiliza para financiar las danzas –por lo general dos cada año– en las que intervienen gitanos. Asimismo se entregan cantidades variables a las personas, corporaciones artesanales y comunidades religiosas que suelen adornar el itinerario con arcos, colgaduras diversas y altares. La limpieza y empedrado de las calles que recorre el vistoso desfile exigen desembolsos de cierta entidad. En ocasiones surgen gastos extraordinarios que obligan a recortar o suprimir algunas partidas. En 1748 las autoridades locales deciden hacer nuevos gigantes y la tarasca que encabeza la procesión; para ello resulta necesario eliminar «los gastos de propinas, agasajos y refresco de la víspera del día del Corpus». Al final el acuerdo queda sin efecto al no haberse encontrado en la ciudad «operarios tallistas que los hiziesen y los forasteros preocupados en la Sillería que está haziendo la Santa Yglesia Cathedral» (12).

Aparte de las celebraciones fijas, se organizan actos religiosos con motivo de acontecimientos diversos. Gran brillantez revisten los llevados a cabo por distintas comunidades para festejar la beatificación o canonización de miembros de las respectivas órdenes afincadas en Córdoba. Los jesuitas celebran en 1716 la beatificación de Juan Francisco de Regis y la oración panegírica estuvo a cargo del P. Pedro del Busto, catedrático de Sagrada Escritura en el Colegio de Santa Catalina y anteriormente lo había sido de Metafísica en el centro educativo de Montilla. Años más tarde preparan unas lucidas fiestas, descritas por Pedro Clemente Valdés en su obra *Amphitheatro Sagrado,* en honor de San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka, canonizados por Benedicto XIII. Los carmelitas descalzos dedican en 1728 un solemne novenario a San Juan de la Cruz por haber subido a los altares. Los trinitarios en febrero de 1767 celebran la beatificación de Simón de Rojas y en 1784 tiene lugar una fiesta en el convento de los Capuchinos al ser declarado beato fray Lorenzo de Brindis.

(12) A.M.C. Sección III. Serie 12, Doc. 117.

La nómina de oradores sagrados en la Córdoba del siglo XVIII resulta bastante nutrida. Nos limitaremos a citar las fogosas predicaciones de fray Diego José de Cádiz que atraían un inmenso gentío. La presencia del famoso capuchino en 1786 constituye un verdadero acontecimiento y congrega una muchedumbre, ansiosa de escucharle, en los sermones que tienen por escenario el crucero de la Mezquita-Catedral y la plaza de la Corredera. Un exponente de la calurosísima acogida serán los agasajos y distinciones que recibe. Los Cabildos municipal y eclesiástico le nombran caballero veinticuatro y canónigo honorario respectivamente y el titular de la mitra teólogo de Cámara y Examinador sinodal. Con la misma aureola popular misiona en un buen número de localidades cordobesas, entre ellas Cabra, Priego, Montoro, Castro del Río y Baena.

VI. FIESTAS, ESPECTACULOS Y DIVERSIONES

Las diversiones públicas en la Córdoba del Setecientos mantienen la tradición de los dos siglos anteriores, ya que las novedades introducidas en esta centuria son escasas. La ciudad ofrece a lo largo del año numerosas fiestas que causan el natural regocijo de la población. Casi todas atraen una nutrida concurrencia deseosa de exteriorizar su alegría y, en ocasiones, acude una elevada cifra de forasteros, generalmente de núcleos próximos, que se trasladan a la capital con el fin de presenciar unos espectáculos que no tienen posibilidad de ver en sus lugares de residencia.

Sin duda, los festejos que despiertan un mayor interés, ratificado por el alto poder de convocatoria, son los toros que en esta época suelen lidiarse a pie, reemplazando el toreo a caballo que había alcanzado tanta difusión entre la nobleza cordobesa en el XVI y XVII. Una masa humana participa y vive intensamente con gritos y aplausos el desarrollo de la corrida. Aparecen representados los distintos grupos sociales que hacen gala por igual de un marcado entusiasmo. La aristocracia local asiste muy complacida y algunos miembros, caso del marqués de Cabriñana o el vizconde de Sancho Miranda, protegen y ayudan a los lidiadores, granjeándose vivas muestras de simpatía. Las capas populares llenan las gradas, aunque sea a costa de grandes sacrificios. El inglés W. Dalrymple en la visita que realiza en julio de 1774 comenta el hecho en términos elocuentes: «Hemos tenido fiestas de toros y, para mi gusto, es un espectáculo insípido y, sin embargo, este pueblo está

tan locamente entusiasmado con él que venderían sus vestidos para pagar la localidad» (1).

Las exhibiciones taurinas tienen lugar durante la mayor parte de los días feriados. Asimismo, las autoridades municipales organizan siempre lucidos festejos para celebrar diversos acontecimientos relevantes y para obsequiar a los visitantes ilustres. Tampoco faltan en determinadas fiestas señaladas del calendario litúrgico y, a veces, se programan para conseguir fondos destinados a un fin concreto. Normalmente, la grandiosa plaza de la Corredera sirve de marco, aderezándose con múltiples adornos y colgaduras en los balcones. Con carácter excepcional se habilitan otros espacios del casco urbano.

En 1707 con motivo del nacimiento del príncipe de Asturias don Luis se celebran varias corridas. También hay toros en abril de 1749 para festejar la paz con los ingleses. Los días 14, 16 y 18 de junio de ese año la ciudad acuerda montar sendos espectáculos, lidiándose 12 astados en cada uno, en la plaza de la Magdalena al objeto de acrecentar las reservas del Pósito. La misma finalidad se persigue con los organizados en la Corredera el 23, 25 y 27 de septiembre.

Los viajeros extranjeros, a pesar del desdén no disimulado hacia lo taurino, nos han proporcionado valiosas descripciones. Valga como botón de muestra la realizada por el citado W. Dalrymple que constituye un documento de primera mano para conocer el enardecido y colorista ambiente:

> «Todos los jóvenes de familias acomodadas asisten vestidos de majos, es decir, como petimetres, con el gran fieltro, la capa y una redecilla de seda que envuelve sus cabellos; llevan con eso además largas espadas bajo la capa. Una gitana, especie de batelera, se distinguió atacando ella misma a uno de los toros, pero la derribó y la pisoteó; todo el tendido resonó con sus aplausos; es la costumbre aplaudir al vencedor, sin embargo, el marqués de Cabriñana, para recompensar su valor, gritó *¡Viva la Luisa!,* y le dió un

(1) *Viajes de extranjeros...* III p. 653.

grueso puñado de duros. Los mozos empleados en luchar con los toros recibieron los cumplidos de todos los jóvenes elegantes y, en esa ocasión, trataron a fondo todas las maneras de atacar y de defender en ese género de lucha» (2).

Con motivo de la subida al trono de Carlos III en 1759, el municipio celebra la efemérides y los días 14 y 16 de noviembre tienen lugar dos corridas completas de 16 toros en una plaza de madera levantada en el Campo de la Merced. En este sitio hay todos los domingos festejos taurinos. Uno de ellos fue presenciado por el francés J. F. Peyron en el último cuarto del XVIII, quien ofrece una imagen bastante negativa:

> «Llegué a Córdoba el domingo temprano; después de misa, cinco horas de sueño y la comida, fui a la corrida de toros. Pero [...] ¡qué corrida! y ¡qué picador!, porque no había más que uno de cincuenta años de edad, montado sobre un jamelgo que, poco más o menos, debía tener la edad de su amo. Me fui a sentar temblando sobre las gradas mal seguras de la plaza; al momento ví aparecer a un toro joven que huía ante el picador, del que a su vez era huido también; sin embargo, aplaudían y todos los espectadores me parecieron muy contentos de la fiesta que fue seguida de un paseo por la muralla» (3).

Si en esta ocasión el espectáculo resultó lamentable por lo que a calidad se refiere, en Córdoba torearon afamados diestros como los populares Pedro Romero y José Delgado (Pepe-Hillo).

A finales del XVII la actuación del dominico P. Posadas motiva la prohibición del teatro, una situación que se mantiene hasta el último tercio del Setecientos. Las autoridades municipales y eclesiásticas se muestran totalmente reacias a dar el visto bueno a las representaciones de cómicos. Sin embargo, un empresario italiano, llamado Antonio Ribalto, amparándose en unas disposiciones legales, consigue permiso del ayuntamiento, en mayo de 1769,

(2) *Ibidem.*
(3) *Ibidem.* p. 815.

para que actuara varios años una compañía de ópera. En 1770 una real orden de Carlos III obliga al gobierno local a la admisión de las comedias. De inmediato, el arte escénico cobra una gran vitalidad, reflejada en la masa de aficionados que acude al coliseo de madera instalado en la actual calle Ambrosio de Morales, frente al convento del Corpus Christi.

En marzo de 1771 se confecciona un reglamento por el que se establecen ciertas limitaciones. En ningún caso las funciones pueden durar más de tres horas, prohibiéndose la repetición de números cómicos, bailes o tonadillas. La causa obedece a que el espectáculo debe finalizar al toque de ánimas, en verano a las siete de la tarde y en invierno a las cinco. Asimismo, continúan vigentes unas normas estrictas, contempladas al regularse dos años antes las representaciones de ópera, acerca de la separación entre uno y otro sexo para evitar atentados contra la moral y buenas costumbres. Hombres y mujeres utilizan puertas de entrada distintas y también en el interior ocupan localidades en zonas diferentes. Por último, ninguna persona puede encender «cigarros de tabaco, ni lo tome en pipa, así por el riesgo de algún incendio, como por lo que se ofende con el humo y el olor a los demás del concurso» (4).

El testimonio de W. Dalrymple permite conocer algunos detalles en vivo sobre las funciones teatrales dadas en Córdoba en estas fechas:

> «El teatro es muy poca cosa; los actores son malos. La obra que he visto fue lamentablemente representada. Las señoras van a los palcos vestidas a la francesa; pero los hombres, lo más a menudo, con sus capas y grandes sombreros, cualquier otro traje les parecería demasiado incómodo [...]. Las mujeres que conservan el traje español van todas reunidas encima de los primeros palcos a una galería que llaman la cazuela; los hombres no pueden ser allí admitidos durante el espectáculo, pero conversan por señas con sus amantes; ese lenguaje se entiende de lejos y es muy útil para la intriga que es el gran asunto entre los dos sexos» (5).

(4) Vid. RAMIREZ DE ARELLANO, R.: *op. cit.* pp. 77-94.
(5) *Viajes de extranjeros...* III. p. 652.

El texto constata de forma elocuente la pervivencia del atuendo tradicional en los hombres y la introducción de la moda francesa en un sector de la población femenina. Las disposiciones del marqués de Esquilache, que originaron, entre otras causas, el motín de 1766, no lograron modificar las costumbres españolas en este punto, a pesar de que en la Corte los grandes empiezan a difundir el uso de la capa corta y el sombrero de tres picos.

Las comedias siguen despertando el entusiasmo popular, aunque se alzan voces influyentes en contra. Se inicia una fuerte campaña de oposición dirigida por el clero con el apoyo del obispo Yusta Navarro que logra sus propósitos. Las monjas del Corpus elevan un memorial al ayuntamiento en el que detallan los perniciosos efectos que la proximidad del teatro ocasiona al convento. El escrito motiva la intervención de los diputados y procurador sindico del Común en la sesión del Cabildo municipal celebrada el 14 de mayo de 1782. La exposición contiene numerosos argumentos por los que, a juicio de ellos, deben proscribirse de la ciudad las actuaciones de cómicos. Al final las presiones cosechan los frutos deseados, ya que una real orden dada en 1784 prohíbe cualquier tipo de representaciones.

La cuestión del teatro desata una enconada polémica a raíz de la solicitud hecha por Casimiro Montero al municipio en 1799 para representar comedias (6). Los capitulares se muestran totalmente reacios a conceder la autorización, salvo un grupo minoritario encabezado por el ilustrado don Lorenzo Basabrú. Idéntica posición sostienen el prelado don Agustín de Ayestarán y Landa y la inmensa mayoría del clero. No obstante, el monarca, mediante una real orden de 17 de octubre de 1799, obliga a las autoridades locales a permitir que el empresario mencionado establezca un teatro en la capital. Las funciones comienzan el 13 de abril del año siguiente.

La decisión de Carlos IV va a ser contestada de forma virulenta, especialmente a través del púlpito. Los predicadores inician una campaña furibunda en la que juegan un

(6) La polémica ha sido estudiada ampliamente por L. E. SANCHEZ GARCIA: «Iglesia y teatro en Córdoba a fines del siglo XVIII». BRAC, 103, (1982), pp. 167-192.

papel relevante fray Francisco Aguilar, dominico del convento de San Pablo, y don Mariano José Sáenz, canónigo de la Real Colegiata de San Hipólito. Este último lanza ataques contra los ministros del gobierno en un sermón que tiene por marco la parroquia de San Andrés el 16 de mayo de 1800. Compartía los planteamientos y acciones en favor de la proscripción de las comedias llevadas a cabo por fray Diego José de Cádiz y resulta sintomático que el citado clérigo predique en las exequias del famoso capuchino organizadas por el Cabildo catedralicio en 1801.

El arte escénico en Córdoba vive una etapa corta y a la vez intensa de la mano de Casimiro Montero. Desde el 13 de abril hasta finales de junio de 1800 se representa un buen número de comedias, según acredita el estudio realizado por L. E. Sánchez García. Entre ellas figuran *El desdén con el desdén* de Agustín Moreto, *Raquel* de García de la Huerta y otras obras de autores con un reconocido prestigio. Sin embargo, las tesis defendidas por el clero triunfan, ya que a principios de octubre de 1801 queda clausurado el teatro.

Los cordobeses también celebran a lo largo del año una serie de ferias en las que el aire festivo se conjuga con las transacciones mercantiles de frutos y ganados. Las fechas de las mismas vienen recogidas en un memorial elaborado por el alcalde mayor don José Jacinto Cebrián a finales de junio de 1789 con destino al Consejo de Castilla:

> «Que en los días de Pascua de Espíritu Santo, 24 de Junio, 25 de Julio, 28 de Agosto y 8 de Septiembre se celebran anualmente en la referida Ciudad y estramuros de ella unas ferias compuestas de varias manufacturas, comestibles y crecido número de puestos con licores, entrando también en la primera para su venta toda especie de cavallerías en un dilatado campo destinado a este efecto, estendiéndose particularmente la última por ocho o diez días y en donde se cuentan más de 400 tiendas» (7).

El testimonio constata de manera fehaciente la existencia de dos grandes ferias y otras de menor entidad en los

(7) A.M.C. Sección VI. Serie 34. Doc. 6.

meses del estío como las veladas de San Juan y Santiago. Aquellas tienen una mayor duración y las fechas coinciden con las que se celebran en la actualidad en honor de la Virgen de la Salud y Ntra Sra. de la Fuensanta respectivamente.

El escrito del alcalde mayor tiene como objetivo la supresión de tales ferias, argumentando que los excesos cometidos atentan a la moral y buenas costumbres:

> «Como aquellas se celebran en las estaziones más rigurosas del año, resulta una concurrenzia numerosa por la noche en aquel parage en las gentes de ambos sexos esparcidas por el dilatado campo y sus ynmediaciones, que se hallan situadas en un terreno alto, montuoso y con huertas inmediatas, cuya espesura presta fomento para todo género de excesos imponderables y más quando la citada concurrencia tiene su mayor fuerza en la venta de comestibles, vevidas heladas y licores desde poco antes de obscurecer hasta las dos o tres de la mañana» (8).

Aunque el monarca suprime, durante un corto espacio de tiempo, las susodichas ferias, las protestas de labradores y ganaderos dejan sin efecto la prohibición, tras la derogación del real decreto.

Los habitantes de la ciudad participan de lleno en las fiestas celebradas con ocasión de relevantes acontecimientos en la vida nacional. Entre ellas merecen destacarse las aclamaciones de los reyes al subir al trono. Se conservan relaciones impresas de los actos programados en 1724 y 1746 para rendir público homenaje a Luis I y Fernando VI respectivamente. La iniciativa y financiación corre a cargo de las autoridades municipales, aunque colaboran al esplendor de los mismos los gremios y el vecindario en general.

La proclamación de Luis I motiva lucidas fiestas en febrero de 1724. El domingo 20 es la fecha señalada para el acto principal consistente en tremolar el estandarte real desde la torre del Homenaje del Alcázar, ceremonia secular que se remonta a 1407. El traslado del pendón reviste

(8) *Ibidem.*

gran solemnidad; una comitiva, integrada por los miembros del gobierno municipal ataviados con ropajes lujosos, recorre diversas calles hasta llegar a la Mezquita-Catedral y en la puerta del Perdón son cumplimentados por el titular de la diócesis don Marcelino Siuri y Cabildo catedralicio en pleno. Después pasan al interior del templo donde el prelado bendice la enseña. A renglón seguido se dirigen al lugar del escenario, incorporándose el tribunal del Santo Oficio. Los vítores de la masa humana congregada ponen el broche final.

Al día siguiente los cereros sufragan una «lucida invención de pólvora» y en la noche del martes los plateros organizan una máscara seria en la que desfilan medio centenar de personas a caballo, otras representando a los infantes de Lara y un carro triunfal con dos jóvenes simbolizando a los monarcas. También los botoneros, cordoneros y tejedores de seda programan diversiones y la tarde del viernes los gremios de albañilería y carpintería una lucida máscara. El sábado los vecinos de la calle de la Feria en unión de los hermanos de la cofradía del Rosario, establecida en la ermita de Ntra. Sra. de la Aurora, «encerraron algunos toros para mañana y tarde, en que se dio principio al festejo por el passeo de algunos que, en trajes bien imitados de turcos a cavallo, corrieron diferentes parejas e hicieron varios juegos» (9). Por la noche, los fuegos artificiales, costeados por los «gremios del bujón, paños y lienzos», sirven de colofón.

Desde el 6 hasta el 11 de noviembre de 1746 duran los festejos realizados con motivo de la aclamación de Fernando VI. El acto de tremolar el pendón real marca el comienzo de los mismos, si bien la víspera tienen lugar fuegos artificiales en la plaza de la Corredera, engalanada con espléndidas luminarias. El día 8 la primera corrida en la que los «toreros de a pie hicieron vistosas suertes» y al siguiente una suntuosa máscara financiada por los albañiles y carpinteros en la que figuran, entre otras alegorías, las ocho maravillas del mundo: murallas de Babilonia, coloso de Rodas, tumba del rey Mausolo, templo de Diana en

(9) *Verídica relación de las solemnes circunstancias con que la ciudad de Córdoba celebró el acto de la aclamación del rey Don Luis Fernando...* Córdoba, s.a. p. 10.

Efeso, pirámides de Egipto, el Júpiter de Fídias, el faro de Ptolomeo y El Escorial.

Dos días más tarde, nuevo espectáculo taurino en el que se lidian 15 toros y a continuación una fastuosa máscara de los plateros que causa una gran admiración. Abren el desfile las cuatro partes del mundo, representadas por jóvenes montados en briosos caballos:

> «La Europa iba de madama vestida ricamente a la española, tan prendida de vestido y joyas que dio embidia a las vanidades...
>
> La Asia se representaba también en ávito de muger, pero vestida a lo turco, turbante muy resplandeciente, cadenas de oro en el pecho, brazalete de rica pedrería obstentando su mucha riqueza en los minerales que athesora...
>
> La Ethiopía, también vestida de madama, daba a entender en su color negro la vecindad del Sol en aquellas provincias, la barbaridad de sus gentes y la protervia de sus herrores...
>
> La América se representaba en trage de muger, vestida a lo indio, tostada piel, penacho y cinturín de plumas, arco y flechas en la mano, para dar a entender en éstas las armas que usaban sus naturales y en las plumas la ligereza con que se sometió a el español dominio...» (10).

Llama la atención el significado de las figuras así como el tratamiento peyorativo dado a los pueblos africanos y americanos. Cierra el desfile un carro triunfal, tirado por seis caballos, en el que dos mancebos entronizados representan a los flamantes monarcas.

La ciudad agasaja con fiestas a los visitantes ilustres. Sin duda, las más lucidas son las celebradas en honor de Carlos IV y la familia real que permanecen varios días en marzo de 1796. La presencia de los monarcas origina grandes demostraciones de júbilo, recogidas de forma poética por el agustino P. Leal en la obra titulada *Obsequios de Córdoba a sus Reyes o descripción de las demostraciones*

(10) A.C.C. *Papeles varios.* Tomo 36, pp. 270-271.

públicas de amor y lealtad que Córdoba tributó a nuestros Católicos monarcas en Marzo de 1796. Entre los actos cabe destacar una corrida de toros en la plaza de la Corredera. El recinto luciría una espléndida iluminación durante tres noches y una banda de música divertía a la concurrencia; los gastos fueron sufragados por la congregación de plateros.

La visita de los infantes don Luis y doña María Teresa en mayo de 1729 motiva diversos festejos. Las autoridades locales agasajan espléndidamente, a finales de junio de 1766, al embajador de Marruecos Sidi Ahmed el-Gacel. Procedente de Sevilla llega el 26 y aquella misma tarde se lidian en su honor ocho toros en la plaza de la Corredera. Al día siguiente se organiza otra corrida y por la noche fuegos artificiales.

Los paseos constituyen una de las diversiones cotidianas de los cordobeses. Todos los grupos sociales acuden en los días de fiesta a determinadas zonas de la ciudad. A lo largo del siglo XVIII los lugares de esparcimiento por excelencia continúan siendo los mismos de las centurias anteriores, aunque también se ponen de moda otros sitios. Uno de los más concurridos en el último tercio del Setecientos serán los aledaños del recinto amurallado en la zona comprendida entre la puerta Gallegos y el Campo de la Merced. Asimismo, hay que mencionar los paseos en barca que gozan de una gran aceptación. Alrededor de 25 pequeñas embarcaciones se dedican para recreo y diversión de los habitantes de la capital.

Durante los meses estivales el Guadalquivir cobra una inusitada animación. Cientos de personas de uno y otro sexo van a bañarse y esta masificación preocupa seriamente a los titulares de la mitra. Ante la imposibilidad de prohibir los baños por los beneficios que reportan a la salud, el obispo don Miguel Vicente Cebrián publica a mediados de julio de 1743 un edicto para combatir «los muchos desórdenes y escándalos que se experimentan en el río Guadalquivir».

Las medidas adoptadas consisten básicamente en separar a mujeres y hombres en los baños y establecer zonas y horarios distintos. Aquellas pueden acudir desde la caída

de la tarde hasta el amanecer a los «sitios de la Alameda, Pedregal de la azúa, frente a las Pelambres y orilla que sigue, y llaman Ceniceros, hasta el Puente y el Arenal» (11). Bajo pena de excomunión mayor ningún varón estará presente en los lugares y horas expresadas; idéntico castigo espiritual se impone a «los que nadando o disfrazándose con trage de mugeres se introduxeren en los sitios señalados para la baño de estas al tiempo o horas destinadas para su baño».

Por último, a través de las composiciones poéticas de un cirujano que ejerce la profesión en Almodóvar del Río, tenemos constancia del revuelo que provoca en la ciudad la llegada de un individuo forastero que intenta ascender en un globo impulsado por aire caliente. El vecindario ayuda económicamente a sufragar los gastos y acude en masa al Campo de la Merced a presenciar tan insólito espectáculo. Sin embargo, tras realizarse varias pruebas fallidas, los innumerables curiosos quedan frustrados (12). La interesante experiencia se lleva a cabo en los años finales del siglo XVIII, poco después del primer logro conseguido en Francia por los hermanos Montgolfier.

(11) *bidem.* Tomo 41, pp. 46-47.

(12) JIMENEZ MORENO, M.: «Diego Morillo Velarde: aprendiz de poeta. Año 1799». Trabajo mecanografiado inédito.

VII. EL GOBIERNO MUNICIPAL

El gobierno municipal mantiene básicamente la estructura de los siglos anteriores. Las mutaciones llevadas a cabo en esta centuria no dan lugar a transformaciones esenciales, ya que continúan vigentes los mismos esquemas jurídicos y sociales. Sin duda, las reformas más significativas de la administración local son las realizadas por Carlos III en 1766. Tras los graves sucesos del llamado motín de Esquilache, el monarca promulga, a instancias de Campomanes, el 5 de mayo un auto acordado en el que se instituyen los diputados y síndico personero del común, elegidos por el vecindario y encargados de velar y defender los intereses de la población.

De nuevo, el Catastro de Ensenada suministra una valiosa información que permite conocer de manera prolija distintos aspectos de la vida municipal. La susodicha documentación especifica el número de oficios y la identidad de las personas que los regentan, los salarios que perciben los funcionarios, la situación de la hacienda real y otros puntos de gran interés (1).

La jurisdicción de la ciudad de Córdoba había sufrido sustanciosas amputaciones territoriales, sobre todo en el siglo XVII. A pesar de ello, el municipio conserva algunos restos del poderío de antaño. Durante el Setecientos un total de cuatro localidades, todas situadas al norte del Gua-

(1) Las respuestas generales del Catastro que aluden al municipio han sido analizadas por J. M. DE BERNARDO ARES: «Hacienda municipal, oficios y jurisdicciones enajenadas. El municipio de Córdoba a mediados del siglo XVIII». *Omeya*, 23 (1976-79). s.p.

dalquivir, están sujetas a la autoridad de la capital del Reino: Fuente Obejuna, Obejo, Espiel y Villaviciosa. La enajenación de Espiel en favor del I marqués de Almodóvar quedó sin efecto años más tarde, debido a los problemas de los herederos para cumplir las condiciones económicas estipuladas en la venta.

El peso de la gestión municipal descansa en los miembros del Cabildo-corregidor, veinticuatros, jurados-- que periódicamente se reúnen y celebran sesiones en las que se adoptan decisiones sobre las más variadas cuestiones que afectan a la vida de la ciudad. Las atribuciones y competencias de las personas que integran el ayuntamiento son muy similares a las ya señaladas en los siglos XVI y XVII.

La figura del corregidor encarna la autoridad real en el concejo y ejerce un control del poder local. La designación corresponde al monarca que, por lo general, elige a uno de los candidatos propuestos por la Cámara de Castilla. Aunque en teoría el mandato dura tres años, en la práctica encontramos casos que sobrepasan el susodicho período de tiempo. Las funciones del cargo quedan ampliadas, sobre todo en el ámbito económico, en aquellas poblaciones como Córdoba que eran capital de una intendencia.

A lo largo del siglo XVIII el corregimiento de Córdoba va a estar ocupado por miembros de la nobleza y, en ocasiones, por juristas. Los primeros constituyen mayoría y reciben de la Corona el citado empleo en recompensa a los servicios prestados. Dentro de este nutrido grupo cabe mencionar a don Francisco Antonio de Salcedo y Aguirre, señor del Vadillo, miembro del Consejo de Hacienda y regidor perpetuo de Soria, que desempeña el cargo en los primeros años de la centuria; en la década de los veinte, don Juan de Vera Zúñiga y Fajardo, caballero de la Orden de Santiago; a mediados de los años sesenta, don Bernardo de Rojas y Contreras, caballero de la Orden de Calatrava, y, cuatro lustros después, don Pascual Ruiz de Villafranca y Cárdenas, caballero de Calatrava, regidor perpetuo de Orihuela, y alguacil mayor del Santo Oficio de Murcia y maestrante de la Real de Ronda.

Los que proceden del campo del Derecho tienen una menor representación cuantitativa, a pesar de que algunos

monarcas muestran una clara predilección, debido a que se identifican con el pensamiento ilustrado. Entre ellos podemos citar a don Miguel Arredondo Carmona, corregidor de la ciudad en los inicios del reinado de Carlos III y con anterioridad era oidor en la Real Chancillería de Granada.

El corregimiento de Córdoba es importante y suele recaer en personas que tienen acumulada cierta experiencia, desempeñando la misma función en otras poblaciones o bien ocupando cargos en la administración. Al mismo tiempo, sirve de trampolín para conseguir puestos de mayor categoría. Un ejemplo lo tenemos en don Fernando de Valdés y Quirós, corregidor de Burgos antes de llegar a nuestra ciudad en 1747. Tras permanecer un lustro aproximadamente, será designado en 1752 Asistente de Sevilla.

La duración del mandato, aunque en principio era de tres años, presenta sensibles variaciones. Algunos se mantienen un corto espacio de tiempo, mientras que otros disfrutan de una larga etapa de gobierno. Así, don Fernando Matanza Corcuera y Gallo se halla al frente del municipio desde finales de enero de 1700 hasta los últimos días de noviembre del año siguiente. En cambio, don Francisco Bastardo de Cisneros y Mondragón será corregidor durante más de 20 años.

Al igual que en las centurias precedentes, las funciones genuínas de los alcaldes mayores son de tipo judicial, aunque desempeñan interinamente tareas de gobierno cuando sustituyen al corregidor en caso de ausencia o enfermedad. También elaboran multitud de informes en calidad de asesores jurídicos del gobierno municipal. A mediados del XVIII se regulan las competencias de las dos alcaldías mayores que se ocuparían de causas civiles y criminales respectivamente. En realidad la normativa dictada establece una división similar a la que encontramos en los siglos anteriores. La situación experimenta notorias variaciones en la segunda mitad del Setecientos. Así, en 1763 se promulga una disposición por la que ambos alcaldes entienden de los mismos asuntos y en 1783 se introducen diferentes categorías que proporcionan ingresos distintos (2).

(2) Acerca de los alcaldes mayores en el siglo XVIII, vid, J. M. DE BERNARDO ARES: *Los Alcaldes Mayores de Córdoba (1750-1833)*. Córdoba, 1978.

Como señala J. M. de Bernardo, hasta 1750 los corregidores nombran los alcaldes mayores y a partir de esa fecha la designación corresponde al monarca, quien suele elegir un candidato de la terna elaborada por la Cámara de Castilla. De ordinario el mandato dura tres o seis años y con carácter excepcional se prorroga. Las alcaldías de Córdoba resultan atractivas por el prestigio e importancia del cargo, de ahí que generalmente el nombramiento recae en personas que tienen cierta experiencia. Una buena parte de los titulares han sido alcaldes mayores o corregidores en localidades de menor entidad. Aparte de los magistrados susodichos, intervienen en la administración de justicia a nivel local los jueces reales y los alcaldes ordinarios.

Los veinticuatros juegan un papel relevante en las decisiones del gobierno municipal y con sus votos marcan las pautas a seguir en los diversos asuntos. El número de oficios aumenta de forma considerable; a mediados de la centuria figuran 53 veinticuatrías en propiedad y 13 renunciables que, en esa fecha, se hallan vacantes. Las causas del incremento obedecen a la necesidad de allegar recursos. Los cargos se venden y las cotizaciones medias en los años centrales del XVIII fluctúan entre 22 y 26.000 reales (3). Al igual que en los siglos anteriores, los ingresos que obtienen los titulares de las regidurías son mínimos, sin embargo, el fuerte atractivo reside en el prestigio y poder que conlleva el ejercicio del cargo.

Las veinticuatrías están monopolizadas totalmente por los miembros del estamento nobiliario, fenómeno que viene corroborado por distintas relaciones nominales. Veamos la identidad de los caballeros veinticuatro en diferentes fechas. A principios de 1715 hemos localizado 21 individuos pertenecientes a familias de rancio abolengo de la aristocracia local (4). Aparecen varios títulos de Castilla

---

(3) CUESTA MARTINEZ, M.: *El municipio cordobés a mediados del siglo XVIII (Años 1746, 1747 y 1748).* Memoria de Licenciatura inédita. Córdoba, 1983. I. p. 85.

(4) Don Pedro Alfonso Gómez de Cárdenas; don Diego Jacinto de Guiral y Concha; don Antonio Dimas de Cárdenas; don Pedro Jacinto Fernández de Argote; don Antonio Pardo Caballero; don Francisco de Argote y Góngora; don Martín Fernández de Cárcamo; don José Carlos Guajardo Fajardo; don Fernando Carrillo; don José de Córdoba y Aguilar; don Francisco Fernández de Córdoba; don Juan de

como don Pedro Alfonso Gómez de Cárdenas y don Francisco Fernández de Córdoba, conde de Villanueva de Cárdenas y vizconde de la Puebla de los Infantes respectivamente. Asimismo, encontramos un nutrido grupo de personas que forman parte de las Ordenes Militares. En su mayoría poseen el hábito de la Orden de Calatrava: don Francisco de Argote y Góngora, don Martín Fernández de Cárcamo, don José Carlos Guajardo Fajardo, don Carlos Usel y Gimbarda. También constatamos algunas ausencias como por ejemplo don Alonso Pérez de Saavedra y Narváez que ocupa en el mencionado año el cargo de corregidor de Madrid. Una situación muy parecida corresponde al último cuarto del Setecientos.

Las respuestas generales y los libros de familias seglares del Catastro de Ensenada suministran referencias precisas acerca de los propietarios de oficios. La documentación consigna la identidad de 36 personas; algunas –condesa de Villanueva de Cárdenas, conde de Gabia, don Luis de Valenzuela– poseen dos veinticuatrías. Salvo tres titulares que residen fuera de la ciudad, todos figuran incluidos en los padrones de hijosdalgo notorios elaborados a finales de 1753 (5). Llama la atención el elevado número de títulos de Castilla:

– D. Juan de Argote Guzmán Fernández de Córdoba, marqués de Cabriñana.

– D. Fernando de Cabrera y Cárdenas, marqués de Villaseca.

– D.ª Francisca María del Corral Cortés y Mesa, marquesa viuda del Villar.

– D. Joaquín Fernández de Córdoba, marqués de la Puebla de los Infantes.

– D. Luis Fernández de Córdoba, conde de Torres Cabrera y del Menado.

Armenta; don Bernardino Salcedo y Castilla; don Agustín de Valenzuela; don Diego Pérez de Guzmán y Córdoba; don Antonio Toboso de los Ríos y Castillejo; don Antonio de Hoces; don Fernando de Saavedra y Mendoza; don Alonso Pérez de Saavedra y Narváez; don Carlos Usel y Gimbarda y don Gonzalo Fernández Guzmán Córdoba y Heredia.

(5) Los propietarios de veinticuatrías que no moran en Córdoba son la marquesa del Carpio que vive en Madrid, doña Josefa de Aljama, vecina de Montoro, y don Andrés Ruiz de Morales y de los Ríos, residente en Indias.

– Conde de Gabia.

– D.ª Teresa Gómez de Cárdenas, condesa viuda de Villanueva de Cárdenas.

– D. Gonzalo Manuel Ruiz de León y Lando, conde de la Fuente del Sauco y marqués de Jódar.

– D. Francisco Mesía de la Cerda, marqués de la Vega de Armijo.

– D. Luis Narváez y Saavedra, conde de la Jarosa.

– D. Martín Pérez de Saavedra, marqués de Rivas.

– D. Francisco Javier de los Ríos, vizconde de Sancho Miranda.

La alta nobleza local tiene una amplia representación en las veinticuatrías del gobierno municipal. También aparecen caballeros de Ordenes Militares. Posee el hábito de Calatrava don Juan de Figueroa y Córdoba; el de Santiago don Pedro de Orbaneja Fernández de Córdoba y Figueroa, y don Juan Díaz de Morales Fernández de Córdoba pertenece a la Orden de San Juan.

En las sesiones del Cabildo municipal también participan los jurados, aunque carecen de los derechos y atribuciones de los veinticuatros. Normalmente el acceso al cargo tiene lugar mediante la compra del oficio que alcanza en el período 1720-46 una cotización media de 2.000 reales, una suma muy inferior a la que se paga por una regiduría (6). El desempeño de una juradería reporta un innegable prestigio social, ya que la utilidad económica es mínima. A lo largo del XVII se produce un incremento sustancial del número de jurados por las razones anteriormente señaladas, sin embargo la situación cambia durante el Setecientos. A mediados de la centuria el Catastro de Ensenada señala la existencia de 38 oficios. La citada fuente documental especifica los propietarios de sólo 18, pues «los restantes no han podido averiguar a quien le pertenecen». Los padrones de hijosdalgo realizados a finales de 1775 nos han permitido identificar un total de 22 jurados, así como los barrios donde residen (7).

---

(6) CUESTA MARTINEZ, M.: *op. cit.* I. p. 153.

(7) A.M.C. Sección II. Serie 12. Doc. 225.

Jurados	Barrios
Fernando Fonseca y Castillo	Catedral
Félix Ruiz Camacho	Id.
Juan de Cañete	Omnium Sanctorum
Luis Almagro	Santo Domingo
José de Vargas	Id.
Francisco de Vilches	San Pedro
Roque del Hoyo	Id.
Francisco de Dios Ayuda	Id.
Gregorio de la Cuesta	Id.
Francisco de la Cruz	Id.
Antonio Paniagua	Id.
Gregorio Paniagua	Id.
Rodrigo de León	San Andrés
Manuel Díaz	Id.
Lorenzo Romero	Id.
José de Torres	Santa Marina
Fernando Jaén	San Lorenzo
José del Hoyo	San Nicolás Axerquía
Rafael del Hoyo	Id.
Francisco de Luna	Id.
Juan de Luna	Id.
Rafael de Vilches y Cea	Id.

El cuadro nos pone de relieve que los miembros de ciertas familias poseen varios oficios y los jurados se concentran en determinados barrios. Más del 50% residen en las collaciones de San Pedro y San Nicolás de la Axerquía, zonas en las que predominan las actividades mercantiles y artesanales. En efecto, mercaderes y artesanos son las actividades profesionales que acaparan un alto porcentaje de las juraderías del municipio cordobés. El desempeño del cargo es una especie de trampolín para lograr un ascenso en la escala social. El objetivo final será ingresar en las capas bajas del estamento nobiliario, de ahí que prácticamente la totalidad de los jurados ha conseguido el privile-

gio de hidalguía. Este proceso de aristocratización se remonta a principios del siglo XVII.

Los jurados han dejado de ser los representantes populares y, por ende, los problemas e intereses del estado llano no se plantean ni defienden en el gobierno local. Esta situación motiva, entre otras causas, las reformas llevadas a cabo en 1766 por Carlos III. El vecindario, a excepción de los eclesiásticos, puede elegir el síndico personero y, en las localidades importantes, cuatro diputados del común que tendrían la función primordial de velar por el bien de la población.

Resulta difícil hacer una balance global de las iniciativas y realizaciones debido a la falta de información. No obstante, podemos acercarnos a la realidad a través del análisis de ciertas acciones emprendidas. Tanto el síndico personero como los diputados del común desarrollan una incesante actividad que no siempre culmina con éxito. Generalmente, en aquellas cuestiones que no interfieren o lesionan los intereses de los estamentos privilegiados consiguen sus propósitos. Por el contrario, si menoscaban o van en contra de los mencionados grupos sociales las posibilidades de triunfar son nulas debido a la fuerte oposición y resistencia de los afectados.

Entre las múltiples gestiones que a la postre logran resultados positivos cabe destacar las realizadas por el diputado del común don Blas Manuel de Codes. En mayo de 1789 eleva un memorial al Consejo de Castilla en el que pide la anulación de la «ley, costumbre o estilo» vigente en Córdoba que impedía a las mujeres casadas participar en los bienes gananciales. Posteriormente los miembros del ayuntamiento remiten un informe solicitando asimismo la derogación al monarca:

> «[...] que la tradición y vulgaridad de que por ser estas ociosas, y poco aplicadas al trabajo se les excluiría de dicha partición, era una ofensa notoria al sexo, honor y aplicación de las muchas mugeres casadas que por público constaba y se tenían positivas noticias del esmero y afanes con que habían sabido aumentar sus casas, dotes y patrimonios particulares. Lo que producía eran disensiones continuas entre los matrimonios,

substracciones ilícitas y los arbitrios mañosos de que cada uno de los cónyuges usaba para aumentar sus respectivos propios caudales, descuidando el acrecentamiento de los gananciales comunes, que si fuesen partibles pondrían igual atención para multiplicarlos» (8).

Finalmente, el 16 de junio de 1801 Carlos IV suprime esta secular costumbre mediante una real provisión y a partir de la susodicha fecha «mandamos que la ley general de la participación de las ganancias en los matrimonios sea extensiva a las mugeres cordobesas».

En cambio, las acciones emprendidas que denuncian hechos o situaciones injustas protagonizadas por las capas sociales poderosas no cosechan los frutos deseados. Un caso bien elocuente lo tenemos en las graves acusaciones contra el convento de San Pablo. En 1773 se inicia un expediente a los dominicos «sobre los bienes y el Colegio secular mandado fundar por el Señor Don Antonio Fernández de Córdova, que injustamente tiene dicho Combento». Las diligencias del síndico personero don Juan Ruiz Lorenzo y Aguilar van encaminadas a que los religiosos de la Orden de Predicadores demuestren que administran unos bienes y propiedades de manera legal. Las medidas adoptadas causan un verdadero impacto en la ciudad:

> «Esta solicitud del síndico, que se ha hecho notoria en esta ciudad, ha tenido dos semblantes: el uno al pueblo muy agradable por lo que importa a sus naturales y vezinos [...] y el otro muy odioso al Combento porque el síndico trata de exonerarle de un grabamen tan considerable como de poseer bienes que no le pertenecen» (9).

La comunidad de San Pablo se alarma y de inmediato el prior fray Juan Mohedano viaja a la Corte con el fin de detener el proceso iniciado. Al mismo tiempo el licenciado Ruiz Lorenzo y Aguilar abre otro expediente relativo a la ilegalidad de la botica que regentan los dominicos en el ex-

(8) Vid. VALVERDE MADRID, J.: «Las costumbres holgazanas cordobesas». BRAC, 106 (1984) pp. 209-218.

(9) *Colección Vázquez Venegas.* Vol. 278, f. 77 r.-v.

presado convento (10). Los denodados esfuerzos del síndico personero resultan infructuosos debido a las presiones e influencias de la Orden de Santo Domingo.

Situaciones parecidas encontramos en localidades cordobesas. Valga como botón de muestra los intentos de don Joaquín Fernández Texeiro, síndico personero de la villa de Cabra, en 1767 para que la duquesa de Sesa justificara los derechos que tenía a imponer contribuciones señoriales a los vecinos. Ante las insistentes peticiones el Consejo de Castilla llega incluso a recriminar su actuación y lo tacha de agitador (11).

Los miembros del concejo se reúnen varios días a la semana para celebrar las correspondientes sesiones ordinarias y cuando hay necesidad tienen lugar las extraordinarias. Las faltas de asistencia continúan siendo uno de los problemas que aquejan a la vida municipal y corroboran el desinterés de los capitulares por los asuntos de gobierno. Así, en los tres primeros años del siglo XVIII se realizan 162 sesiones, pero hubieron de suspenderse 149 al no acudir el número mínimo de veinticuatros exigidos para tomar decisiones (12). En el período 1746-48 sólo nueve caballeros asisten regularmente (13).

Con frecuencia surgen disputas en el curso de las sesiones que están provocadas, la mayoría de las veces, por la firme actitud de los integrantes del Cabildo en mantener sus respectivas facultades y no tolerar intromisiones. En el primer cuarto del Setecientos se plantea una fuerte pugna entre el corregidor y los veinticuatros. Las causas del enfrentamiento estriban en la manera de proveer los oficios enajenados por la Corona en favor de la ciudad. Los regidores desean mantener la inveterada costumbre de elegir

---

(10) *Ibidem.* «Esta botica la tiene el combento con incapacidad de su Arte y en notoria resistencia de Derecho; ella es una negociación que está prohibida a los eclesiásticos regulares; no puede exercer el arte de boticario el que no sea examinado [...] Y el síndico no alcanza como sin el peligro de la irregularidad pueda un religioso sacerdote administrar unos medicamentos para la conserbación humana en que se requiere tanto cuidado y en que interbienen medicinas venenosas».

(11) Vid. CALVO POYATO, J.: «Gobierno y administración municipal: la reforma de 1766. El caso de la villa de Cabra». *Axerquía,* 3 (1981). pp. 149-163.

(12) BELMONTE, M. C.: «Elites de poder en el municipio de Córdoba durante los primeros años del reinado de Felipe V». *Axerquía,* 2 (1981). p. 150.

(13) CUESTA MARTINEZ, M.: *op. cit.* I. p. 100.

ellos las personas, mientras que el representante real impone el sistema de arrendamiento de los susodichos oficios (14). En las actas capitulares se reflejan las asiduas protestas de los jurados, motivadas no por la defensa de los intereses del vecindario sino por la marginación de que son objeto por parte de los caballeros veinticuatro.

Las arcas municipales se nutren de los recursos que proporcionan los bienes de Propios, los arbitrios y los servicios públicos y oficios concejiles. Los primeros consisten básicamente en propiedades rústicas que se explotan en régimen de arrendamiento. Destacan las fincas situadas en la zona de la Campiña. Así, en el término de Castro del Río se localizan los cortijos de Paredones y Medina que suman 952 fanegas de superficie y el de Perestrella con 556. En el de Santaella se encuentra el cortijo de Ingenieros con 1563 fanegas. También figuran dehesas como la de Navas del Moro con 2.000 fanegas (15).

Otra importante fuente de ingresos son los arbitrios. Estos impuestos gravan los artículos de primera necesidad –vino, carne, pescado– o productos de uso diario como el jabón. También afecta a las mercancías y animales que entran y salen del recinto urbano. Finalmente, las utilidades del arrendamiento de oficios y servicios públicos alcanzan valores numéricos reducidos. Durante el quinquenio 1747-52 la media anual de este capítulo es de 9.087 reales, mientras que la de los Propios y arbitrios ascienden a más de 100.800 y 143.281 reales respectivamente.

A lo largo de la segunda mitad de la centuria el volumen de ingresos que se obtienen de los Propios y arbitrios experimenta un aumento sustancial (16):

---

(14) Vid. J. M. DE BERNARDO ARES: «Conflicto entre los regidores y el corregidor de Córdoba a principios del XVIII». *Revista de Estudios de la Vida Local*, 202 (1979). pp. 289-300.

(15) En torno a la hacienda municipal en los años centrales del XVIII. vid, J. M. DE BERNARDO ARES: «Hacienda municipal, oficios, y jurisdicciones enajenadas...»

(16) Vid. NIETO CUMPLIDO, M.: «Córdoba en la segunda mitad del siglo XVIII...» p. 67.

Años	Ingresos
1764	284.777 reales 21 maravedis
1781	265.922 reales 26 maravedis
1782	290.470 reales 31 maravedis
1783	283.133 reales 14 maravedis
1784	284.718 reales 10 maravedis
1785	241.133 reales 7 maravedis
1786	244.445 reales 26 maravedis
1787	217.410 reales 9 maravedis
1788	321.803 reales 33 maravedis
1789	407.438 reales 33 maravedis
1790	425.338 reales 8 maravedis

Salvo el bache registrado en el trienio 1785-87, las cifras experimentan un incremento notable.

En contrapartida, el municipio tiene que hacer frente a numerosos gastos. Los capítulos más elevados corresponden a los salarios que se abonan a los miembros y funcionarios del concejo. Como señala J. M. de Bernardo la hacienda local tiene superávit, si prescindimos de la deuda municipal contraída en momentos de carestía que obligan a hipotecar los bienes de Propios en el fin de adquirir partidas de granos. El capital de los préstamos sobrepasa el millón de reales a mediados del siglo XVIII.

VIII. CULTURA Y ARTE

La vida cultural durante el siglo XVIII va a estar influenciada, aunque de manera bastante superficial, por el movimiento ilustrado. A lo largo de la centuria surgen iniciativa laudables que no siempre cosechan los frutos deseados. Grupos minoritarios de la sociedad cordobesa y algunas personas a título individual llevan a cabo acciones plausibles que tienen un carácter excepcional, ya que la mayoría de la población se identifica con los planteamientos tradicionales. La viva polémica desatada con motivo de las representaciones teatrales constituye un ejemplo bien elocuente.

Entre las realizaciones más importantes cabe destacar la creación, el 10 de marzo de 1779, de la Real Sociedad Económica Cordobesa de Amigos del País que en su origen se conoce con el nombre de Real Sociedad Patriótica. La fundación es obra de cinco ilustrados a los que se unen poco después diez socios. Pertenecen, en su mayoría, a capas sociales altas. Figuran miembros del estamento eclesiástico como el canónigo don Gregorio Pérez Pavía, individuos de la aristocracia local –marqueses de la Vega de Armijo y Guadalcázar– y labradores preocupados por las innovaciones en el agro como don Bartolomé Basabrú.

La labor desarrollada en las décadas finales de la centuria arroja un balance muy pobre, pues toda la actividad se limita al sostenimiento de un Colegio de Educandas y una escuela pública donde acuden niñas de los distintos barrios. La admisión de nuevos socios en los primeros años del siglo XIX potencia la institución que lleva a cabo me-

ritorias tareas a partir de 1810. La figura clave será el canónigo penitenciario don Manuel María de Arjona, fundador de la Academia de Buenas Letras que ha llegado a nuestros días (1).

También hay que mencionar las acciones individuales de algunos prelados. Sin duda, el que mejor se identifica con los presupuestos de la Ilustración es el prieguense don Antonio Caballero y Góngora. Inmediatamente después de tomar posesión de la diócesis cordobesa patrocina una Escuela de Dibujo en la que imparten sus enseñanzas el pintor Francisco Agustín, el escultor Joaquín Arali y el arquitecto Ignacio de Tomás. El viajero A. Ponz encomia la labor del obispo:

> «Quiere este generoso prelado mantener a sus expensas en esta Escuela de Dibuxo un número de jóvenes desvalidos para que, tomando en ella la instrucción competente y aplicándose después a dichas Artes o a los oficios a que su genio les incline, puedan exercitarse en ellos con buenos principios, pasar la vida bien ocupados y lejos de las madres de todos los vicios, como son la perniciosísima ociosidad y la ignorancia» (2).

El citado autor alaba las mejoras efectuadas en la residencia de descanso de los titulares de la mitra. La Alameda del Obispo cambia totalmente de aspecto gracias a las reformas llevadas a cabo por don Martín de Barcia. Este insigne prelado ordena plantar numerosos árboles y crea un jardín botánico.

A lo largo del siglo XVIII se constata en España un auge notorio de la botánica, gracias al celo desplegado por Carlos III. En Córdoba un hombre inquieto por la cultura llamado Andrés Palacios proyecta un jardín botánico. Desde 1783 mantiene correspondencia con el ministro de Indias José de Gálvez y pide que se le envien semillas americanas para ser cultivadas en unos terrenos situados en la zona de la sierra. En julio de 1785 recibe la mercan-

---

(1) COSANO MOYANO, J.: «La Real Sociedad Económica Cordobesa de Amigos del País». *Córdoba. Apuntes para su historia.* Córdoba, 1981. pp. 171-194.

(2) PONZ, A.: *op. cit.* XVII. pp. 37-38.

cía y de inmediato comienza a sembrar una gran variedad de especies vegetales, más de un centenar. Sin embargo, los denodados esfuerzos de Palacios resultan baldíos, ya que esta iniciativa particular no alcanza los objetivos previstos (3).

La educación en Córdoba durante el Setecientos presenta como nota característica el relevante papel que juegan los jesuitas. A pesar de que los seminaristas de San Pelagio dejan de asistir a las aulas de la Compañía a principios de la centuria, van a controlar totalmente el Colegio de la Asunción, cuyos becarios continúan frecuentando las clases impartidas por los hijos espirituales de Ignacio de Loyola.

Hasta el momento de la expulsión en abril de 1767, el Colegio de Santa Catalina goza de un merecido prestigio que se refleja en una elevada cifra de estudiantes. Aunque desconocemos los valores numéricos, diversas fuentes documentales aportan datos que permiten afirmar la primacía de este centro educativo. Aparte de los alumnos que cursan los estudios de Filosofía y Teología, las clases de Gramática se hallan muy concurridas hasta el punto de que cuatro maestros imparten sus enseñanzas. También hay que sumar los colegiales de la Asunción.

Sin embargo, a finales de la década de los veinte la matrícula desciende de manera drástica, si nos atenemos al memorial que el P. Alberto González, rector de Santa Catalina, envía a las autoridades municipales el 20 de octubre de 1728:

> «Aviendo los Superiores de la Compañía de Jesús puesto este su Colegio a mi cuydado, desde luego reconocí (no sin grave rubor y sentimiento) que principalmente sus Clases de Gramática estaban casi perdidas, por falta de discípulos: siendo tan corto el número de los que al presente las frequentan, que aún en los pueblos más cortos de toda Andalucía, no será fácil hallar otras que ayan venido a parar a tal extremo...».

---

(3) Vid. GARCIA GONZALEZ, A. F. y RODRIGUEZ GARCIA, V.: «Proyectos de jardines botánicos para aclimatar plantas americanas en Andalucía: 1780-1800». *Actas I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* III. Córdoba, 1978. pp. 230-234.

Los tonos dramáticos del escrito hay que tomarlos, en principio, con cierta reserva, pues el rector del Colegio pide al ayuntamiento que prohíba las clases particulares de los preceptores de Gramática. A su juicio, las causas del estado lamentable que atraviesan las aulas de la Compañía estriban en el elevado número de maestros que se dedican en la ciudad a la enseñanza de la susodicha disciplina:

> «La verdadera causa de este mal no es otra, señor, que una inundación de preceptores que ay en la ciudad; tan copiosa que casi se tropieza con uno en cada esquina y su número ya quiere igualar a el de discípulos».

Sin duda el P. González exagera la realidad con el fin de lograr sus pretensiones y el Colegio de Santa Catalina es el que alberga la mayor cifra de estudiantes en Córdoba.

La Compañía de Jesús vigila el funcionamiento del Colegio de la Asunción a través de la Junta de Superintendentes que interviene en todo lo que atañe a gobierno de la institución educativa y administración del patrimonio. El control va a ser total a partir de 1725, fecha en la que el cargo de rector queda vinculado a los jesuitas. El mandato suele durar tres años y rara vez una misma persona desempeña el puesto por un espacio de tiempo superior. El único caso registrado es el del P. Lope Luis Altamirano, quien dirige el centro a principios de los años treinta y en la década siguiente resulta elegido de nuevo (4).

Los registros de ingresos permiten conocer el volumen de colegiales que obtienen plaza en la Asunción y la distribución del número de becarios a lo largo de la centuria:

---

(4) Desde 1725 hasta 1767 ocupan sucesivamente el rectorado del Colegio de la Asunción los siguientes jesuitas: P. Juan José Calvo; P. Lope Luis Altamirano; P. Fernando Gamero; P. Pedro Vicente Fernández; P. Francisco Domonte; P. Manuel Benítez; P. Antonio Camacho; P. Juan de Luengos; P. Arcadio Pacheco y P. Jerónimo de Castilla.

Años	Colegiales
1700 - 09	79
1710 - 19	73
1720 - 29	106
1730 - 39	104
1740 - 49	96
1750 - 59	81
1760 - 69	82
1770 - 79	84
1780 - 89	69
1790 - 99	102

Durante el siglo XVIII consiguen beca en el Colegio de la Asunción cerca de 900 personas. La distribución en el tiempo presenta unos acusados contrastes. Las cifras aumentan de forma notoria cuando los jesuitas desempeñan el cargo de rector. A mediados del Setecientos los valores bajan de manera escalonada hasta alcanzar los niveles mínimos en el período 1780-89. Por último, en el decenio finisecular se constata un incremento espectacular.

El análisis de la procedencia geográfica encierra bastante interés, ya que podemos calibrar aproximadamente el área de influencia del mencionado establecimiento docente (5). Los nacidos en núcleos pertenecientes a la demarcación del Reino de Córdoba representan en el conjunto un porcentaje muy alto, alrededor de un 60%. El reparto por localidades ofrece unas sensibles variaciones cuantitativas. Los originarios de la capital suman algo más de una cuarta parte. A continuación encontramos la zona de la campiña y dentro de la comarca los mayores valores en términos absolutos corresponden a Bujalance, Cañete, Montilla y Palma del Río. Los pueblos situados al norte del Guadalquivir ocupan un tercer lugar y sobresalen Fuente Obejuna, Pozoblanco, Pedroche, Hinojosa y Torremilano. Finalmente, el ámbito subbético tiene una reducida presencia y destacan Lucena y Priego.

(5) La muestra incluye un total de 843 colegiales.

Los colegiales oriundos de poblaciones que en la actualidad forman parte de la provincia de Sevilla significan un 11,5% del total. Las cifras más elevadas aparecen en localidades fronterizas a las tierras cordobesas como Ecija y Estepa. El mismo fenómeno se constata en el Reino de Jaén –principalmente Andújar– que aporta un 10%. Los becarios que proceden de la zona gaditana representan cerca de un 4% y porcentajes exiguos corresponden a Málaga, Granada, Huelva y Almería.

Fuera de la región andaluza, hay que poner de relieve la incidencia del área extremeña –alrededor de un 8%– que se explica por razones de vecindad. Unicamente figuran localidades pacenses y algunas pertenecen en esta época a la demarcación del obispado de Córdoba. El resto de los estudiantes que ingresan en el Colegio de la Asunción proceden de lugares muy diversos. Dentro de este grupo encontramos castellanos, vascos, riojanos, gallegos, aragoneses y canarios.

La expulsión de los jesuitas repercute en el centro, ya que obliga a introducir modificaciones importantes. Desde 1767 queda sometido al patronato real, siendo el corregidor la persona que desempeña realmente el cargo de patrono. Asimismo, el nombramiento de rector corresponde al monarca, quien designa uno de los candidatos presentados por el Consejo de Castilla. En el susodicho año Carlos III eligé al licenciado Francisco del Castillo y Valenzuela, sacerdote y abogado de los Reales Consejos, para dirigir el Colegio. En 1782 le sustituye, primero como interino y poco después será titular, el doctor José Francisco Camacho, presbítero y catedrático de Prima. En 1805 se hace cargo de la dirección un ilustre clérigo el doctor José Hoyos Noriega que desarrolla una encomiable labor. La implantación del absolutismo por Fernando VII en 1814 provoca la destitución del inquieto y eficaz rector (6).

(6) El doctor Hoyos nace en el lugar de Noriega (Asturias) el 16 de enero de 1768. A los 13 años llega a Córdoba e inicia los estudios de lengua latina. En 1784 ingresa en el Colegio de la Asunción para cursar Filosofía durante tres años y, a continuación, Teología que finaliza en 1790. Sin duda alguna, fue un alumno muy brillante como se acredita por el hecho de ocupar, previa oposición, la Presidencia de Artes y sustituir la cátedra de Lógica en 1791. En junio de 1795 es nombrado catedrático de Vísperas de Teología y dirige el centro, por ausencia del rector, durante un año. Posteriormente, en octubre de 1796, regenta las cátedras de Prima de Teología y Cánones. Su vasta formación teológica queda ratificada al recibir, el 16 de

A principios del siglo XVIII el Seminario de San Pelagio alcanza una independencia total a nivel académico, ya que los colegiales dejan de acudir a Santa Catalina, donde hasta ahora venían recibiendo enseñanzas de Filosofía y Teología. Ello será posible gracias a la creación de varias cátedras –tres de Teología y una de Filosofía– por el cardenal Salazar, prelado de la diócesis cordobesa, en 1703. La nueva situación plantea la necesidad de llevar a cabo una estructuración del centro que cristaliza, años más tarde, en el plan de estudios propuesto por el obispo Salazar y Góngora en 1740. A lo largo del último cuarto de la centuria atraviesa una etapa decadente que se refleja en la deficiente preparación del profesorado, plan de estudios desfasado y motines de los alumnos (7). En cuanto a la procedencia geográfica, los becarios, en su mayoría, son naturales de las diversas poblaciones del obispado.

El colegio de San Pablo dispone de sustanciosas y saneadas rentas, aunque en el plano educativo desarrolla una actividad bastante pobre. El municipio continúa presionando sin éxito a los dominicos de San Pablo para que se cumpla la voluntad del fundador. La comunidad utiliza en beneficio propio unos bienes cuantiosos que, en su origen, habían sido destinados a la educación de los hidalgos cordobeses; sin embargo, casi todos los estudiantes se reclutan entre los religiosos de la Orden de Predicadores, ya que los becarios seglares están reducidos a la mínima expresión.

El expediente iniciado por las autoridades locales en 1773 no consigue los frutos deseados. El síndico personero denuncia la situación y critica abiertamente al poderoso convento por administrar un patrimonio que «no diese utilidad ni beneficio al público y sólo sirbiese de particular aprobechamiento para mantenerse un crecido número de religiosos» (8).

agosto de 1797, el grado de doctor por la Universidad de Almagro. A partir de este momento, alterna la docencia con la organización de la Biblioteca Episcopal cordobesa, cargo que le va a dar el obispo Ayestarán y Landa por ser el clérigo más idóneo para esta tarea. En 1805 será nombrado rector y años más tarde sufre una injusta persecución por motivos políticos. Vid, ARANDA DONCEL, J.: «La educación en Córdoba...» pp. 74-75.

(7) NIETO CUMPLIDO, M.: «Primeros estudios filosóficos de Julián Sanz del Río». BRAC, 90 (1970). p. 138.

(8) *Colección Vázquez Venegas.* Vol. 278 f. 78 r.

A comienzos del siglo XIX el centro tiene un total de cinco cátedras: Teología escolástica, Teología moral, Lugares teológicos, Filosofía y Retórica. El gobierno está en manos de un rector y la docencia a cargo de dos lectores de Teología escolástica, uno de Lugares teológicos, otro de Teología moral, tres de Filosofía y un lector pasante para suplir las faltas por ausencia o enfermedad. También figuran un regente y un maestro de estudiantes para defender los actos menores de Teología y presidir los de Filosofía.

El ingreso en los mencionados establecimientos, dedicados a impartir los cursos de Filosofía y Teología, exige unos conocimientos básicos, sobre todo de latín. En la catedral sigue funcionando una Cátedra de Latinidad que registra una asistencia numerosa. Los jesuitas mantienen unas escuelas de Gramática en el mismo Colegio de Santa Catalina, cuya matrícula se resiente debido a la competencia de los maestros particulares. A mediados del Setecientos se contabilizan sólo media docena de preceptores de Gramática (9).

Sin duda, la enseñanza primaria es el nivel educativo más descuidado, si bien ahora surgen iniciativas que mejoran sensiblemente una situación desastrosa. En las centurias anteriores los maestros de primeras letras ejercen su actividad de manera privada, siendo contratados, por los padres de los alumnos para que les enseñen a «leer, escribir y contar». Estos continúan desarrollando una importante labor y además el municipio suele librar algunas cantidades en concepto de remuneración. A tenor de la información que suministra el Catastro de Ensenada, residen en Córdoba 15 maestros que «comúnmente llaman escoleros».

Salvo el Colegio de la Piedad dedicado a niñas huérfanas, en la Córdoba de principios del XVIII no hay instituciones educativas que se ocupen de la enseñanza primaria. Será en la segunda mitad del siglo cuando se realizan fundaciones que ayudan a combatir la elevada tasa de analfabetos.

El Colegio de Santa Victoria tiene su origen en el testa-

(9) Bartolomé de Baena, Miguel del Mayoral, Manuel Escalante, Juan de Antequera, Francisco de la Vega y Juan Pedro Moreno.

mento del obispo don Francisco Pacheco que vincula sus bienes a la Casa de Almunia e impone una cláusula por la que, si el citado mayorazgo se une a otro, el patrimonio se dedique a dotar y educar niñas pobres. Tal circunstancia se produce en la primera mitad del Setecientos y después de una serie de pleitos se funda el centro, iniciando sus actividades en 1753. El gobierno del nuevo establecimiento está a cargo del marqués de Ariza, en calidad de patrono, y el deán, doctoral y magistral del Cabildo catedralicio como administradores perpetuos de las rentas.

El objetivo primordial va a ser la formación y sostenimiento de colegialas sin recursos durante un período de cuatro años y al finalizar la estancia reciben una dote. También podían ingresar todas aquellas jóvenes –porcionistas– que lo desearan, siempre que sus respectivas familias pagaran el importe de la manutención. De esta forma logran atraer un buen número de chicas pertenecientes a capas sociales acomodadas. Así, A. Ponz señala que «no lejos del que fue Colegio de los Jesuitas, se halla un nuevo edificio bastante considerable para educación de señoritas distinguidas».

La realización más importante es la que lleva a cabo el deán don Francisco Javier Fernández de Córdoba en 1787. Funda el Colegio de la Purísima Concepción que muy pronto adquiere un gran prestigio. El centro ocupa el antiguo edificio del Colegio de Santa Catalina que había quedado sin uso desde la expulsión de los jesuitas. El proyecto del fundador resulta muy ambicioso; contempla la dotación de 12 escuelas repartidas en los distintos barrios y una Academia de Dibujo.

Después de gastar una elevada suma en acondicionar el inmueble, el centro abre sus puertas y al principio sólo funciona una escuela de varones y, tres años más tarde, se pone en marcha una de niñas. Posteriormente, la fundación del deán Fernández de Córdoba amplía sus instalaciones y en la collación de San Lorenzo se ubican nuevas aulas en la conocida escuela del Pozanco de San Agustín.

Por las mismas fechas, concretamente en 1788, la Sociedad Económica de Amigos del País financia una escuela de niñas, aparte del sostenimiento del Colegio de Educan-

das, donde reciben una formación cristiana y doméstica una docena de huérfanas pobres en régimen de internado. También el Colegio de la Piedad mantiene una escuela creada por el obispo Trevilla en 1807.

Los cordobeses acuden a distintos centros universitarios para alcanzar los grados académicos, especialmente a los andaluces; también frecuentan Salamanca, Alcalá, Sigüenza y Avila. Fuera de nuestras fronteras, desciende el número de estudiantes que van a Bolonia, pues a lo largo del siglo XVIII ingresan en el Colegio de San Clemente sólo cuatro becarios oriundos del Reino de Córdoba, tres naturales de la capital y uno de Fuente Obejuna.

El arte de imprimir tiene mayor desarrollo que en las centurias anteriores, si bien abundan las hojas sueltas y pequeños folletos. Asimismo el tema religioso continúa ocupando un lugar muy destacado. A mediados del XVIII funcionan tres imprentas que pertenecen al Colegio de la Asunción, Gonzalo Antonio Serrano, médico y astrónomo, y al fideicomiso del presbítero Simón de León. En el conjunto de impresores hay que mencionar a Juan Rodríguez de la Torre que saca a la luz las obras más importantes publicadas en Córdoba en el último tercio del siglo. La mayoría suele alternar esta profesión con la de librero; en los años centrales del Setecientos figuran en la ciudad ocho mercaderes de libros con tiendas abiertas. Estas aparecen concentradas en la calle Librería que en la actualidad lleva el nombre de Diario de Córdoba.

Entre las bibliotecas que disponen de mejores fondos se halla la del Cabildo catedralicio que en 1793 se verá enriquecida con los volúmenes comprados a los herederos del canónigo ilustrado Pérez Pavía. La de los jesuitas está formada principalmente por las donaciones que en distintas épocas han realizado en favor del Colegio de Santa Catalina el deán don Juan Fernández de Córdoba, el celebre galeno doctor Inquinira, el canónigo don Gonzalo de Córdoba Carrillo y los prelados de la diócesis Reinoso y Siuri. A raíz de la expulsión de la Compañía muchas obras pasan a la Biblioteca Episcopal, organizada por Hoyos Noriega durante el gobierno del obispo Ayestarán y Landa.

Las distintas comunidades religiosas poseen también

nutridas bibliotecas. Los inventarios realizados con motivo de la desamortización aportan una información precisa (10). La del convento de San Pablo sobrepasa los 8.000 volúmenes, mientras que las de los trinitarios y carmelitas calzados arrojan un total de 541 y 397 respectivamente.

En la Córdoba del siglo XVIII encontramos colecciones de pintura en manos particulares, siendo algunos de los propietarios miembros del clero. Abundan las obras realizadas por Palomino, Antonio del Castillo, Zambrano, Sebastián Martínez, Pablo de Céspedes. También se encuentran representados destacados autores del Barroco español como Zurbarán, Murillo, Valdés Leal y otros (11).

A finales del Setecientos surgen en Córdoba los primeros brotes de prensa. El periódico más antiguo hasta ahora conocido lleva por título *Compendio Semanal de Noticias de Córdoba* que salía el jueves de cada semana y del que se llegan a publicar 14 números en 1790. El director del semanario es el abogado Bernardo Alberich. Parece ser que en 1801 nace otro periódico –*El Correo de Córdoba*– con vida efímera. Mayor entidad va a tener el que lleva por ca-

---

(10) Vid. PORRO, M. J.: «La Biblioteca Pública Provincial de Córdoba. Procedencia de algunos volúmenes que integran su fondo bibliográfico antiguo». *Axerquía*, 8 (1983), pp. 9-42.

(11) PONZ, A.: *op. cit.* pp. 148-150. «A más de la colección de quadros que como he dicho a V. posee este Excelentísimo Señor Obispo, es digna de observarse la del Señor Canónigo D. Francisco Joseph Villodres, entre los quales hay una Concepción del Racionero Cano, de Castillo, el Nacimiento de Christo, la Adoración de los Reyes, los Santos Ácisclo y Victoria, una Magdalena. De Zambrano, el Salvador del mundo: de Sebastián Martínez, un Apostolado: algunos quadros de Valdés, entre ellos dos de la Pasión del Señor: siete pintados en láminas de Don Antonio Palomino y representan la vida de Nuestra Señora: un San Francisco de Asís de Tristán: otro de Pablo de Céspedes: algunos asuntos de don Antonio de Castro: un San Francisco de Paula de Carreño; el Sepulcro de Christo,, exacta copia de Ribera; y otros muchos, entre ellos buena porción de las Escuelas Italianas y Flamenca, de particular mérito.

Asimismo es digna de verse la colección del Señor don Cayetano Carrascal, Tesorero de esta Santa Iglesia, en la qual hay también de varios autores y asuntos: un quadro de Pablo de Céspedes, de varios Mártires cordobeses: un Nacimiento y los Santos Acisclo y Victoria, de Castillo: diferentes de Basán: algunos de don Antonio Palomino: los hay de Sebastián Martínez, de Escuela Italiana.

Todavía es más numerosa la colección del pintor don Antonio Torrado: en ella se encuentran quadros de Carreño, de Claudio Coello, de Rici, del Greco, de Murillo, de Castillo, de Zurbarán, de Pedro de Vos; países, marinas, floreros y otros asuntos de estimables autores que no especifico».

becera *Correo Político y Militar* que inicia su andadura en enero de 1809 (12).

El panorama cultural ofrece destacadas personalidades, sobre todo en el campo de la Historia. Entre las figuras más sobresalientes cabe mencionar al jesuita P. Ruano que escribe *Historia general de Córdoba,* publicado sólo el primer tomo en 1761, y una obra genealógica que lleva por título *Casa de Cabrera en Córdoba,* y al canónigo magistral Gómez Bravo, autor de un magnífico episcopologio, que se utiliza en la actualidad con mucho provecho. También hay que incluir a Bartolomé Sánchez de Feria.

Domínguez de Alcántara y Vázquez Venegas, canónigos de la Real Colegiata de San Hipólito inspeccionan los archivos cordobeses por encargo real y fruto de esta misión será la recogida de abundantes materiales para conocer la evolución histórica de la ciudad. Esta documentación sirve de base a los estudios realizados por los historiadores locales en el siglo XIX y parte del XX. Por último, encontramos a un notable numismático y epigrafista, Pedro Leonardo de Villaceballos.

A pesar de que las muestras literarias proliferan en los certámenes poéticos, no aparecen figuras relevantes y los escritores que cultivan con acierto los estudios críticos, por ejemplo Vicente de los Ríos, desarrollan su actividad fuera de Córdoba. En el campo de las humanidades, a fines de la centuria, descuella fray José de Jesús Muñoz Capilla. El ilustre agustino se dedica también a otras disciplinas como la Botánica. En unión de los botánicos cordobeses Rafael de León y Gálvez, Rafael Entrena Camacho y Antonio Cabrera confecciona un herbario muy interesante (13). Finalmente, el célebre médico y astrónomo Gonzalo Antonio Serrano y un discípulo suyo, Pedro Antonio de Blancas, profesor de Matemáticas y astrónomo.

Las manifestaciones artísticas experimentan un auge

---

(12) Una visión de conjunto de la prensa cordobesa es el estudio de J. GOMEZ CRESPO: «Siglo y medio de prensa periódica en Córdoba (1810-1960)». *Actas I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Contemporánea.* I. Córdoba, 1979. pp. 101-114.

(13) Vid. JORDANO BAREA, D. y OCAÑA GARCIA, M.: «Catálogo del herbario de los botánicos cordobeses Rafael de León y Gálvez, Fr. José de Jesús Muñoz Capilla, Rafael Entrenas y Antonio Cabrera». BRAC, 73 (1955). pp. 189-290.

considerable, sobre todo aquellas que guardan una estrecha relación con la situación de la economía. En este siglo el barroco conoce un momento de esplendor; también se difunden los planteamientos estéticos del rococó y en los años finiseculares logra cierto arraigo el movimiento neoclásico.

La favorable coyuntura económica motiva un importante desarrollo de la arquitectura tanto en la capital como en los pueblos de la Campiña y Subbéticas, donde sobresalen los focos de Lucena y Priego. Las figuras relevantes van a ser Francisco Hurtado Izquierdo y sus discípulos. Entre ellos cabe mencionar a los hermanos Jerónimo y Teodosio Sánchez de Rueda y Tomás Jerónimo de Pedrajas (14).

A lo largo del siglo XVIII se llevan a cabo numerosas realizaciones arquitectónicas, religiosas en su mayoría, en Córdoba, especialmente en la primera mitad. En los inicios del Setecientos tenemos la capilla-sacristía que labra Hurtado Izquierdo en el recinto catedralicio, la puerta del convento de San Pablo que sale a la plaza del Salvador y la capilla del antiguo Colegio de la Asunción.

Durante el primer tercio de la centuria tiene lugar la gran labor desarrollada por el obispo Siuri. En los años que estuvo al frente de la diócesis (1717-1731) patrocina y financia obras de envergadura: iglesia de los Dolores y hospital de San Jacinto, remodelación de la parroquia de San Andrés y de los conventos del Císter y de las capuchinas, iglesia del Colegio de la Piedad.

En el citado período se levanta el Hospital del cardenal Salazar, se efectúan grandes reformas en la Colegiata de San Hipólito y se edifica de nuevo el convento de la Merced, cuyas obras finalizan en 1745. Precisamente en dicho año, un incendio destruye algunas dependencias del palacio episcopal y por estas fechas se realiza la monumental escalera.

El ritmo constructivo baja en la segunda mitad, aunque también encontramos destacadas manifestaciones arquitectónicas. Un incendio motiva una sustancial remodelación

(14) Vid. RIVAS CARMONA, J.: *Arquitectura barroca cordobesa.* Córdoba, 1982.

de las Caballerizas Reales. En la iglesia de San Miguel una parte de la nave del evangelio se transforma en sagrario y en la parroquia de San Pedro se levanta una nueva capilla para albergar las reliquias de los Santos Mártires. Asimismo, hay que hacer mención de la fachada del convento franciscano de San Pedro el Real.

En las décadas finales y a principios del XIX se desarrolla el neoclasicismo. Uno de los ejemplos más significativos lo tenemos en el exterior de la iglesia del Colegio de Santa Victoria que se debe a la mano de Ventura Rodríguez, arquitecto que desde presupuestos barrocos se acomoda a la nueva estética. A. Ponz alude en términos muy laudatorios a la intervención del artista y critica la dirección técnica del francés B. Dreveton (15). A Ventura Rodríguez se deben también los planos del ala destinada a biblioteca y archivo en el palacio episcopal.

El gusto neoclásico va a ser fomentado por el obispo Caballero y Góngora en la Escuela de Artes que patrocina. Así, uno de los profesores, el arquitecto Ignacio de Tomás, levanta la torre parroquial de la Magdalena. En los últimos años de la centuria se construye la iglesia del Juramento y hacia 1805 terminan las obras de la ermita de la Salud. Ambos edificios responden a la implantación de los cánones clásicos.

Una trayectoria estética similar constatamos en la escultura que alcanza un nivel de producción bastante notable. El valioso estudio de A. Villar sobre la imaginería cordobesa del Setecientos nos permite conocer con detalle la evolución de las formas (16). Señala dos grandes etapas que abarcan cronológicamente sendas mitades del siglo, estableciendo en cada una de ellas un par de fases.

La primera mitad del XVIII se caracteriza por la presencia de rasgos barrocos, más acentuados en los artistas

---

(15) «La fábrica tuvo tristes principios: pues habiéndosele encargado a un profesor francés que sin saber cómo se despachó aquí por gran arquitecto, poco después que había cerrado la cúpula, se le desplomó con desperdicio de grandes caudales [...] Lo mejor de todo es el pórtico que se añadió a la iglesia, invención del expresado don Ventura y consta de seis columnas de orden compuesto, cornisa y frontispicio triangular...».

(16) VILLAR MOVELLAN, A.: «Barroco y clasicismo en la imaginería cordobesa del Setecientos». *Apotheca*, 2 (1982). pp. 101-138.

identificados con las peculiaridades estéticas de la centuria anterior y se hallan en plena madurez a comienzos del Setecientos. Dentro de este grupo figuran el mencionado Teodosio Sánchez de Rueda, Juan Fernández del Río, autor del retablo mayor de la antigua iglesia de los trinitarios calzados, y Félix Morales Negrete que realiza el de la parroquia de San Pedro (17). En cambio, los que inician su andadura profesional a partir de 1700 cultivan formas más suaves y algunos –Ruiz Rey y Sánchez Cañadas– colaboran con Duque Cornejo que deja una obra maestra en el coro de la Mezquita-Catedral. La sillería marca un hito importante y el escultor sevillano realizará un buen número de obras en nuestra ciudad.

La segunda mitad responde a unas preocupaciones academicistas, cuya primera fase estará integrada por escultores que han militado en el barroco y se acomodan a las nuevas corrientes. El profesor Villar señala entre otros a Miguel Verdiguier y Alonso Gómez de Sandoval. El artista francés realiza el monumental *Triunfo de San Rafael* en las proximidades del Seminario, los púlpitos de la catedral y la *Santa Inés* en la capilla de esta advocación en el recinto catedralicio.

Sin duda, Gómez de Sandoval es un retablista y escultor que goza de un alto renombre y prestigio en la ciudad. La obra más importante es el desaparecido retablo mayor del templo de la Merced que refleja su apego a la estética barroca. Posteriormente evoluciona a un clasicismo que se observa en el *San Rafael* de la iglesia del Juramento.

La última fase corresponde a un neoclasicismo más acusado que encontramos en Joaquín Arali que se traslada a Córdoba a instancias del obispo Caballero y Góngora para dirigir las clases de escultura en la susodicha Escuela de Artes. También hay que incluir a una serie de artistas que trabajan en los años finiseculares como Lorenzo Cano, Diego de Morales, fray Miguel Bellver y Juan Navarro al que se le atribuye el popular *Cristo de los Faroles.*

La pintura del siglo XVIII ofrece sólo artistas de segun-

(17) El retablo en el XVIII ha sido estudiado en la obra ya citada de A. Raya. Una aportación documental interesante es la de J. VALVERDE MADRID: *Ensayo socio-histórico de retablistas cordobeses del siglo XVIII.* Córdoba, 1974.

da fila salvo el caso excepcional de Acisclo Antonio Palomino. El afamado bujalanceño ha dejado en la ciudad obras de indudable calidad artística, sobre todo en la catedral. Ejecuta una serie de lienzos que representan temas relacionados con la tradición local –*La conquista de la ciudad por San Fernando, El martirio de San Acisclo y Santa Victoria*– para decorar la capilla del cardenal Salazar. De inmediato, el Cabildo le encarga las cinco grandes pinturas que decoran el retablo mayor.

En el grupo de pintores que trabajan en Córdoba durante este siglo destacan el prolífico racionero Fernández de Castro que goza de cierto renombre, el italiano Pompeyo, el dominico fray Jerónimo de Espinosa, Juan de la Cruz Molina, Pérez Ruano, Torrado y Antonio Monroy. El grabado tiene una importancia aún menor y entre los cultivadores de este arte son dignos de mención Juan Bernabé de Palomino, Nicolás Carrasco y Juan Díez.

La platería alcanza en el Setecientos un auge sin precedentes, aunque a finales de la centuria entra en un período de crisis. Ya hemos señalado su relevancia en el plano económico, siendo una de las actividades más florecientes en el conjunto del artesanado. Bajo un punto de vista artístico, los orfebres que labran obras maestras forman una nómina bien nutrida: Bernabé García de los Reyes, Sánchez Izquierdo, Antonio Ruiz, Antonio de Santa Cruz, Manuel Repiso y Sánchez Soto entre otros.

Por supuesto, el platero que ocupa un lugar de honor es Damián de Castro, cuyas piezas alcanzan una enorme difusión por toda la geografía española. El tesoro de la catedral cordobesa guarda obras importantes como el San Rafael y una Virgen. El mecenazgo del futuro cardenal Delgado resulta decisivo, pues tras ser nombrado obispo de Canarias el artista cordobés recibe numerosos encargos del archipiélago (18).

Finalmente, en la Córdoba del siglo XVIII encontra-

---

(18) Vid. ARANDA DONCEL, J.: «Francisco J. Delgado y Venegas, prelado de la diócesis canaria (1714-1781)». *V Coloquio de Historia Canario-Americana.* Las Palmas de Gran Canaria, 1982. HERNANDEZ PERERA, J.: *Orfebrería de Canarias.* Madrid, 1955. VALVERDE MADRID, J.: «El platero cordobés Damián de Castro». BRAC, 86 (1964). pp. 31-126.

mos diversas manifestaciones artísticas como la música que alcanza un nivel extraordinario en los seleccionados artistas que integran la capilla de música de la catedral. A mediados de la centuria suman una treintena de personas (19).

(19) ' ntre ellas podemos citar al maestro de capilla Juan González Gaitán, los organist. ; Francisco de Ayala y Blas Gascón, los violinistas Diego Guetano, Fernando Paniagua y Francisco del Rayo, el arpista Juan Cabezón y el trompa Manuel Frombeza.

BIBLIOGRAFIA

La bibliografía que incluimos en esta obra recoge, fundamentalmente, los libros y artículos citados en la misma. De ninguna forma hemos pretendido hacer un repertorio exhaustivo de los estudios realizados sobre los distintos aspectos que conforman la Historia de Córdoba durante los siglos XVI, XVII y XVIII. No obstante, hemos intentado ofrecer un amplio panorama de las aportaciones más significativas que sirva a la vez de orientación a los interesados en el conocimiento del pasado de nuestra ciudad.

I. OBRAS GENERALES

RAMIREZ DE ARELLANO Y GUTIERREZ, T.: *Paseos por Córdoba,* 3.ª ed. Córdoba-León, 1976.

RAMIREZ DE LAS CASAS-DEZA, L. M.: *Corografía histórico-artística de la provincia y obispado de Córdoba.* I. Córdoba, 1840.

RAMIREZ DE LAS CASAS-DEZA, L. M.: *Indicador Cordobés.* 4.ª ed. Córdoba, 1867.

RAMIREZ DE LAS CASAS-DEZA, L. M.: *Anales de la ciudad de Córdoba (1236-1850). Córdoba, 1948.*

II. LA CIUDAD Y SUS HABITANTES

BALLESTEROS RODRIGUEZ, J.: *La peste en Córdoba.* Córdoba, 1982.

CALVO POYATO, J.: «La guerra de Sucesión en Córdoba. (Análisis de algunos aspectos históricos)». *Anales del Instituto Nacional de Bachillerato «Luis de Góngora»,* V. Córdoba, 1980. pp 23-30.

CALVO POYATO, J.: «Medio siglo de levas, reclutas y movilizaciones en el Reino de Córdoba: 1657-1712». *Actas II Co-*

loquios Historia de Andalucía. Andalucía Moderna. II. Córdoba, 1983. pp. 25-41.
DIAZ-TRECHUELO SPINOLA, L.: «Emigración cordobesa a las Indias. Siglo XVI». *Primeras Jornadas de Andalucía y América.* La Rábida, 1981. pp. 407-425.
FORTEA PEREZ, J. I.: «La evolución demográfica de Córdoba en los siglos XVI y XVII». *Actas I Congreso Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* I. Córdoba, 1978. pp. 371-396.
GUZMAN REINA, A.: «Córdoba en el viaje de Cosme de Médicis (1668)». BRAC, 64 (1950). pp. 103-134.
LOPEZ ONTIVEROS, A.: *Evolución urbana de Córdoba y de los pueblos campiñeses.* 2.ª ed. Córdoba, 1981.
NIETO CUMPLIDO, M.: «Nuevas fuentes precensales del obispado de Córdoba». BRAC, 98 (1978). pp. 157-171.
ROMERO DE TORRES, E.: «Antiguos mesones de Córdoba». BRAC, 49 (1944). pp. 217-228.
TORRE Y DEL CERRO, J. DE LA: «Cordobeses que intervinieron en el descubrimiento, conquista y colonización del Perú». BRAC, 28 (1933). pp. 77-124.
YLLESCAS ORTIZ, M.: «Evolución urbanística de la plaza de la Corredera». *Axerquía,* 5 (1982). pp. 161-175.

III. SOCIEDAD

ARANDA DONCEL, J.: «La situación de los campesinos en la Córdoba del siglo XVIII». *El Barroco en Andalucía.* II Curso de Verano de la Universidad de Córdoba. Priego de Córdoba, 1984.
ARANDA DONCEL, J.: «La esclavitud en Córdoba durante los siglos XVI y XVII». *Córdoba. Apuntes para su historia.* Córdoba, 1981. pp. 149-170.
ARANDA DONCEL, J.: *Los moriscos en tierras de Córdoba.* Córdoba, 1984.
COBOS RUIZ DE ADANA, J.: *El clero en el siglo XVII. Estudio de una visita secreta a la ciudad de Córdoba.* Córdoba, 1976.
GOMEZ ALFARO, A.: «Anotaciones a los censos gitanos de Andalucía». *Actas I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* III. Córdoba, 1978. pp. 239-256.
GOMEZ BRAVO, J.: *Catálogo de los Obispos de Córdoba y breve noticia de su Iglesia Catedral y Obispado.* 2 vols. Córdoba, 1778.
GOMEZ CRESPO, J.: «Los Jerónimos de Valparaíso». BRAC,

57 (1947) pp. 5-70.
MARQUEZ DE CASTRO, T.: *Compendio histórico y genealógico de los títulos de Castilla y señoríos antiguos y modernos de la ciudad de Córdoba y su Reyno.* Edición y estudio preliminar por J. M. DE BERNARDO ARES. Córdoba, 1981.
MOYA ULLDEMOLINS, J.: «Aspectos económicos de la mesa capitular del Cabildo Catedral de Córdoba». *Actas I Congreso Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* II. Córdoba, 1978. pp. 243-254.
MOYA ULDEMOLINS, J.: «Los cortijos del Cabildo Catedral cordobés (Mesa Capitular): Aproximación histórico-económica». *Homenaje a Antonio Domínguez Ortiz.* Madrid, 1981. pp. 527-549.
MOYA ULLDEMOLINS, J.: *Patrimonio y desamortización eclesiástica en Córdoba (1788-1811).* Tesis Doctoral inédita. Córdoba, 1983.
MOYA ULLDEMOLINS, J. y SANCHEZ GARCIA, L. E.: «Contribución ordinaria y extraordinaria del clero cordobés a la Corona durante el reinado de Carlos IV» *Axerquía,* 6 (1983). pp. 39-61.
NDAMBA KABONGO, A.: *Les esclaves à Cordoue au debut du XVII^e siècle (1600-1621).* Toulouse, 1975. Copia mecanografiada.
ORTIZ JUAREZ, J. M.: «Córdoba y los cordobeses en la literatura picaresca del Siglo de Oro». *Anales del Instituto Nacional de Bachillerato «Luis de Góngora»,* III (Córdoba, 1972). pp. 79-90.
ORTIZ JUAREZ, J. M.: «La obra en Córdoba del ilicitano Don Marcelino Siuri, obispo y escritor». *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos,* 12 (1974). pp. 43-62.
PONSOT, P.: «Les français à Cordoue en 1791-1793». *Mélanges de la Casa de Velázquez,* XV (1979). pp. 503-507.
REY DIAZ, J. M.: «Don Antonio Caballero y Góngora». BRAC, 4 (1923). pp. 63-83; 5 (1923). pp. 5-38; 6 (1923). pp. 53-76; 7 (1924). pp. 101-113
SANCHEZ GARCIA, L. E.: *D. Agustín de Ayestarán y Landa, obispo de Córdoba (1796-1805).* Tesis de Licenciatura inédita. Córdoba, 1978.
SANCHEZ GARCIA, L. E.: «Estado de los conventos de religiosos en Córdoba a principios del siglo XIX». BRAC, 102 (1981). pp. 241-252.
SANCHEZ GARCIA, L. E.: «El desierto de San Juan Bautista: un eremitorio de Carmelitas Descalzos en la Sierra de Córdoba (siglos XVI-XVIII)». BRAC, 105 (1983). pp. 235-254.

TORRE Y DEL CERRO, J. DE LA: «De otros tiempos: Cómo se solucionaba una huelga de campesinos en el siglo XVI». BRAC, 31 (1931). pp. 103-104.

VAZQUES LESMES, J. R.: «Los expedientes de información de limpieza de sangre del Cabildo catedralicio cordobés». *Actas II Coloquios Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* II. Córdoba, 1983. pp. 309-333.

IV. ECONOMIA

BERNARDO ARES, J. M. DE: «Razones jurídicas y económicas del conflicto entre Córdoba y la Mesta a fines del siglo XVIII». *Actas I Congreso Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* III. Córdoba, 1978. pp. 99-114.

DAVILLIER, CH.: *Notes sur les cuirs de Cordoue.* París, 1870.

DOMINGUEZ ORTIZ, A.: «Economía y sociedad en la Córdoba del siglo XVII». *Córdoba. Apuntes para su historia.* Córdoba, 1981. pp. 11-20.

FORTEA PEREZ, J. I.: *Córdoba en el siglo XVI: las bases demográficas y económicas de una expansión urbana.* Córdoba, 1981.

FORTEA PEREZ, J. I.: «La industria textil en el contexto general de la economía cordobesa entre fines del siglo XVII y principios del XVIII: una reactivación fallida». *Actas II Coloquios Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* Córdoba, 1983. pp. 443-465.

GOMEZ CRESPO, J.: «Los sistemas de la explotación de la tierra en la Andalucía Bética durante el siglo XVIII». *Actas II Coloquios Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* I. Córdoba, 1983. pp. 273-288.

LOPEZ ONTIVEROS, A.: «Evolución de los cultivos en la Campiña de Córdoba del siglo XIII al siglo XIX». *Papeles del Departamento de Geografía,* II (Murcia, 1970). pp. 9-77.

LOPEZ ONTIVEROS, A.: *«Emigración, propiedad y paisaje agrario en la Campiña de Córdoba.* Barcelona, 1974.

MERINO CASTEJON, M.: «Estudio del florecimiento del gremio de la platería en Córdoba y de las obras más importantes». BRAC, 26 (1930). pp. 57-86.

MUÑOZ DUEÑAS, M. D.: «Desamortización y abolición del diezmo en Córdoba». *Revista de Historia Contemporánea.* Departamento de Historia de España Moderna y Contemporánea de la Universidad de Sevilla, 2 (1983). pp. 25-48.

NIETO CUMPLIDO, M.: *Cordobanes y guadamecíes de Córdoba.* Córdoba, 1973.

OCAÑA TORREJON, J.: «Caminos viejos de los Pedroches». BRAC, 102 (1981). pp. 71-90.
ORTEGA LOPEZ, M.: «Los informes de los intendentes andaluces y el expediente de la Ley Agraria: una via reformista en el campo español en la segunda mitad del siglo XVIII». *Axerquía*, 4 (1982). pp. 101-123.
ORTIZ JUAREZ, D.: «El libro registro de hermanos y actas de visita de la Congregación de San Eloy». BRAC, 93 (1973). pp. 71-116.
PADILLA GONZALEZ, J.: «La Hacienda Sanllorente: un modelo de expansión olivarera en el siglo XVIII». *Actas II Coloquios Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* I. Córdoba, 1983. pp. 321-351.
PONSOT, P.: «En Andalousie Occidentale: systèmes de transports et développement économique (XVI^{e}-XIX^{e}- siècle)». *Annales*, 6 (1976). pp. 1.195-1.212.
PONSOT, P.: «La dîme, source d'Histoire rurale et urbaine. Reflexions methodologiques et analyse d'un cas cordouan». *Actas II Coloquios Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* I. Córdoba, 1983, pp. 353-362.
PONSOT, P.: «Grand domaine et petite exploitation en Andalousie Occidentale: une étude de rentabilité comparative». *Congreso de Historia Rural. Siglos XV al XIX.* Madrid, 1984. pp. 161-172.
RODRIGUEZ GORDILLO, J. M.: «El consumo de tabaco en Andalucía en la primera mitad del siglo XVIII». *Actas II Coloquios Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* I. Córdoba, 1983. pp. 499-516.
TORRE Y DEL CERRO, J. DE LA y REY DIAZ, J. M.: «La industria de la seda en Córdoba». BRAC, 27 (1930). pp. 167-171.
TORRE VASCONI, J. R. DE LA: *El guadamecil.* Córdoba, 1952.
YUN CASALILLA, B.: *«Crisis de subsistencias y conflictividad social en Córdoba a principios del siglo XVI.* Córdoba, 1980.
YUN CASALILLA, B.: «Crecimiento, crisis de subsistencia y conflictividad en Córdoba, 1.516-1.522». *Actas II Coloquios Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* I. Córdoba, 1983. pp. 413-437.

V. RELIGIOSIDAD

ARANDA DONCEL, J.: «Las danzas de las fiestas del Corpus en

Córdoba durante los siglos XVI y XVII. Aspectos folklóricos, económicos y sociales». BRAC, 98 (1978). pp. 173-194.
ARANDA DONCEL, J.: «La Inquisición de Córdoba: Visita a Ecija en 1593 y actuación contra los judaizantes». BRAC, 104 (1983). pp. 5-18.
ARANDA DONCEL, J.: «La religiosidad cordobesa en el Barroco». *El Barroco en Andalucía.* I Curso de Verano de la Universidad de Córdoba. Priego de Córdoba. 1983.
CUENCA TORIBIO, J. M.: «Un conflicto clerical cordobés a propósito de la religiosidad popular (1794-96)». *Estudios del Departamento de Historia Moderna.* Zaragoza, 1977. pp. 141-161.
GRACIA BOIX, R.: *Colección de documentos para la Historia de la Inquisición de Córdoba.* Córdoba, 1982.
GRACIA BOIX, R.: *Autos de fe y causas de la Inquisición de Córdoba.* Córdoba, 1983.
LUQUE REQUEREY, J.: *Antropología cultural andaluza. El Viernes Santo al Sur de Córdoba.* Córdoba, 1980.
NIETO CUMPLIDO, M.: «Semana Santa cordobesa. 1770». *Alto Guadalquivir,* 14 (1978). s/p.

VI. FIESTAS, ESPECTACULOS Y DIVERSIONES

AGUILAR PRIEGO, R.: «Verdadera patria del comediante Roque de Figueroa». BRAC, 72 (1955). pp. 115-120.
AGUILAR PRIEGO, R.: «Aportaciones documentales a las biografías de autores y comediantes que pasaron por la ciudad de Córdoba en los siglos XVI y XVII». BRAC, 84 (1962). pp. 281-313.
RAMIREZ DE ARELLANO, R.: *El teatro en Córdoba.* Ciudad Real, 1912.
SANCHEZ GARCÍA, L. E.: «Iglesia y teatro en Córdoba a fines del siglo XVIII». BRAC, 103 (1982). pp. 167-192.

VII. GOBIERNO MUNICIPAL

BELMONTE, M. C.: «Elites de poder en el municipio de Córdoba durante los primeros años del reinado de Felipe V». *Axerquía,* 2 (1981). pp. 145-171.
BERNARDO ARES, J. M. DE: *Los Alcaldes Mayores de Córdoba (1750-1833).* Córdoba, 1978.
BERNARDO ARES, J. M. DE: «Hacienda municipal, oficios y jurisdicciones enajenadas. El municipio de Córdoba a mediados del siglo XVIII». *Omeya,* 23 (1976-79). s. p.

BERNARDO ARES, J. M. DE: «Conflicto entre los regidores y el corregidor de Córdoba a principios del XVIII». *Revista de Estudios de la Vida Local,* 202 (1979). pp. 289-300.
BERNARDO ARES, J. M. DE: «Gobierno municipal y violencia social en Córdoba durante el siglo XVII» *Axerquía,* 1 (1980), pp.15-52.
BERNARDO ARES, J. M. DE: «Presión fiscal y bienes propios a principios del siglo XVII» *Axerquía,* 2 (1981). pp. 131-142.
CALVO POYATO, J.: «Gobierno y administración municipal: la reforma de 1766. El caso de la villa de Cabra». *Axerquía,* 3 (1981). pp. 149-163.
CUESTA MARTINEZ, M.: *El municipio cordobés a mediados del siglo XVIII (Años 1746, 1747 y 1748).* Memoria de Licenciatura inédita. Córdoba, 1983.

VIII. CULTURA Y ARTE

AGUILAR PRIEGO, R.: «Bosquejo histórico de la ejecución de la sillería del Coro de la Catedral de Córdoba». BRAC, 56 (1946). pp. 173-214.
AGUILAR PRIEGO, R.: «Bosquejo histórico de la ejecución de los púlpitos de la Catedral de Córdoba». BRAC, 58 (1947). pp. 189-200.
AGUILAR PRIEGO, R.: «La capilla mayor del convento de Santa Isabel de los Angeles: Pedro Roldán». BRAC, 71 (1954). pp. 189-238.
AGUILAR PRIEGO, R.: «Obras de la torre de la Catedral de Córdoba desde el siglo XVII hasta nuestros días». BRAC, 74 (1956). pp. 27-41.
AGUILAR PRIEGO, R.: «Maestros cordobeses de primeras letras. Siglos XV al XVIII». BRAC, 77 (1958). pp. 123-140.
AGUILAR PRIEGO, R.: «Obras en la Catedral de Córdoba durante el reinado del Emperador Carlos V». BRAC, 81 (1961). pp. 115-128.
AGUILAR PRIEGO, R. y VALVERDE MADRID, J.: «El platero cordobés Pedro Sánchez de Luque». BRAC, 85 (1963). pp. 15-73.
ARANDA DONCEL, J.: «La educación en Córdoba durante el *Trienio Liberal (1820-1823)*». *Anales del Instituto Nacional de Bachillerato «Luis de Góngora»,* IV (Córdoba, 1973). pp. 61-78.
ARMAYOR GONZALEZ, H.: *Pedagogía cordobesa del siglo XVII.* 2 vols. Córdoba, 1971.

BANDA Y VARGAS, A. DE LA: *El arquitecto andaluz Hernán Ruiz II.* Sevilla, 1974.
COSANO MOYANO, J.: «La Real Sociedad Económica de Amigos del País». *Córdoba. Apuntes para su historia.* Córdoba, 1981. pp. 171-194.
GALVEZ VILLATORO, R.: «Memorias del Colegio de la Compañía de Jesús en Córdoba desde 1553 hasta 1741». BRAC, 68 (1952), pp. 45-64.
GAYA NUÑO, J. A.: *Vida de Acisclo Antonio Palomino.* 2.ª ed. Córdoba, 1981.
GIL SERRANO, A.: «La pintura de Pablo de Céspedes». *Axerquía,* 4 (1982). pp. 9-19.
GONZALEZ ZUBIETA, R.: *Vida y obra del artista andaluz Antonio Mohedano de la Gutierra (1563-1626).* Córdoba, 1981.
HERNANDEZ DIAZ, J.: *Pedro Duque Cornejo y Roldán (1678-1757).* Sevilla, 1983.
LARA ARREBOLA, F.: «Dos tallas inéditas de Pedro Duque Cornejo». BRAC, 100 (1979). pp. 361-365.
LARA ARREBOLA, F.: *Los Tapices del Patrimonio Eclesiástico de Córdoba.* Córdoba, 1979.
MARTIN RIBES, J.: *Sillería del Coro de la Catedral de Córdoba.* Córdoba, 1983.
MARTIN RIBES, J.: *Custodia procesional de Arfe.* Córdoba, 1983.
MUÑOZ VAZQUEZ, M.: «Casas solariegas de Córdoba: Palacio de los Páez de Castillejo». BRAC, 84 (1962). pp. 247-279.
NIETO CUMPLIDO, M.: *Documentos para la Historia del Arte en Córdoba.* 2 vols. Ejemplar mecanografiado.
NIETO CUMPLIDO, M.: «Fondos librarios de Juan Ginés de Sepúlveda en la Biblioteca de la Catedral de Córdoba». *El Cardenal Albornoz y el Colegio de España,* VI. Publicaciones del Real Colegio de España. Bolonia, 1979. pp. 745-750.
NIETO CUMPLIDO, M.: *La iglesia de San Juan Bautista de Hinojosa del Duque.* Córdoba, 1982.
ORTI BELMONTE, M. A.: «Oposición del Cabildo municipal a la construcción del crucero de la Mezquita». BRAC, 71 (1954). pp. 271-277.
ORTI BELMONTE, M. A.: *La Catedral-Antigua Mezquita y santuarios cordobeses.* Córdoba, 1970.
ORTI BELMONTE, M. A.: *Córdoba monumental, artística e histórica.* 2.ª ed. Córdoba, 1980.
ORTIZ JUAREZ, D.: *Catálogo de la exposición de orfebrería cordobesa.* Córdoba, 1973.

PORRO, M. J.: «La Biblioteca Provincial de Córdoba. Procedencia de algunos volúmenes que integran su fondo bibliográfico antiguo». *Axerquía,* 8 (1983). pp. 9-42.
QUESADA RIOS, F.: «La obra y nueva fábrica de la plaza de la Corredera (1683-1687)» *Actas II Coloquios Historia de Andalucía. Andalucía Moderna.* II. Córdoba, 1983. pp. 355-373.
RAMIREZ DE ARELLANO, R.: *«Diccionario biográfico de artistas de la provincia de Córdoba.* Colección de documentos inéditos para la Historia de España. CVII. Madrid, 1893.
RAMIREZ DE ARELLANO, R.: *Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba.* 2 vols. Madrid, 1921-22.
RAMIREZ DE ARELLANO, R.: *Inventario-catálogo histórico artístico de Córdoba.* Notas de J. VALVERDE MADRID. Córdoba, 1983.
RAYA RAYA, A.: «Los Angeles de la Capilla de los Mártires de la parroquia de San Pedro, obras documentadas de Pedro Duque Cornejo». BRAC, 100 (1979). pp. 365-368.
RAYA RAYA, A.: *El retablo en Córdoba durante los siglos XVII y XVIII.* Córdoba, 1980.
REY DIAZ, J. M.: *El Colegio de la Asunción de Córdoba, obra de siglos.* Córdoba, 1946.
RIVAS CARMONA, J.: *Arquitectura barroca cordobesa.* Córdoba, 1982.
ROMERO DE TORRES, E.: «La monumental lámpara de plata con incrustaciones de oro existente en la Capilla Mayor de la Santa Iglesia Catedral». BRAC, 55 (1946). pp. 85-95.
RUBIO SANCHEZ, S.: «Semblanza universitaria del Dr. Manuel María de Arjona». BRAC, 95 (1975). pp. 155-170.
TORRE Y DEL CERRO, A. DE LA: «Obras en la torre de la Catedral de Córdoba en los siglos XVI y XVII». BRAC, 29 (1930). pp. 297-323.
TORRE Y DEL CERRO, J. DE LA: «Fernando de las Infantas: músico y teólogo». BRAC, 32 (1931). pp. 159-211.
VALDENEBRO Y CISNEROS, J. M.: *La imprenta en Córdoba.* Madrid, 1900.
VALVERDE MADRID, J.: «El pintor Antonio del Castillo». BRAC, 82 (1961). pp. 163-271.
VALVERDE MADRID, J.: «Nuevos datos sobre el pintor Antonio del Castillo». *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría.* IV (1976). pp. 197-260.
VALVERDE MADRID, J.: «Dos pintores sevillanos en Córdoba: Sarabia y Valdés Leal». *Archivo Hispalense,* 120-121. pp. 1-52.

VALVERDE MADRID, J.: «El escultor cordobés Alonso Gómez de Sandoval». BRAC, 83 (1962). pp. 47-108.
VALVERDE MADRID, J.: «El platero cordobés Damián de Castro». BRAC, 86. (1964). pp. 31-126.
VALVERDE MADRID, J.: *Ensayo socio-histórico de retablistas cordobeses del siglo XVIII*. Córdoba, 1974.
VALVERDE MADRID, J.: «El rejero cordobés Fernando de Valencia». BRAC, 101 (1980). pp. 101-103.
VILLAR MOVELLAN, A.: «Barroco y clasicismo en la imaginería cordobesa del Setecientos». *Apotheca*, 2 (1982). pp. 101-138.
ZUERAS TORRENS, F.: *Antonio del Castillo. Un gran pintor del Barroco*. Córdoba, 1982.

INDICE DE NOMBRES Y LUGARES

Adamuz, 75, 150, 153, 154, 175, 198.
Africa, 62, 91, 245.
Aguayo, fray Alonso de, 167.
Aguila, Baltasar del, 189.
Aguilar, 97, 118, 125, 173, 175, 197, 248, 249, 264.
Aguilar, fray Francisco, 278.
Aguilar, jurado, 144.
Aguilar de Campóo, marqueses de, 45.
Aguilar Priego, R., 124, 125, 126, 176, 188, 198.
Agustín, Francisco, 298.
Alameda del Obispo, 44, 133, 254, 298.
Alarcón, Francisco de, 45, 48, 111, 175, 199.
Alava y Esquivel, obispo, 47.
Alba, duque de, 45.
Albaida, pago de la, 117.
Alberich, Bernardo, 307.
Albolafia, molino de la, 132.
Alcalá, mariscal de, 40.
Alcalá, universidad de, 46, 176, 178, 193, 306.
Alcalá la Real, 135.
Alcalá del Río, 74.
Alcántara, Antonio de, 197, 198.
Alcántara, orden de, 41.
Alcaracejos, 161.
Alcaudete, 75.
Alcaudete, condado de, 38.
Alcaudete, conde de, 142.
Alcázar Viejo, 20, 26, 108, 258, 267.
Alcolea, 79, 241.
Alcudia, valle de, 75.
Aldea del Río, 151, 155, 160, 175, 246.
Alderete, Bernardo de, 179.
Alegría, ermita de Ntra. Sra. de la, 261.
Alejandro VII, 111, 112.
Alfaro, Alfonso, 172.
Alfaro, Juan de, 196, 197.
Alfaros, calle, 20.
Alfonso XI, 50, 221.
Alhambra, 128.
Aljama, Josefa de, 289.
Almagro, 303.
Almagro, Luis, 291.
Almería, 161, 302.
Almodóvar, marqués de, 163, 286.
Almodóvar, puerta de, 19.
Almodóvar del Campo, 153.
Almodóvar del Río, 84, 95, 151, 155, 157, 160, 175, 283.
Almunia, Casa de, 305.

Alpujarras, 63.
Altamirano, P. Lope Luis, 300.
América, 32.
Amparo, cofradía de Ntra. Sra. del, 258.
Ampurias, condado de, 39.
Anchelerga, Antonio, 251.
Andalucía, 29, 32, 35, 49, 73, 78, 86, 115, 125, 153, 168, 172, 174, 183, 190, 203, 219, 246, 299.
Andújar, 75, 173, 302.
Andújar, puerta de, 19, 207.
Angeles, cofradía de Ntra. Sra. de los, 259.
Angeles y San Pedro ad Víncula, cofradía de Ntra. Sra. de los, 261.
Angulo, Andrés de, 179.
Angustias, cofradía de Ntra. Sra. de las, 259, 266.
Angustias, Virgen de las, 193, 267.
Animas Benditas del Purgatorio, cofradía de las, 104, 258, 261.
Antequera, 75, 125, 126, 174, 194.
Antequera, Juan de, 304.
Antoneli, Juan Bautista, 174.
Añora, 161, 175.
Aragón, 219.
Aragón, Juana de, 38.
Arali, Joaquín, 298, 311.
Aranda Doncel, J., 30, 61, 64, 110, 118, 176, 303, 312.
Arbassia, César, 194.
Arcas, fuente de las, 132.
Arco Real, calle del, 266.
Arcos, duque de, 73, 171, 173, 199, 253.
Arcos, duques de, 50.
Archidona, 253.
Arenales, conde de, 215.
Arfe, Enrique de, 109, 197.
Argote, Alonso de, 138, 156.
Argote, Diego de, 31.
Argote, Francisco de, 177.
Argote y Aguayo, Diego de, 70.
Argote y Góngora, Francisco de, 288, 289.
Argote y Guzmán, Francisco, 221.
Argote Guzmán Fernández de Córdoba, Juan de, 289.
Arias, fray Pedro de, 167.
Ariza, marqués de, 305.
Arjona, Manuel María de, 298.
Armayor González, H., 176.
Armenta, Francisco de, 154.
Armenta, Juan de, 289.
Arnaum, 189.
Arredondo Carmona, Miguel, 232, 287.
Astorga, 47.
Asturias, 178, 302.
Asturias, príncipe de, 274.
Asunción, capilla de la, 186, 188, 199.
Asunción, colegio de la, 111, 168, 169, 171, 172, 173, 299, 300, 301, 302, 306, 309.
Asunción, iglesia de la, 189.
Aurora, cofradía de Ntra. Sra. de la, 260.
Aurora, ermita de Ntra. Sra. de la, 280.
Austria, Juan de, 131.
Austria, Leopoldo de, 43, 45, 46, 47, 48, 133, 151, 152, 183, 185.
Avila, 47, 306.
Ayala, Francisco de, 313.
Ayestarán y Landa, Agustín

de, 206, 219, 277, 303, 306.
Azuaga, 245, 246.

Badajoz, 46.
Baena, 75, 146, 173, 175, 187, 195, 198, 271.
Baena, Bartolomé de, 304.
Baeza, 117, 217.
Baeza, Constanza de, 166.
Baeza, puerta de, 19, 62.
Bailén, 75.
Bailío, casa del, 183.
Ballesteros Rodríguez, J., 32.
Banda y Vargas, A. de la, 183, 184, 185.
Bañuelos Páez y Valenzuela, Andrés, 216.
Baquerizo, Manuel, 245.
Barajas, conde de, 138.
Barcelona, 220.
Barcia, Martín de, 219, 220, 298.
Barros, tierra de, 245.
Basabrú, Bartolomé, 297.
Basabrú, Lorenzo, 277.
Bastardo de Cisneros y Mondragón, Francisco, 287.
Baza, 161.
Béjar, duque de, 40.
Belalcázar, 175, 198.
Belalcázar, conde de, 40.
Belén, cofradía de Ntra. Sra. de, 258, 261.
Belmez, 187, 189, 190.
Belmonte, 165.
Belmonte, M. C., 294.
Belmonte, señor de, 40, 165.
Belluga y Moncada, Luis Antonio, 53.
Bellver, fray Miguel, 311.
Benamejí, 75, 152, 185, 265.
Benamejí, señor de, 40.
Benavente, condes de, 45.
Benedicto XIII, 270.
Benedicto XIV, 256.
Benítez, P. Manuel, 300.
Berbería, 62.
Bermúdez, Miguel, 126.
Bernardo, Juan, 225.
Bernardo Ares, J. M. de, 39, 138, 139, 140, 147, 232, 285, 287, 288, 295, 296.
Bernet, Juan, 225, 250.
Bernuy, Diego de, 152.
Bertaut, F., 25, 28, 43, 50, 122, 163, 179.
Blanca, cofradía de Ntra. Sra. de la, 260.
Blancas, Pedro Antonio de, 308.
Boabdil, 109.
Bolonia, 177, 306.
Bonifaz, Gaspar de, 74.
Bonilla y Vargas, fray Juan de, 219.
Bor, Juan del, 225.
Borja, Tomás de, 44.
Brindis, fray Lorenzo de, 270.
Buen Suceso, cofradía de Ntra. Sra. del, 259.
Bujalance, 87, 90, 126, 151, 155, 161, 165, 166, 175, 185, 189, 198, 204, 249, 264, 301.
Bujeda, Pedro de, 171.
Burgos, 47, 287.
Burgos, Alonso de, 90, 179.
Busto, P. Pedro del, 270.
Butaguillos, cortijo de, 146.

Caballerizas Reales, 28, 60, 79, 155, 182, 212, 233, 310.
Caballero, Alonso, 125.
Caballero y Góngora,

Antonio, 219, 220, 298, 310, 311.
Caballero de Gracia, congregación del, 258.
Cabeza, cofradía de Ntra. Sra. de la, 259.
Cabeza del Buey, 173.
Cabezón, Juan, 313.
Cabra, 118, 173, 175, 187, 197, 198, 248, 249, 264, 271, 294.
Cabra, conde de, 169.
Cabra, condes de, 45, 50.
Cabra, fray Jerónimo José de, 268.
Cabrera, Alonso de, 142.
Cabrera, Antonio, 308.
Cabrera y Cárdenas, Fernando de, 289.
Cabrera y Cárdenas, Pedro de, 221.
Cabrera y Gámez, Bernardo de, 178.
Cabrera Muñoz, E., 135, 150.
Cabriñana, marqués de, 215, 221, 224, 254, 273, 274, 289.
Cádiz, 99, 125, 241, 244, 245, 252.
Cádiz, fray Diego José de, 271, 278.
Calatrava, orden de, 41, 70, 143, 151, 160, 163, 216, 286, 289, 290.
Calderón, Jerónimo de, 125.
Calvo, P. Juan José, 30.
Calvo Poyato, J., 32, 203, 294.
Camacho, P. Antonio, 300.
Camacho, José Francisco, 302.
Camino de la Plata, 75.
Camino Real, 153, 158, 241.
Campaña, Pedro de, 193.
Campillo del Rey, 120.
Campiña, 35, 40, 75, 76, 90, 151, 154, 155, 160, 175, 248, 295, 309.
Campiñuela, señor de la, 142.
Campo de la Merced, 275, 282, 283.
Campo de San Antón, 208, 226.
Campo Santo de los Mártires, 30, 132.
Campo de la Verdad, 20, 21,24, 26, 52, 206, 226, 261.
Campo de la Victoria, 208.
Campomanes, 285.
Canarias, 312.
Candelaria, cofradía de Ntra. Sra. de la, 260.
Cano, Lorenzo, 311.
Cansinos, señor de los, 142.
Cañete, 175, 204, 301.
Cañete, Juan de, 291.
Capuchinos, convento de, 207, 222, 270.
Carcabuey, 135.
Cardenal Salazar, hospital del, 309.
Cárdenas, Antonio Dimas de, 288.
Cardiel, Guillermo, 225.
Cardona, ducado de, 38.
Cardona, duque de, 40.
Cares, Jerónimo, 60.
Carlos I, 43, 45, 46, 95, 127, 151, 152, 171.
Carlos II, 39, 203, 253.
Carlos III, 275, 276, 285, 287, 292, 298, 302.
Carlos IV, 208, 215, 218, 277, 281, 293.
Carlos V, 29, 188.
Carlos, infante, 129.
Carmen, cofradía de Ntra. Sra. del, 259.
Carmona, 75.

Carnaval, 124.
Carnicerías, calle, 20.
Carpio, El, 129, 154, 175, 190.
Carpio, marqués del, 40, 142, 153, 154, 163, 191.
Carpio, marquesa del, 289.
Carpio, marquesado del, 39.
Cartagena, 53.
Carvajal y Mendoza, Francisco, 208.
Carrasco, Nicolás, 312.
Carrillo, Alonso, 199.
Carrillo, fray Alonso, 167.
Carrillo, Fernando, 288.
Carrillo de Sotomayor, Luis, 179.
Casa Saavedra, marqués de, 215.
Castelnovo, marquesa de, 220.
Castilla, 24, 31, 38, 39, 40, 142, 153, 215, 288, 289.
Castilla, Cámara de, 138, 140, 219, 286, 288.
Castilla, Consejo de, 46, 86, 127, 160, 232, 278, 292, 294, 302.
Castilla, Cortes de, 128, 135, 141, 153.
Castilla, P. Jerónimo de, 300.
Castilla la Nueva, 45, 75, 79, 219.
Castilla la Vieja, 45, 204, 219.
Castillejo, Francisco de, 188.
Castillejo, Juan de, 188.
Castillo, Agustín del, 195.
Castillo, Antonio del, 107, 108, 192, 193, 195, 196, 307.
Castillo y Valenzuela, Francisco del, 302.
Castro, arcediano de, 48, 171.
Castro, Damián de, 236, 312.
Castro, Miguel de, 125.
Castro del Río, 38, 75, 82, 90, 146, 151, 153, 154, 155, 173, 175, 187, 249, 271, 295.
Catastro de Ensenada, 216, 217, 222, 224, 225, 227, 228, 229, 230, 232, 251, 285, 289, 290, 304.
Cazalla, 53.
Cea Tesa, Salvador de, 177.
Cebrián, José Jacinto, 204, 278.
Cebrián y Augustín, Miguel Vicente, 219, 220, 221, 256, 262, 282.
Cedaceros, plazuela de los, 62.
Centurión, Juan, 50.
Cepa de Córdoba, 36.
Cerda, Juan de la, 53.
Cerdonibus, León de, 117.
Cervantes, Miguel de, 132.
Céspedes, Pablo de, 177, 178, 193, 194, 195, 307.
Cisneros, Alonso de, 125.
Císter, convento del, 54, 309.
Ciudad Eterna, 193.
Ciudad Real, 47, 135.
Ciudad Rodrigo, 46.
Clemente VII, 167.
Cobos Ruiz de Adana, J., 52.
Codes, Blas Manuel de, 292.
Colodro, puerta del, 19, 20, 22, 259.
Comares, marqués de, 27, 38, 142, 198.
Comares, marquesado de, 38, 39, 142.
Compañía, plazuela de la, 266.
Compañía de Jesús, 51, 113, 170, 171, 172, 222, 300.
Concepción, capilla de la, 184, 199.
Concepción, cofradía de Ntra. Sra. de la, 258, 259, 261.
Concepción, convento de la, 54.

Conquista, 75, 157, 159, 161, 175.
Conservatorio de Música, 183.
Consolación, cofradía de Ntra. Sra. de la, 260.
Constantina, 253.
Contreras, Antonio, 194.
Corazón de Jesús, 269.
Córdoba, Alonso de, 166.
Córdoba, arcediano de, 48, 50.
Córdoba, Fernando Alfonso de, 167.
Córdoba, fray Lucas de, 269.
Córdoba, Martín de, 54.
Córdoba, Sebastián de, 198.
Córdoba y Aguilar, José de, 288.
Córdoba Carrillo, Gonzalo de, 306.
Córdoba y Hoces, Teresa de, 171.
Córdoba y Mendoza, fray Martín de, 44, 45.
Córdoba la Vieja, 77.
Coria, 220.
Corpus Christi, 62, 109, 119, 121, 124, 197, 257, 269, 270.
Corpus Christi, convento del, 54, 55, 276, 277.
Corpus Christi y Santa Lucía, cofradía del, 261.
Corral Cortés y Mesa, Francisca María del, 289.
Corral y Guzmán, Francisco del, 160.
Correa, Orden Tercera de la, 261.
Corredera, plaza de la, 22, 28, 60, 62, 101, 102, 116, 117, 120, 122, 123, 127, 130, 131, 139, 146, 147, 182, 189, 191, 223, 253, 258, 271, 274, 280, 282.
Cosano Moyano, J., 298.
Cristo de los Faroles, 311.
Crucifijo, ermita del, 259.
Cruz, Francisco de la, 291.
Cruz, sor Magdalena de la, 116.
Cruz Molina, Juan de la, 312.
Cruz del Rastro, 20.
Cuaresma, 120, 124, 130, 252.
Cuenca, Colegio Mayor de (Salamanca), 176.
Cuenca Toribio, J. M., 265.
Cuesta, Gregorio de la, 291.
Cuesta de Luján, 20, 59.
Cuesta Martínez, M., 288, 294.
Cuevas, señor de las, 40, 142.

Chanciller, cortijo del, 77.
Chiclana, 125.
Chillón, 135, 173.

Dalrymple, W., 209, 211, 216, 254, 273, 274, 276.
D'Aulnoy, madame, 43.
Davillier, barón, 68.
Daza, Juan, 47.
Deanes, calle, 208.
Delgado, cardenal, 312.
Delgado, José (Pepe-Hillo), 275.
Denia, marqués de, 45.
Desamparados, cofradía de Ntra. Sra. de los, 261.
Despeñaperros, 75.
Diario de Córdoba, calle, 306.
Díaz, Manuel, 291.
Díaz de Baena, Juan, 166, 167.
Díaz de Morales Fernández de Córdoba, Juan, 290.
Díaz de Rivas, Pedro, 178.
Díaz-Trechuelo

López–Spinola, L., 31, 32.
Díez, Juan, 312.
Dios Ayuda, Francisco de, 291.
Divina Pastora, 269.
Dolores, congregación de Ntra. Sra. de los, 262, 265, 267.
Dolores, iglesia de los, 309.
Dolores, Virgen de los, 269.
Domínguez de Alcántara, canónigo, 308.
Domínguez Ortiz, A., 49, 87, 93, 103, 116.
Domonte, P. Francisco, 300.
Don Benito, 245.
Doña Mencía, 175.
Doro, Domingo, 60.
Dreveton, B., 310.
Dulce Nombre de Jesús, cofradía del, 259.
Dulce Nombre de María, congregación del, 261.
Duque Cornejo, Pedro, 311.
Durillo, Juan, 190.

Ecija, 70, 73, 75, 97, 117, 118, 125, 135, 173, 198, 249, 302.
Educandas, colegio de, 297, 305.
Eguiluz, José, 208.
Elche, 219.
Encarnación, cofradía de Ntra. Sra. de la, 259.
Encarnación, convento de la, 54, 258, 259.
Encarnación, hospital de Ntra. Sra. de la, 259.
Encarnación Alta, convento de la, 54.
Enríquez de Navarra, Leonardo, 189.
Entrena Camacho, Rafael, 308.
Eraso, Gonzalo de, 70.
Escalante, Cristóbal de, 70.
Escalante, Juan Antonio, 196.
Escalante, Manuel, 304.
Esclavos de María Santísima, congregación de los, 261.
Esclavos del Santísimo Sacramento, congregación de, 258.
Escorial, El, 178.
Escudero, Juan Bautista, 177.
España, 29, 35, 43, 49, 68, 69, 72, 113, 133, 178, 194, 220.
Espejo, 82, 175.
Esperta de Ponce, Catalina, 152.
Espiel, 105, 150, 161, 164, 286.
Espinosa, cardenal, 129.
Espinosa, fray Jerónimo de, 312.
Espíritu Santo, capilla del, 194.
Espíritu Santo, convento de, 54, 223.
Espíritu Santo, parroquia de, 21.
Esquilache, marqués de, 277, 285.
Estepa, 302.
Estepa, marqués de, 40, 50.
Estrella, cofradía de Ntra. Sra. de la, 260.
Europa, 69, 73.
Excusada, puerta, 19, 206.
Extremadura, 244.

Faro, conde de, 73.
Felipe II, 19, 43, 74, 76, 95, 97, 107, 127, 128, 129, 138,

153, 154, 155, 156, 170, 178, 197, 198.
Felipe III, 49, 73, 81, 133, 144, 147, 159, 199.
Felipe IV, 25, 39, 113, 125, 127, 129, 130, 149, 155, 160, 161, 163, 164.
Felipe V, 215, 221, 246, 294.
Feria, calle de la, 20, 109, 120, 121, 123, 132, 133, 189, 208, 266, 280.
Feria, condesa de, 116.
Fernández, Bartolomé, 198.
Fernández, Lorenzo, 198.
Fernández, P. Pedro Vicente, 300.
Fernández de Angulo, Martín, 177, 197.
Fernández de Argote, Pedro Jacinto, 288.
Fernández de Cárcamo, Martín, 288, 289.
Fernández Carreras, Melchor, 160.
Fernández de Castro, racionero, 312.
Fernández de Córdoba, Antonio, 165, 166, 167, 168, 169, 293.
Fernández de Córdoba, Catalina, 152.
Fernández de Córdoba, Diego, 38, 93.
Fernández de Córdoba, Francisco, 178, 288, 289.
Fernández de Córdoba, Francisco Javier, 221, 305.
Fernández de Córdoba, Juan, 50, 131, 169, 306.
Fernández de Córdoba, Luis, 171, 215, 289.
Fernández de Córdoba y Aguilar, Joaquín, 216, 225, 289.
Fernández Guzmán Córdoba y Heredia, Gonzalo, 289.
Fernández Manrique, Pedro, 45.
Fernández de Mesa y Argote, Luis, 221.
Fernández Moreno, Melchor, 192.
Fernández Portocarrero, Luis Antonio, 160.
Fernández del Río, Juan, 311.
Fernández Texeiro, Joaquín, 294.
Fernando III, 120.
Fernando IV, 50, 221.
Fernando VI, 279, 280.
Fernando VII, 302.
Fernán Núñez, 76, 175, 249.
Fernán Núñez, conde de, 142.
Fernán Núñez, señor de, 142.
Figueroa, Juan de, 70.
Figueroa, Roque de, 125.
Figueroa y Córdoba, Juan de, 290.
Flandes, 73.
Flórez de Carvajal, Gonzalo, 171.
Floridablanca, censo de, 206.
Fonseca y Castillo, Fernando, 291.
Fortea Pérez, J. I., 29, 32, 65, 66, 67, 72, 73, 81, 87, 92, 150.
Franceses, mesón de los, 225.
Francia, 59, 73, 91, 92, 132, 163, 245, 283.
Freire de Guevara, Pedro, 192.
Fresneda, fray Bernardo de, 36, 44, 45, 48, 106.
Frombeza, Manuel, 313.
Fuenclara, condes de, 220.
Fuensanta, arroyo de la, 211.
Fuensanta, carrera de la, 20, 62.

Fuensanta, Ntra. Sra. de la, 105, 190, 268, 269, 279.
Fuente, Teraldo de la, 251.
Fuente Hoyuelo, marqués de, 140.
Fuente Obejunta, 44, 75, 126, 150, 151, 152, 155, 161, 163, 173, 175, 286, 301, 306.
Fuente del Sauco, conde de la, 215, 290.
Fuentes, 75.

Gabia la Grande, conde de, 215, 289, 290.
Galicia, 30, 178, 219.
Gálvez, José de, 298.
Gálvez Villatoro, R., 172.
Gallegos, puerta, 19, 27, 207, 208, 282.
Gamero, P. Fernando, 300.
García Aguilar, Bernabé, 236.
García González, A. F., 299.
García de la Huerta, Vicente, 278.
García Mercadal, J., 29.
García Reinoso, Antonio, 196, 197.
García de los Reyes, Bernabé, 312.
Garrido de la Vega, Francisco, 219.
Gascón, Blas, 313.
Genil, río, 185.
Génova, 219.
Gibraltar, 203, 209, 219.
Gil Serrano, A., 194.
Godoy, 218.
Godoy, Cristóbal de, 221.
Gómez, P. Francisco, 169, 170.
Gómez de Aragón, Martín, 172.
Gómez Bravo, J., 45, 108, 111, 204, 219, 256, 308.
Gómez de Cárdenas, Pedro, 160.
Gómez de Cárdenas, Pedro Alfonso, 288, 289.
Gómez de Cárdenas, Teresa, 290.
Gómez Crespo, J., 232, 308.
Gómez de Figueroa, Luis, 157.
Gómez de Reina, Pedro, 91, 138.
Gómez del Río, Bernabé, 192.
Gómez de Sandoval, Alonso, 311.
Góngora, Alonso de, 157.
Góngora, Juan de, 163.
Góngora, Luis de, 112, 179.
Góngora y Angulo, fray Pedro de, 190.
González, P. Alberto, 299, 300.
González Gaitán, Juan, 313.
González de León, magistral, 113, 114.
González Zubieta, R., 195.
Gracia Boix, R., 116, 117.
Granada, 31, 46, 47, 61, 68, 73, 75, 92, 110, 125, 128, 135, 138, 140, 163, 176, 217, 223, 253, 287, 302.
Granada, fray Luis de, 53.
Grecia, 60.
Gregorio XV, 112.
Guadajoz, río, 154.
Guadalbaida, pago de, 95.
Guadalcázar, 97, 116, 249.
Guadalcázar, marqués de, 40, 215, 216, 297.
Guadalcázar, marquesado de, 160.
Guadalmellato, pantano del, 75.
Guadalquivir, río, 19, 74, 75,

99, 131, 132, 133, 151, 155, 160, 161, 175, 178, 211, 232, 236, 241, 246, 251, 282, 286, 301.
Guadalquivir, valle del, 75, 125.
Guadiato, río, 75.
Guadíx, 161.
Guajardo Fajardo, José Carlos, 288, 289.
Guardia, marqués de la, 40.
Guareña, 246.
Guetano, Diego, 313.
Guijarrosa, La, 97, 249.
Guiral y Concha, Diego Jacinto de, 288.
Gutiérrez, Francisco, 126.
Guzmán Reina, A., 20, 26, 78, 122.

Hacienda, Consejo de, 46, 47, 154, 163, 286.
Haro, Luis de, 70.
Hazas de Córdoba, 146.
Heredia y Córdoba, Pedro de, 215.
Hernán Ruiz I, 184.
Hernán Ruiz II, 183, 184, 185.
Hernán Ruiz III, 186.
Hernández, Jerónimo, 188.
Hernández Perera, J., 312.
Herreruela, cortijo de, 166.
Hidalgo, Juan Francisco, 190, 191.
Hinestrosa, Pedro de, 122.
Hinojares, marqués de, 215.
Hinojosa, 173, 175, 184, 185, 187, 301.
Hoces, Antonio de, 289.
Hoces, Gonzalo de, 166.
Hoces, Lope de, 160.
Hoces y Córdoba, Lope de, 215.
Holanda, 245.
Hornachuelos, 84, 151, 155, 160, 166.
Hornachuelos, conde de, 142, 215.
Hoyo, José del, 291.
Hoyo, Rafael del, 291.
Hoyo, Roque del, 291.
Hoyos Noriega, José, 302, 306.
Huelva, 302.
Hurtado de Corcuera, Sebastián, 94.
Hurtado Izquierdo, Francisco, 192, 309.

Indias, 31, 32, 69, 289, 298.
Indias, Consejo de, 46, 47.
Infantado, duque del, 129.
Infantas, Alonso de las, 171.
Infantas, Fernando de las, 199.
Infantas, Francisco de las, 86, 99.
Infantas, Lorenzo de las, 142.
Ingenieros, cortijo de, 146, 295.
Inquinira, doctor, 170, 171, 306.
Inquisición, Consejo Supremo de la, 47.
Isabel de Portugal, 127.
Italia, 73, 91, 193, 194.
Iznájar, 175.

Jaén, 46, 73, 101, 116, 117, 125, 135, 173, 246, 302.
Jaén, Fernando, 291.
Jarosa, conde de la, 215, 217, 290.
Jerez de la Frontera, 73, 125.
Jesús Caído, cofradía de Nuestro Padre, 259.
Jesús del Calvario, cofradía de,

260, 265, 267.
Jesús Crucificado, convento de, 54.
Jesús del Huerto, cofradía de Nuestro Padre, 260, 265, 266, 267.
Jesús Humilde, cofradía de, 260, 265, 267.
Jesús y María, convento de, 54.
Jesús Nazareno, 193.
Jesús Nazareno, cofradía de, 266.
Jesús Nazareno, cofradía de (Montoro), 264.
Jesús Nazareno, hospital de, 268.
Jesús de la Sangre, cofradía de, 261, 265.
Jiménez, Francisco, 188.
Jiménez, María, 117.
Jiménez Moreno, M., 283.
Jiménez de Valenzuela, Pedro, 125.
Jódar, marqués de, 215, 290.
Jordano Barea, D., 308.
Judería, plaza de la, 27, 253.
Judíos, calle, 258.
Juramento, iglesia del, 260, 310, 311.

Kagan, R. L., 176.

Laguna, Pablo, 46.
Lambert, 245.
Lando, Juan Manuel de, 142.
Lantery, Raimundo de, 174.
Lara, infantes de, 280.
Lara Arrebola, F., 189.
Latinidad, cátedra de, 175, 304.
P. Leal, 281.
Leche, cofradía de Ntra. Sra. de la, 260.
Leiva Aguilar, Francisco, 90, 179.
León, 30, 45, 178, 219.
León X, 167.
León, Rodrigo de, 197, 291.
León, Simón de, 306.
León y Gálvez, Rafael de, 308.
Lepanto, 131.
Lerma, 46.
Lerma, duque de, 160.
Librería, calle, 266, 306.
Linares, Virgen de, 108, 269.
Lisboa, 73.
Lobera y Torres, Cristóbal de, 46, 108, 113.
López de Alba, Pedro, 168, 171.
López Baena, J., 108, 255.
López Ontiveros, A., 151, 230, 248.
López de Valdelomar, Andrés, 198.
Luca de Tena, C., 26.
Lucena, 75, 77, 87, 118, 125, 126, 173, 175, 188, 194, 249, 264, 301, 309.
Lucena, señor de, 40.
Luengos, P. Juan de, 300.
Luis I, 279.
Luis, infante, 282.
Luna, Francisco de, 291.
Luna, Juan de, 291.
Luque, 30, 87, 175, 186.
Luque, conde de, 142.
Luque, señor de, 40.
Luquín, Jacques, 188.
Lutero, 117.
Luz, cofradía de Ntra. Sra. de la, 259.
Madre de Dios, convento de, 53, 222, 260, 261, 267.
Madre de Dios, convento de

(Baena), 185.
Madrid, 19, 125, 153, 154, 196, 217, 219, 241, 289.
Magdalena, barrio de la, 23, 24, 38, 102, 205, 259, 267.
Magdalena, iglesia de la, 310.
Magdalena, plaza de la, 274.
Málaga, 54, 75, 99, 125, 126, 167, 174, 244, 246, 252, 302.
Malta, 110, 216.
Mancha, La, 244, 246.
Manilva, 253.
Manrique, Alonso, 45, 48, 182.
Manrique y Aguayo, Jerónimo, 44.
Maraver y Alfaro, L., 204.
Marchena, 73, 173, 199.
Mardones, fray Diego de, 44, 45, 47, 54, 110, 111, 130, 198.
Margarita de Austria, 115.
María Teresa, infanta, 282.
Márquez de Castro, Tomás, . 39, 164.
Martínez, Sebastián, 307.
Martínez Montañés, Juan, 193.
Martos, molino de, 211, 218.
Martos, puerta de, 19.
Marruecos, 282.
Masabel, Blas de, 190.
Matanza Corcuera y Gallo, Fernando, 287.
Mayoral, Miguel del, 304.
Médicis, Cosme de, 19, 20, 25, 26, 35, 41, 43, 50, 78, 82, 86, 121, 127, 199.
Medina, cortijo de, 146, 295.
Medina, Pedro de, 72.
Medina Cruz y Pastor, Manuel, 215.
Medina y Salizanes, fray Alonso de, 45, 48, 112, 122, 197.
Medinaceli, ducado de, 142.
Medinaceli, duque de, 230.
Medinaceli, Estado de, 39.
Medina Sidonia, 125.
Melgarejo, fray Domingo, 67.
Menado, conde del, 215, 289.
Méndez de Haro, Luis, 142, 153.
Méndez de Haro y Guzmán, Luis, 164.
Mendoza, Felipe de, 90.
Merced, convento de la, 222, 260, 266, 309.
Merino Castejón, M., 72.
Mesa, Juan de, 193, 259.
Mesa y Cortés, Cristóbal de, 171.
Mesía de la Cerda, Francisco, 290.
Messía, fray Francisco, 111.
Mezquitillas, pago de, 95.
Miguel Angel, 193, 194.
Milagro, cofradía de Ntra. Sra. del, 260, 266.
Milán, 72.
Milla de la Peña, Francisco, 245.
Misericordia, hospital de la, 206.
Mohedano, Antonio, 194, 195.
Mohedano, fray Juan, 293.
Moisés, 117.
Molares, Los, 73.
Monroy, Antonio, 312.
Montalbán, 175.
Montañas, cofradía de Ntra Sra. de las, 260.
Montellano, duque de, 220.
Montemayor, 175, 249.
Monte de Piedad, 94.
Montero, calle, 260.

Montero, Casimiro, 277, 278.
Montgolfier, hermanos, 283.
Montilla, 75, 77, 96, 172, 173, 175, 230, 243, 248, 301.
Montoro, 75, 151, 155, 160, 161, 173, 175, 193, 246, 264, 271, 289.
Monturque, 77, 175.
Morales, Ambrosio de, 68, 106, 120, 178, 179, 193, 276.
Morales, licenciado Andrés de, 172.
Morales, Diego de, 311.
Morales Negrete, Félix, 311.
Morales y Padilla, Andrés, 19, 40, 49, 50, 51, 179.
Moreno Arias, Juan Pedro, 269, 304.
Morente, 175.
Moreto, Agustín, 278.
Morillo Velarde, Diego, 283.
Motril, 219.
Moya Ulldemolins, J., 49, 218, 220.
Muñoz Capilla, fray José de Jesús, 308.
Muñoz Vázquez, M., 154.
Murcia, 47, 68, 286.
Murillo, 307.
Museo Arqueológico, 183.
Museo Provincial, 196.

Narváez, Alonso de, 217.
Narváez y Saavedra, Luis, 290.
Nava, La, 245.
Navagrande, 150, 157, 158, 159.
Navalserrano, 95, 159.
Navarro, Juan, 311.
Navas del Moro, dehesa, 295.
Navidad, 124.
Ndamba Kabongo, A., 64.
Nicolás, Guillermo, 60, 189.
Nieto Cumplido, M., 26, 104, 174, 177, 184, 187, 205, 208, 265, 295, 303.
Nieva, Juan de, 125.
Nieves, congregación de Ntra. Sra. de las, 259.
Nieves y Santo Domingo de Silos, cofradía de Ntra. Sra. de las, 259.
Noriega, 302.
Nublos, cortijo de, 166.
Nueva, calle, 20, 59.
Nueva, puerta, 19, 27, 128, 182, 183, 206.
Nueva España, 32.
Nueva Granada, 217.

Obejo, 95, 150, 161, 286.
Ocampo, Andrés de, 189.
Ocampo, Florián de, 178.
Ocaña García, M., 308.
Ocaña Torrejón, J., 75, 156.
Ochoa, Juan de, 183, 187.
Olivares, conde-duque de, 125, 129.
Olmos, plaza de los, 208.
Ollerías, 20.
Omnium Sanctorum, barrio de, 20, 23, 33, 37, 207, 214, 261, 291.
Omnium Sanctorum, iglesia de, 206.
Oratorio de San Felipe Neri, 53, 269.
Orbaneja Fernández de Córdoba y Figueroa, Pedro de, 290.
Oria, Esteban de, 154.
Orihuela, 68, 286.
Orive, plazuela de, 183.
Orjiva, señor de, 40.
Orta, Guillermo de, 60, 189.

Ortega López, M., 232.
Ortí Belmonte, M. A., 183.
Ortiz Juárez, D., 71.
Ortiz Juárez, J. M., 60.
Osario, puerta, 19, 207.
Osio, 45, 47, 219, 220.
Osma, 43, 46.
Osuna, 176.
Oviedo, 46, 47.

Pacheco, P. Arcadio, 300.
Pacheco, Francisco, 194, 305.
Pacheco, Juan Francisco, 45.
Padilla González, J., 230.
Páez, José, 245.
Páez de Castillejo, Fernando, 158.
Páez de Castillejo, palacio de los, 183, 184, 185.
Páez de Valenzuela, licenciado, 106, 112, 132, 268.
Palacios, Andrés, 298, 299.
Palencia, 139.
Palma, conde de, 40, 142, 160.
Palma del Río, 73, 84, 87, 175, 301.
Palomino, Acisclo Antonio, 195, 197, 307, 312.
Palomino, Bernabé, 236.
Palomino, Juan Bernabé de, 312.
Palopo, Andrés, 117.
Pallars, marquesado de, 39.
Pamplona, 46.
Pandera, sierra de la, 100.
Paniagua, Antonio, 291.
Paniagua, Fernando, 313.
Paniagua, Gregorio, 291.
Pardo Caballero, Antonio, 288.
Paredes, conde de, 45.
Paredones, cortijo de, 146, 295.
Pascua de Pentecostés, 240.
Pascua de Resurrección, 124.
Pascual, Félix, 126.
Pasión de Cristo, cofradía de la, 260, 265.
Pastora, cofradía de la, 261.
Paterna, pago de, 166.
Patrocinio de San José, cofradía del, 258.
Paulo V, 112, 199.
Paz, Alonso de la, 125.
Paz, cofradía de Ntra. Sra. de la, 259, 267.
Paz, Pedro de, 193.
Pazos y Figueroa, Antonio Mauricio de, 48, 174.
Pedrajas, Tomás Jerónimo de, 236, 309.
Pedregosa, calle, 266.
Pedro Abad, 151, 153, 154, 175.
Pedroche, 126, 150, 156, 157, 158, 161, 175, 185, 187, 198, 301.
Pedroche, arcediano de, 48, 160.
Pedroches, valle de los, 67, 75.
Pedroches, villas de los, 159, 163.
Penas, cofradía de Ntra. Sra. de las, 259, 266.
Peña, Bartolomé de la, 108.
Peña, Gaspar de la, 190, 191.
Peñaflor, 135, 151, 155, 157, 160.
Peñalosa, Juan de, 194, 195.
Peña Parda, vizconde de, 92, 139.
Peñarredonda, Sebastián de, 185.
Perdón, puerta del, 36, 129, 186, 280.

Perestrella, cortijo de, 146, 295.
Pérez de Beas, fray Bartolomé, 131.
Pérez de Bocanegra, Alonso, 156.
Pérez de Guzmán y Córdoba, Diego, 289.
Pérez de Luján, Hernando, 59.
Pérez Martín, A., 177.
Pérez de Oliva, Fernán, 74, 177, 178.
Pérez Pavía, Gregorio, 297, 306.
Pérez Ruano, 312.
Pérez de Saavedra, Alonso, 217.
Pérez de Saavedra, Juan, 156.
Pérez de Saavedra, Martín, 290.
Pérez de Saavedra y Narváez, Alonso, 289.
Pérez Tercero, Alonso, 71.
Perú, 32.
Pescadería, plaza de la, 253, 266.
Peyron, J. F., 207, 212, 275.
Picacho, dehesas del, 84.
Piedad, colegio de la, 176, 304, 306, 309.
Piedra Escrita, 208.
Pimentel, fray Domingo, 44, 45, 48.
Pizaño de Palacios, Alvaro, 111, 113, 114, 115.
Plasencia, 46.
Plasencia, puerta de, 19, 207.
Pompeyo, 312.
Ponce de León, Pedro, 50.
Ponsot, P., 75, 82, 225.
Ponz, Antonio, 209, 212, 224, 233, 241, 298, 305, 307, 310.
Portillo, 86.
Portillo, conde del, 215.
Portocarrero, obispo, 45.
Portugal, 29, 32, 73, 105, 118, 198.
Porro, M. J., 307.
Posadas, 151, 155, 156, 160, 175, 245, 248.
Posadas, fray Francisco de, 115, 116, 127, 275.
Pósito, calleja del, 62.
Potro, plaza del, 60.
Pozanco de San Agustín, escuela del, 305.
Pozoblanco, 150, 161, 175, 301.
Prades, condado de, 39.
Prado Castellano, conde de, 215.
Priego, 117, 135, 175, 219, 271, 301, 309.
Priego, conde de, 215.
Priego, marqués de, 40, 142, 230.
Priego, marquesa de, 152.
Priego, marquesado de, 38, 39, 142.
Priego, marqueses de, 38, 154, 155, 169.
Puebla de los Infantes, marqués de la, 215, 221, 216, 289.
Puebla de los Infantes, vizconde de la, 289.
Puente Genil, 196.
Puente don Gonzalo, 175.
Puente, puerta del, 19, 21, 27, 28, 132, 182, 186, 208, 211.
Puerto Mochuelo, 75.
Puerto de Santa María, 99, 203, 252.
Purificación, cofradía de Ntra. Sra. de la, 259.
Purísima, capilla de la, 122, 191.

Purísima Concepción, colegio de la, 305.

Quesada Ríos, Francisco, 191.

Rábida, La, 32.
Rafael, 193.
Rambla, La, 97, 151, 155, 161, 164, 173, 175, 184, 193, 248, 249.
Ramírez de Arellano, R., 116, 124, 177, 276.
Ramírez de Arellano y Gutiérrez, T., 131, 205, 208.
Ramírez de las Casas-Deza, L. M., 50, 106, 127, 132, 207, 221.
Ramos Bejarano, Gabriel, 177.
Rato y Ottoneli, Tomás, 219.
Raya Raya, A., 191, 192, 311.
Rayo, cofradía de Ntra. Sra. del, 261, 266.
Rayo, Francisco del, 313.
Real Sociedad Económica Cordobesa de Amigos del País, 297, 298, 305.
Real Sociedad Patriótica, 297.
Realejo, 101, 102.
Regina, convento de, 54, 223.
Regis, Juan Francisco de, 270.
Reina, señor de la, 216.
Reinoso, Francisco, 43, 48, 306.
Remedios, cofradía de Ntra. Sra. de los, 260.
Repiso, Manuel, 312.
Rey Díaz, J. M., 81, 172, 234.
Reyes, cofradía de Ntra. Sra. de los, 259.
Reyes Católicos, 95, 110, 165, 184.
Ribadavia, conde de, 50.
Ribalto, Antonio, 275.
Ribera, Gabriel de, 199.
Richelieu, 132.
Rincón, puerta del, 19, 20, 97.
Río, Giraldo del, 225.
Río de la Plata, 32.
Ríos, Francisco Javier de los, 290.
Ríos, Vicente de los, 308.
Rivas, fray Juan de, 112.
Rivas, marqués de, 215, 290.
Rivas Carmona, J., 309.
Roa, P. Martín de, 178.
Rocha, fray José de la, 191.
Rodríguez, Pedro Antonio, 196.
Rodríguez, Ventura, 310.
Rodríguez García, V., 299.
Rodríguez Gordillo, J. M., 254.
Rodríguez de la Torre, Juan, 306.
Roelas, Andrés de, 107.
Roelas, Juan de las, 195.
Rojas, Simón de, 270.
Rojas y Contreras, Bernardo de, 286.
Rojas y Sandoval, Cristóbal de, 45, 46, 183.
Roma, 49, 147, 194.
Romero, Lorenzo, 291.
Romero, Pedro, 275.
Romero de Torres, E., 25.
Ronda, 73, 286.
Ronda de los Tejares, 20, 208.
Ronquillo Briceño, Francisco, 65, 87, 122, 138, 191.
Rosal, Francisco del, 179.
Rosales, Gabriel de, 193.
Rosario, capilla del, 196.
Rosario, cofradía de Ntra. Sra.

del, 259, 260, 261, 280.
Rosario, Virgen del, 111.
Ruán, 92.
P. Ruano, 308.
Rubio, Antonio, 236.
Rubio, cortijo, 77.
Rueda, Lope de, 125.
Rufo, Juan, 179.
Ruiz, Antonio, 312.
Ruiz, Benito, 198.
Ruiz Camacho, Félix, 291.
Ruiz Camargo, Jerónimo, 47.
Ruiz de León y Lando, Gonzalo Manuel, 215, 290.
Ruiz Lorenzo y Aguilar, Juan, 293.
Ruiz de Morales y de los Ríos, Andrés, 289.
Ruiz Ordóñez, Hernán, 187.
Ruiz Ordóñez, Martín, 187.
Ruiz Rey, 311.
Ruiz de Sarabia, Andrés, 195.
Ruiz Tafur, Juan, 70.
Ruiz el Vandalino, Juan, 197.
Ruiz de Villafranca y Cárdenas, Pascual, 209, 286.
Rújula y de Ochotorena, J. de, 176.
Rute, 175.
Rute, abad de, 178.

Saavedra y Mendoza, Fernando de, 289.
Sáenz, Mariano José, 278.
Salamanca, 46, 169, 176, 178, 306.
Salazar, Pedro de, 219, 303.
Salazar, fray Pedro de (Cardenal), 45, 47, 303.
Salcedo y Aguirre, Francisco Antonio de, 286.
Salcedo y Castilla, Bernardino, 289.
Salud, Ntra. Sra. de la, 108, 269, 279.
Salud, ermita de Ntra. Sra. de la, 310.
Salvador, barrio del, 20, 23, 24, 37, 38, 205, 206, 207, 214.
Salvador, iglesia del, 51, 258.
Salvador, iglesia del (Baena), 187.
Salvador, plaza del, 96, 182, 252, 266, 309.
Salvador y Santo Domingo de Silos, parroquia del, 261.
San Agustín, 54.
San Agustín, convento de, 187, 222, 267.
San Agustín, plaza de, 253.
San Andrés, barrio de, 20, 22, 24, 37, 38, 52, 205, 206, 207, 214, 259, 291.
San Andrés, cofradía de, 259.
San Andrés, iglesia de, 278, 309.
San Antonio, colegio de (Sigüenza), 176.
San Antonio Abad, hospital de, 259.
San Bartolomé, hospital de, 260.
San Bartolomé, parroquia de, 20, 258.
San Bartolomé y San Lucas, cofradía de, 261.
San Bartolomé y Santa María Magdalena, cofradía de, 260.
San Basilio, monasterio de, 222, 259.
San Benito, cofradía de, 259.
San Bernabé, capilla de, 184, 188.
San Cayetano, convento de, 190, 267.

San Clemente, colegio de, 177, 306.
San Crispín y San Crispiniano, cofradía de, 258.
Sánchez Cañadas, 311.
Sánchez de la Cruz, Martín, 197, 198.
Sánchez de Feria, Bartolomé, 308.
Sánchez García, L. E., 218, 222, 277, 278.
Sánchez Izquierdo, platero, 312.
Sánchez de Luque, Pedro, 197, 198.
Sánchez de Rueda, Jerónimo, 309.
Sánchez de Rueda, Teodosio, 309, 311.
Sánchez Soto, platero, 312.
Sancho Miranda, vizconde de, 215, 273, 290.
San Eloy, congregación de, 71, 80, 82, 87, 260.
San Estanislao de Kostka, 270.
San Eulogio Mártir, cofradía de, 258.
San Felipe Neri, 269.
San Fernando, 197.
San Francisco, orden de, 55.
San Franciso de la Arruzafa, convento de, 52, 222.
San Francisco de Asis, Orden Tercera de Nuestro Padre, 261.
San Francisco de Borja, 44, 113.
San Francisco Javier, 113, 115.
San Francisco de Paula, 53, 54, 55.
San Hipólito, colegiata de, 13, 50, 51, 221, 278, 308, 309.
San Ignacio de Loyola, 113, 115, 169.
San Ildefonso, Colegio Mayor de, 176.
San Isidro, cofradía de, 224, 259.
San Jacinto, hospital de, 262, 267, 309.
San Jerónimo de Valparaíso, convento de, 96, 129, 130, 166, 222.
San Joaquín y Santa Ana, cofradía de, 259.
San José, 108, 193.
San José, cofradía de, 259.
San José, convento de, 190.
San Juan, 279.
San Juan, barrio de, 20, 23, 24, 37, 206, 207, 214, 261.
San Juan, Diego de, 51.
San Juan, orden de, 41, 216, 290.
San Juan de Avila, 103, 115, 168, 171.
San Juan Bautista, iglesia de (Hinojosa del Duque), 184, 187.
San Juan Bautista de la Concepción, 53, 103.
San Juan de la Cruz, 270.
San Juan de Dios, orden de, 53, 55.
San Juan de Letrán, iglesia de, 105, 260.
San Lázaro, convento de, 222.
San Lorenzo, arroyo de, 210, 211.
San Lorenzo, barrio de, 20, 22, 24, 37, 54, 93, 102, 105, 205, 206, 207, 214, 226, 260, 291, 305.
San Lorenzo, iglesia de, 183, 191, 192, 208, 265, 267.
Sanlúcar de Barrameda, 99,

116, 125, 189.
San Lucas, 57.
San Luis Gonzaga, 270.
San Llorente, Diego de, 198.
Sanllorente, hacienda de, 230.
Sanllorente, Juan de, 70.
San Martín, convento de, 54.
San Martín, ermita de, 260.
San Martín, iglesia de (Cabra), 187, 189.
San Mateo, iglesia de, 188.
San Miguel, 58.
San Miguel, barrio de, 20, 22, 24, 33, 37, 38, 207, 214, 260, 266.
San Miguel, iglesia de, 310.
San Nicolás, capilla de, 184.
San Nicolás de la Axerquía, barrio de, 20, 22, 24, 37, 38, 132, 205, 206, 207, 214, 291.
San Nicolás de Bari, capilla de, 188.
San Nicolás Tolentino, 108.
San Nicolás de la Villa, barrio de, 20, 23, 24, 27, 37, 52, 207, 214, 215, 268.
San Nicolás de la Villa, iglesia de, 183, 185, 198, 208, 261.
San Pablo, 119.
San Pablo, calle, 166.
San Pablo, convento de, 52, 54, 112, 115, 116, 130, 166, 167, 169, 170, 177, 222, 259, 262, 278, 293, 303, 307, 309.
San Pedro, 119.
San Pedro, barrio de, 20, 22, 24, 37, 38, 52, 62, 206, 207, 214, 215, 225, 226, 261, 291.
San Pedro, iglesia de, 51, 106, 107, 178, 183, 185, 258, 268, 269, 310, 311.
San Pedro de Alcántara, convento de, 53, 191, 192, 222, 261.
San Pedro el Real, convento de, 52, 222, 260, 261, 266, 310.
San Pelagio, Seminario de, 48, 103, 169, 174, 208, 299, 303.
San Rafael, 104, 107, 119, 121, 190, 193, 196, 208, 268, 269, 311.
San Rafael, cofradía del Glorioso Arcángel, 260.
San Roque, calle de, 208.
San Roque, cofradía de, 259.
San Roque, convento de, 222, 259.
San Sebastián, 108.
San Sebastián, hospital de, 29.
San Zoilo Mártir, cofradía de, 260.
Santa Ana, convento de, 54, 55, 108, 112, 190, 223.
Santa Catalina, colegio de, 113, 130, 168, 169, 170, 171, 174, 177, 183, 270, 299, 300, 303, 304, 305, 306.
Santa Catalina, convento de, 54.
Santa Catalina, puerta de, 185.
Santa Clara, convento de, 54.
Santa Cruz, Antonio, 312.
Santa Cruz, convento de, 54.
Santaella, 90, 97, 146, 151, 153, 155, 161, 175, 185, 186, 187, 190, 198, 249, 295.
Santaella, marqués de, 215.
Santa Eufemia, 175.
Santa Eufemia, condado de, 155.
Santa Fe de Bogotá, 220.

Santa Inés, convento de, 54.
Santa Isabel de los Angeles, convento de, 54, 117, 187, 192, 193.
Santa Lucía, cofradía de, 260.
Santa María (Catedral), barrio de, 20, 21, 23, 24, 37, 38, 52, 101, 102, 123, 132, 143, 206, 208, 214, 225, 258, 291.
Santamaría, fray José de, 53.
Santa María de las Dueñas, convento de, 54, 55, 223.
Santa María de Gracia, colegio de, 167.
Santa María de Gracia, convento de, 54, 55.
Santa María Magdalena, barrio de, 20, 33, 37, 52, 214.
Santa María de las Nieves, convento de, 54.
Santa Marina, barrio de, 20, 22, 37, 102, 165, 205, 207, 208, 214, 215, 226, 259, 267, 291.
Santa Marina, iglesia de, 111, 183, 205, 206.
Santa Marta, convento de, 54, 55, 189, 223.
Santa Quiteria, ermita de, 258.
Santa Sede, 94, 110, 166, 170.
Santa Teresa de Jesús, 103, 112, 113, 115, 132.
Santa Victoria, colegio de, 304, 310.
Santiago, 113, 279.
Santiago, barrio de, 20, 23, 24, 33, 37, 52, 62, 214, 226, 260.
Santiago, iglesia de, 113.
Santiago, iglesia de (Baena), 187.
Santiago, iglesia de (Ecija), 198.
Santiago, orden de, 41, 143, 160, 216, 286, 290.
Santiago de Compostela, 113, 152.
Santísima Trinidad, 133.
Santísima Trinidad, cofradía de la, 261.
Santísima Trinidad, Orden Tercera de la, 261.
Santísimo Sacramento, cofradía del, 104, 258, 261.
Santísimo Sacramento, cofradía del (Ecija), 198.
Santísimo Sacramento, fray Juan del, 196.
Santo Angel Custodio, capilla del, 184.
Santo Cristo, capilla del, 167.
Santo Cristo de la Expiración, cofradía del, 260, 266.
Santo Cristo de Gracia, cofradía del, 260.
Santo Cristo de las Mercedes, cofradía del, 108, 260.
Santo Cristo de la Misericordia, cofradía del, 259.
Santo Cristo de los Peregrinos, hospital del, 261.
Santo Crucifijo y San José, cofradía del, 265, 267.
Santo Domingo, 32.
Santo Domingo, barrio de, 20, 23, 24, 37, 51, 59, 206, 214, 291.
Santo Domingo, iglesia de, 178, 192, 258.
Santo Domingo, orden de, 54, 110, 116, 168, 294.
Santo Domingo de Guzmán, Orden Tercera de Nuestro Padre, 262.
Santo Entierro, cofradía del, 259, 266.

Santo Oficio, tribunal del, 21, 46, 48, 61, 64, 116, 135, 220, 280.
Santo Tomás, 112.
Santo Tomás de Villanueva, 113.
Santos Acisclo y Victoria, 107, 129, 196, 259, 269.
Santos Mártires, convento de los, 53, 54, 107, 129, 222, 260.
Santos Mártires, reliquias de los, 104, 106, 268, 269, 310.
Santos Nicolás y Eulogio de la Axerquía, parroquia de los, 260, 266.
Santos Simón y Judas, cofradía de los, 261.
Sarabia, José de, 195.
Sarmiento de los Cobos, Diego, 50.
Scala Coeli, convento de, 52, 53, 222.
Segorbe, ducado de, 38.
Semana Santa, 129, 257, 262, 265, 266.
Sepúlveda, Juan Ginés de, 177.
Sequero de la Matilla, Juan, 190.
Serrano, Gonzalo Antonio, 306, 308.
Sesa, duque de, 40, 50, 54.
Sesa, duquesa de, 294.
Sevilla, 24, 31, 44, 47, 73, 74, 75, 77, 91, 92, 99, 111, 117, 125, 127, 128, 130, 132, 135, 155, 167, 176, 193, 194, 195, 196, 217, 220, 254, 282, 287, 302.
Sevilla, puerta, 19, 27, 108.
Sicilia, 92, 245.
Sicilia, P. Bartolomé de, 170.
Sidi Ahmed el-Gacel, 282.
Sierra Mágina, 101.
Sigüenza, 176, 219, 306.
Simancas, capilla de los, 185, 199.
Siuri, Marcelino, 219, 220, 280, 306, 309.
Socorro, cofradía de Ntra. Sra. del, 261.
Socorro, ermita del, 261.
Soledad, cofradía de Ntra. Sra. de la, 260, 266, 267.
Solís, fray Francisco de, 219, 220.
Solís Folch de Cardona, Francisco, 219, 220.
Soria, 232, 286.
Sosa, Diego Alfonso de, 28.
Sosa, Lope de, 70.
Sousa, Alfonso de, 215.
Sousa, Antonio Alfonso de, 160.
Souza, fray Simón de, 107.
Sucesión, guerra de, 203.

Tabacos, Real Fábrica de, 254.
Tajo, río, 74.
Tapia, fray Pedro de, 44, 48, 93, 94.
Tendillas, plaza de las, 101, 102.
Testa, Gaspar, 155.
Teura, señor de, 216.
Toboso de los Ríos y Castillejo, Antonio, 289.
Toledo, 106, 125, 161.
Toledo, fray Juan de, 44, 45, 46, 47.
Tomás, Ignacio de, 298, 310.
Toro, Simón de, 108.
Torrado, Antonio, 312.
Torre, Martín de la, 188, 189.
Torreblanca, Francisco, 179.

Torrecampo, 150, 153, 161, 175.
Torre y del Cerro, A. de la, 186.
Torre y del Cerro, J. de la, 32, 81, 199, 234.
Torrecilla, cortijo de la, 77.
Torremilano, 150, 155, 161, 175, 198, 301.
Torre Vasconi, J. R. de la, 69, 198.
Torres, fray Cristóbal de, 110.
Torres, José de, 291.
Torres, Rodrigo de, 90.
Torres Cabrera, conde de, 215, 289.
Townsend, J., 205, 219, 224.
Tránsito, cofradía de Ntra. Sra. del, 259.
Trassierra, 77, 150, 155, 157, 161, 164.
Treinta Años, guerra de los, 132.
Trento, 48, 109, 174.
Trevilla, Pedro Antonio de, 266, 306.
Tripas, molino de las, 211.
Tuy, 219.

Ubeda, 217, 246.
Unzueta, Gregorio de, 90.
Urbano VIII, 113.
Urías, huerta de, 144.
Usel y Gimbarda, Carlos, 289.

Vaca de Alfaro, Enrique, 105, 111, 179, 268.
Vadillo, señor del, 286.
Valdelagrana, conde de, 215, 221.
Valdenebro y Cisneros, J. M., 109, 129, 177.
Valdepeñas, 100, 101.
Valdés, Pedro Clemente, 270.
Valdés Herrera, Antonio, 45, 46.
Valdés Leal, Juan, 196, 307.
Valdés y Quirós, Fernando de, 287.
Valdivia y Corral, Joaquín, 216.
Valencia, 61, 68, 219.
Valencia, Fernando de, 199.
Valenzuela, Agustín de, 289.
Valenzuela, Luis de, 289.
Valenzuela, señor de, 40.
Valfermoso de las Monjas, 219.
Valverde Madrid, J., 155, 192, 195, 198, 293, 311, 312.
Valladolid, 45, 46, 73, 199.
Van der Borcht, 241.
Vargas, José de, 291.
Vargas y Carvajal, Diego de, 139.
Vargas Machuca, José de, 236.
Vaticano, palacio del, 73, 198.
Vázquez Lesmes, J. R., 49, 221.
Vázquez Venegas, canónigo, 308.
Vázquez Venegas, Colección, 13, 74, 95, 165, 205, 207, 216, 219, 293, 303.
Vázquez el Viejo, Juan Bautista, 189.
Vega, Francisco de la, 304.
Vega, señor de la, 40.
Vega de Armijo, marqués de la, 215, 217, 290, 297.
Vega Fonseca, obispo, 46.
Vega y Meléndez, Manuel Joaquín de, 244.
Vela Cobo, Cristóbal, 195.
Velasco y Córdoba, Diego de, 216.
Velázquez, 196.

Venegas de los Ríos, Pedro, 157.
Ventas Nuevas, 153.
Ventas Porquerizas, 153.
Vera, Francisco de, 189.
Vera Cruz, cofradía de la, 104, 260, 266.
Vera Cruz, cofradía de la (Lucena), 126.
Vera Cruz, cofradía de la (Montoro), 264.
Vera Cruz, cofradía de la (Palma del Río), 104.
Vera Zúñiga y Fajardo, Juan de, 208, 286.
Verdiguier, Miguel, 311.
Viana, palacio de, 199.
Vicencio, Pablo, 92.
Victoria, convento de la, 222, 261.
Vidal, Nicolás, 252.
Vidal, Sebastián, 190, 192.
Vilches, Francisco de, 291.
Vilches, P. Jerónimo de, 269.
Vilches y Cea, Rafael de, 291.
Villaceballos, Pedro Leonardo de, 308.
Villafranca, 38, 152, 175, 189.
Villaharta, señor de, 216.
Villalones, casa de los, 183, 185.
Villanueva de Cárdenas, conde de, 215, 221, 289.
Villanueva de Cárdenas, condesa de, 289, 290.
Villanueva de Cárdenas, vizconde de, 142.
Villanueva de Córdoba, 75, 161, 175.
Villanueva del Duque, 175, 186.
Villanueva del Fresno, marqueses de, 45.
Villanueva del Rey, 150, 160.
Villanueva de la Serena, 43.
Villar, marqués del, 215.
Villar, marquesa del, 289.
Villar Movellán, A., 310, 311.
Villaralto, 150, 155, 160.
Villaralto, señor de, 216.
Villaseca, marqués de, 215, 221, 289.
Villaseca, señor de, 193.
Villaverde, conde de, 215.
Villaviciosa, 106, 286.
Villaviciosa, Ntra. Sra. de, 105, 106, 198, 268.
Villaviciosa, cofradía de Ntra. Sra. de, 260.
Villena, marqués de, 45, 46.
Vírgenes, cortijo de las, 146.
Visitación de Nuestra Señora, parroquia de, 21, 52.

Ximénez de Reinoso, Alonso, 118.

Yllescas Ortiz, M., 191.
Yun Casalilla, B., 13, 65.
Yusta Navarro, obispo, 206, 219, 277.
Yuste, 43.

Zafra, 73, 75.
Zambrano, Juan Luis, 194, 195, 307.
Zamora, 219.
Zamora de Riofrío, conde de, 215.
Zapata, cardenal, 129.
Zapata de Cisneros, Francisco, 128, 132, 138.
Zapatería, calle, 101, 102.
Zaragoza, 44, 46, 47, 219.
Zuazo, Margarita, 126.

Zuccaro, 194.
Zueras Torrens, F., 195.
Zuheros, 175.
Zuheros, señor de, 40.
Zurbano, Bernardo, 246.
Zurbarán, 195, 307.

PUBLICACIONES DEL MONTE DE PIEDAD Y CAJA DE AHORROS DE CORDOBA

LIBROS APARECIDOS:

Colección Mayor

Actas del I Congreso de Historia de Andalucía, 11 tomos, 1978-1979-1982-1983.

	Págs.
Fuentes y Metodología	372
Prehistoria y Arqueología	226
Medieval I	442
Medieval II	458
Moderna:	
Siglos XVI-XVII (tomo I)	417
Siglos XVI-XVII (tomo II)	417
Siglo XVIII (tomo I)	356
Siglo XVIII (tomo II)	365
Contemporánea:	
Siglo XIX (tomo I)	592
Siglo XIX (tomo II)	588
Andalucía hoy	448
Actas de los Coloquios de Historia de Andalucía.	
Historia Medieval	523
Historia Moderna:	
Tomo I	650
Tomo II	382

ARANDA DONCEL, J. *Los moriscos en tierras de Córdoba,* 1984, 380 páginas.

BERNIER LUQUE, J. *Córdoba Tierra Nuestra,* 2.ª edic., 1980, 329 páginas.

BERNIER LUQUE, Juan; SANCHEZ ROMERO, César; JIMENEZ URBANO, José; SANCHEZ ROMERO, Alfonso, *Nuevos yacimientos arqueológicos en Córdoba y Jaén,* 1981, 200 páginas.

CABRERA MUÑOZ, Emilio, *El condado de Belalcázar (1444-1518),* 1977, 490 páginas.

CASTEJON MONTIJANO, Rafael, *Génesis y desarrollo de una sociedad mercantil e industrial en Andalucía: La Casa Carbonell de Córdoba (1866-1918),* 1977, 342 páginas.

CONTRERAS DE LA PAZ, Rafael, *Marco Claudio Marcelo, fundador de Córdoba,* 1977, 455 páginas.

CUENCA TORIBIO, José Manuel, *Sociedad y clero en la España del XIX,* 1980, 415 páginas.

DOMINGUEZ ORTIZ, A.; GARCIA GARCIA, L.; BERNIER LUQUE, J.; CASTEJON MONTIJANO, R.; LOPEZ ONTIVEROS, A.; RODRIGUEZ NEILA, J. FRANCISCO; NIETO CUMPLIDO, M.; ARANDA DONCEL, J.; COSANO MOYANO, J.; PALACIOS BAÑUELOS, L.; CUENCA TORIBIO, J. MANUEL, *Córdoba, apuntes para su historia,* 1981, 252 páginas.

DURAN LOPEZ, Federico y otros, *Derecho del trabajo, reorganización del sistema productivo, y movilidad,* 1983, 300 páginas.

FERNANDEZ PACHECO, Javier, *Un sistema educativo para la promoción económico-social de la región andaluza,* 1975, 132 páginas.

FORTEA PEREZ, José Ignacio, *Córdoba en el siglo XVI: las bases demográficas y económicas de una expansión urbana,* 1980, 479 páginas.

GARCIA Y GARCIA, A.; CANTELAR RODRIGUEZ, F.; NIETO CUMPLIDO, M., *Catálogo de los manuscritos e incunables de la catedral de Córdoba,* 1976, 743 páginas.

GARZON GARRIDO, Rafael, y otros, *Fundamentos históricos y genéticos del merino español,* 1977, 200 páginas.

LOPEZ BELLIDO, Luis, *El Prays del olivo: Biología, daños, parasitismo y dinámica de poblaciones,* 1977, 184 páginas.

MORALES PADRON, Francisco, *Memorias de Sevilla (Noticias sobre el siglo XVII),* 1982, 242 páginas.

NIETO CUMPLIDO, Manuel, *La miniatura en la Catedral de Córdoba,* 1973, 155 páginas. (Agotado).

ORTEGA ALBA, Francisco, *El Sur de Córdoba,* 2 vol., 1974, 444 páginas.

ORTIZ JUAREZ, Dionisio, *Punzones de platería cordobesa,* 1980, 214 páginas.

PALACIOS BAÑUELOS, Luis, *Sociedad y economía andaluza en el siglo XIX: Montes de Piedad y Cajas de Ahorros,* 2 vol., 1977, 704 páginas.

PEREZ MULLET, Fernando, *La Pintura Gaditana,* 1983, 316 páginas.

PINO PEREZ, F., PEREZ BENDITO, D., *Análisis de elementos-traza por Espectrofotometría de Absorción Molecular Ultravioleta-visible,* 1983, 448 páginas.

QUINTANILLA RASO, M.ª Concepción, *Nobleza y señoríos en el reino de Córdoba: La Casa de Aguilar (siglos XIV y XV),* 1979, 359 páginas.

RAMIREZ DE ARELLANO, R., *Inventario-Catálogo histórico artístico de Córdoba. Con notas de José Valverde Madrid,* 1983, 482 páginas.

SANCHEZ HERRERO, José, *Cádiz, la ciudad medieval y cristiana,* 1981, 300 páginas.

RIVAS CARMONA, Jesús, *Arquitectura Barroca Cordobesa,* 1982, 356 páginas.

VALVERDE MADRID, José, *Ensayo socio-histórico de retablistas cordobeses del siglo XVIII,* 1974, 309 páginas.

VILLAR GARCIA, María Begoña, *Los Extranjeros en Málaga, en el siglo XVIII,* 1982, 320 páginas.

VIÑES MILLET, Cristina, *La Alhambra de Granada (Tres siglos de historia),* 1982, 244 páginas.

Colección Medina y Corella

ARJONA CASTRO, Antonio, *Andalucía Musulmana: estructura político-administrativa,* Segunda Edición Aumentada 1982, 208 páginas.

BERNARDO ARES, José Manuel de, *Los Alcalde Mayores de Córdoba (1750-1833),* 1978, 70 páginas.

CAÑAS CALLES, Antonio, *La orientación escolar, Problema actual,* 1980, 245 páginas.

DELGADO LEON, Feliciano, *La Coronación de Juan de Mena, Edición, estudio, comentario,* 1978, 135 páginas.

LOPEZ MARIO, *Nostalgiario andaluz,* 1979, 67 páginas.

LOPEZ ONTIVEROS, A., *Las Cooperativas Olivareras Andaluzas,* 1982, 196 páginas.

LUQUE REQUEREY, José, *Antropología Cultural Andaluza. La mañana del Viernes Santo al sur de Córdoba,* 1980, 181 páginas.

MELENDEZ, Jacobo, *Pasión del arraigado,* 1978, 87 páginas.

MORALES ROJAS, Juan, *Campo de Vista Alegre, poemas cordobeses,* 1978, 55 páginas.

RIU RIU, M.; TORRES DELGADO, C.; NIETO CUMPLIDO, M., *Tres estudios de historia medieval andaluza,* 1977, 120 páginas. 2.ª edición.

TORRES DELGADO, Cristóbal, y otros, *Andalucía medieval: Nuevos Estudios,* 1979. 229 páginas.

TORRES ESQUIVIAS, J. A.; JORDANO BARBUDO, P.; LEON CLAVERIA, A., *Aves de presa diurnas en la provincia de Córdoba,* 1982, 134 páginas.

VAZQUEZ LESMES, Juan Rafael, *La ilustración y el proceso colonizador en la campiña cordobesa,* 1979, 196 páginas.

Colección Universidad

ALJAMA GUTIERREZ, Pedro, *La Raza Retinta,* 1982, 208 páginas.

CONTRERAS GORDO, M.ª Pilar, *La agresividad del toro de lidia,* 1980, 178 páginas.

CUENCA TORIBIO, José Manuel, *Andalucía. Una introducción histórica,* 2.ª edición, 1980, 272 páginas.

DELGADO CABEZA, Manuel, *Dependencia y marginación de la economía andaluza,* 1981, 260 páginas.

DELGADO LEON, Feliciano, *Poesía cordobesa del siglo I al XVII (antología crítica),* 1982, 306 páginas.

ESLAVA GALAN, Juan, *La leyenda del lagarto de la Malena y los mitos del dragón,* 1980, 199 páginas.

LARA ARREBOLA, Francisco, *Los tapices del patrimonio eclesiástico de Córdoba,* 1979, 228 páginas.

LOPEZ PALOMO, Luis Alberto, *La cultura ibérica del valle medio del Genil,* 1979, 204 páginas.

MARTIN SANCHEZ, M.ª A. Fátima, *El ideal del sabio en Séneca,* 1984, 270 páginas.

MILLAN CHIVITE, Fernando, *Paleta Cromática y Simbolismo en Platero y Yo,* 1982, 200 páginas.

MOLERO CRUZ, José, *Tiempo y temporalidad,* 1979, 234 páginas.

NARVAEZ BUENO, Antonio José, *Agricultura y desconcierto: política de precios agrarios en España,* 1980, 237 páginas.

NIETO CUMPLIDO, Manuel, *Orígenes del Regionalismo andaluz (1235-1325),* 2.ª edición, 1979, 246 páginas.

RAYA RAYA, M.ª Angeles, *El retablo en Córdoba durante los siglos XVII y XVIII,* 1980, 293 páginas.

RODRIGUEZ NEILA, Juan Francisco, *Sociedad y administración local en la Bética romana,* 1981, 200 páginas.

Colección Estudios y Documentos

ARJONA CASTRO, Antonio, *Anales de Córdoba Musulmana (711-1008),* 1982, 270 páginas.

GONZALEZ GONZALEZ, Julio, *Reinado y diplomas de Fernando III,* Tomo I, (Estudio), 1980, 512 páginas.

GONZALEZ GONZALEZ, Julio, *Reinado y diplomas de Fernando III,* Tomo II, (Diplomas 1217-1232), 1983, 571 páginas.

GRACIA BOIX, Rafael, *Colección de Documentos para la historia de la Inquisición de Córdoba,* 1982, 330 páginas.

LOPEZ DAPENA, Asunción, *Quentas y gastos (1292-1294) del rey don Sancho IV El Bravo (1284-1295),* 1984, 788 páginas.

NIETO CUMPLIDO, Manuel, *Corpus Mediaevale cordubense (1106-1255),* Tomo I, 1980, 294 páginas.

NIETO CUMPLIDO, Manuel, *Corpus Mediaevale cordubense (1256-1277),* Tomo II, 1980, 355 páginas.

Publicaciones varias

BELMONTE MULLER, Guillermo, *Poesías,* 1971, 148 páginas. (agotado).

CARDENAS, J.; CASASSAS, E.; LOPEZ, G.; MOTTOLA, H.; PEREZ BENDITO, D.; SANCHEZ PEDREÑO, C.; VALCARCEL, M., *Métodos cinéticos de análisis,* 1984, 282 páginas.

CASTAÑEDA ORDOÑEZ, M.ª J.; PAVON PRIETO, B., *Orientación académica y profesional al finalizar BUP, FP y COU,* 1981, 128 páginas.

CASTEJON MONTIJANO, R.; LOPEZ YEPES, J.; NIETO CUMPLIDO, M.; PALACIOS BAÑUELOS, L., *Historia del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba (1864-1978),* 1979, 865 páginas.

CASTILLEJO GORRAIZ, Miguel, *El fundador del krausismo español. Etapa andaluza,* 1980, 335 páginas.

CASTILLEJO GORRAIZ, M.; SANCHEZ GARCIA, L. E.; RUIZ ORTIZ, J. F.; PORTILLO FABRA, J. M.; *Andalucía, Informe a Juan Pablo II,* 1983, 425 páginas.

ESCRIBANO UCELAY, Víctor, *Estudio histórico artístico del Alcázar de los Reyes Cristianos,* 1972, 108 páginas. (agotado).

FUENTE GONZALEZ, Agustín de la, *Don Gonzalo de Stúñiga, Obispo de Jaén (1423-1456)* 1978, 173 páginas.

HISTORIA DE CORDOBA

1. RODRIGUEZ NEILA, Juan Francisco, *Del Amanecer prehistórico al ocaso visigodo.*
2. NIETO CUMPLIDO, Manuel, *Islam y Cristianismo.* 1984, 360 páginas.
3. ARANDA DONCEL, Juan, *La época moderna (1517-1808).* 1984, 359 páginas.
4. PALACIOS BAÑUELOS, Luis.

GRACIA BOIX, Rafael, *El real monasterio de San Jerónimo de Valparaíso, en Córdoba,* 1973, 184 páginas.

GUILLEN TORRALBA, Juan, *La fuerza oculta de Dios. La Elección en el Antiguo Testamento,* 1983, 455 páginas.

INBACO, Revista de los Institutos de Bachillerato de Córdoba, n.º 1, 1981, 292 páginas.

INBACO, Revista de los Institutos de Bachillerato de Córdoba, n.ºs 2 y 3, 1982, 186 páginas.

INBACO, Revista de los Institutos de Bachillerato de Córdoba, n.º 4, 1983, 164 páginas.

JUAN PABLO II, *Laborem Exercens y Familiaris Consortio,* 1982, 184 páginas.

NIETO CUMPLIDO, Manuel, *La miniatura en la catedral de Córdoba,* 155 páginas.

ORTI BELMONTE, Miguel Angel, *La Catedral. Antigua Mezquita y santuarios cordobeses,* 1970, 271 páginas. (agotado).

PALACIOS BAÑUELOS, Luis, *Círculos de obreros y sindicatos agrarios en Córdoba (1877-1923),* 1980, 232 páginas.

PANTORBA, Bernardino de, *El escultor Mateo Inurria,* 1967, 137 páginas. (agotado).

POZON LOBATO, Enrique, *Participación de los Padres en la Comunidad Educativa según la Constitución Española: Base Asociativa y Proyección Política,* 1982, 104 páginas.

Colección Temas Andaluces

Danzas de Córdoba, 1983, 188 páginas.

DOMINGUEZ, E.; UBERA, J. L.; GALAN, C., *Polen Alergógeno de Córdoba,* 1983, 156 páginas.

«JOSE LUIS DE CORDOBA», *«Manolete» en el recuerdo,* 1982, 194 páginas. Segunda edición, 1984.

MOLINA HIPOLITO, José, *Baeza, histórica y monumental,* 1982, 108 páginas.

RUIZ PARRA, Emilio, *La Vidriera y Antonio Povedano,* 1983, 136 páginas.

Semana Santa en Jaén, 1984, 276 páginas.

ZUERAS TORRENS, Francisco, *Picasso, andaluz universal,* 64 páginas.

ZUERAS TORRENS, Francisco, *El pintor Rafael Botí,* 1984, 140 páginas.


900080730



Juan Aranda Doncel nace en 1948. Tras realizar bachillerato y la carrera de Magisterio, cursa estudios en la Universidad de Valencia donde obtiene la Licenciatura en Ciencias de la Educación y Geografía e Historia; posteriormente, en la de Córdoba alcanza el doctorado en Historia.

Catedrático de Enseñanza Media desde 1976, en la actualidad ejerce la docencia en el Instituto de Bachillerato *Séneca* de Córdoba. El mismo año ingresa como miembro numerario en la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. Entre sus publicaciones cabe destacar dos obras, *La Universidad Libre de Córdoba (1870-1874)* y *Los moriscos en tierras de Córdoba.* También es autor de una treintena de artículos sobre distintos aspectos de la historia cordobesa en la época moderna, habiendo participado, como especialista en moriscos, en los Congresos internacionales celebrados en Montpellier (1981) y Túnez (1983).

HISTORIA DE CORDOBA

1. DEL AMANECER PREHISTORICO AL OCASO VISIGODO. *Juan Francisco Rodríguez Neila.*
2. ISLAM Y CRISTIANISMO. *Manuel Nieto Cumplido.*
3. LA EPOCA MODERNA (1517-1808). *Juan Aranda Doncel.*
4. LA ETAPA CONTEMPORANEA (1808-1936). *Luis Palacios Bañuelos.*

PUBLICACIONES DEL MONTE DE PIEDAD Y CAJA DE AHORROS DE CORDOBA • OBRA CULTURAL •